

EUSEBIO FRANCISCO KINO

**CRÓNICA DE LA
PIMERÍA ALTA**
Favores celestiales



Gobierno del
Estado de Sonora

EUSEBIO FRANCISCO KINO

CRÓNICA DE LA PIMERÍA ALTA
Favores celestiales

Crónica de la Pimería alta. Favores celestiales

Eusebio Francisco Kino

Edición digital 2016

Gobierno del Estado de Sonora

Instituto Sonorense de Cultura

Esta obra tiene el propósito de ser material de consulta libre y sin fines de lucro para todo público en general.

ÍNDICE

[Favores celestiales](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte \[1687-1699\]](#)

[Libro I](#)

[Libro II](#)

[Libro III](#)

[Libro IV](#)

[Libro V](#)

[Libro VI](#)

[Libro VII](#)

[Libro VIII](#)

[Segunda parte \[1699-1702\]](#)

[Libro I](#)

[Libro II](#)

[Libro III](#)

[Libro IV](#)

[Libro V](#)

[Tercera parte \[1703-1704\]](#)

[Libro I](#)

[Libro II](#)

[Libro III](#)

[Libro IV](#)

[Cuarta parte \[1705-1706\]](#)

[Prólogo](#)

[Libro I](#)

[Libro II](#)

[Libro III](#)

[Libro IV](#)

[Libro V](#)

[Quinta parte](#)

[Libro I](#)

[Libro II](#)

[Libro II](#)

[Libro V](#)

FAVORES CELESTIALES DE JESÚS Y DE MARÍA SANTÍSIMA Y DEL GLORIOSÍSIMO APÓSTOL DE LAS YNDIAS, FRANCISCO XAVIER

EXPERIMENTADOS EN LAS NUEVAS CONQUISTAS Y NUEVAS CONVERSIONES DEL NUEVO REINO DE LA
NUEVA NAVARRA DESTA AMÉRICA SEPTENTRIONAL INCÓGNITA Y PASSO POR TIERRA A LA
CALIFORNIA EN 35 GRADOS DE ALTURA, CON SU NUEVO MAPA COSMOGRÁFICO DE ESTAS NUEVAS Y
DILATADAS TIERRAS QUE HASTA AHORA HABÍAN SIDO INCÓGNITAS. DEDICADOS A LA REAL
MAGESTAD DE FELIPE V MUY CATÓLICO REY, GRAN MONARCA DE LAS ESPAÑAS, Y DE LAS YNDIAS

A LA MUY CATÓLICA MAGESTAD DE FELIPE V, NUESTRO SEÑOR

Al mismo tiempo que seis años ha, N. P. G. Thirso González, con una muy paternal carta de el año anterior, me *encargó muy encarecidamente* que continuara escribiendo los favores celestiales experimentados en estas nuevas conquistas y nuevas conversiones, el padre provincial Francisco de Arteaga, quien sin que yo lo mereciera me nombró rector de estas misiones, me envió la impresa muy católica real cédula de V. M. de 17 de julio de 1701, inserta en el informe que a petición de la Real Audiencia de Guadalajara, por orden de V. M., formó e imprimió el padre Francisco María Picolo, misionero de la California, de el buen estado de aquella apostólica conquista y conversión, y como la real, muy católica y cristianísima cédula de V. M. tanto favorece a todas estas nuevas conversiones, así de California como de esta tierra firme de Sinaloa y Sonora y de esta Pimería, por mandar V. M. tan piadosamente se *mantengan y extiendan y fomenten* por todos los medios posibles, y abonando V. M. tan cariñosamente la benigna licencia que el año de 1698 el señor virrey don Joseph Sarmiento de Valladares nos dio al padre rector Juan María de Salvatierra y a mí para que pasásemos a la California a solicitar la conversión de aquellos infieles “encargando a su Real Audiencia de Guadalajara los informes necesarios para que con ellos se pasase a dar las providencias que se tuvieran por convenientes, a fin de perfeccionar la obra que tantos años ha se emprendió y ser un gran servicio de Dios y aumento de N. Santa Fe Católica, resolviendo se asignen seis mil pesos cada un año en esas Cajas Reales”. Reconozco ser esta real cédula de V. M. uno de los principalísimos favores celestiales que Nuestro Señor nos hace y que yo aquí debo escribir. Y habiendo esta real católica cédula de V. M. con el referido informe del buen estado de la California con los cercanos amigos amantes de las nuevas conversiones, me respondió una religiosa pluma que aún más convenía informar y escribir de estas nuevas conquistas y nuevas conversiones desta provincia de Sonora y desta Pimería, pues son de tierras más provechosas, más fértiles y de menos gastos para la Real Hacienda. Por esta tan católica real cédula de V. M., estas conquistas desta muy dilatada América Septentrional se podían intitular *Las Nuevas Filipinas de la América*, con el mismo y

con mayor tesón que por el gran celo católico de Filipo III, se nombraron Filipinas las conquistadas islas de las Indias Orientales en el Asia, si no es que V. R. M. más guste quien según ha sido y es el parecer de diferentes personas muy celosas del servicio de ambas majestades, estas nuevas conquistas, que son de más de 200 leguas, se decoren con el título del *Nuevo Reino de la Nueva Navarra*, como otros se llaman de la Nueva Vizcaya, de la Nueva Galicia, etc., pues este nuevo reino de la Nueva Navarra americana podrá unir otros más nuevos reinos cercanos que se están conquistando con los reinos ya conquistados, según y como el reino de la Navarra europea intermedia y une las coronas y reinos de Francia y España.

De todas maneras quisiera yo ahora tener alguna parte de la dicha que tuvo el padre Andrés Pérez de Rivas cuando dedicó a Felipe IV, deste tan feliz nombre inmediato antecesor de V. M., el insigne tomo o *Historia de los Triunfos de la Fe entre Bárbaras Naciones*, que fueron las nuevas conquistas y nuevas conversiones de Sinaloa y de sus confinantes naciones desde el año de 1590 hasta el año de 1645, hora que después acá se ha entrado más de 100 leguas hasta esta provincia de Sonora, y otras más de 150 leguas hasta los Tarmaumas, y yo solamente con mis sirvientes y con 50 o 60 o más mulas y caballos, con más de 50 entradas que por la gran misericordia de Nuestro Señor estos veinte años he hecho, que algunas han sido de 50, de 60 y de 100 leguas, y algunas de 150 y de 200 leguas, he penetrado al norte y al poniente y al nordeste, y especialmente a lo más incógnito del noroeste, hasta el paso por tierra a la California, que los años de 1698 y 1699 lo descubrí en altura de 35 grados, adonde justamente descubrí el caudalósimo, fértilísimo y pobladísimo río Colorado (que es el séptimo río del norte de los antiguos), que desemboca en el remate de la mar de la California y llega hasta la cercanía de los primeros confines de la Gran Quivira.

Con estas repetidas muchas entradas y misiones que hice a todas partes sin particular gasto de la Real Hacienda, quedan reducidas a nuestra amistad y a la obediencia de la Real Corona y al deseo de recibir nuestra santa fe más de 30 000 almas de estos contornos, así en esta nación Pima, que tiene más de 16 000 almas, como en las cercanas tierras de los Cocomarcos, Yumas, Quiquimas, Cutganes, Bagiopas, Hoabonomas, etc., y muchas más son las demás almas y gentes adonde se puede entrar con toda facilidad, que ya les he enviado recaudos y pláticas de doctrina cristiana, y me han avisado y sabemos que viniendo padres misioneros seguirán e imitarán a estas otras naciones ya reducidas.

En estos veintiún años que después de haber sido misionero de la California, en la entrada que hizo el almirante don Isidro de Atondo y Antillón, a costa de más de medio millón de la real Hacienda, a quien ayudé a tomar posesión de la California, y pasé hasta la contra costa y mar del sur, en altura de 26 grados, con el cargo que tuve de primer rector de aquella nueva conversión y de vicario del señor obispo de Guadalajara y de cosmógrafo de Su Majestad, aquí en estas nuevas conquistas y nuevas conversiones, y bautizado como 4 500 almas, y pudiera haber bautizado 12 000 ó 15 000 almas si no hubiéramos suspendido los demás bautismos, hasta que Nuestro Señor nos traiga padres misioneros que nos ayuden a instruir y administrar tantos nuevos vasallos de V. M. y feligreses de Nuestra Santa Madre la Iglesia.

Y como después se suspendió la conquista y conversión de la California, pedí y conseguí venir a estas sus cercanas costas y gentilidades de esta provincia de Sonora, que empiezan en 32

grados de altura, y habiéndome señalado por rector de estas nuevas Misiones y de las demás de San Francisco Javier de Sonora el padre provincial Ambrosio Oddón, y por el vicario de Sinaloa y de Sonora al padre Juan María de Salvatierra, cuando su reverencia el año de 1691 vino a visitar estas nuevas conversiones desta Pimería, entrando por el espacio de un mes entero más de 50 leguas de camino, viendo estas tan amenas, tan pingües y fértiles tierras, que con facilidad podían socorrer a la cortedad de las tierras de la California, nos pusimos de acuerdo el dicho padre visitador Juan María de Salvatierra y yo para procurar cuanto nos fuese posible pasar a la continuación de aquella nueva conquista y conversión de la California, y haciendo su reverencia a ese fin desde luego un buen informe, cuando siete años después conseguimos la deseada licencia que refiere la citada real cédula de V. M., a mí me estorbaron la ida los informes de las reales justicias de esta provincia de Sonora, que despacharon a México, diciendo que yo era necesario para esta dilatada Pimería, y fue enviado en mi lugar el padre Francisco María Picolo; y yo, animándome siempre para esto N. P. G. Thirso González y el padre visitador Horacio Polici, desde acá procuré solicitar el bien de entrambas conquistas y de sus nuevas conversiones desta dilatadísima América Septentrional incógnita, que parece va, gracias al Señor, ofreciendo tanta oportunidad de su total conquista y conversión, que podremos. Dios mediante, escribir nuevos tratados y tomos, y que el uno de ellos se pueda intitular: Las siete ciudades antiguas gentilicias y caídas de esta América Septentrional incógnita que se va mudando, reduciendo, debajo del cristianísimo amparo del muy católico rey y gran de las Españas y de las Indias. Felipe V, que Dios guarde.

Estos siete nuevos reinos, en lugar de las siete ciudades antiguas, podrían ser: 1.º La Nueva Vizcaya, que mora a sur y sudeste. 2.º El Nuevo México, que lo tenemos al nordeste. 3.º La California Baja, hasta 35 grados de altura, que la tenemos al sudoeste y al poniente con el Seno Califórnico de por medio. 4.º Este nuevo reino de la Nueva Navarra destas nuevas conquistas y nuevas conversiones, que quedan en el medio de los demás nuevos reinos, como en el centro o corazón de toda esta América Septentrional. 5.º La California Alta, desde 35 grados de altura hasta 45 y 46, que nos demora al poniente y al noroeste. 6.º La Gran Quivira, que nos demora al noroeste, y adonde el capitán pirata Ynguel nos ponía su fingida mar de la California. 7.º El Gran Tegwayo, o la Nueva Borgoña, que nos queda al norte, más adelante de Moqui, desde 37 y 38 grados de altura boreal hasta la mar del norte, que descubrió Hudson el año de 1612, en 52, 53 y 54 grados de altura.

Otro pequeño tratado intitulado *Manifiesto cosmográfico de que la California no es isla, sino península y continente con esta Nueva España, acabándose el Seno Califórnico en 35º de altura*, lo acabo de escribir, y con su mapa lo remito a México al padre provincial Juan de Estrada, que su reverencia me lo pide.

Conduce muy mucho y con toda especialidad al intento destas nuevas conquistas y nuevas conversiones y a los favores celestiales que en ellas experimentamos la paternal santa carta que acabo de recibir de N. M. R. P. Guardián Miguel Ángel Tamburini, que, abonando el tanto de los más destos mis escritos, que por orden de su antecesor, el padre Thirso González, pasaron a Roma, entre otros paternals, finísimos, santos puntos, me escribe lo siguiente:

“Con las noticias de los nuevos descubrimientos y su estado hallo mucho en que alabar las misericordias de Dios con esas naciones que se van descubriendo y trayendo a su conocimiento, y debe nuestra Compañía especiales gracias a Su Divina Majestad porque toma a sus hijos para instrumento de tanta gloria suya. Las otras dos partes a los *favores celestiales*, que V. R. ofrece, las espero; todas son noticias que me llenan de gozo y deseos de corresponder a las ansias de V. R. y de sus compañeros; pero como allá hay contradicciones, aquí sentimos que las guerras, y faltas de comercio, y peligros de los mares, nos tienen detenidos los misioneros, pero esperamos todos con confianza grande en la amorosa Providencia de Dios, que pues en estos tan combatidos tiempos ha querido descubrir esas nuevas regiones y mostrarnos tantas almas como están esparcidas fuera de su rebaño, no para que las veamos perecer, sino para darnos medios y fuerzas para sacarlas de sus montes y reducirlas a pueblos e iglesias: así lo pido a su Divina Majestad que guarde a V. R. muchos años, como deseo. Roma, 5 de septiembre de 1705.— De V. R. siervo, *Miguel Ángel Tamburini*.”

Hasta aquí la carta de N. P. Guardián desde Roma, tan colmada de celestiales favores, y por acá acompañada de los medios y fuerzas que dice nos dará Nuestro Señor para reducir a *pueblos e iglesias tantas almas*, y son los que ya tenemos por la divina gracia, los siguientes:

I. Las muy pingües y fértiles tierras de muchos trigos, maíz y frijol, buenos ríos, arboledas, etc.; tenemos ya hechas muchas sementeras, labores y abundantes cosechas.

II. Que tenemos ya prevenidas muchas estancias de mucho ganado mayor y menor y caballada, no solamente en estos pueblos, sino también tierra adentro a distancia de 20, de 30, de 40 y de 50 y más leguas.

III. Que ya tenemos muy buenas huertas y viñas para vino de misas.

IV. Que el temple destas nuevas tierras es semejante al mejor de Europa.

V. Que estas nuevas conquistas son de indios laboríos.

VI. Que son tierras minerales.

VII. Que tenemos ya conquistados estos indios pimas, que saben y suelen conseguir continuadas victorias contra los enemigos que infestan esta provincia de Sonora.

VIII. Que estos naturales en el cercano seno califórnico tienen muy buenas salinas, y pescas de todo género de regalado pescado, ostión y camarón; *ítem*, tienen piedras bésales y la medicinal fruta llamada jojoba, mantas, tejidos de algodón, coritas o jicaras curiosas y muy vistosas, guacamayas y plumas; y tierra más adentro habrá otros medios y provechos y conveniencias.

IX. Que la mies de las muchísimas almas está ya tan madura que todo el año, desde 50 y 100 y 150 leguas de camino que vienen a ver y a pedir los vaya a bautizar, o que les consiga padres que los vayan a asistir, cuidar y administrar.

Y aunque estas dilatadas conquistas necesitarán como 50 padres misioneros, todos con sus acostumbradas limosnas o avíos necesarios, los podrá dar V. M. sin que se le cause algún nuevo gasto a la real Hacienda, con sólo mandar que unas cantidades que se le gastan sin conseguir unos fines, que V. R. M. con ellas pretende, y no se logran, se apliquen para los 50 referidos padres misioneros destas nuevas conquistas y nuevas conversiones, que mejor, Dios mediante, se lograrán los unos y otros intentos, como diré en otro memorial aparte.

Acabo con lo que tan a nuestro intento y de todos dice, reza y canta la nuestra Santa Madre Iglesia el primer festivo día de mayo de San Felipe y Santiago que gentiles *salvatorem videre cupientes ad Philipum accesserunt* (que los gentiles que querían ver al Salvador del mundo se arrimaron a Felipe), y así vemos y dichosamente experimentamos con la muy católica y tan piadosa cristianísima real cédula de V. M. todos los innumerables gentiles de estas nuevas conversiones y nuevas conquistas desta tan dilatada y antecedentemente incógnita América Septentrional y Nueva Navarra, etc., para ver, conocer y amar al Salvador del mundo y salvarse eternamente, *se arriman* al piadosísimo amparo y dichosa obediencia y venturoso vasallaje de Felipe V, muy católico y felicísimo rey y gran monarca de las Españas y de las Indias, cuya real vida guarde y prospere por dilatados dichosísimos años con sus celestiales favores la Soberana Divina Majestad para las temporales y eternas felicidades del mundo europeo y americano y del universo de la tierra y del cielo para siempre jamás amén.

Nuestra Señora de los Dolores destas nuevas conquistas y nuevas conversiones y Nueva Navarra, y noviembre 21 de 1708 años.

De V. M. católica, humilde capellán.

EUSEBIO FRANCISCO KINO

PRÓLOGO AL BENÉVOLO LECTOR

El padre Alejandro Francisco Tivipucci, en la muy tierna devoción para con San Francisco Javier, grande imitador del padre Marcelo Mastrilli, como se ve en la novena del dicho glorioso Santo Apóstol de las Indias, dice estas palabras:

“No quiero deber esta mi salud a los medios humanos o fuerzas y virtudes de la medicina, sino sólo a ti, ¡oh gloriosísimo protector mío!, San Francisco Javier, adelante de Jesús y de María Santísima.”

Lo mismísimo diremos nosotros estos pobres hijos desta Pimería y desta tierra firme, y yo, y los amantísimos padres e hijos de la cercana California, *et noli nalorum et qui nasentur*. Y atribuiremos estas nuevas conquistas espirituales y temporales destas nuevas conversiones a los favores celestiales destes referidos divinísimos protectores nuestros, más que a los medios humanos o fuerzas militares de los presidios y soldados. Y repetiremos con el Rey Profeta: *Dominas virtutum ipse est Rex gloriae*. Ps. 23; *et exaltare Domine in virtute tua cantavimus et Psalemus virtutes tuas*. Ps. 20. (Cantemos, Señor, tus grandezas, tus virtudes, tus grandes misericordias y tus favores celestiales y los de tus S[ant]”).

Al gloriosísimo y piadosísimo taumaturgo y apóstol de las Indias, San Francisco Javier, todos le debemos mucho. Yo le debo: 1.º La vida, que me la tenían desahuciada los médicos en la ciudad de Hala, del Tirol, el año de 1669; y 2.º Le debo la entrada en la Compañía de Jesús; y 3.º La venida a estas Misiones índicas. Y porque sé que debo y no sé si pago, pido y suplico a toda la corte celestial y a todo el mundo universo me ayuden a darle los debidos agradecimientos de tantos favores celestiales hechos al más indigno de todo el orbe.

Y con toda especialidad llamo aquí favores celestiales las admirables misericordias que adelante de Jesús y de María recibimos deste gloriosísimo Apóstol de las Indias, en medio de tantas contradicciones y oposiciones humanas que por disposición divina ha habido en la reducción de tantas almas, que pasan de veinte mil. Y como decía el padre visitador Juan María Salvatierra en su actual visita desta Pimería, cuando aquí a mediados de enero de 1691 años hablamos juntamente muy de propósito de la conversión de la California, lo que entonces la Santa Iglesia trae en el rezo de los Santos Tres Reyes: *Apertum est nobis ostium magnum et cui deos et adversaris multi*. (Corint., 16.) Se nos ha abierto tan grande y evidente puerta para todo este dilatadísimo norte desta América Septentrional, situada en su amenísima y fértilísima zona templada, y pues los medios humanos han sido tan cortos, que muchas veces los que nos habían de ayudar no lo han hecho y los que eran nuestros amigos se nos han vuelto contrarios, poniendo en todo muchos imposibles y tratando de desbaratarlo todo.

Todo el bien se debe a los medios espirituales y a los referidos favores celestiales de Jesús y de María y de San Francisco Javier, todo el Santo Convento de Nuestra Señora de los Reyes, de Sevilla, en España y todo el Santo Convento de San José de Gracia, en la imperial ciudad de México, como lo atestiguan sus largos papeles y nóminas, estampas y vitolas, en que nos apuntan los santos socorros de fervorosas y continuadas oraciones, penitencias voluntarias y devociones y piadosas obras con que esas santas comunidades y otras varias y muchos siervos y siervas de nuestro Dios se sirven encomendar a Su Divina Majestad los buenos y felices progresos de estas nuevas conversiones, y gracias al Altísimo, con estos celestiales favores de esta tan admirable pacífica cristiana caridad, al presente se logrará más que con los medios ordinarios humanos y con los trabajos militares de las armas y de las guerras, como hablando de liorna San Pablo lo declara con estas palabras: *Quamvis enim multis avota victoriis suis Imperis tui terra marique protuleris minus tament, et quod tibi belicus labor sub duxit quam quod Pax Christiana subicit.*

El mismo señor gobernador de las armas destas provincias, don Domingo Gironza Petriz de Cruzat, todos estos años más ha querido valerse de su muy cristiana devoción para con su gran Patrona Nuestra Señora del Pilar, y de otras piadosas obras y espirituales ejercicios, y de caritativos ardides, de cristianas dádivas y muy católicas razones para con estos naturales pimicos, que de sangrientas pasadas guerras, quedando con eso reducida la Pimería, y con ella destruidos los enemigos jacomes y janos, y remediada, compuesta, sosegada y pacífica esta infestada provincia de Sonora. Quién podrá ahora dudar si todos éstos no son los medios no aguardados y no esperados con que, según estos años pasados tan acertadamente pronosticó otro padre visitador destas Misiones de Sonora, se habían de remediar y sosegar estas provincias.

Gracias, pues, sean dadas a la Santísima Trinidad, gracias a Jesús y María Santísima, gracias al gloriosísimo Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, y a toda la corte celestial, de todos los favores celestiales que en estas nuevas conquistas espirituales y temporales conversiones hemos recibido y estamos recibiendo; gracias de los incomparables beneficios que esperamos recibir en adelante, en el más alto y más ganancioso y más dichoso ministerio de cuantos hay en el mundo, que es la venturosa suerte de la predicación evangélica, entre estos trabajos apostólicos, como tan claramente lo dice el V. P. Pedro de Velasco, que, llamado de los superiores para que, dejando las nuevas conversiones de Sinaloa, donde trabajaba tan gloriosamente, fuese a leer Artes a México, les dijo que les ponía en consideración el agravio que se hacía a la doctrina del cielo, que enseñó el Hijo de Dios y leyeron sus apóstoles y discípulos, si le quitaban de enseñarla y leerla a aquellas necesitadas naciones por ocuparle en leer las máximas terrenas de un filósofo gentil, que para él sería mortificación dejar el libro de los Evangelios por los libros de Aristóteles, la Predicación de Cristo por los Predicables de Porfirio, la explicación del catecismo de las verdades eternas y sólidas por las categorías de los sofismas vanos y fútiles. Que viesan delante de Dios si las lenguas que ya había aprendido, y que otro no podía aprender tan presto, pudiéndose emplear en catequizar gentiles y en instruir gentes cristianas, no sería bien que se malograra con daño espiritual de tantas almas sólo por ocuparse en leer lo que otros muchos en la provincia podían hacer, ya que él no haría falta, que él había venido de Misiones, no para dejarlas, sino para representar su necesidad y buenos deseos de

volver a ellas, que estaba pronto para hacer lo que la obediencia determinase delante de Dios. Hasta aquí el V. P. Pedro de Velasco, el cual volvió a sus insignes Misiones.

Ahora, oh Soberano Creador del cielo y de la tierra, que con vuestro infinito y divinísimo amor y con vuestra celestial altísima providencia, y siempre muy acertada, dulcísima y suavísima disposición, habéis permitido o procurado estas contradicciones y oposiciones humanas *ludens in orbe terrarum*, y con igual amabilísimo, piadosísimo y paternal cariño nos habéis amparado y amparais con tantos favores celestiales no permitáis ya que haya en adelante tanto olvido de vuestro divinísimo y santísimo nombre en estas tan dilatadas tierras incógnitas: *Nunquid cognosentur in tenebris mirabilia tua aut justisia tua in terra oblivionis?* Disponed que vengan vuestros operarios evangélicos, y que con vuestros celestiales favores y con sus apostólicos sudores, reduzcan todas estas naciones, con especialidad las más cercanas desta América Septentrional, a vuestro santo conocimiento y divinísimo amor, para que os alaben con vuestros escogidos los santos de la corte celestial por toda la eternidad. *Ui prognoscamus in terre viam luam, in omnibus gentibus salutare tuum, canfitcantur tibi populi Deu, confiteantur tibi populi omnis, benedicat nos Deus, Deus noster, benedicat nos Deus et metuant (et diligant), te omnes finis terrae* (p. 66). Y feliciten estas bendiciones a mi benévolo lector como deseo. Amén, Nuestra Señora de los Dolores, y diciembre 3, día del glorioso apóstol de las Indias, San Francisco Javier, de 1699 años.

PRIMERA PARTE [1687-1699]

NUEVAS CONQUISTAS ESPIRITUALES Y TEMPORALES EN LA PIMERÍA DEL REINO DE LA NUEVA VIZCAYA, ÍNTERIN SE SUSPENDE LA EMPRESA DE LA CONQUISTA Y CONVERSIÓN DE LA CALIFORNIA, Y LO SUCEDIDO POR LOS 12 AÑOS, DESDE 1687 HASTA 1699

LIBRO PRIMERO

PRIMERA ENTRADA A LA PIMERÍA Y COMIENZOS DE SU CONQUISTA ESPIRITUAL Y TEMPORAL Y DE SU CONVERSIÓN A NUESTRA SANTA FE CATÓLICA

CAPÍTULO PRIMERO.— *Por suspenderse la conquista y conversión de la California, pídense de la Real Caja, y se consiguen, dos limosnas para dos padres misioneros para esta costa y tierra firme más cercana a la California*

Hace doce años, y va para trece, que, habiéndose suspendido la empresa de la conquista y conversión de la California (a la cual asistí más de dos años con otros dos padres de la Compañía, con el oficio de superior o rector y de cosmógrafo de Su Majestad, que Dios guarde), me encuentro en esta dilatada Pimería, que tiene de largo norte-sur más de 100 leguas, y llega desde la provincia y valles de Sonora hasta casi la provincia de Moqui, y otras tantas y aún más leguas tiene de ancho oeste a este o de oriente al poniente, desde las tierras de los jocomes y janos, yumas y apaches, y hasta el brazo de mar de la California. Pues con la ocasión de esta suspensión, pedí al padre provincial, que lo era el padre Luis del Canto, licencia para venir a estas gentilidades destas costas más cercanas a la referida California, y diciéndome su rey no había limosna de Su Majestad para ello, dije que, dándome su rey licencia, yo la pediría a S. E.; díjome que hiciera un informe a su Rev.; con él y con el suyo pidió y consiguió dos limosnas para dos sujetos: con la una vine yo, desde luego, a esta Pimería, y con la otra vino después el padre Adamo Gilg a los cercanos seris, y dichas limosnas se concedieron encargando el señor fiscal de Su Majestad, que Dios guarde, don Pedro de la Castilla, que desde estas costas se viese la mayor oportunidad que pudiese haber para después, desde acá, poder proseguir con la conquista y conversión de la California. Salí de México en 20 de noviembre de 1686 años, cuando acababa de entrar por provincial el padre Bernabé de Soto; llegué a Guadalajara, de donde salí el 16 de diciembre, habiendo conseguido de la Real Audiencia la real provisión y real cédula, inserta que va en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II.— *Real provisión y real cédula que favorecen las nuevas conversiones*

Por insinuación del padre provincial, Luis del Canto, y del nuevo padre provincial, Bernabé de Soto, pedí y conseguí de la Real Audiencia de Guadalajara, del muy católico celo del señor presidente, don Alonso Cevallos y Villa Gutiérrez, y del señor oidor, don Cristóbal de la Palma, una real provisión para que en cinco años no se sacase el trabajo con sellos naturales algunos adonde yo entrase a su conversión. Pedí esta real provisión en tan buen tiempo que acababa de llegar de España la muy católica real cédula, que manda que en veinte años no se saquen con sellos los recién convertidos a nuestra santa fe. La fecha de la dicha real cédula es de 14 de mayo del dicho año de 1686, en Buen Retiro. Es tan en sumo grado católica y favorable a las nuevas conquistas y nuevas conversiones, que pondré aquí algunos admirables párrafos de ella.

Dice, pues, nuestro catoliquísimo monarca, don Carlos II, que Dios guarde felicísimos años, así:

Real cédula

“Por cuanto en mi Consejo Real de las Indias se tiene noticia de que a 24 leguas de México empiezan las naciones de indios gentiles, y que se continúan por la provincia de la Nueva España, Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo México, sin interpolación y que no se cuida de su conversión, siendo ésta la primera y principal obligación de los ministros, en que debían poner especialísimo cuidado y atención en que esto se haga sin que continúe el atraso y omisión que hasta aquí se ha reconocido y experimentado, que para ello no se necesita de convoy de soldados por no mostrar resistencia por irse dando la mano unas naciones y tierras a otras, y siendo este cuidado el primero de la obligación del Consejo, y tenerlo muy presente, como se lo tengo encargado por la ordenanza octava, y deseando descargar su conciencia cuanto esté de su parte por librar yo la satisfacción de la mía por cumplir con tan precisa obligación y aplicar todos los medios, esfuerzos e instancias posibles, para que se ejecute cosa que es tan del servicio de Dios Nuestro Señor, quien con su gran providencia por lo que en esas nuevas conversiones se gasta de mi real Hacienda retribuye siempre crecidísimos y conocidos aumentos a mi monarquía, y deseando cumplir con esta obligación, que la considero por la más principal de mi mayor deseo, he acordado dar la presente, por la cual ordeno y mando a mi virrey de la Nueva España y a los presidentes y oidores de mis Audiencias Reales de México, Guadalajara y Guatemala, y a los gobernadores de la Nueva Vizcaya, que, luego que reciban esta mi real cédula, pongan especialísimo cuidado y aplicación en que se vayan reduciendo y convirtiendo a nuestra santa fe católica todas las naciones de indios gentiles que hubiere en el distrito y jurisdicción que comprende la gobernación de cada Audiencia y Gobierno, disponiendo cada uno por la parte que le toca que, desde luego, se trate de su reducción y conversión por los medios más suaves y eficaces que se pueden disponer y discurrir, encargándolas a los eclesiásticos de su mayor satisfacción, virtud y espíritu, que para materia tan esencialísima se requiere, dándoles para ello las asistencias, favor y ayuda que fuere necesario y alentándoles a ello con la mejor forma que les sea posible, ofreciéndoles de mi parte a todos los que nuevamente se fueren convirtiendo que hasta pasados los primeros veinte años de su reducción no se les obligará a tributar ni a servir en haciendas o minas, por ser ésta una de las cosas por que ruegan su conversión; y encargo a mis

ministros me avisen luego del recibo deste despacho y de lo que en su virtud se ejecutare y estado que fuere tomando esta materia, para que con noticia de ello se den las órdenes que más convengan para su continuación, por lo que deseo se ganen las horas posibles en materia de tanta importancia y de tanto servicio de Dios y mío.—Fecha en Buen Retiro, en 14 de mayo de 1686 años.—Yo el Rey.”

CAPÍTULO III.— *Mi llegada a estas Misiones de Sonora y primera entrada a esta Pimería con el padre visitador Manuel González*

Con esta real provisión y real cédula, que de su admirable católico celo se puede y debe asombrar y edificar el orbe universo, vine por febrero de 1687 años a estas Misiones de Sonora, pasé a Oposura a ver y hablar al padre visitador, que lo era el padre Manuel González; hallé en su reverencia tanta caridad y un tan santo celo del bien de las almas, que su reverencia vino luego en persona más de 50 leguas de camino en este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, que dista cinco leguas de la antigua Misión de Cucurpe, del rectorado de San Francisco Javier de Sonora. Al venir pasamos por el Real de San Juan, y vimos al señor alcalde mayor, quien con la suma atención que se estila dio el obediencia a la real cédula y a la real provisión, y viniendo por el valle de Sonora vimos al padre rector de la Misión o Rectorado, que lo era el padre Juan Muñoz de Burgos, y por el valle o pueblo de Opodepe, Tuape y Cocurpe, partidos o pueblos que administraba el padre José de Aguilar, y en 13 de marzo de 1687, los tres poderes juntos a Nuestra Señora de los Dolores del Bamotze o de Cosari, avisando un día antes a los naturales, cuyo gobernador estaba ausente; no obstante, nos recibieron con todo amor, pues meses y años antes habían pedido padre y el santo bautismo.

El día siguiente el padre visitador, dejándonos a los padres y a los hijos, con su muy paternal despedida, se volvió hacia Opostura a las ocupaciones premisas de la Semana Santa, insinuándonos al padre Aguilar y a mí que después viéramos si había oportunidad de entrar algo más adelante a buscar puesto donde se hiciese otro segundo pueblo.

CAPÍTULO IV.— *Entrada a San Ignacio de Caborica, a San José de los Himeris y a Nuestra Señora de los Remedios*

Con este aviso del padre visitador, luego aquel mismo día entramos al poniente, y a las diez leguas de camino hallamos el muy buen puesto de Caborica, con gente afable, que por orden del padre visitador le pusimos de San Ignacio, y tomando la vuelta por el norte hallamos otro buen puesto, con bastante gente dócil y doméstica, que le pusimos San José de los Himeris, y al oriente otro, también de indios trabajadores, que le pusimos de Nuestra Señora de los Remedios, distante, al norte de Nuestra Señora de los Dolores, siete leguas; y en todas partes recibieron con amor la palabra de Dios para el remedio de su eterna salvación; volvimos, gracias al Señor, con bien y gustosos a Nuestra Señora de los Dolores. El padre Aguilar pasó a Cucurpe; yo empecé a catequizar la gente y a bautizar párvulos; vino de tierra adentro el gobernador de Nuestra Señora de los Dolores; con él y con otros despaché a varias partes remotas de esta Pimería diversos recaudos y amigables convites para que procuraran ser también cristianos, que para ellos sería el bien y la ganancia, que yo había venido para ayudarles en orden a que se salvaran eternamente.

CAPÍTULO V.— *Primeras contradicciones que tiene esta nueva conversión*

Ayudándome siempre muy mucho en todo la mucha caridad del padre José de Aguilar, de parte de los naturales, por la divina gracia, iban las cosas con toda prosperidad, gusto y consuelo, y con gustosos aumentos; pero de parte de otros no faltó la contradicción, que ha durado hasta el día de hoy, y hubo un siniestro informe que se despachó al señor alcalde mayor del Real de San Juan, de que estos naturales a la entrada del padre misionero se habían retirado lejos; llegaron estas pesadas, pero falsas noticias, al padre visitador Manuel González, que desconsolaron mucho su reverencia, y escribió a Tuape y Cocurpe para informarse de lo que pasaba. Recibimos la carta de S. R. en Tuape, teniendo la Semana Santa con más de cien pimas de este nuevo pueblo de Nuestra Señora de los Dolores los tres padres —el padre José de Aguilar, el padre Antonio de Rojas y yo—; de los pimas eran como 40 recién bautizados párvulos y muchachitos, que las señoras españolas del Real de Opodepe los estaban vistiendo ricamente y adornando con sus joyas y mejores alhajas como a nuevos cristianos para la procesión de Gloria, con mucha alegría de todos, ni había habido lo más mínimo en la fingida retirada de los naturales, que tan siniestramente se informó al Real de San Juan; todo lo cual escribimos al padre visitador para su consuelo y firmamos carta los tres padres.

CAPÍTULO VI.— *Segundas oposiciones y cizañas sembradas en la Pimería*

Volviendo de la Semana Santa y Pascua de Tuape a Nuestra Señora de los Dolores, fui a San Ignacio y a San José de los Himeris, que en todas partes las cosas iban con muy buenos auspicios en lo espiritual y temporal, de doctrina cristiana, de principios de bautismo, de fábricas y de sementeras. Pero en Nuestra Señora de los Remedios encontré la gente tan desconsolada, que por lo claro me dijeron que ellos no querían ser cristianos ni querían padre misionero, y preguntándoles el porqué, me dijeron: 1.º porque habían oído decir que los padres misioneros mandaban ahorcar y matar la gente; 2.º porque los padres mandaban trabajar y sembrar tanto para sus iglesias, que no daban lugar a que los indios pudiesen sembrar para sí mismos; 3.º porque los padres metían tantos ganados, que se secaban los aguajes; 4.º porque los padres con los santos óleos mataban a la gente; 5.º porque los padres engañaban a los indios con falsas promesas y dichos, y que yo también decía siniestramente que traía carta o real cédula del rey nuestro señor; pero que tal carta no traía, que si la tuviera la habría enseñado al señor teniente de Bacanuche. Me desconsolaron muy mucho estas quimeras, cizañas y alteraciones; pero reconocí luego de dónde podían haber venido, y aunque la real provisión con la real cédula inserta la habíamos enseñado al señor alcalde mayor en el Real de San Juan el padre visitador y yo, que bastaba a los dos días, 10 de mayo, pasé con las justicias de Nuestra Señora de los Dolores al real de Bacanuche, que dista 20 leguas; enseñé la real provisión y real cédula al señor teniente, que lo era el capitán Francisco Pacheco Cevallos, en quien hallé toda honra; le di parte de lo sucedido en Nuestra Señora de los Remedios por los disparates que tan siniestramente habían hablado los días antecedentes contra los padres, y poco a poco quedaron remediadas las cosas y las calumnias de los malévolos y del común enemigo, y aun cuando no faltaban cuentos y riesgos fingidos de algunos poco afectos, los naturales desta Pimería iban quedando tan inclinados a nuestra santa fe, que desde más adentro, del Tupo, del Tubutanzas (Tubutama) y de otras partes pedían padres y el santo bautismo.

CAPÍTULO VII.— *El padre visitador Manuel González visita estos tres pueblos nuevos desta Pimería, para la cual se piden y consiguen otros cuatro padres misioneros*

Con las noticias de los buenos principios y bautismos de párvulos de esta nueva Misión de Nuestra Señora de los Dolores se consoló tanto el padre provincial Bernabé de Soto, quien había sido misionero muchos años, que me escribió trocaría S. R. de muy buena gana su oficio de provincial con el mío de misionero, a trueque de poder bautizar algunos párvulos, que en la provincia se perdía el tiempo y que por acá en misiones se lograba.

El 19 de enero de 1689 entró el padre visitador Manuel González a su primera visita destos nuevos pueblos; entró a San Ignacio, a San José Cocospora, Nuestra Señora de los Remedios, etc. Y hubiera entrado mucho más adelante, hasta la nación del Soba, si los atascaderos de las quipatas y del río de San Ignacio no nos hubieran maltratado los caminos y atajado los pasos. En Nuestra Señora de los Dolores le cuadró tanto la fábrica de la iniciada iglesia y casa, la doctrina cristiana, el rezo de las oraciones, el libro de los bautismos, la escuela de los cantores, las pingües tierras y sementeras, etcétera, que S. R. dijo y escribió no se había visto nueva Misión que en tan breve tiempo gozase de tantas conveniencias y de tantos adelantamientos en lo espiritual y temporal. De más a más, poco después pidió S. R. con el señor alcalde mayor, Blas del Castillo, y consiguió de México otros cuatro nuevos padres para esta Pimería, y los señaló para las cuatro nuevas Misiones siguientes: al padre Luis María Pineli para San Ignacio, Santa María Magdalena y San Miguel del Tupó; al padre Antonio Arias para San Pedro del Tubutama y San Antonio del Uquitoa, al padre Pedro Sandoval para San Lorenzo del Saric y para San Ambrosio del Tucubabia, y al padre Juan del Castillejo para Santiago de Cocospera, para San Lázaro y para Santa María. Que entraron e hicieron algún fruto en esta Pimería; pero las contradicciones, oposiciones y siniestros informes de que no se necesitaban tantos padres, que era poca la gente, atrasaron mucho y casi estorbaron del todo las cosas, y entró el Gobierno y padre provincial y padre visitador nuevo.

LIBRO II

VISITA Y TRIENIO DEL PADRE VISITADOR JUAN MARÍA SALVATIERRA (1690-1692)

CAPÍTULO PRIMERO.— *El padre visitador nuevo, Juan María Salvatierra, viene a visitar a los cuatro padres desta Pimería en sus partidos*

Habiendo entrado el Gobierno nuevo y por provincial el padre Ambrosio Oddón, señaló su reverencia por visitador destas Misiones de Sonora y Sinaloa al padre Juan María Salvatierra, que asistía en los Chinipas, y a mí, aunque indigno, por rector deste Rectorado o Misión de San Francisco Javier de Sonora y desta Pimería, y habiendo S. R. oído tantos informes en pro y contra desta Pimería, mandó al padre visitador Juan María Salvatierra que viniese a visitarla e informase de ella. Vino el padre visitador a este partido de Nuestra Señora de Dolores en 24 de diciembre de 1690, tuvo aquí la Pascua de Navidad y cantó la misa en esta nueva y capaz iglesia, aunque no estaba del todo acabada, y después fue entrando más de 40 leguas de camino; y visitando esta Pimería un mes entero, entramos desde Nuestra Señora de los Dolores a Nuestra Señora de los Remedios, camino de siete leguas, pueblo que yo ya tomaba a mi cargo, pues la gente quedaba ya muy desengañada de las cizañas que contra los padres se habían sembrado. Pasamos al valle y pueblo de San José de los Himeris, camino de seis leguas, adonde estaban entretanto el padre Pedro de Sandoval con 70 familias; bajamos a San Ignacio, tres leguas de camino, y Santa María Magdalena y Tupo, adonde asistió el padre Luis María Pineli con mucha gente en todas partes. Entramos a San Pedro del Tubutama (camino de 10 leguas desde el Tupo), adonde asistía el padre Antonio Arias, y hallamos más de 500 almas; también vinieron a ver al padre visitador algunos principales de la cercana nación del Soba, y como allí tuvimos la Pascua de Reyes, les prediqué con el tema “Reyes de Saba venivut”, y se fue tratando de la reducción de los pimas del Soba, que llegan hasta el mar de California al poniente y noroeste; pasamos al Saric y Tucubabia, camino de diez leguas, adonde contamos más de 700 almas; que en todas partes nos recibieron con todo consuelo suyo y nuestro. Casi en todas partes daban al padre visitador párvulos a bautizar, y nos agasajaban con muchos bastimentos, etcétera.

CAPÍTULO II.— *Nos vienen a encontrar desde el norte los sobaipuris y otros naturales*

Nuestro intento era desde el Tucubabia salir de vuelta para Cocospera; pero nos vinieron a encontrar unos propios o correos del Norte, de los sobaipuris de San Javier del Bac, más de 40 leguas de camino, y de San Cayetano del Tumagacori, con unas cruces que nos daban puestos de rodillas y con grande veneración, rogándonos de parte de toda su gente que nos llegásemos también a sus rancherías. Díjome el padre visitador que esas cruces que traían eran lenguas que hablaban mucho y con mucha eficacia, que no podían dejar de ir a donde con ellas nos llamaban,

con lo cual subimos al valle de Guebavi, camino como de 15 leguas; llegamos a la ranhería de San Cayetano del Tumagocori, adonde estaban algunos principales sobaipuris, que habían venido 20 y 25 leguas del norte. En San Cayetano nos habían prevenido tres ramadas, la una en que decir misa, la otra en que dormir y la tercera para cocina; había más de 40 casas juntas, se hicieron algunos bautismos de párvulos y a todos dio el padre visitador buenas esperanzas de que conseguirían los padres y el santo bautismo y el remedio de su eterna salvación que pedían. Y habiendo visto S. R. tanta gente tan dócil y tan afable, con tan lindos y tan fértiles y amenos valles de indios trabajadores, me dijo estas palabras: “Mi padre rector: no sólo no se tratará de quitar a esta Pimería alguno de los cuatro padres concedidos, sino que vendrán otros cuatro más, y yo con la divina gracia procuraré ser uno de ellos.” Pasamos a la ranhería de Guebavi y al valle y ranhería de Santa María, camino de 15 leguas, adonde estuvimos cinco días catequizando y bautizando párvulos y adultos; vinimos a Cocospera y se entregó este nuevo pueblo al padre Sandoval. En todos estos caminos el padre visitador y yo hablamos juntamente de la suspendida California, y que estas tierras y valles tan fértiles desta Pimería podrían ser el remedio de las tierras más corlas y más estériles de la California, de lo cual hizo informe para México.

CAPÍTULO III.— *Informe del estado desta Pimería del padre visitador para el padre provincial Ambrosio Oddón y respuesta del padre provincial*

En Cocospera estuvimos otros cinco días a finales de enero de 91 catequizando y bautizando párvulos y adultos, que habían aprendido las operaciones y la doctrina cristiana, y escribiendo y haciendo informe de lo visto para México, y para cual, en virtud de lo que escribió e informó el visitador, y en virtud de mi carta, me respondió las siguientes palabras: “Agradezco a V. R. en mi alma el celo santo con que entiende en el bien de aquellas almas con la relación e informe que recibo del padre visitador Juan María Salvatierra. No hay que fatigarse que las cosas del servicio de Dios tengan su oposición, tanto más sensible cuanto va revestida de celo y fundada en falso juicio.”

Habiéndonos con su santa visita desta Pimería dejado instruidos y consolados a todos el padre visitador, salió S. R. a la visita del Rectorado de los Santos Mártires del Japón, encomendándome con su santo celo la reducción de los sobaipuris del norte y la de los sobas al poniente, y en orden a la California la fábrica de un barquillo para poder pasar allá. S. R. se fue después a su misión de Chinipas, y por acá fueron tantas las acostumbradas contradicciones y oposiciones, que habiéndose llevado como siempre los jcomes, junos y sumas varias manadas y caballadas desta provincia y de sus fronteras, se achacaron, aunque siniestramente, las maldades a los pimas y se atrasó del todo su conversión y la venida de los padres misioneros.

CAPÍTULO IV.— *Entrada a los sobaipuris al norte*

No obstante la contradicción existente, por constarme la quietud de toda la Pimería, por finales de agosto y principios de septiembre de 1692, entré con 50 cabalgaduras con mis sirvientes y con algunas justicias a los unos y otros sobaipuris del norte y del nordeste; éstos están en los valles del río de Quiburi, al oriente, y aquéllos en los valles y río de Santa María, al poniente de los otros. La entrada fue de más de 80 leguas de camino muy llano; encontré a los

naturales muy afables y amigables, y en particular en la principal ranchería de San Javier del Bac, que tiene como 800 almas: les hablé la palabra de Dios, y en el mapa mundi les enseñé las tierras y los ríos y los mares por donde los padres veníamos desde muy lejos a traerles la saludable enseñanza de nuestra santa fe, y les dije cómo también los españoles antiguamente no eran cristianos, y que vino Santiago a enseñarles la fe, que al principio, en catorce años, no pudo bautizar más que unos pocos, de lo cual el Santo Apóstol estaba desconsolado; pero que se le apareció la Virgen Santísima y le consoló diciéndole que aquellos pocos convertirían a los demás españoles, y los españoles convertirían las demás gentes en todo el mundo. Y les enseñé en el mapa mundi cómo los españoles y la fe habían venido por la mar a Veracruz y entrado a la Puebla y México y a Guadalajara y a Sinaloa y a Sonora y ahora a sus tierras de los pimas, a Nuestra Señora de los Dolores del Cosari, adonde ya había muchos bautizados, casa e iglesia, campanas y santos, muchos bastimentos, trigo y maíz, muchos ganados y mucha caballada, que todo lo podían ir a ver y aun desde luego preguntar a sus parientes mis sirvientes que allí iban en mi compañía: éstas y las demás pláticas de las cosas de Dios y del cielo y del infierno las oyeron con gusto, y me dijeron que querían ser cristianos, y me dieron unos párvulos a bautizar; están estos sobaipuris en un grandioso valle del río de Santa María, al poniente. Después pasé a los otros sobaipuris del oriente del río de San José de Terrenate o de Quiburi, que distan como 30 leguas en su principal ranchería, que es la de San Salvador del Baicatean; el capitán Coro y los demás me recibieron con todo agasajo; es verdad que los encontré todavía algo menos dóciles que los antecedentes del poniente.

CAPÍTULO V.— *Entrada o misión al poniente a la nación, del Soba y hasta la mar de la California y hasta dar vista a la misma California*

Entre tanto entró por provincial el padre Diego de Almonazid, padre visitador Juan Muñoz de Burgos, y desde 11 de diciembre hasta 24 entré al poniente a la nación de pimas que llaman del Soba, el cual es su principal cacique y capitán destes más de 4 000 indios; ha sido siempre muy valiente en varias guerras que ha tenido con estos pimas del oriente, y desde que diez o doce años antes los del Soba mataron al gobernador desta ranchería, ahora pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, llamando el Podenco, quedaban muy enemistados, fue nuestro Señor servido que los pusiéramos en paz; con eso entré con el padre Agustín de Campos y con el capitán Sebastián Romero y con mis sirvientes, encontrando la gente afable, y sólo que en algunas partes se iban de miedo, extrañando las caras nuevas y blancas que nunca habían visto. A las como ocho leguas de camino llegamos a un cerrito, que le pusimos El Nazareno, y desde su cumbre, el 18 de diciembre, divisamos patentemente más de 25 leguas de tierra corrida de la California, pues no hay más de 19 o 18 leguas de travesía a la principal ranchería. A petición del padre Antonio Leal, que asistía en Arizpe, le pusimos de la Concepción de Nuestra Señora del Caborca, y S. R. ofreció la misa del día de San Francisco Javier a Nuestra Señora por el buen suceso desta entrada del Caborca.

CAPÍTULO VI.— *Dedicación de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores*

Este mismo año de 93, en 23 de abril, se dedicó solemnemente esta nueva iglesia de Nuestra Señora de los Dolores; vinieron a esta solemnidad el padre rector de Matape, Marcos de Loyola,

y el padre visitador Juan Muñoz de Burgos, que cantó la misa, y el padre Jeorge Hostinski de San Ignacio, que predicó. También vinieron muy muchos pimas del norte y del poniente.

Por julio entre a la nación del Soba, con el teniente Juan Matheo Mange, y dimos comienzo a un barco cortando las maderas y unos tablones grandes. Las demás maderas, planes y tabanares y barragantes se labraron aquí en Nuestra Señora de los Dolores, con ánimo de llevar todo este barco acuartelado a la mar con mulas, y allí armarlo, clavarlo, calafatearlo, embrocarlo y pasar a la cercana California. Y también después dilató y estorbó las cosas la oposición, aunque Nuestro Señor ha sabido disponer otras cosas aún mejores, como se verá después en lo que ya se hace en la California.

CAPÍTULO VII.— *Segunda y tercera entrada al mar de California*

Por febrero de 1694 años hice otra entrada hasta las mismas aguas del mar de California, en compañía del padre Marcos Antonio Kappus, que asistía en Cucurpe, y del teniente Juan Matheo Mange; divisamos otra vez muy patentemente la misma California, y a sus principales y mayores cerros los pusimos de San Marcos, de San Mateo, de San Juan (que ya San Lucas está en el cabo de la California) y de San Antonio, como se puede ver en el mapa. Los naturales de la nación del Soba los experimentamos tan amigables, que habiendo venido 30, 40 y 50 leguas de camino del Norte a vernos, dándonos sus párvulos a bautizar.

Pocos meses después hice otra entrada a esta nación y a la mar con el teniente Juan Matheo Mange, y descubrimos el buen puerto de Santa Sabina el día de la santa.

Estos meses y los antecedentes en la Concepción del Caborica se fabricó cena, capas, sala de adobe y terrado; se sembró trigo y maíz pata el provincial que rogaban y esperaban recibir.

CAPÍTULO VIII.— *Entrada o misión al norte y al noroeste de más de 100 leguas hasta el río y Casa Grande, y descubrimiento de las dos nuevas naciones, La Opa y la Cocomaricopa*

Por noviembre de 1694 entré con mis sirvientes y algunos justicias desta Pimería hasta la Casa Grande, que así la llaman estos pimas, y es el río caudaloso de Gila, que sale desde el Nuevo México, y tiene su origen cerca de Acomia. Está este río y esta Casa Grande y sus cercanas 43 leguas más adelante y al noroeste de los sobaipuris de San Francisco Javier del Bac. A la primera ranchería del Tusonimo le pusimos la Encarnación, pues llegamos a decir misa allí el primer domingo de Adviento, y porque nos vinieron a ver otros muchos indios de la ranchería del Coatoydag, que estaba cuatro leguas más adelante, le pusimos de San Andrés, pues el día siguiente era día del Santo Apostól. Toda era gente afable y dócil, y nos dieron noticias de las dos naciones amigas que hay más adelante por todo el río abajo al poniente y al noroeste en el río Azul, y más adelante en el río Colorado, que son la de los opas y la de los cocomaricopas, que son de muy diferente, pero muy clara lengua, y como había algunos que sabían muy bien entrambas lenguas, desde luego hice con facilidad un vocabulario y también mapa de aquellas tierras, pesando el sol con el astrolabio. La Casa Grande es un edificio de cuatro altos, tan grande como un castillo y como la mayor iglesia destas tierras de Sonora; dicese la dejaron y despoblaron los mayores de Moctezuma, y, perseguidos de los cercanos apaches, salieron al oriente o Casas Grandes, y de allí tiraron hacia el sur y suroeste, y fueron a fundar la gran ciudad

y corte de México. Junto a esta Casa Grande hay otras 13 menores, algo más caídas, y las ruinas de otras muchas casas, que se reconocía que antiguamente hubo aquí una ciudad. En esta ocasión y en otras después he sabido y oído, y a veces visto, que más al oriente y al norte y al poniente hay otras siete u ocho destas casas grandes antiguas y las ruinas de ciudades enteras con muchos metates y ollas quebrados, carbones, etc., y serían sin falta las siete ciudades que refiere el apostólico varón fray Marcos de Niza, el cual, en su larga peregrinación, vino hasta el Bacapa, ranchería destas costas que dista como 60 leguas desta Casa Grande al sudoeste, y está como 20 leguas de la mar de la California, y los guías o intérpretes darían a S. R. las noticias que trae en su libro destas siete ciudades, aunque sin falta desde entonces y desde mucho antes estarían ya despobladas. Los naturales pimas, opas y cocomaricopas quedaron muy consolados.

LIBRO III

LLEGADA DEL V. P. FRANCISCO JAVIER SAETA A ESTAS NUEVAS CONVERSIONES, SUS APOSTÓLICOS FERVORES, TRABAJO, CELO Y SANTAS CARTAS, SU GLORIOSA INOCENTE MUERTE Y VARIAS CARTAS PRONÓSTICAS DEL GRAN TRATO DE ELLAS

CAPÍTULO PRIMERO.— *Entrada del V. P. Francisco Javier Saeta a su nueva misión de Nuestra Señora de la Concepción del Caborca*

Aunque de la gloriosa inocente muerte del V. P. Francisco Javier Saeta he escrito otro tratadito de más de dos pliegos, digo aquí en compendio que este muy fervoroso apostólico varón fue de la más principal sangre; pero ahora es su sangre muy gloriosa y dichosísima por quedar derramada en el apostólico ministerio de la predicación y dilatación de nuestra santa fe católica. Vino el V. P. de México a estas nuevas conversiones desta Pimería a mediado de octubre de 1694, y por orden de los superiores, saliendo deste partido de Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, en la nación del Soba, al poniente dista de Nuestra Señora de los Dolores 44 leguas y sólo 20 del mar de la California, a la cual el V. P. con sumo gusto suyo aspiraba y esperaba pasar algún día. Desde Nuestra Señora de los Dolores hasta la Concepción hay otros dos partidos de por medio: el de San Ignacio, adonde asistía y todavía asiste el padre Agustín de Campos, y el Tubutama, adonde asistía el padre Daniel Ganusque. Nosotros entramos por el camino más derecho, dejando estos dos referidos partidos a la derecha; y al V. P. le fue de singularísimo consuelo y de suma admiración ver la mucha afabilidad y docilidad de la tan amigable gente que en todas partes hallamos, que desde luego le dieron unos cuantos párvulos a bautizar. Al primero que bautizó le puso el nombre de su queridísimo patrón, San Francisco Javier; a otro, San Ignacio; a otro, San Pedro; a otra, María; a otra, Rosalía, etc. Tres leguas más acá está la ranchería o pueblo incoado de San Diego del Pequín, que también pertenecía a la misión de la Concepción; en el uno y otro puesto, los hilos nos recibieron con sumo consuelo suyo y nuestro y con muchas cruces y arcos puestos en todos aquellos amenos y llanos caminos.

CAPÍTULO II.— *Primeros santos fervores, santocelo y una de sus santas cartas del V. P. Francisco Javier Saeta*

El V. P. emprendió desde luego con admirable santo fervor lo espiritual y temporal de su nueva misión con la enseñanza de la doctrina cristiana por medio del intérprete y con la enseñanza de las oraciones, dando juntamente principio a la fábrica de una capilla o iglesita, trabajando personalmente en la obra con sus santas manos. Laborentis manibus nostris, como decía San Pablo. Hizo una buena huerta, sementera de trigo; después, estancias. Ocho o nueve

fervorosísimas santas cartas que me escribe el V. P. y están en mi poder, y las miro y guardo como reliquias, os dan a entender su tiernísima, finísima apostólica caridad, celo y santo fervor; a los ocho días después de haber entrado a la Concepción me escribe lo siguiente:

“Por la misericordia de Dios tengo bastante valor para sufrir todo por su amor y con alegría. Los hilos, con su proceder, me dan mil consuelos (que es de lo que yo hago caso), como V. R. podrá leer en la inclusa para el padre visitador, de la cual podrá sacar también lo demás, y la relación citada De nuestra entrada a esta nueva Misión. Los hilos han hecho 500 adobes.” Hasta aquí el V. P. En ese mismo tiempo dispusieron los superiores que las nuevas Misiones desta Pimería con el cercano partido de Cocurpe formase y fuese Rectorado aparte, y fue nombrado por su rector, el padre Marcos Antonio Kappus, que hoy es rector de Matape, y se intituló el Rectorado o Misión de Nuestra Señora de los Dolores, pues tenía seis padres con el de Cocospera.

CAPÍTULO III.— *El V. P. sale a buscar una limosna para su nueva Misión y para la fábrica de su nueva iglesia*

Después, mediado noviembre, determinó el V. P. ir a recoger entre los demás padres de las Misiones antiguas una limosna para su nuevo partido y fábrica de su iglesia. Yo le había prometido, y le fui dando, cien cabezas de ganado mayor y otras tantas de ganado menor, 60 fanegas de trigo y de maíz, una manada de yeguas. Vino S. R. a Nuestra Señora de los Dolores y pasó a Cucurpe, desde donde me escribió la siguiente carta el 15 de noviembre:

“El padre rector se ha consolado mucho de las buenas nuevas que le lie comunicado acerca de los felices comienzos de mi misión, y me da amplia facultad para procurar mediante la caridad de nuestros padres los aumentos de ella en lo temporal, para que lo tenga en lo espiritual. No dejaré V. R. con su fervorosa caridad y celo de rogar a Dios por el feliz suceso, que todo sea a mayor gloria de Dios y bien espiritual de nuestros queridísimos hijos, a los cuales, si hubiere ocasión, saludo de todo corazón.”

Hasta aquí el V. P., el cual luego pasó a los otros tres dilatados Rectorados, al de San Francisco Javier de Sonora, al de San Francisco y Borja y al de los Santos Mártires del Japón, y en todas partes, y con especialidad en Matape, reconociendo su tan buen celo, se le dio una liberal limosna.

CAPÍTULO IV.— *Tercera muy tierna carta del V. P. Francisco Javier Saeta, en la cual se reconoce su más que paternal afecto para con sus hijos*

El 19 de enero, desde el partido de Guepaca de Sonora, me escribió esta muy caritativa y amorosísima carta:

“Remito a V. R. dos envoltorios; salgo para Matape y me voy dando mucha prisa, pues grandes deseos que tengo de dar a V. R. mil cordialísimos amplexos y verme entre mis queridísimos hijos, a los cuales con todo corazón y con todo amor saludo y abrazo, y doy por bien empleados estos trabajos que he pasado para ayuda de ellos: *Sit nomen Domini benedictum*; el señor gobernador y el capitán don Pedro de Almazán y el padre rector Manuel González se

encomiendan mucho a V. R. Perdona V. R. los pésimos caracteres, que estoy escribiendo con un flechazo, y a Dios mi amantísimo Padre.”

Humilibus ex corde Xaverius Saeta. Ya el V. P. había pasado por Matape algunas semanas antes, y ahora volvía a saber lo que se le daba y para cuándo, que fue una muy caritativa y cuantiosa limosna del padre rector Marcos de Loyola, muy fino y muy celoso, amante y gran bienhechor de nuevas conversiones.

CAPÍTULO V.— *El V. P. vuelve a su Misión, y con otra carta declara el muy buen proceder de sus hijos*

A finales de enero de 1695, volvió el V. P. a su Misión de la Concepción de Nuestra Señora del Caborca, muy consolado él y los hijos, alegrándose ellos mucho de ver que los pocos sirvientes que habían salido con S. R. volvían ahora muy bien vestidos y diciendo cosas muy nuevas de las Misiones que anteriormente nunca habían visto, y en donde recibieron en todas partes mucho agasajo y más que si hubieran andado entre sus propios parientes. El consuelo del V. P. lo indica la carta siguiente, de 4 de marzo de 1695, en la que dice:

“Mis hijos se ponen a los pies de V. R., a lo cual no puedo dar de ellos sino buenas nuevas. Las justicias me recibieron corriendo en el camino y con igual alegría y consuelo al que experimento yo con verlos y amplexarlos, como a mis deseados y queridísimos hijos; prosiguen en asistir todas las mañanas a misa, y dos veces al día a la doctrina cristiana; así grandes como pequeños trabajan con todo amor y se han hecho ayudar de otras tres rancharías del contorno, que es del Unuicat, Bopota y Actun, cuyos gobernadores me han prometido que bajarán con su gente a vivir conmigo en este pueblo como yo les he pedido. Si lo hacen, es cierto que será mucha gloria de Dios y se podrá formar un pueblo de los mayores desta provincia; no faltará por omisión de mis diligencias. He sembrado un amenísimo pedazo de huerta, en la cual están plantados los arbolitos y sembradas las semillas de hortaliza para refresco de los navegantes de la California.” Añade que daba ya principio a una buena estancia con sus corrales y con bastante agua.

CAPÍTULO VI.— *Otras dos cartas en que el V. P. declara su santo buen deseo de pasar a la conversión de la California*

Lo mucho que el V. P. deseaba y solicitaba aún a las nuevas conversiones ultramarinas de la California, sácase de sus dos siguientes cartas, la una de 15 y la otra de 21 de marzo de 95 años; en la una me escribe así: “Ayer, 14 del corriente, recibí la gratísima de V. R. de 2 deste, con el indio Santiago, el cual me trajo las 60 cabezas de ganado menor para esta nueva Misión, que con las 35 antecedentes son 115. Las 15 serán para nuestra querida California, como V. R. insinúa. Dios pague a V. R. la caridad mientras de mi parte le doy los debidos agradecimientos de todo corazón.”

En la otra carta, de 21 de marzo, dice así: “Con inexplicable consuelo mío y de mis hijos, llegaron ayer, Domingo de Pasión, 20 del corriente, los vaqueros con el ganado mayor que V. R. da para esta Misión, que son 100 cabezas, como V. R. me insinúa. Las otras cinco vacas pintas quedan con el hierro de V. R., como es de su gusto, aplicadas a nuestra queridísima santa

ermitaña Rosalía de las Californias, a la cual estoy continuamente rogando a que *Sit portus et aura suis*, para que pasemos un día a colocar con nuestras propias manos una estampa y con el tiempo una estatua suya en aquel inocente y dichoso cerrito a ella dedicado.”

CAPÍTULO VII.— *Carta en que el V. P. rehúsa salir de la Concepción para quedarse a conseguir la corona del martirio en la Semana Santa*

Síguese la séptima carta del V. R., en la cual manifiesta su determinación de no querer, pese a ser llamado, salir de su Misión por quererse quedar a recibir la corona del martirio en el tiempo santo que la logró el Redentor del mundo y Rey de los mártires. Díceme, pues, el V. P. en 9 de marzo así: “Recibo la carísima última de V. R., del 24 del pasado, con los arrieros que me trajeron mis petacas y llegaron a 4 deste. Estimo muchísimo la noble atención de V. R. en quererme convidar a divertirme, pero digo, mi padre, que no podré gozar de los favores de V. R., pues en realidad, así en lo espiritual como en lo temporal, estoy ya muy engolfado, que previniendo estas dificultades que ahora había de haber en volver a salir, procuré quitarme de una vez de todos los negocios que pude, porque entonces yo no hacía aquí falta, y ahora creo que la hiciera aquí muy grande. En efecto, me he excusado también para la Semana Santa que me habían convidado en otras partes, y apenas podré ir a San Pedro del Tubutama a cumplir con la iglesia; no faltarán ocasiones. Va Francisco.” Hasta aquí el V. P. Francisco Javier Saeta.

CAPÍTULO VIII.— *Carta última del V. P., de tiernísima despedida*

Añado la octava y última carta que el V. P. me escribe en 10 de abril; pocas horas antes de su gloriosa muerte, que sin saberla ni sospecharla, es una despedida tiernísima, que la recibo a las veintisiete horas después de su santo martirio, habiendo dos horas antes venido las noticias de su mismo fallecimiento, y es como se sigue: “Me llega la gratísima de V. R., con las tortas de pan y bizcocho, de lo cual doy a V. R. los debidos cordiales agradecimientos. En lo que toca que nos veamos un día destes, V. R. podrá avisarme con un indio cuándo gusta que llegue al puesto de Santa María, que, aunque yo hago aquí muchísima falta por un momento que salga, por lo mucho que estoy engolfado, sin embargo hurtaré ese rato, y como veloz saeta volaré a ponerme a los pies de V. R. y recibir sus mandatos y discurrir de medio mundo. Me holgaré si con la junta pueden venir los referidos trastes de ropa de alguno destes Rectorados para mis hijos, que se reducen a sayal, fresadas, chomite y pisiete, que yo pagaré su valor a más tardar en la cosecha del trigo, que aquí será temprano, o con trigo o con plata, con toda puntualidad, pues aquí se trabaja con fervor, *ferdct opus*, y reconozco que estos atractivos conducen mucho así para lo espiritual como para lo temporal. No me puedo dilatar mucho en esto, que el portador quiere volverse. Quedo siempre a las órdenes de V. R. *Vale pater optime et intuis sacrificitis tui indignísimi famuli ne obliuis caris precor*. Concepción de Nuestra Señora del Caborca, y abril 10 de 1695. De V. R., su menor, siervo en Cristo, Javier Saeta.

“P. S.— I. Por falta de vinagre no he probado todavía mi muy linda nueva hortaliza. Estimo mucho el agasajo que V. R. me hace en escribir en mi abogo a los superiores, y aunque yo no merezca sino todo género de confusión, pues lo que hago nada es en comparación de lo que debo a la Divina Majestad y sus queridísimas almas, no por eso dejo de agradecer el afecto. *Vale terum humanissime pater et felix vive*.

“P. S.— II. El portador de la de V. R. me ha desconsolado indeciblemente con la nueva que me trajo de que los jocomes dieron el otro día en San Pedro del Tubutama y mataron al pobre de Martín y al muchacho Fernando que volvían de traerme el ganado. Por Dios me avisará V. R. de lo que hubiere, como también del padre Daniel...”

Hasta aquí el V. P. en su última carta por dentro, y después de cerrada, me escribe por defuera lo siguiente: “Me holgaré mucho que V. R. haya recibido el envoltorio de las reliquias y trastecillos que envié a V. R. con el padre Daniel. Me llegaron dos costales de maíz por medio del gobernador del Bosna; el maíz de Santa Marta no se pudo traer por razón de los enemigos, pues se confirman las muertes de Martín y del muchacho. V. R. no me pierda de vista...”

Hasta aquí el R. P. Y recibo esta última tristísima y larga a las once del día de Pascua de Resurrección, habiendo dos horas antes, como a las nueve del día, las tristes nuevas de su santa muerte (la cual fue el Sábado Santo o de Gloria, en 2 de abril de 1695, por la mañana al salir el sol, como luego diré en el capítulo IX, y fue el aviso de ella en 27 horas, camino de 46 leguas).

CAPÍTULO IX.— *De otras muertes que hubo en San Pedro del Tubutama*

Los alborotos y muertes que el V. P. avisa en su última carta, y se atribuían a los jocomes, no eran sino de los mismos tubutamas, y después también de algunos otros disgustados y muy alterados e irritados con algunos malos tratos y rigores nuevos y antiguos, y aun con algunas muertes del poniente y del norte. Y esos alborotados fueron a dar en la Concepción con la destrucción de casi toda la Misión, las tres muertes que hubo en el Tubutama en 29 de marzo, cuatro días antes de la muerte del V. P., que fueron las de tres indios ópatas, la de Antonio el vaquero del Tubutama, y la del Martín y la del muchacho Fernando, que venían de vuelta de la Concepción. Conocidamente las hicieron y cometieron los tubutamas por el riguroso colérico trato con que repetidas veces el referido indio Antonio, opata, maltrataba y aporreaba a los indios pimas del Tubutama. Y el mismo día 29 de marzo, Martes Santo, derribó en el suelo y a espolonazos hirió al caporal de la estancia, el cual dio estos gritos: “¡Ah parientes! ¡Que me mata este opata!” Con lo cual los demás pimas le tiraron dos flechazos; púsose, no obstante, a caballo, y huyó al pueblo; le siguieron y le mataron a él y a los otros indios ópatas referidos; despojaron y quemaron la casa e iglesita del V. P.; mataron mucho ganado mayor, que el V. P. había salido pocas horas antes para San Ignacio y para Cucurpe. La noticia de todo esto, y parece que algunos destos alborotos, pasaron a la cercana ranchería de San Antonio del Uquitoa, que dista ocho leguas al sudoeste, y los disgustados que allí había con otros, en total como 40, trataron de ejecutar lo propio, que dista como otras 12 leguas, y cooperando el común enemigo y otros sus secuaces al total atraso de nuestra santa fe, el primer día de abril bajaron éstos como 40 malévolos a San Diego del Piquín, que dista tres leguas de la Concepción; determinaron ejecutar la madrugadita siguiente las sacrilegas maldades que en la persona del V. P. y en sus bienes, y en sus cuatro sirvientes ópatas y forasteros, tan bárbaramente ejecutados.

CAPÍTULO X.— *Dichosa y gloriosa muerte del V. P. Francisco Javier Saeta y de sus cuatro sirvientes y despojo de su casa*

El día 2 de abril de 1695, Sábado de Gloria, al salir el sol, entraron en la casa del V. P. los referidos como 40 malévolos de San Antonio del Uquitoa, al parecer en paz, pero con sus arcos y

flechas; hablaron con el V. P. y el V. P. con ellos, y los despidió amigablemente; salieron y llegó el V. P. con ellos hasta la puerta de la capaz sala, adonde luego el V. P. reconoció su mal intento de los sacrilegos, y aunque el V. P. llamó al capitán de la Concepción, pero que de miedo de la gente armada no acudió luego; el V. P. se puso de rodillas en la misma puerta de su sala (que era la que todavía servía de iglesita) a recibir, como recibió, los dos flechazos, y levantándose con ellos entró a abrazarse con un muy lindo Santo Cristo de bulto que había traído consigo desde Europa, y sentándose sobre una caja por la flaqueza y dolor, y después sobre la cama, y desangrándose, dio su dichoso espíritu al Soberano Criador.

También mataron estos crueles bárbaros a los cuatro sirvientes del V. P. El uno se llamaba Francisco Javier, era natural de los Ures, servía de intérprete y estaba casado con una india pima de esta Pimería llamada Lucía, natural de la ranchería grande de Mototicachi, que tan sin causa se destruyó el año de 1688, llevando más de 20 presos de ella al real que llaman de los Frailes y apoloteando más de 50 naturales, sólo por las siniestras sospechas de que estos naturales hacían los robos de caballadas y hostilidades desta provincia, siendo en particular ahora tan notorio que siempre los han hecho los jocomes, janos, yumas y apaches revueltos, y no estos tan perseguidos pobres pimas desta dilatada Pimería de por acá; por eso mandó su excelencia que dichos presos se restituyeran a su libertad y a su nación, con lo cual vino dicha Lucía a dar a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, adonde casó con el referido Francisco Javier. El tercero fue un sabanero natural de Cumpas, llamado Francisco. El cuarto otro muchacho natural de los Ures, llamado Fernando, que había ayudado a llevar el ganado a la Concepción. Los bárbaros despojaron la casa del V. P., mataron y desparramaron el ganado mayor y menor y la caballada, y se fueron dejando llorosos a los de la Concepción. De hoy a cuatro o cinco días llegó el gobernador del Bosna a la Concepción, a quien yo había despachado a saber con individualidad de todo lo sucedido, y como encontró los cuerpos de los muertos que se corrompían, los quemó por no poderles dar otra sepultura. Junto al cuerpo del V. P. halló el Santo Cristo que ya me lo traía; pero como en el camino encontró a los soldados del presidio, se lo quitaron.

CAPÍTULO XI.— *Entrada del Presidio desta provincia a Sonora a castigar a los delincuentes y a sacar el cuerpo del V. P.*

Con los avisos que luego despaché a los superiores y a la real justicia, acudió y vino al instante el señor gobernador de las Armas, don Domingo Gironza Petriz de Cruzat, con los soldados de su presidio, y con muchos indios amigos y con el padre Agustín de Campos y con el padre Fernando Bayerca, para el castigo de las maldades y a sacar el cuerpo del V. P. entrando a la Concepción (por haberse en todas partes por allá huido la gente de miedo de los soldados, que nunca los habían visto), habiendo matado a un muchacho y apoloteado a una india, y sacado tres presitos que toparon, sacaron los huesos y cenizas del V. P. y varios papeles y libros y otros trastecillos, y de vuelta vino el señor gobernador a tener el día de la Santa Cruz de Mayo en esta nueva iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, confesando y comulgando por la mañana. Y la tarde pasamos todos al cercano pueblo de Cucurpe, llevamos los huesos y cenizas del V. P., y el señor gobernador quiso con mucha edificación de todos llevar de diestro la mula que llevaba el cajoncito en que iban dichos huesos del V. P. El día siguiente fue el entierro, cantando la misa el

padre rector de este Rectorado de Nuestra Señora de los Dolores, que lo era el padre Marcos Antonio Kappus.

CAPÍTULO XII.— *Segunda y nueva entrada del presidio y nuevos y mayores alborotos que antes*

Por haber huido lejos por miedo del presidio toda la gente del Tubutama y de sus contornos y la de la Concepción, y mucho más los delincuentes de San Antonio del Uquitoa, el señor gobernador de las armas era de parecer que se aguardase un poco, y al descuido se hiciese el castigo de los principales delincuentes, cooperando a eso los demás pimas buenos y que no eran culpables ni cómplices de las maldades, pero otros instaron para que luego se volviese [a] hacer un gran castigo; volvió a entrar el capitán del presidio, llamamos la gente con los delincuentes del Tubutama a hacer las paces, entrando los buenos y justicias a buscar y llamar a los delincuentes; vinieron todos con cruces y sin armas, pero se mataron todos, entre malos y buenos, más de 50, el capitán del Bosna y al gobernador del Tupo, que con suma fineza y lealtad habían trabajado y caminado tanto para ir a traer a los delincuentes y cooperando a su castigo. Con tantas muertes de tantos inocentes, que sólo cinco o seis eran los delincuentes que allí había, se irritaron y alborotaron en tanta manera los parientes de los difuntos, que habiéndose también retirado o salido el presidio, quemaron la casa o capilla de San Ignacio y de San José de los Himeris y de Santa María Magdalena y de la Concepción, que en la muerte del V. P. no la habían quemado, profanando los ornamentos y destruyendo cuanto había de bastimentos y ganados y caballadas. Y se tuvo a dicha que el padre Agustín de Campos, con los seis soldados que le habían quedado de escolta, saliesen vivos a Cucurpe y Odope, y nos vimos todos en grandes aprietos. Yo envié los recaudos que pude de sosiego a todas partes, y por la divina gracia no pasó el mal adelante.

CAPÍTULO XIII.— *Tercera entrada de tres presidios, con 150 hombres y con muy muchos indios amigos de todas partes, aun de Hiaqui*

Por julio y agosto entraron después de tres campos o presidios con 150 hombres y con 200 cargas de bastimentos y con muchos indios amigos de todas partes, y aun de la misma Pimería del norte, pues además deste presidio de Sonora entró el presidio de Janos con el general Juan Fernández de la Fuente. Item el presidio del Gallo, con el general don Domingo Therán, pasando estos dos presidios por las tierras de los hocomes y enemigos janos para venir a esta Pimería, entre las cuales en el cerro de Chiri Cagüi hallaron casi todos los despojos de los muchos robos que todos estos años se habían hecho en esta provincia de Sonora y sus fronteras, muchos arcabuces, espadas, dagas, espuelas, cojinillos, sillas, botines, que muchos tan siniestramente habían achacado a los pimas sobaipuris. También se hallaron los pedazos del clarín que quitaron al clarinero del general Quirós; y muy frescos, y se hallaron entre estos jocomes, los despojos del soldado Juan de Ochoa, al cual pocas semanas antes habían llevado preso y vivo, matándole sus otros tres compañeros en el camino entre Guachinera y Guazabas; y rescatándose muchos de los referidos despojos, arcabuces, sillas, se les dieron unas pases interinas mientras se venían a la Pimería, en la cual se adelantó el general don Domingo Therán, entrando al Tubutama de noche, sin que lo supieran los otros dos presidios; y mató 15 o 16 pimas, con lo cual se huyó en todas partes la gente, siendo así que estaba muy pronta a entregar los reos al merecido castigo. Los

presidios, con los indios amigos, subieron del Tubutama al Saric, y bajaron hasta la Concepción, camino de más de cuarenta leguas, gastando el tiempo de muchas semanas sin fruto por estar siempre toda la gente muy retirada, hasta que la mucha cordura, gran experiencia y muy cristiano celo del general Juan Fernández de la Fuente, reconociendo que en estos pimas no había alzamiento, pues en todo este tiempo no se resistieron, o opusieron, o dieron guerra a nadie en ninguna parte, sino que sólo estaban retirados y huyéndose de miedo de las armas, trató de que se hicieran las paces con cargo y condición que los mismos pimas y sus principales capitanes y gobernadores se obligasen a entregar a los principales delincuentes en la muerte del V. P. Francisco Javier Saeta, y admitieron gustosos la propuesta los pimas.

LIBRO IV

PACES GENERALES DESTA PIMERÍA Y CARTAS DE VARIAS PERSONAS PRINCIPALES QUE PRONOSTICAN Y PROMETEN LOS GRANDES FRUTOS DE LA INOCENTE Y DICHOSA MUERTE DEL V. P. FRANCISCO JAVIER SAETA

CAPÍTULO PRIMERO.— *Las muy católicas paces desta Pimería*

Viendo el general Juan Fernández de la Fuente que todos los pimas, así retirados como no retirados, así del poniente como del norte, se acomodaban tan amigablemente a sus muy caritativas y muy católicas propuestas acerca de las paces, me llamó su merced a ver si las paces quedarían bien hechas, de suerte que los padres quedásemos seguros y contentos y con satisfacción. Y fui luego al Tupo y a la Concepción, adonde llegaron luego muchos hijos de seis distintas rancherías o pueblos en 25 de agosto. Luego vinimos a los llanos de la ciénega del Tupo, y en 30 de agosto, día de la gloriosísima indiana Santa Rosa de Santa María, bajaron y llegaron otras siete rancherías o pueblos y muchos gobernadores, y después de varias y muy pacíficas y muy católicas pláticas, así de parte de la Compañía como y con toda especialidad de parte de los señores generales, en nombre de las dos majestades se asentaron unas muy amigables, muy finas y muy cristianas paces, obligándose con todo gusto los pimas que en breve entregarían a los principales delincuentes al merecido castigo, y era de singularísimo consuelo y edificación y ternura ver aquellos señores generales abrazarse con tan caritativos, cristianos, católicos amplejos y amigables abrazos con aquellos pobres capitanes y gobernadores pímicos, y gracias al soberano Señor quedaron asentadas unas tan bien fundadas y fijas paces, que por la divina misericordia, aun con muy grande utilidad de la provincia y con muy grandes daños de nuestros enemigos los hocomes, han quedado muy permanentes; y a su tiempo cumplieron su palabra estos capitanes y gobernadores entregando a la real justicia los principales delincuentes, que quedaron catequizados y bautizados y prevenidos para la muerte, aunque viéndolos tan humildes y tan arrepentidos, la paternal muy grande caridad del padre visitador Horacio Polici les alcanzó el perdón.

CAPÍTULO II.— *Cartas diversas de personas principales que pronostican y prometen muy copiosos frutos espirituales y temporales en la numerosa y más constante conversión de muchas almas y en primer lugar las cartas de los superiores*

El padre rector de esta Misión o Rectorado de Nuestra Señora de los Dolores, Marcos Antonio Kapus, desde luego al principio de abril, cuando todavía estuvimos algo dudosos de la muerte del V. P. (por cuanto después de las nuevas de la muerte, que trajo un indio, vinieron muchas cartas del V. P.), me escribió las siguientes palabras: “Por instantes, *sen sim, sin sensu,*

me va entrando una veneración más y más grande deste nuestro glorioso protomártir. Yo espero en la divina Majestad de Nuestro Señor mirará por esta inocente víctima para el provecho de la conversión de muchísimas almas.” Y luego añade S. R.: “Yo tengo grandísimas esperanzas que todos estos males han de fructificar muchos y muy grandes bienes. Hágalo así su divina Majestad, y Ella sea nuestra protectora y nuestro amparo.”

El padre visitador Juan Muñoz de Burgos, desde el real de San Juan, por donde S. R. pasaba, volviéndose de la visita, me escribe lo siguiente: “Nuestro Señor pague a V. R. el celo santo con que procura atajar el incendio de gente tan ingrata. V. R., como padre de esos pobres, con sus consejos y santos sacrificios les ayude, porque espero en el Señor que en adelante ha de haber servido el riesgo de aquel ángel de que la Pimería rinda mucho fruto de la mayor gloria de Dios. Nuestro Señor me guarde a V. R. con mucho consuelo.” En otra carta de 19 de abril, S. R. me dice así: “Vuestra reverencia tenga buen ánimo, que espero en el Señor que todo esto ha de ser en mayor gloria de Dios, como hemos visto en otras nuevas conquistas en donde los nuestros han derramado su sangre.” En otra de su partido de Guepaca, me dice S. R. lo siguiente: “La salud de V. R. me ha tenido con bastante cuidado desde que me avisaron habían visto a V. R. con aspecto bien enfermo, y me inclino más a que en el caso presente padecerá más el corazón y celo santo de V. R. con la revolución de esa nueva cristiandad. Bien sabe Nuestro Señor que quisiera ver a V. R. con unas vivas esperanzas en Nuestro Dios, que en breve hemos de ver a esos pobres descarriados reducidos otra vez al gremio de Nuestra Santa Madre Iglesia. ¿En qué nuevas conversiones no hemos visto el derramamiento de sangre de apostólicos varones cuyo riego ha fertilizado la mies de muchas almas? V. R. por Dios se anime en el Señor y dilate su corazón y con el mismo celo prosiga en convertir a esos pobres ingratos.”

El padre provincial, Diego de Almonacid, habiendo oído de esta dichosa muerte del V. Francisco Javier Saeta, nos escribe y consuela a los demás padres, diciendo “que estaremos con mil deseos de lograr igual suerte con nuestro santo compañero, que pero contento el Señor, padre Saeta quiere a los demás para la enseñanza de esas gentes, y que sea sin sangre más prolongado el martirio en el continuo riesgo de la vida y penosa tarea de nuestro ministerio con su bruta terquedad [dice de los padres pímicos el padre provincial al padre visitador] me los encomiende a todos de mi parte y les signifique mi agradecida envidia a sus dichosos trabajos y venturosa suerte, muy conforme a los trabajos y vida apostólica”. Hasta aquí el padre provincial.

CAPÍTULO III.— *Otras cartas de otros padres graves que prometen y aseguran el mismo dichoso copioso fruto*

El padre rector del Colegio de Oposura, Manuel González, en 11 de mayo, escribió así: “Con el de V. R. recibí el papel del padre difunto Francisco Javier Saeta, que Dios Nuestro Señor tenga en su santa gloria, papel de mucha edificación, escrito pocos días antes de su muerte. He considerado y considero a V. R. en tan lastimoso y desgraciado suceso como el de nuestros hijos los pimas, en tanto desconsuelo, que quisiera significarlo en lugar de tinta con lágrimas de la sangre de mi corazón, mas me consuela el conocer a V. R., que sabe cuán altos y escondidos son los justos santos juicios de Dios Nuestro Señor, que con toda nuestra alma y corazón debemos adorar y venerar. Buen ánimo, mi amantísimo padre que Dios Nuestro Señor sabe sacar mucho

bien del mal. ¡Cuánto ha trabajado V. R. por el bien de esos pobres! ¡Cuán bien llevaba tan santo negocio, y cuán adelante le tenía, ya todo el mundo lo sabe!” Y después prosigue S. R.: “Ruego a V. R. por el amor de Dios Nuestro Señor y de su Santísima Madre, Nuestra Señora de los Dolores, que V. R., en tanto dolor, se ponga a los pies de esta Señora Nuestra, y se lo ofrezca todo, conformándose en todo con la divina voluntad, confiando mucho en la divina bondad, que cuando a su Divina Majestad plugiere se compondrá todo para mucha honra y gloria suya y bien de todos esos pobrecitos hijos de nuestro corazón. Dios se duela de ellos y me guarde a V. R.” Hasta aquí el padre rector Manuel González.

En 9 de junio me escribió desde su Santo Colegio de Guadiana el padre rector, Antonio Leal, la siguiente carta: “Yo tenía muy grande consuelo con las gustosas noticias que el padre visitador me había hecho caridad del progreso y aumento de la cristiandad en la Pimería, con la entrada de V. R. de 150 leguas al norte y el gran número de gentiles que ansiosos pedían las aguas del santo bautismo, pero como podía tanta facilidad no tener emulación, y como podía el demonio dejar que se le escapasen tantas almas que tenía por suyas sin hacer sus poderíos para impedirles el paso. Mucho he sentido y todos lo sienten mucho que haya habido esa revolución entre esos pobres, aunque espero en Nuestro Señor que no habrá sido en todas partes. No obstante, mi padre, cuando la fe de Dios no ha tenido semejantes rebatos, no por eso se ha acabado, y aunque morían los apóstoles-discípulos de Cristo, y en todos los siglos sus sucesores, los que quedaron, *sicaro infirma psiretus prompto*, han vuelto a encender el fuego del Espíritu Santo, levantándolo de las más muertas cenizas. V. R., por quien es, no desista, que la sangre de nuestro hermano ha de ser el riego con que más crezcan esas nuevas plantas, y en el cielo será patrón de esas pobres almas. V. R. ha sido y será su apóstol, y será gran compasión que por unos padezcan otros. ¡Ea, mi padre, no se ha de perder la sangre de Cristo! V. R. no se desanime con lo sucedido, pues es causa de Dios y Dios volverá por ella y asistirá a V. R., a quien le pido me le guarde muchos años, y a V. R., pues que siempre he sido su compañero en deseos que no me ha concedido Nuestro Señor la ejecución, que me haga participante de sus trabajos.” Hasta aquí el padre rector Antonio Leal, con sus muy paternales alientos. Casi lo propio me escribe el padre rector del Colegio de Matape, Marcos de Loyola, que como misionero muy experimentado así en Misiones nuevas como en Misiones antiguas, dice que “Nuestro Señor debe de querer esta Pimería para alguna cosa grande, pues permite que sea abatida y contradecida con tantas oposiciones”. Y en otra carta, aún antecedente a estas alteraciones, de 26 de febrero de 95, con más anticipado pronóstico, dice así: “Ello es que V. R. no le han de faltar oficiales que le labren la corona de la eternidad. Dichoso V. R. que tiene ocasión de ganar tanto en el cielo; harta envidia le tengo a V. R., pues, según las cosas andan, ha de consolarse en todas, pues es del bando de Dios, y está haciendo sus causas: no hay que desanimarse por eso, sino esperar en Dios, que de todo ha de sacar muchísimo fruto y bien.” Hasta aquí el padre rector de Matape, Marcos de Loyola. Y mucho de esto han escrito y han dicho otros muchos padres.

CAPÍTULO IV.— *Otras cartas de tres señores tenientes desta Pimería acerca de la dichosa muerte del V. P. Francisco Javier Saeta*

El capitán Pascual de Picondo, que pocos meses antes había sido teniente del real de Bacanuche y desta Pimería, me escribe lo siguiente: “Yo considero el fallecimiento del V. P. Francisco Javier Saeta por una de las mayores glorias que se pueden desear, que muchos han deseado morir por Nuestro Señor Jesucristo, y en semejante ministerio, y no lo han conseguido. Dichoso una y mil veces el padre Francisco Javier Saeta, que consiguió de Nuestro Señor que se bañara en sangre la estola, y hoy considero toda esa Pimería floreciente y que ha de dar sazonado fruto para la troja de la Iglesia. Y alégrense los reverendos padres pímicos y déense semejantes parabienes, que tiene un compañero mártir en el cielo, que es y será su abogado con Nuestro Señor Jesucristo para que se logre su santo deseo y trabajos.” Otra semejante carta me escribió su sucesor en el cargo, el capitán José Romo de Vivar, desde el real de Bacanuche, y el general don Pedro García de Almazán desde el real de San Juan, quien era muy grande amante del V. P. desde que cuatro meses antes de su dichosa muerte hospedó en su casa del real de San Juan, cuando predicó en las fiestas de Nuestra Señora de la Concepción; y después de otras finísimas cartas en la materia, nuevamente me escribió el actual teniente desta Pimería, Juan Matheo Mange, sobrino del señor gobernador de las armas desta provincia de Sonora, en 19 de septiembre de 95, lo siguiente: “He estimado saber de la ida de V. R. para México. El Soberano Señor le dé buen viaje y buen acierto en todo y le traiga con bien acompañado de fervorosos y apostólicos ministros para esta Pimería y viña del señor, que mediante la sangre del fervorósísimo padre y mártir Francisco Javier Saeta se va fertilizando esa mies de almas, y con el tiempo ha de ser la más florida como sucede en los campos, que mediante el riego se fertiliza la tierra para que sirva en su lozanía la mies del trigo. Y no será esta inocente sangre del V. P. mártir como la otra de Abel, que pedía venganza, sino que ésta será un manantial de súplicas y clamores por la conversión de esas gentilidades, y por el arrepentimiento, que no saben lo que hicieron, como los otros que crucificaron al mismo Cordero Jesús, y los que le vuelven a crucificar contradiciéndole y estorbando esas nuevas conversiones. Pero me consuela que yendo V. R. a México negociará ministros, etc. Me alegro de la venida de los gobernadores del poniente de la nación del Soba a Nuestra Señora de los Dolores, pues veo empieza a hacer fruto la sangre derramada”, etc. Hasta aquí esto y mucho más el capitán Juan Matheo Mange, teniente actual desta Pimería, quien con muy cristiano celo e igual valor en varias ocasiones hizo conmigo diversas entradas.

CAPÍTULO V.— Otra carta con el ejemplo universal de las demás nuevas conversiones, que también todas empezaron con el derramamiento de sangre de sus ministros o misioneros

El padre Antonio Menéndez, rector de la Misión de San Ignacio de Mazo de Hiaqui, en 2 de julio de 1695, desde su santo Colegio de Conicari, me escribe lo siguiente: “En Hiaqui recibí el de V. R. con la pena que se deja entender de lo sucedido en la nueva conversión que ya me sabía, ya a mi solas consideraba lastimadísimo el corazón de V. R., pues por todos caminos se opone el común enemigo para estorbar y embarazar lo que es de la gloria de Dios. Buena señal, mi padre, que todas esas nuevas conversiones empiezan con sangre de ministro para cultivarse, pues es señal de perseverancia y buen acierto; así fue la de Sinaloa con el padre Tapia, la de Chinipas con los dos padres Julio Pascual y Manuel Martínez, la de Tepehuanes con siete gloriosos

padres; la de taramares antiguos, con la sangre del padre Cornelio y con la del padre Jacobo Basilio, y ahora la nueva conversión de taramares nuevos con el padre Toronda y el padre Manuel Sánchez. Conque, mi padre, buen consuelo, que Dios quiso que fuesen primicias de esa conversión los fervores del padre Francisco Javier Saeta”, etc. Hasta aquí el padre rector Antonio Menéndez. Y bien patentemente vemos los referidos frutos en la reducción de tantas almas que con tanta constancia *cuda specificare possens mortes quo ano quo loco, &, Tretrum libeborum S. J.* Ya desde tan remotas partes vienen a pedir el santo bautismo en medio de tantas oposiciones.

CAPÍTULO VI.— *Vaticinios del mismo V. P. Francisco Javier Saeta de glorioso y muy deseado martirio*

Muchos que en la navegación de España hasta Veracruz y en México han venido y conversado con el V. P., han estado y están con tan frescas memorias de las muchas veces que con singular ternura hablaba de su gran deseo de derramar la sangre y dar la vida por la fe por medio de un dichoso santo martirio, que desde México a estas Misiones se lo escribían, haciendo a menudo expresa mención de aquellos sus santos vaticinios. Una carta larga de éstas, que para en mi poder, trata muy expresamente de sus santos presagios; llegó algunas semanas después de su dichosa muerte, y se escribió en México casi al mismo tiempo que acá en la Concepción el V. P. lograba su deseada corona del martirio, del cual yo mismo le he oído hablar con singular ternura, añadiendo repetidas veces muy expresamente aquellas palabras de San Juan Bautista: *Posuit meut sagitam elletum*, acudiendo su apellido *Saeta*, que en latín se dice *sagita* y en Castilla *felecha*. Y la carta que el V. P. me escribió desde Guepaca en 19 de enero de 95 la acaba con estas palabras: “V. R. perdone el pésimo carácter, que escribo ésta con un flechazo.” Cuando el V. P. los últimos meses salió a recoger una limosna para su Misión, al entrar, despidiéndose de varias personas, como que iba a morir, les decía: “¡Adiós, hasta el cielo!” Y siempre Nuestro Señor, con su propia Santísima Sangre y con la sangre de sus muy queridos y más íntimos ministros, ha dado el aumento a su Santa Iglesia. *Plantaverunt Ecclesiam tuam sanguine suo e sanguis marturum semen Chistianorum*; con lo cual bien dijo un padre visitador, Horacio Polici, que la muerte del V. P. Francisco Javier Saeta era una perla para la Compañía.

LIBRO V

MI IDA A MÉXICO Y VUELTA A MISIONES.— VISITA DEL PADRE VISITADOR HORACIO POLICI.— VARIAS ENTRADAS AL NORTE Y AL PONIENTE, AL NORDESTE Y AL NOROESTE.— DESCUBRIMIENTOS Y REDUCCIÓN DE NUEVAS NACIONES

CAPÍTULO PRIMERO.— *Mi ida a Méjico para conseguir padres misioneros para esta Pimería*

Desde que el año pasado, y antes cuando de estas costas desta Pimería dimos vista a la cercana California, pedí y conseguí licencia del padre provincial, Diego de Almonacid, de ir a México a tratar con S. R. y con S. E. de la conversión de la California y destas dilatadas nuevas tierras de esta tierra firme. Pero estorbaron mi ida la real justicia y algunos padres y los señores tenientes y señores vecinos desta provincia, informando a México que yo haría falta por acá, y que yo hacía más que un presidio bien gobernado, etc. Pero este año de 1695, con haber visto las tan cristianas paces que se habían asentado en 30 de agosto en esta Pimería, y ser la mies de almas tan cuantiosa, tan dilatada y tan madura, aunque algunos se me opusieron, determiné valerme de la licencia, casi orden, que yo tenía del padre provincial y pasar a México para el bien de tantas y tan necesitadas almas, y saliendo de estas Misiones de Sonora en 16 de noviembre de 1695 años, en siete semanas, camino de 500 leguas, llegué a México el 8 de enero de 1696. Fue Dios servido que yo pudiese decir misa todos los días deste viaje, y las tres de la Pascua de Navidad las dije en la nueva iglesia de Nuestra Señora de Loreto, de Guadalajara. El mismo día que yo llegué a México llegó por otro camino el padre Juan María Salvatierra, y por la mañana se había abierto el nuevo Gobierno, habiendo entrado por provincial el padre Juan de Palacios; llevé conmigo a México al hijo del capitán general desta padre provincial nuevo y de su antecesor y de S. E. y del conde de Galve y aun de la señora virreina, que se alegraron de ver gente nueva que venía de partes y tierras tan remotas.

En cuanto a la California, ni yo ni el padre Juan María Salvatierra, por varios accidentes, conseguimos entonces el intento, aunque después lo consiguió el año siguiente el padre Juan María con la venida del nuevo señor virrey, conde de Valladares. En cuanto a los padres para esta Pimería, conseguí del nuevo padre provincial, Juan de Palacios, cinco aunque después los siniestros o no informes y contrarios pareceres de los menos afectos lo atrasaron todo o casi todo como siempre.

CAPÍTULO II.— *Mi salida de México y llegada a estas Misiones de la Pimería*

El 8 de febrero de 1696 salí a México con el padre Antonio de Benavides, que vino a ordenarse en Guadiana para esta Pimería. Vine a tener la Semana Santa y Pascua de

Resurrección en Conicari, desde donde remití el despacho del Gobierno que yo traía y otras muchas cartas al nuevo padre visitador Horacio Polici y a otros padres. Después pasé a ver a S. R. hasta Santa María Bazaraca, y hallé en el padre visitador todo cariño y un muy grande y paternal afecto a estas nuevas conversiones. Yo había de venir de vuelta en compañía del capitán Cristóbal de León y de su hijo y de su gente para mayor seguridad de mi persona, pero su divina Majestad me escapó de la gran desgracia en que cayó su merced, matándole los enemigos jacomes a él y a toda su gente en el camino, no muy lejos de Oputo, mientras yo fui a despedirme del padre rector Francisco Carranco y del padre Pedro del Mármol. A mediado de mayo llegué a Nuestra Señora de los Dolores, que entretanto que yo fui a México había administrado la Misión el padre Agustín de Campo, y S. R., con mi llegada, pasó a su Misión de San Ignacio. Por junio, de haber oído de mi vuelta de México los hijos pimas de tierra dentro me vinieron a ver sus principales gobernadores y capitanes en tanto número y de tan remotas partes del norte, del poniente, que el capitán don Antonio de Estrada y Bocanegra, por haber sido testigo de vista, escribió de ellos una larga relación, apuntando las 50, 60, 70, 80, 90 y 100 y más leguas de camino que mucho de ellos habían venido, todo a fin de pedir y conseguir el santo bautismo, y padres para sus rancherías y para su mucho gentío, y todos recibieron los muy paternos y muy católicos recaudos de los padres provinciales y de sus excelencias con varias dádivas, que entre tanto se les enviaban, y los despaché consolados con las buenas esperanzas de que con la divina gracia conseguirían el buen intento y fin que pretendían de padres misioneros.

CAPÍTULO III.— *Nuevas y antiguas y muy recias contradicciones y oposiciones que estorban la venida de los padres Misioneros a esta Pimería*

No obstante, fueron tantas las contradicciones y oposiciones que hubo en esta Pimería, que hicieron titubear hasta al afectísimo padre visitador, Horacio Polici. Se le informó nuevamente, pero muy siniestramente, como después se ha visto, que los pimas sobaipuris estaban confederados con los enemigos jocomes y con los demás enemigos desta provincia de Sonora, y se les achacaban robos de las caballadas, y que tenían muchos y muy grandes corrales llenos de caballadas hurtadas. Se informó, pero también siniestramente, que estos pimas estaban metidos con los alborotos y alzamientos de la Taraumara por confesión de los mismos taraumares; pero los taraumares no podían hablar de estos pimas de esta Pimería, que distan de los taraumares más de 150 leguas, sino sólo de los pimas que tienen inmediatos, que son los de Tapipa y cerca de Yécora. Se ha dicho e informado, pero muy siniestramente, que los pimas de tierra adentro y sus confinantes eran tan caribes que tatemaban y comían las gentes, y que por eso no se podía llegar a esas gentes; pero ya hemos entrado y los hemos experimentado muy amigables y ajenísimos de tal barbaridad.

Hase publicado en la venida de su ilustrísima a Matape que el padre Kino pedía con cartas le sacasen con soldados de la alborotada Pimería, no habiéndome jamás pasado tal cosa por el pensamiento.

Hase dicho y escrito a México que yo vivo escoltado de soldados, no habiendo yo jamás tenido, ni gracias al Señor necesitado, tal escolta.

Hase dicho y escrito que los sobaipuris y otros más adelante habían muerto al padre Kino y a toda su gente que iba en su compañía en la entrada de 98, siendo así que en todas partes nos recibieron con sumo agasajo, y estamos, gracias al Señor, vivos.

Por finales de julio del año pasado se informó que estaba alborotada la nación del Soba y que los tres padres estábamos con gran riesgo de nuestras vidas, se sacó al padre Varillas de la Concepción, se llamó y vino el presidio y ni hubo ni hay lo más mínimo destes fingidos riesgos.

Otra gran contradicción y oposición y muy siniestro informe ha sido que la Pimería tiene poca gente y no necesita de muchos padres; pero es cosa muy cierta que tiene más de 15 000 almas.

CAPÍTULO IV.— *Varias entradas al nordeste y al norte por orden del padre visitador, Horacio Polici, y entrega del partido de Cocospera al padre Pedro Ruiz de Contreras*

No obstante, para que se fuesen asegurando y averiguando las cosas, el padre visitador, Horacio Polici, me mandó hacer varias entradas, en las cuales hubo sus pláticas y enseñanzas de doctrina cristiana y vida algo política, y los muy reducidos hijos me dieron muchos párvulos a bautizar.

El 10 de diciembre entré a San Pablo de Quiburi, camino del norte de 50 leguas, pasando por Santa María y por Santa Cruz del Río de San José de Terrenate: llegué a Quiburi a 15 de diciembre con los paternales saludos del padre visitador, que envió a esta principal y gran ranchería, pues tiene más de 400 almas juntas y su fortificación o cerca de tapia por ser fronteriza de los enemigos jocomes. Y con la doctrina cristiana, el principal capitán, llamado El Coro, me dio su hijito a bautizar, y se llamó Horacio Polici; y el gobernador, llamado El Bajón, y otros, me dieron sus párvulos a cristianar. Dimos principio a una casita de adobe para el padre dentro de la fortificación, y luego después metí un poco de ganado mayor una manadilla de yeguas para principio de una estanzuela.

En 13 de enero de 1697 entré a los sobaipuris de San Javier del Bac; llevamos ganado mayor y menor y una manadilla de yeguas, y se dio principio a la estanzuela de San Luis del Bacuancos, con 60 reses; también había ganado menor en San Cayetano, que lo habían traído los leales hijos del V. P. Francisco Javier Saeta, recogéndolo en la Concepción en tiempo de los alborotos de 95; juntamente se metió algún ganado mayor en San Javier de Bac, donde fui recibido con todo cariño de los muchos hijos de la gran ranchería y de otros muchos principales que habían acudido de varias partes circunvecinas; se les habló la palabra de Dios, hubo bautismos de párvulos y principios de buenas sementeras y cosechas de trigo y de maíz para el padre ministro, que pedían y esperaban recibir.

En 17 de marzo de 1697 entré otra vez a San Pablo de Quiburi, tomé la vuelta por San Jerónimo, por San Cayetano y por San Luis, mirando en todas partes por lo espiritual y lo temporal de los hijos, bautizando algunos párvulos y enfermos y consolando a todos con los muy paternales recaudos del padre visitador, y aun del señor alcalde mayor y gobernador de las armas, avisándoles juntamente a que estuviesen prevenidos a ir con los señores soldados a la entrada contra los enemigos de la provincia jocomes, janos, sumas y apaches. También al mismo

intento y fin entré otra vez a San Pablo de Quiburi; en 17 de abril me recibieron con cruces y arcos puestos en los caminos.

En este tiempo entregué el partido de Cocospera y Santa María al padre Pedro Ruiz de Contreras, con ornamento entero o recaudo para decir misa, buenos principios de iglesia y casa algo amueblada, con 500 cabezas de ganado mayor y casi otras tantas de ganado menor, con dos manadas, caballar y bueyes, sementeras, etc.

CAPÍTULO V.— Los principales capitanes y gobernadores desta Pimería pasan a Santa María de Baseraca a ver al padre visitador y pedir padres, camino de más de 100 y de más de 150 leguas

Fueron tantas las ansias de conseguir padres misioneros que tuvieron los hijos desta Pimería, que determinaron pasar a Santa María de Baseraca a pedirlos al padre visitador. Algunos habían venido las 50, 60, 80, 90 y 100 y más leguas de camino para llegar a Nuestra Señora de los Dolores, y otras como 100 leguas de camino había hasta Santa María de Baseraca, y como ellos jamás habían salido tantas leguas de su tierra, pasé con ellos por Sonora en el real de San Juan, en Oposura y Guazavas; por donde pasamos nos hicieron todo agasajo, así los señores seglares como los padres. En 6 de octubre, día de Nuestra Señora del Rosario, llegamos a Santa María de Baseraca; fuimos recibidos con mil cariños y con tanto consuelo del padre visitador, Horacio Polici, que S. R. el día siguiente cantó una misa solemne a los santos tres reyes, que fueron los primeros gentiles que vinieron [a] adorar al Mesías, *Primiti de Gentium*; y S. R., con varios exámenes, aún ocultos, que hizo y mandó hacer, quedó tan satisfecho de la gran lealtad de estos pimas, que escribió una muy fina carta al señor gobernador de las armas para que se fomentase la Pimería y se procurase conseguirle los padres que necesitaba y merecía, que con eso se conseguiría la quietud de la provincia y que se quitarían los enemigos jocomes y janos, etc., los cuales se retirarían al oriente. Que todo se verificó después al pie de la letra, y que entrasen unos soldados en la Pimería siquiera hasta Quiburi, a ver con sus ojos el estado bueno de las cosas y la madurez de la muy cuantiosa mies de almas. Y habiendo yo preguntado para cuándo los señores soldados llegarían a Quiburi, se me dijo que para 7 noviembre, y para ese mismo día entré yo también desde Nuestra Señora de los Dolores con el capitán Juan Matheo Mange. Que nuestro intento era entrar otras 40 o 50 leguas más adentro el río de Quiburi por abajo hasta los últimos Sobaipuris nordestes y hasta el río de Gila o río Grande, que es el mismo que todavía no habíamos entrado tan adentro por ese rumbo.

CAPÍTULO VI.— Entrada grande y muy pacífica de veintidós señores soldados hasta el río Grande y últimos Sobaipuris

Llegué a Quiburi con el capitán Juan Matheo Mange y con mis sirvientes y con más de 60 bestias caballares y mulares para entrar a los últimos Sobaipuris. En Quiburi tuve carta del capitán de los señores soldados, que también iban llegando, y llegaron el día 9 de noviembre. Hallamos a los hijos pimas de Quiburi muy joviales y muy amigables, y que estaban bailando las cabelleras y los despojos de 15 enemigos jocomes y janos que pocos días antes habían matado, cosa que nos fue de tanto consuelo que el señor capitán Cristóbal Martín Bernal, y el señor alférez, y el señor sargento y otros muchos entraron en la rueda y bailaron gustosos en compañía

de los naturales; y de más a más se animaba el señor capitán a entrar conmigo más adelante, pero muchos eran de parecer que más adelante ya los últimos sobaipuris no se podían entrar si no era con 200 hombres, a lo cual dije que con la misma seguridad con que se podía ir a la provincia de Sonora, con la propia se podía entrar a los últimos Sobaipuris, pues sus principales capitanes, el Humari, con sus dos hijos y otros, se habían unido a catequizar y bautizar a Nuestra Señora de los Dolores desde la Pascua de Resurrección de los meses antecedentes; que el capitán Humari se llamaba Francisco Eusebio, y sus hijos ya grandes, el uno Francisco Javier y el otro Horacio Polici, que hacía mucho tiempo que me estaban convidando amigabilísimamente a que los fuese a ver en sus rancherías, tierras y valles, que distan de Nuestra Señora de los Dolores como 120 leguas; con lo cual se determinó que también irían los señores soldados.

El día siguiente, 10 de noviembre, día del Patrocinio de María Santísima, confesaron y comulgaron los dos señores capitanes, Cristóbal Martín Bernal y Juan Matheo Mange, y emprendimos todos juntos la jornada; a las como 35 leguas de camino al norte, por el mismo río y valle de Quiburi, encontramos los primeros sobaipuris, y con el mismo capitán Humari, que había venido tres días de camino a encontrarnos. Después, en siete u ocho rancherías grandes, hallamos más de dos mil almas de gente toda muy amigable, de indios laboriosos, que con la palabra de Dios y con el buen trato nos dieron muchos párvulos a bautizar; dimos muchas varas de justicias de gobernadores y capitanes; en todas partes nos daban muchas de sus comidas, y siempre hubo bastante y aún sobrado bastimento, sin haberlo sacado los señores soldados del presidio para tan largo camino, ni jamás hallamos el más mínimo rastro de las caballadas que tan siniestramente se habían atribuido a estos inocentes sobaipuris, no habiéndolas hurtado sino los enemigos jocomes y janos. Desengaño tan digno de ser sabido como tan patentemente lo refieren las dos largas relaciones de los dos señores capitanes que iban en esta jornada.

CAPÍTULO VII.— *Llegada al río y Casa Grande y vuelta a Nuestra Señora de los Dolores, habiendo caminado de ida y vuelta más de 270 leguas de la Pimería*

Caminando siempre por los valles del río de Quiburi, llegamos al río Grande o río de Gila, y tomando la derrota por su orilla y muy grandes alamedas y caminando al poniente, a los tres días de camino llegamos a la Casa Grande y a sus cercanas rancherías, y siempre vinimos dejando a la derecha, pero a la vista, y de la otra banda del río, la muy dilatada apachería. Los señores soldados se alegraron mucho de ver la Casa Grande; nos admirábamos de ver que estaba casi una legua distante del río y sin agua, pero después vimos que tenía una grande acequia de un muy grande terraplén, que tendría tres varas de alto y seis o siete de ancho, y era mayor que el de la calzada de Guadalupe, de México, la cual grandísima acequia, según todavía se ve, no sólo metía el agua del río hasta la Casa Grande, sino que juntamente, dando una gran vuelta, regaba y cercaba una campiña de muchas leguas de largo y ancho, de tierra muy llana y muy pingüe. Con facilidad se podía ahora alinear también y lechar la casa y componer la grande acequia para un muy buen pueblo, pues hay muy cerca seis o siete rancherías de pimas sobaipuris, que todos nos recibieron con todo agasajo en todas partes, con cruces y arcos puestos, con muchas de sus comidas; dándonos con muchísimo gusto suyo muchos párvulos a bautizar. En una ocasión que se nos había desparramado y perdido alguna caballada, luego nos la buscaron y no pararon hasta

juntárnosla toda con toda puntualidad. Pasamos por la ranchería de la Encarnación y llegamos hasta la de San Andrés, donde el fino capitán Juan de Palacios, que había estado en Santa María de Baseraca, caminando de ida y vuelta 400 leguas, nos recibió con todo cariño y con tantos arcos y cruces, que alcanzaban más de dos leguas de camino. Habiendo en San Andrés hablado con algunos de los cercanos cocomaricopas, y enviándoles recaudos aún para que los llevaran a los no muy distantes moquis del Nuevo México.

El 22 de noviembre de 1697 tomamos la vuelta hacia Nuestra Señora de los Dolores; pasamos por la gran ranchería y gran valle de San Javier del Bac, en la cual y en sus contornos vimos y contamos más de dos mil almas de gente toda muy doméstica y muy amigables. Hallamos y matamos ganado mayor y menor, y aún pan fresco y muy bueno que nos hicieron en el nuevo horno que mandé hacer en San Javier del Bac. Llegamos a tener la fiesta de San Francisco Javier en 3 de diciembre en la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, con misa cantada con muchas confesiones y comuniones en acción de gracias de tan feliz entrada, que la escribimos los señores capitanes y yo, con relaciones largas de cuatro o cinco pliegos; esta entrada fue bien recibida de todos los buenos por el grande y tan manifiesto desengaño que con ella se consiguió de si los últimos sobaipuris eran buenos o malos, amigos o enemigos, cómplices y culpados o no, en los robos y hostilidades desta provincia. El padre provincial escribió una carta finísima y prometió padres para esta Pimería, y los envió. Y la contradicción de siempre no falló para atrasar todo o casi todo.

CAPÍTULO VIII.— *Otra entrada al poniente con un padre y con el señor teniente desta Pimería*

De los padres que nos envió el padre provincial, fue el uno el padre Gaspar de las Varillas, que vino de Arizpe a esta Misión de Nuestra Señora de los Dolores a finales de enero, y habiendo tenido aquí la fiesta de la Candelaria en 3 de febrero, entramos a la nación del Soba al poniente, para que S. R. escogiese uno de los tres nuevos puestos, el Tubutama, la Concepción o el Tucubabia, que en todas partes había algún principio de Misión, unos bautismos, casa, ganados, sementeras. Fue con nosotros el actual teniente desta Pimería, Juan Ramos Sarmiento, y su antecesor, el capitán Juan Matheo Mange. En todas partes fuimos recibidos con todo amor y consuelo de los hijos y nuestro también. Contamos más de 3 000 almas. El padre Varillas escogió la Concepción para hacer una buena Misión, volvió a Arizpe por sus petacas, y a tener la Semana Santa, y a aviarse de lo que le mandaban dar los superiores. Entró a la Concepción por junio, y por cuentos de riesgos fingidos, que no hubo entonces ni ha habido después, como lo fueron a averiguar los señores soldados, salió por julio y no ha vuelto.

CAPÍTULO IX.— *Los enemigos jocomes y janos dan en Cocospera, queman la iglesia y casa del padre*

Los enemigos declarados desta provincia de Sonora, que siempre desde el alzamiento de los janos lo han sido los alzados jocomes, yumas y apaches, después de tantos robos, daños y muertes como tantos años ha tan continuamente han hecho en toda esta provincia y en sus fronteras, el 25 de febrero de 97 dieron en Cocospera, en ocasión que el pueblo se hallaba sin gente, pues habían ido a rescatar maíz tierra adentro, y aunque quedó muerto uno de los enemigos, ellos mataron dos indias, saquearon el pueblo y lo quemaron y la iglesia y casa del

padre también, al cual defendieron los pocos hijos que habían quedado. El enemigo se llevó alguna caballada y todo el ganado menor, y se retiró a los cerros; siguiéronle unos cuantos de Cocospera, pero como los vieron llegar, les armó una emboscada y mató nueve de ellos. El presidio trató de hacer entradas, avisando a los hijos pimas a que se previniesen con armas para ir con los señores soldados. Entretanto, como al enemigo se le fue acabando el bastimento que sacó de Cocospera, en 30 de marzo, día de la Pascua de Resurrección de Nuestro Dios, dio en la ranchería de Santa Cruz de Quiburi.

LIBRO VI

VICTORIA DE LOS PIMAS CONTRA LOS ENEMIGOS DE ESTA PROVINCIA DE SONORA, JOCOMES, JANOS, SUMAS, MANSOS Y APACHES

CAPÍTULO PRIMERO.— *Los enemigos jocomes, janos, etc., dan en la ranchería de Santa Cruz de Quiburi*

Los declarados enemigos jocomes, sumas, mansos y apaches, que entre chicos y grandes eran como 600, persuadiéndose lograrían en Santa Cruz del Río de Quiburi lo que el mes antecedente habían ejecutado en el pueblo de Cocospera, el 30 de marzo se arrojaron por la madrugada contra la ranchería, mataron al capitán de ella y a otros dos o tres y les obligaron a retirarse en su fortificación que tenían, que era una casa de capas de adobe y terrado con sus troneras. Pero los enemigos, defendiéndose y tapándose con muchas gamuzas, se arrimaron a la fortificación, subieron en su techo, desbaratándole y quemándole, y de un balazo mataron a uno, pues traían un arcabuz de los que en otras ocasiones habían quitado a los soldados; saquearon y quemaron la ranchería, mataron tres reses y tres yeguas de mi estanzuela que aquí había, empezaron a asar y guisar carne y frijol y a tostar y moler maíz para su pinole, dándose ya por muy victoriosos los hombres y las mujeres, que todos habían peleado por igual.

CAPÍTULO II.— *Acude el capitán Coro con sus pimas de Quiburi y matan más de 300 enemigos jocomes, mansos, sumas y apaches*

Pero entretanto llegó el aviso a la cercana ranchería de Quiburi, que dista de Santa Cruz legua y media. Acudió luego su capitán El Coro con su briosa gente, juntamente con otros pimas que habían venido del poniente a coger maíces, y ayudó al buen logro del suceso, que estaban aviados con las armas que los habíamos mandado prevenir para ir a la entrada con los señores soldados del presidio. El capitán de los enemigos, llamado El Copotcari, que con el capitán Coro venían muchos pimas, dijo que habían de pelear diez de la una parte y diez de la otra. Admitió la propuesta el capitán Coro, y señaló diez pimas, y el capitán Copotcari señaló otros diez, los más valientes de cuantos tenía: los cinco eran apaches y él mismo era uno de los otros cinco. Empezaron los flechazos, y como los pimas son muy diestros en flechar y también en capear las flechas de los adversarios, y los apaches, aunque son diestros en flechar y con la lanza, no son diestros en capear las flechas, los cinco pimas flecharon luego sus cinco apaches que les tocaban, y los otros cuatro pimas a sus contrarios jocomes y janos, y al capitán Copotcari, que era muy hábil en capear las flechas, se le fue arrimando su adversario, un valiente pima, y luchando lo derribó en el suelo y con piedras le machucó la cabeza, con lo cual empezaron a huir todos los demás enemigos, y los pimas los siguieron por todos aquellos montes y lomas más de cuatro

leguas de camino, matando e hiriendo más de 500, que cincuenta y tantos quedaron allí cerca muertos y tendidos y los demás, como fueron heridos con la hierba, se fueron muriendo por los caminos, y los otros, como 300, fueron con este mal suceso, y como ellos confesaron de miedo de los pimas, a pedir y dar las paces en el presidio de Janos al señor general Juan Fernández de la Fuente y al paso del Nuevo México al maestre de campo Luis Granillo y al pueblo del Socorro, como las cartas e informes verídicos que de allá vienen lo atestiguan, y sólo han quedado 16 gandules y 27 de chusma que todavía andan alzados.

CAPÍTULO III.— *Las noticias desta victoria fueron bien recibidas en todas partes y en el real de San Juan con repique de campanas*

Los gilos y el capitán Coro me avisaron luego con un propio de lo sucedido, enviándome la razón y cuenta y número de los muertos en un palo largo, y con otro propio avisé al señor gobernador de las armas y a otros padres y señores seglares en el real de San Juan y en otras partes del buen suceso, y respondieron muy consolados y agradecidos. El señor gobernador de las armas dijo sería esta victoria para el total remedio de toda la provincia, y prometió dar las dádivas que vucencia dos meses antes había prometido a estos pimas si lograban algún buen lance. El padre visitador escribió que daba mil gracias a su Divina Majestad por el suceso tan feliz. El padre rector de Matape dedica una misa y fiesta solemne a la Santísima Trinidad por ese buen logro. El señor teniente del real de San Juan dijo: “Doy a V. R. y a toda la provincia muchos parabienes de tan feliz victoria de los hijos, y acá nos las damos todos, y a Nuestro Señor y a María Santísima y repicamos las campanas por ello.” El capitán don Pedro García de Almazán dio las gracias de su parte y de parte de los señores vecinos del real de San Juan y del real de Nacozari, y ofreció y dio dádivas para estos pimas, como las dio el padre rector de Matape y el padre Juan Muñoz de Burgos y el capitán Francisco de Escárcega. No obstante, no pudo faltar la contradicción de los poco afectos, como lo indica la carta de cierta persona principal con estas palabras: “Mucho nos alegramos de las buenas nuevas y victoria de los pimas para que se vea lo fino de su obrar y desmientan a muchos émulos que les calumnian falsedades. Con lo cual llamé al señor teniente desta Pimería para sacar la certificación y averiguación jurídica de lo sucedido. Entre las cinco leguas que hay hasta Santa Cruz de Quiburi, y en 23 de abril, vimos los cuerpos muertos de los enemigos, topamos con los 22 soldados que también por los incrédulos habían entrado por el otro camino de Terrenate, que actualmente estaban reconociendo las referidas muertes; vimos y contamos cerca de 54 cadáveres, los 31 de hombres y los 23 de mujeres; los hijos nos dieron varios despojos que llevamos con nosotros, entre ellos un arcabuz, pólvora y balas, una cuera, cueros de cibola y gamuzas, arcos y flechas y cabelleras de los referidos enemigos. De los hijos pimas en la ranchería de Santa Cruz murieron cinco y nueve quedaron heridos y convalecieron.

CAPÍTULO IV.— *Otra entrada grande a la costa de la mar de la California, en la cual se descubren y reducen más de 4 000 nuevos indios pimas, que nos dan 435 párvulos a bautizar*

Esta entrada o misión la refiero en la carta que escribí al padre visitador, y es como sigue: “Mi padre visitador Horacio Polici: Por cuanto obedeciendo a lo que V. R. me encarga que yo entrase al descubrimiento de la costa del noroeste y del desemboque del río Grande a la mar de la California, para informar al padre provincial y a S. E., quienes mandan se fomenten las nuevas

conversiones y se le dé m.º al padre Juan María Salvatierra por el noroeste. Entré de ida y vuelta más de 300 leguas de camino y llevé conmigo al capitán Diego Carrasco, actual teniente desta Pimería, quien también da cuenta de lo sucedido, y visto al señor alcalde mayor y gobernador de las armas desta provincia; y ahora que acabo de llegar con toda prosperidad gracias al Señor, mientras saco en limpio la relación diaria con su mapa, doy parte a V. R. de cómo en 22 de septiembre, día del Santísimo Nombre de María Santísima, salimos deste pueblo de Nuestra Señora de los Dolores con el gobernador de aquí y con otros siete sirvientes míos, y entrando con más de 60 cabalgaduras hacia el norte y noroeste hasta el río y Casa Grande, camino de más de 100 leguas. En la ranchería de la Encarnación y en la de San Andrés y en sus cercanas nos recibieron con todo agasajo con cruces y arcos puestos y con muchas de sus comidas más de 1 000 almas, hombres y mujeres. En la ranchería de San Andrés vinieron a darnos la obediencia los opas y cocomaricopas, que es gente de muy distinto traje, semblante y lengua, pero muy afable y muy dócil y emparentada con los pimas, y desean ser cristianos como los demás pimas. Los consolamos dándoles capitán y gobernador y fiscal mayor y buenas esperanzas de su salvación y amigables recaudos para toda su nación. Después salimos para el sur y sudoeste, y al poniente, camino como de 80 leguas, y llegando hasta la mar de la California, a sotavento del desemboque del río Grande, hallamos un muy buen puerto y en 32 grados de altura, con agua dulce y leña, y ha de ser el puerto que los antiguos geógrafos llaman de Santa Clara; tiene la entrada sudoeste-nordeste, y una sierra al oeste; vinimos reconociendo toda la costa del noroeste, desde el río Grande hasta la Concepción, que [de] norte a sur tiene más de 90 leguas de largo, y tiene más de 40 rancherías entre chicas y grandes, todas de gente tan amigable, tan dócil y tan afable, que en todas partes nos recibieron con casas prevenidas, con cruces y arcos puestos, y con muchas de sus comidas, y muchísimas pitajayas, y de sus casas, liebres, venados, conejos, etc.; con mucho regocijo, fiestas, bailes y cantares de día y de noche; fueron más de 4 000 las que en estas rancherías contamos, y nos dieron 439 párvulos a bautizar, que de los más fue padrino el capitán Diego Carrasco. En la sola ranchería de San Francisco del Adid, que le dimos el nombre deste gloriosísimo patriarca y gran patrón de San Francisco Javier, por cuanto en ella en 4 de octubre tuvimos su santo día, y después de la misa del santo nos dieron 102 párvulos a bautizar. A la tarde pasamos otras dos leguas más adelante a otra ranchería que le pusimos San Serafín y nos dieron a bautizar otros 65 párvulos. De ahí, pasando por la Merced del Batqui y por San Rafael del Actun, camino como de 32 leguas al poniente, llegamos a San Marcelo del Sonoidag, puesto muy idóneo para una gran población, por tener muy buenos pastos y tierras pingües, con sus acequias y agua que corre hasta el puerto referido, del cual sólo dista 20 leguas de camino muy llano. Desde San Marcelo despaché muy amigables recaudos al norte. En esta entrada dimos más de 40 varas de capitanes y gobernadores, alcaldes y fiscales, etc. Vinimos por la Concepción, y a las 15 leguas de San Marcelo, camino del sur, pasamos por la ranchería del Bacapa, hasta la cual llegó el M. R. padre fray Marcos de Niza en su apostólica peregrinación, y tuvo las noticias (que trae en su libro) de las siete dudados del norte y nordeste; a las como 40 leguas de camino llegamos a la Concepción, y camino del oriente, a las 22 leguas, llegamos al Tubutama. Que en una y otra parte hay ganado mayor y menor, trigo y maíz y casa de adobe para los padres que esperan recibir, y lo suplican y ruegan mucho, así estos naturales como los del Tucubabia y los

de San Luis, cuidando a ese fin las sementeras, y yo, para descargo de mi conciencia, se los encomiendo muy mucho al paternal amparo de V. R. para que V. R. se sirva de cooperar a que reciban este total y único remedio de su eterna salvación, y nos ha sido de notable consuelo que todos los días he podido decir misa por ella, aunque muchos días caminábamos las 20 y 22 leguas por los buenos pastos y buenos caminos y buenas cabalgaduras y sobrados bastimentos, guiándonos y acompañándonos con todo amor todos esos naturales, y si la ocasión lo pedía, viniéndonos a encontrar con muchas tinajas de agua muchas leguas de camino.— Nuestra Señora de los Dolores, y octubre 20 de 1698.— Muy siervo de V. R., *Eusebio Francisco Kino.*”

CAPÍTULO V.— *Pareceres e informes encontrados acerca de la referida feliz entrada*

La entrada que acabo de referir fue de sumo consuelo al padre visitador Horacio Polici y al señor gobernador de las armas, y la agradecieron como otros muchos con cartas largas y muy finas; con especialidad se holgaron mucho desta entrada los padres de la California, que por ver esta costa ya tan reducida se determinaban con los demás señores conquistadores de la California a subir a más altura, y SS. RR. me escriben después las dos siguientes cartas. El padre Juan María Salvatierra dice así: “*Quod felix fastum fortuna tumque sit.* Mucho me he alegrado y también el padre Francisco María Picoli de la nueva entrada gloriosa y apostólica del río Grande, y estamos deseosos de saber si desde esa nueva costa que anduvo V. R. se descubre la California, y qué rastro hay por allá de si se cierra este estrecho de mar. Nos consolamos todos y toda la gente, deste real, que toda saluda a V. R. En esta ocasión recibo dos de V. R.: la primera, su fecha 21 de octubre, recién vuelto de su apostólico viaje para acá. Por acá, a no haber entrado ya y fijado el pie en esta tierra, no se fijara más; pero esto ya no depende sino del cuidarlo, ventaja que se lleva habiendo ya cristianos. Esto aviso a V. R. para que no desmaye con sus contradicciones e informes; en cuanto a mapa, se formará por el padre Francisco María por agosto, después de hecho un descubrimiento con los barcos hasta altura de 35, o poco más grados, que me alegrara mucho viniera V. R. a este descubrimiento, que así pudiera V. R. desembarcarse en el río Grande, viniéndose V. R. acá después de la cosecha, y cerrado el trigo, embarcara V. R. en Hiaqui, y llegado aquí nos hiciéramos a la vela todos. V. R., Sebastián Romero y uno de nosotros, con 12 soldados, y costeábamos bien esta costa arriba después de subidos 36 grados a las costas de la Pimería. Aquí ha llovido mucho todo este invierno, y está toda la tierra fragante como jardín que trasciende, y de haber tenido tierras prevenidas se hubiera podido sembrar muchas semillas y se hubiera dado todo, pero no se puede todo. Estimo a V. R. el cariño con esta su Misión. He tenido mucho consuelo en saber de la colocación de la imagen de Nuestra Señora de los Remedios en su pueblo, tan perseguido, y cierto me enternezco en leerla; esta Señora ha de ser el remedio para todo, y con tanto acabo rogando no me olvide en sus santas oraciones y santos sacrificios.— Loreto Concho, y marzo 28 de 99.— De V. R. siervo en Cristo, *Juan María Salvatierra.*”

El padre Francisco María Picoli escribe así: “Su Divina Majestad me guarde a mi muy querido padre Eusebio Francisco Kino para muchos y felices años, multiplicados en los gloriosos progresos de su conversión. Con muchísimo gusto leí la entrada que V. R. hizo del río Grande, costeando por tierra la costa del estrecho de nuestra California. Doy a V. R. mil parabienes, y en el nombre de Jesús quítele V. R. al demonio todas esas almas, y a despecho de todo el infierno

Illuminaris qui in tenebris et umbra mortis sedent. Oyendo sus heroicos hechos se alienta mi pequeñez en hacer algo para la mayor gloria del Señor, a quien pido dé a V. R. muy felices Pascuas de Resurrección. Espero en otra mejor ocasión escribir a V. R. más largo, noticiándole con individualidad del estado de las cosas de por acá, que por estar debajo del amparo de la Señora, van caminando con prosperidad. V. R. me consuele con sus gratísimas noticias, pues luego que lleguen los navíos trataremos de ir hasta el puerto que V. R. descubrió, y no se olvide deste su inútil siervo y hermano en los santos sacrificios.— Loreto Concho, y marzo 27 de 1699 años.— De V. R. humilde siervo y hermano, *Francisco María Picoli.*”

Hasta [aquí] los padres de la California. Pero no falta la acostumbrada contradicción y oposición atrasadora y estorbadora de la venida de los padres. Y como desde sus principios fueron favorables los informes a México y al Parral, los poco afectos enviaron otros informes muy encontrados que nos dieron lugar a que se nos pudieran enviar los padres necesarios según desde México se nos ha escrito. Las oposiciones y siniestros muy encontrados informes consistían en que los cocomaricopas y otras nuevas naciones del río Grande, al poniente de la Encarnación y de San Andrés y del río Colorado al noroeste, adonde no entramos, eran tan bárbaros y tan caribes, que tatemaban y comían la gente, y otras quimeras nunca oídas que añadían; pero fue Nuestro Señor servido que en otra entrada, aún mayor que la referida, y la trae el capítulo siguiente, pocos meses después, pasando por todas aquellas rancherías, hallamos todo lo contrario y la suma afabilidad y amistad de todos aquellos naturales, sin el más mínimo rastro, señal o indicio de tales o tan siniestramente fingidas estratagemas de gentes.

Y nuestra dicha fue contra tan siniestros informes el haber dejado allí en San Andrés, como en San Marcelo, muy buenos recaudos o tlatoles para todas las nuevas naciones de más adelante, pidiéndoles me avisaran si querían yo entrase a verlos, y que todo sería para su bien. Y como algunas semanas después de todas partes me vinieron amigabilísimas respuestas y convites y ruegos a que yo entrase a verlos y hablarles de su eterna salvación, habiendo comunicado las cosas con el padre visitador, determiné hacer otra entrada o misión y entrar mucho más adelante que hasta ahora.

CAPÍTULO VI.— *Otra entrada grande, en la cual se descubren más de 80 leguas de tierras y gentes nuevas del río Grande, se da vista al río Azul y se consiguen individuales noticias del cercano muy poblado y muy caudaloso río Colorado, y queda reducida la nueva nación Yuma*

Para el evidente desengaño y desvanecimiento de la calumnia que se levantó a esas nuevas naciones del río Grande, habiendo pasado al real de San Juan a conseguir del señor alcalde mayor un señor teniente que pudiese informar jurídicamente de todo, desde 7 de febrero emprendimos esta entrada el señor teniente Juan Matheo Mange, el padre Adam Gilg y yo, con algunos sirvientes y con más de 90 cabalgaduras entramos por el Norte a San Marcelo del Sonoitac, donde se dio principio a una nueva estanzuela con 36 cabezas de ganado mayor, que mandé llevar por delante para los padres de la California, si acaso subían al cercano puerto de Santa Clara. Que nosotros, pasando por muy cerca del, entramos las más de 40 leguas de costa y camino nuevo que hay hasta el desemboque del río Grande y junta del río Colorado; de los naturales que hallamos en este camino fuimos recibidos con todo amor y subimos el día 22 de

febrero y de la cátedra de San Pedro en Antioquía, en el río Grande, adonde habían concurrido más de 50 naturales pimas, yumas, opas y cocomaricopas, y al puesto y ranchería le pusimos San Pedro, como a otra ranchería de más abajo San Pablo. Y porque 80 leguas más al oriente, en este mismo río, junto a la Encarnación y Casa Grande, había la ranchería de San Andrés, de parecer del padre Adam, poniendo después en otras rancherías los nombres de los demás santos Apóstoles, a este río Grande le pusimos el río de los Santos Apóstoles, a lo cual se añade que todos sus moradores, son pescadores y tienen muchas redes y otros instrumentos con que pescan todo el año, sustentándose con el mucho pescado, y con sus maíces, frijol y calabazas esta gente, tan nueva, de muy diferentes trajes y lenguas; pero todos nos recibieron con suma amistad, cariño y consuelo suyo y nuestro, saliéndonos a encontrar los principales de ellos más de legua de camino, dándonos después de sus comidas. Les predicamos la palabra de Dios en lengua pima y con intérpretes en lengua de los cocomaricopas, que es la que hablan los opas y los yumas, y fue bien recibida; nos hubieran dado muchos párvulos a bautizar, pero sólo admitimos y bautizamos unos pocos enfermos. Nos informamos de las rancherías y gentes de más adelante al norte, nordeste y noroeste, y del cercano muy poblado río Colorado, que es aún más caudaloso que el río Grande, y nos dijeron que se seguían las naciones de los yuanes, cutganes y alchedomas; y todas partes despachamos cristianos recaudos y tlatoles y a veces algunas dadivillas y chucherías; y ya aquí en Nuestra Señora de los Dolores he recibido muy amigables respuestas, con las cuales me llaman a ir a tratar de su eterna salvación. Estos naturales de San Pedro, los dos días que estuvimos con ellos nos dieron varias dádivas de los extraordinarios géneros de lo que por allá tienen, y entre ellas unas curiosas y vistosas conchas azules que por cuanto me consta que sólo se dan en la contracosta del poniente de la California; después discurrí que no muy lejos de allí habría paso por tierra a la cercana California, y en breve, y con la divina gracia, procuraremos saberlo y verlo con toda individualidad. El padre Adam hizo aquí un vocabulario de la lengua cocomaricopa. Al despedirnos, en 23 de febrero, les dejamos encargos para ellos y para los de la mar, que si llegasen a esas sus costas los navíos o padres de la California los recibieran con todo amor y sin recelo, que eran nuestros hermanos y de muy buen corazón. Dejando a los naturales con muchos deseos de que volviésemos, tomamos nuestra derrota al oriente del río Grande por arriba, pasando por varias rancherías, que les pusimos los nombres de los demás santos Apóstoles: San Matías del Tumagoidad, porque en su santo día llegamos a ella; San Mateo, San Simón, San Felipe y Santiago, San Bartolomé, etc. A las 80 leguas de caminar del río Grande llegamos a San Andrés y a la Encarnación y Casa Grande, habiendo recibido en todas partes todo agasajo, muchas de sus comidas, casi con la misma fineza como si hubiéramos pasado entre cristianos; en algunas partes nos dieron tanto y muy buen pescado, que lo dábamos de ración a la gente como se da la carne de vaca donde hay mucha. Asimismo, nos guiaban y nos acompañaban y nos venían a encontrar muchos días de camino con suma amistad, lealtad y fineza, y siendo así que los del poniente siempre habían vivido muy encontrados y con muy sangrientas guerras con los del oriente, para con nosotros todos eran muy amigables y amantísimos, y fue Dios servido que también entre ellos con felicidad metiéramos las paces, porque dejaron esas peleas porque les dije que Dios Nuestro Señor, el Criador Amabilísimo del Cielo y de la Tierra y de los hombres, no quería que las gentes se persiguiesen y

matasen tan cruelmente de aquella manera, que sólo el demonio y común enemigo del linaje humano pretendía y procuraba que los hombres se matasen unos a otros, para que, de aquella suerte, así los que quedaban muertos como los que mataban, se fueran a los infiernos y al fuego eterno, que nunca jamás se acaba; e hicieron y quedan hechas unas amigables paces y amistades generales, todo en orden a que quieren ser pacíficos cristianos, sin tener más guerras que las que fuesen necesarias contra los enemigos de la fe, que en tal caso, aunque uno muriera en la demanda, se salva, y aún la tal sangre puede servir de bautismo en el que no estuviere bautizado con el agua. Más acá de San Felipe y Santiago del Oyadoibuisse, vimos el río Azul, con sus muchas y amenas alamedas, que sale de cerca de los moqui. En San Andrés hallé la carta y la cruz que yo muchos meses antes había despachado a los moquis convidándolos a nuestra amistad y a su reducción, y que se reconciliasen con Nuestra Santa Madre Iglesia, volviendo a nuestra santa fe. Aún unos años antes solicité lo propio; pero entonces, y ahora también, hallamos el obstáculo que era muy dificultoso el paso por los apaches, con lo cual, con nuevos recaudos y con nuevas dadivillas y promesas a los portadores, y que fueran convoyados de gente armada adonde se recelase algún riesgo de los apaches, volví a despachar la carta y la cruz a los moquis, y a sus principales justicias, pues algunos sabían leer y escribir, y, como después diré, en parte se logró el intento; pero gracias a la infinita bondad del Señor, tan patentemente logramos el deseado desengaño de si los naturales del río Grande o río de los Apóstoles y sus contornos tatemaban y comían gente, que el señor teniente Juan Matheo Mange, en su curiosa y aseada relación que escribió de esta entrada, por haber tanta afabilidad, amor y cariño destas nuevas gentes, dice era de parecer que años antes la Venerable Madre de Jesús de Agreda les había venido a domesticar e instruir, como hay tradición de que vino desde España milagrosamente a instruir algunas otras naciones del Nuevo México. Que los RR. PP. de San Francisco las hallaban ya algo catequizadas; otros han sido de parecer que la venturosa sangre del V. P. Francisco Javier Saeta fertiliza y sazona todas estas tan dilatadas mieses. Pasando por San Francisco Javier del Bac y por San Cayetano, llegamos, gracias al Señor, con prosperidad de vuelta a Nuestra Señora de los Dolores en 14 de marzo, habiendo caminado de ida y vuelta como 360 leguas.

En esta entrada supimos cómo los sobaipuris del capitán Humaric, en 3 de marzo, habían dado un golpe a los apaches del río de Gila, matando 36 de ellos y trayendo ocho muchachitos de presa, de los cuales me trajeron los cinco a Nuestra Señora de los Dolores, y se bautizaron. Poco después vinieron también las muy amigables respuestas de los recados que en la referida entrada remitimos al mucho gentío del río Colorado.

LIBRO VII

VISITA DEL PADRE VISITADOR ANTONIO LEAL Y NUEVAS ENTRADAS DE S. R. A LA PIMERÍA, AL NORTE, NOROESTE Y AL PONIENTE

CAPÍTULO PRIMERO.— *Primeras paternas cartas del padre visitador Antonio Leal en orden al fomento de estas nuevas conversiones desta Pimería*

Por mayo y junio de 1699 nos vino a estas Misiones de Sonora el padre visitador Antonio Leal, que acababa de ser visitador de las Misiones de Sinaloa, y cuando de México aguardábamos padres misioneros para esta Pimería, se nos escribió que no podían venir por haber ido los informes desta Pimería muy encontrados y nada uniformes; no obstante, en particular, así que el padre visitador se informó oralmente con su antecesor, fue Dios servido que se fueran aclarando las cosas y se tratara de su total remedio. A mí me escribió S. R. tan paternales cartas y tan tiernas, celosas y sumamente caritativas para con estos pobres hijos, que me motivaron y alentaron a escribir este librito. En particular nos fue de singularísimo consuelo la que recibí antevíspera de San Ignacio en el pueblo de Nuestro Padre San Ignacio, que yo venía de una entrada al Tucubabia, al Tubutama y la Concepción, y la ley en el altar de Nuestro Padre San Ignacio, el cual está en la sala por no haber todavía iglesia, pues en él estaba la candela encendida, que recibí la tan finísima carta ya de noche, y como después di aquellas cariñosas noticias a los hijos, quedaron consoladísimos y muy agradecidos y muy deseosos de ver a S. R. Y en 22 de septiembre me escribe S. R. lo siguiente: “Tuve mucho consuelo por ver los deseos y perseverancia de esos hijos, y como repiten sus peticiones Dios se las conceda y les pague el deseo que tienen de verme, que yo lo tengo igual o quizá mayor. Y ruego a V. R., si algunos vinieren, que me haga V. R. favor de saludarlos en mi nombre, y encomendármelos.” Y como desde más adelante de los yumas, al noroeste y al norte desde el río Colorado, varias nuevas naciones y rancherías, con los recaudos que les envié en las entradas antecedentes, me llamaban con muy amigables y tiernas instancias a tratar de su conversión, pidiéndole yo a S. R. licencia de ir a esa entrada, me respondió S. R. que con mucho gusto iría personalmente conmigo a dicha jornada, con los muchos deseos que siempre le habían asistido del bien de tantos pobres. Y cuando después rogué a S. R. se sirviese avisarme lo que yo pudiese prevenir para la tal entrada, me escribió S. R. estas palabras: “Mas por mí ni para mí no tome V. R. cuidado ni lo tenga, porque yo sé comer un tasajo asado y me sabe muy bien, y con un tasajo tengo yo bastante; lo que sí deseo es que se logre la ida, con que se consiga el deseo de esos pobres, y así lo confío en Nuestro Señor.”

CAPÍTULO II.— *Primeras noticias de la reducción de los apaches más cercanos al río Colorado*

En 6 y 7 de agosto de 1699 vinieron a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores el capitán de San Cayetano y el gobernador y otros doce o trece justicias de tierra adentro, diciéndome que el capitán Humaric y los demás sobaipuris de la Encarnación y de San Andrés me enviaban a avisar de cómo la cruz y carta y dadivillas y recaudos que desde principios de marzo desde San Andrés despaché a los moquis, quedaban reducidos a nuestra amistad los apaches más cercanos al río Colorado, pues los recaudos, carta y cruz que yo remitía se las tomaron y aplicaron para sí mismo los apaches, haciendo las paces con los demás nuestros amigos los opas, cocomaricopas y pimas, enviándome a llamar para hablar y tratar de su conversión, y enviándome cuatro gamuzas de presente. Di parte de estas buenas nuevas al padre visitador y al señor gobernador de las armas, y a otros. El padre visitador, en 29 de agosto, me respondió lo siguiente: “Gran consuelo he recibido con la de V. R. de 17 deste por la gustosa noticia de los apaches, que es la mejor que puede tener esta provincia, y con repique general la habían de recibir los del Nuevo México. Ya parece que la profecía de fray Juan de Jesús se cumple de que los apaches se habían de reducir y abrazar nuestra santa fe con veras y habían de hacer una escogida cristiandad.” Y después acaba S. R. la carta con estas muy paternales palabras: “Espero en Dios que nuestra ida será para su santo servicio; que deseo en extremo ver a esos pobres hijos, a quienes ruego a V. R. me encomiende y yo los encomiendo a Nuestro Señor, en quien espero quitará todos los obstáculos que hay para su remedio.” Hasta aquí el padre visitador Antonio Leal. En cuanto a los apaches, casi lo propio escribió el padre rector de Matape y otros, y aunque también en eso no dejó de poner sus contradicciones el común enemigo, pues algunos querían que fuesen ajenas de la verdad estas noticias. A primero de octubre vino el capitán Humaric y otros del río Grande, y las confirmó él, y el tiempo también, gracias a la infinita bondad de nuestro eterno Dios y los celestiales favores de su Madre Santísima y del Gloriosísimo Apóstol de las Indias, San Francisco Javier.

CAPÍTULO III.— *Entrada a misión del padre visitador Antonio Leal en la Pimería a los sobaipuris del norte y a la costa del noroeste y del poniente, de día y vuelta de 240 leguas, desde 24 de octubre hasta 18 de noviembre de 1699 años.— Hay en ellas 23 bautismos, y se ven y cuentan como 7 000 almas*

Habiendo legado el padre visitador Antonio Leal con el padre Francisco Gonzalvo desde el pueblo de Cocurpe a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores en 21 de octubre, en 24, día del Gloriosísimo Arcángel San Rafael, salimos para Nuestra Señora de los Remedios. Iban 50 cabalgaduras deste partido, y otras 66 (las más mulares) se habían despachado un mes antes a San Javier del Bac.

El día siguiente, 25, habiendo dicho misa, los tres padres salimos para Cocospera, adonde a mediodía nos alcanzó el padre Agustín de Campos. A la tarde pasamos otras cuatro leguas más adelante hacia San Lázaro, y a las ocho de la noche nos vino a alcanzar el señor teniente de esta Pimería, Juan Matheo Mange, enviado del señor gobernador de las armas desta provincia de

Sonora, don Domingo Gironza Petris de Cruzat, para que con dos señores soldados, Antonio Ortiz Cortés y Diego Rodríguez, nos acompañasen en esta entrada.

En 26, a las nueve leguas de camino, llegamos a San Luis del Bacoancos, habiendo venido a ver al padre visitador en San Lázaro los indios de Santa María; en San Luis, donde contamos cuarenta casas, como también en los siguientes puestos o rancherías de Guebabi y de San Cayetano, nos recibieron con todo agasajo con cruces y arcos puestos en los caminos, con casas de adobe y terrado que tienen prevenidas para el padre que esperan recibir, como también para el dicho padre tienen y cuidan una estanzuela con 70 cabezas de ganado mayor, con dos manadillas de yeguas, con 11 crías deste año y con 200 cabezas de ganado menor; también cosechas de trigo, de maíz y frijol; matamos una res gorda y dos carneros para nuestro comer.

En 27, a mediodía, llegamos a Guebabi; contamos 90 almas; mucho más hay en la ranchería de los Reyes, al oriente, que dista como cuatro leguas; a la tarde pasamos a San Cayetano, dormimos en la casa de adobe y terrado, en la cual dije misa el día siguiente.

En 28, el gobernador de San Cayetano dio su hijito a bautizar al padre visitador, como también le había dado el suyo el gobernador de San Luis; otros tres párvulos nos dieron a bautizar al padre Gonzalvo y a mí. A la tarde salimos a dormir a un aguaje del río de este valle, seis leguas de camino.

En 29, a las diez leguas de camino, llegamos dos horas después de mediodía a la gran ranchería de San Javier del Bac de los sobaipuris; nos salieron a recibir más de 40 muchachos con sus cruces en las manos; había más de 300 indios puestos en hilera como en los pueblos cristianos antiguos, y después contamos más de mil almas; había casa de adobe y terrado, ganado mayor y menor, trigo y maíz, y las 66 cabalgaduras de remuda; matamos tres reses y dos carneros; las campiñas y tierras de sembrío eran tan cuantiosas y con tantas acequias al pelo de la tierra, que dijo el padre visitador eran suficientes para otra ciudad como México.

En 30, nos vino a ver el gobernador del Oteam del poniente, llamado Tocodoy Onigam, con otros diez indios, y preguntado, con granos de maíz nos dijo tenía en su ranchería 266 almas, y los años antecedentes me había dado su hijita a bautizar, que se llama María; este día bautizó una párvula el padre Gonzalvo.

El primero de noviembre, después de las tres misas de los tres padres, pasamos a San Agustín del Oyaut, camino de cuatro leguas, y dejando a la izquierda la ranchería de San Cosme del Tucson, pasamos por sus grandísimas campiñas semejantes a las de San Javier del Bac; los naturales nos recibieron con todo agasajo, me dieron cuatro enfermos a bautizar, contamos 200 hombres que corresponden a 200 familias; el intento había sido que pasáramos al río Grande, al río Azul y al río Colorado, a los opas y a los cocomaricopas; pero como se enfermaron dos mozos del padre visitador y no vinieron los señores soldados del capitán Cristóbal Martín Bernal, que S. R. aguardaba, se descansó aquí un par de días. Entretanto, en 2 de noviembre, el señor teniente y Antonio Ortiz y yo pasamos a Santa Catalina del Cuytoabagum, camino de 15 leguas; hallamos 300 hombres, que corresponden a 300 familias, y a más de 1 000 almas, que nos recibieron con todo agasajo, con muchas de sus comidas; desde aquí despachamos buenos recaudos a los hijos del río Grande y a los cocomaricopas y a los yumas del río Colorado, y que no pasábamos a verlos por haber caído enfermos dos mozos del padre visitador. En 3, volvimos a

San Agustín, y casi a medianoche recibimos cartas del capitán Cristóbal Martín el padre visitador y yo, avisándonos que entraba al oriente con los pimas del capitán Coro en busca de los enemigos jocomes; pedíame a ese fin, y le di, reses en San Luis.

CAPÍTULO IV.— Vuelta del padre visitador Antonio Leal de tierra adentro por la costa del noroeste y del poniente

En 4 volvimos de San Agustín a San Javier del Bac, adonde nos dieron cuatro párvulos enfermos a bautizar. En 5, 6 y 7, habiendo despachado desde San Javier del Bac vía recta a Nuestra Señora de los Dolores a los dos mozos enfermos del padre visitador, caminando nosotros al poniente, a las 28 leguas de camino, habiendo pasado por varias rancherías todas de gente muy amigable y muy dócil, llegamos a la ranchería de San Serafín del Actum; nos salieron a recibir más de 20 justicias que habían concurrido, y como 20 muchachos que nos recibieron de rodillas, con cruces en las manos que las dieron al padre visitador, y después, puestos en una muy larga hilera, nos recibieron más de 400 hombres y muchas mujeres con sus párvulos ya bautizados desde dos años antes, y eran como 1 200 almas. A la tarde pasamos a San Francisco del Adid, adonde nos recibieron 200 hombres y como 800 almas, entre ellos muchos de los 102 párvulos que aquí me dieron a bautizar la mañana del día de San Francisco, 4 de octubre, de dos años antes; todos gustaron mucho de oír la palabra de Dios, y en la noche hubo una rueda de 25 gobernadores, que con el gobernador de Nuestra Señora de los Dolores hablaron con fervor de su eterna salvación, entre ellos el principal de los cuatro cocomaricopas, con bien rara fineza y lealtad, nos entregaron un muy gordo y lindo caballo que el año antecedente se nos había quedado perdido.

El 8, habiendo dejado unos buenos recaudos unas dadivillas para los del norte, Apachería, Moqui, etc., saliendo de San Francisco y tirando algo al sur, a las 12 leguas de camino llegamos a Nuestra Señora de la Merced del Batqui, adonde hallamos más de 800 almas que habían concurrido a recibirnos con el agasajo de los antecedentes, y como por haberse enfermado otro mozo del padre Gonzalvo se detenía aquí S. R. y el padre visitador, el señor teniente y yo, el 9 pasamos a San Rafael del otro Actum, y a San Marcelo del Sonoydac, camino de 20 leguas, [a] informarnos mejor del paso por tierra a la California, a ver si había enfermos y a traer una res de aquella estanzuela que tiene 50 cabezas de ganado mayor, y sólo dista 20 leguas del buen puerto de Santa Clara de la mar de la California, y nos informamos muy bien de las conchas azules de la contracosta y del paso por tierra a la California. En las rancherías de este camino vimos y contamos más de 1 000 almas; bauticé tres enfermos, entre ellos un cocomaricopa, que me dio las nuevas noticias de los cuculatos de distinta lengua que viven más allá del río Colorado; llevamos la res, y como los padres habían salido de la Merced, los alcanzamos en San Ambrosio del Busanic, adonde matamos otras dos reses y dos carneros del ganado mayor y menor que con trigo, maíz y frijol, y casa de adobe y terrado, cuidan estos más de 300 hijos para el padre que esperan recibir; en el camino me dieron cuatro párvulos y un adulto enfermo a bautizar.

El 14 llegamos al Tubutama; camino de diez leguas hallamos 332 almas, y que a toque de su campana con su temastian los muchachos y muchachas de doctrina acuden a rezar las oraciones mañana y tarde como en Sonora. Hallamos ganado mayor y menor, como 100 cabezas de los dos

géneros, trigo y maíz y frijol, casa iglesita de adobe y terrado para el padre que esperan recibir, y casi lo propio hay 22 leguas más adelante en la Concepción de Nuestra Señora del Caborca.

El 15 llegamos a Santa María Magdalena; el 16, a San Ignacio, adonde nos agasajó el padre Agustín de Campos; el 17 llegamos a Nuestra Señora de los Remedios, y el 18, a Nuestra Señora de los Dolores.

CAPÍTULO V.— Entrada de los pimas sobaipuris del capitán Coro a los enemigos de esta provincia, en compañía del presidio, y del buen suceso que tuvieron

Al mismo tiempo que hicimos la referida entrada, algo más al poniente hizo entrada a los sobaipuris del Oriente y del río de Quiburi, con los señores soldados del presidio, el capitán Cristóbal Martín Bernal, el cual me pidió y le di diez reses de la nueva estanzuela de San Luis, y con los mismos pimas sobaipuris del capitán Coro hizo entrada a los enemigos desta provincia de Sonora, que demoran aún más al oriente, y de vuelta a su presidio de Coro de Guachi, el 28 de capitán Cristóbal Martín Bernal. El señor gobernador de las armas, en 6 de diciembre, en este particular me escribió lo siguiente: “Agradezco a V. R. las noticias de la victoria de mis armas y de mis queridos pimas sobaipuris, que todos nos podemos dar muchas enhorabuenas del buen suceso y de derrota que hicieron en los enemigos.” Y después añade S. E.: “Suplico a V. P. los agradecimientos al capitán Coro y a los demás hijos de mi parte y de parte de mis soldados, que me dice el capitán Cristóbal Martín lo hicieron bien.” noviembre de 99, me escribió la carta siguiente: “Por lo que a V. R. debo y tengo de obligación, hago estos renglones noticiándole cómo Nuestro Señor fue servido de concederme el dar a una rancharía pequeña de enemigos, y en ella mostraron nuestros amantes finos pimas la mucha fidelidad de nuestra amistad, pues murieron tres gandules de los enemigos y tres mujeres y apresamos doce piezas, de lo cual doy infinitas gracias a la Majestad Divina por nuestro buen suceso y a V. P., pues por medio de su cristianismo pecho y buen celo se logran tantas almas para el cielo y se castigan rebeldes contra nuestra santa fe. Nuestro Señor los conserve en buena paz para que todos tengamos el descanso que deseamos, y a V. P. le conceda la salud que mi cariñoso amor le desea, a cuyas plantas ofrezco la mía. Recibí las diez reses que a V. P. le pedí.” Hasta aquí el capitán Cristóbal Martín Bernal. El señor gobernador de las armas, en 6 de diciembre, en este particular me escribió lo siguiente: “Agradezco a V. R. las noticias de la victoria de mis armas y de mis queridos pimas sobaipuris, que todos nos podemos dar muchas enhorabuenas del buen suceso y de derrota que hicieron en los enemigos.” Y después añade S. E.: “Suplico a V. P. los agradecimientos al capitán Coro y a los demás hijos de mi parte y de parte de mis soldados, que me dice el capitán Cristóbal Martín lo hicieron bien.”

LIBRO VIII

DEL GRAN FRUTO ESPIRITUAL Y TEMPORAL QUE A POCA COSTA DE SU REAL MAJESTAD, QUE DIOS GUARDE, SE PUEDE HACER EN LAS CIRCUNVECINAS NACIONES DE TODA ESTA AMÉRICA SEPTENTRIONAL

CAPÍTULO PRIMERO.— *De esta América septentrional, casi incógnita en general*

De los referidos favores que Nuestro Señor nos ha hecho en las dichas entradas o Misiones, conversiones, descubrimientos, reducciones, conquistas espirituales y temporales, al poniente y puede inferir el mucho bien y gran fruto que en servicio de las dos majestades se puede conseguir, no sólo en lo descubierto, sino también en todo este dilatadísimo norte de toda esta América Septentrional, que es la mayor y mejor porción del mundo que falta por acabar de descubrir y conquistar, así en esta tierra firme como en la muy dilatada y muy poblada cercana gran California, para que en todas partes se salven las muchísimas almas que hay redimidas con la Preciosísima Sangre de Nuestro Redentor Jesús, y todo a poca costa de la real Hacienda, por ser las más de estas tierras muy pingües y muy fértiles, y los más de los indios trabajadores, y muchas de las tierras minerales y las más son de tan buen temple, que es muy semejante al mejor de la Europa, al de Castilla, al de Andalucía, al de Italia, al de Francia, al de Alemania, pues lo más de esta América septentrional está en los mismos grados de altura del polo boreal o latitud geográfica que la misma Europa en 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50 y demás grados. También que esta América Septentrional es tan dilatada que excede a todos reinos e imperios y provincias de toda la Europa y poco a poco, con buen modo y dándose la mano unas conquistas hechas con las que se fueren haciendo, como lo insinúan las reales cédulas, con estas conquistas espirituales y temporales, al Poniente y al Noroeste, se podrá pasar hasta la contracosta de la mar de la California y a su cabo Mendocino, al puerto de Monte..., y podrá haber escala para la nao de China o galeón de Filipinas, y juntamente algún comercio para estas provincias de Sonora y Nueva Vizcaya y Nueva Galicia al norte y nordeste se podrá ir entrando hasta la gran Quibira y hasta el gran Teguayo, y hasta el estrecho de Anian, y quizá también por allá se podrá abrir camino y más breve navegación para España.

CAPÍTULO II.— *De la cercana gran California*

En la muy dilatada cercana gran California que tiene de largo suroeste-noroeste como 600 leguas, y de ancho este-oeste como 100 leguas, he vivido casi dos años continuos con oficio de rector de la Misión, aunque indigno y con el cargo de cosmógrafo de Su Majestad, que Dios guarde; hice mapa que se imprimió, y tuve en mi compañía al padre Pedro Matías Goñi y al padre Juan Bautista Copart, en tiempo de la empresa y conquista del almirante don Isidro Atondo

y Antillón. Los años de 83, 84 y 85, y en altura de 26 grados, pasamos hasta la contracosta desde el real de San Bruno, con más de 80 caballos, camino como de 60 leguas, hallando en todas partes mucha gente, y amigable, dócil y afable, todo con los católicos tan grandes gastos de la real Hacienda, que con la fábrica de los tres navíos, capitana, almiranta y patache, y con la gente de mar y guerra, bastimentos, pertrechos, etc., excedieron de medio millón. En el real de San Bruno, en San Isidro y San Dionisio y en sus contornos, dejamos la gente, más de 4 000 almas, muy reducidas, muy dócil y muy amigables y algo instruida en los más principales misterios de nuestra santa fe, con muchos deseos de recibir el santo bautismo, aunque por falta de la licencia bautizamos sólo 13 enfermos o moribundos, de los cuales convalecieron los tres. Y por cuanto el mes de mayo se dejó o suspendió esta empresa por las cosas que Nuestro Señor sabe, y porque después, desde Matanchel, por orden de S. E., con los dos de los navíos de la California en la mar del Sur, por noviembre y diciembre de 95 salimos a dar aviso y encontrar y escapar de los enemigos piratas al galeón de China, que los pichilingues, con muchas piraguas, le estaban aguardando para robarle en el puerto de Navidad. Se enterneció en tanta manera el santo celo del padre Juan María Salvatierra, que, según queda referido, oyendo la madurez de tanta mies de almas, en su visita desta Pimería, hizo informe para México desde el año 91, en orden a que se prosiguiese con la conquista y conversión de dichas Californias, y aunque no se consiguió luego el intento, lo consiguió S. R. después.

CAPÍTULO III.— El padre Juan María Salvatierra, valiéndose, de limosnas de los fieles, pasa desde Hiaqui a la conversión de la California (1697 años)

El incansable santo celo del padre Juan María Salvatierra consiguió con tanta felicidad y eficacia, gracias al soberano Señor y a María Santísima y al Gloriosísimo Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, pasar a California desde 10 de octubre de 1697; logró sus gloriosos intentos embarcándose en Hiaqui con la gente necesaria, con los gastos que era menester por medio de las limosnas que S. H. adquirió de los fieles y de varias piadosas personas, con especialidad de don Juan Caballero. Yo había de ir también con S. R. a la dicha empresa, pero los superiores de por acá y la real justicia y los señores vecinos desta provincia, con informes que enviaron a México, me lo estorbaron. Pasó después el padre Francisco María Picolo, y el gloriosísimo fruto que SS. RR. están consiguiendo se merece otros tratados aparte de mejor pluma que esta mía, muy tosca, pues ya con los demás señores conquistadores tienen tres navíos grandes propios, con otros pequeños; ya este año de 99 han encontrado muy pingües tierras en altura de 26 grados, y dan principio a tres excelentes buenas misiones, la una de Nuestra Señora de Loreto de Concho, en la costa del Oriente, y la otra de San Francisco Javier del Nipe, en la sierra y tierra dentro, y otra (de Nuestra Señora de los Dolores) se pretende hacer en la contracosta; y desde la alta sierra, que le pusimos la Giganta, se ve la una y otra mar de la California al oriente, y la mar del sur al poniente, todo con muy grandes esperanzas que adonde había habido tantas contradicciones y casi imposibles, la infinita bondad muy florida cristiandad de Nuestro Señor, con sus celestiales favores, ha de poner una con la eterna salvación de muchísimas almas.

CAPÍTULO IV.— Varias navegaciones y entradas que se han hecho a la California desde los principios de la conquista de la Nueva España

Los dieciocho años que vivo en la Nueva España he procurado adquirir las noticias posibles de los que han pasado a la California, y qué años, y conseguido las siguientes:

El primero que pasó a descubrir la California y entró en el puerto de Nuestra Señora de la Paz fue el marqués del Valle, don Fernando Cortés, quien, habiendo ganado a México el año ele 1522, once años después, el año de 1533, con doce navíos emprendió y consiguió este descubrimiento de la California.

El año de 1535 envió el nuevo y primer virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, para continuar en esta empresa, al general Francisco de Alarcón, con otros navíos de alto bordo, que todos se perdieron y apenas escaparon sus vidas los soldados y marineros; llegaron al puerto de Navidad, con lo cual se desanimaron por muchos años.

El año de 1591, Sebastián Vizcaíno pasó a su costa a las California, con cinco religiosos de San Francisco, y en breve volvió a Acapulco después.

El año de 1602, en tiempo de Felipe III, siendo virrey el conde de Monterrey, pasó a costa de la real Hacienda, con tres navíos y con tres religiosos de Nuestra Señora del Carmen, y demarcó toda la contracosta.

El año de 1606 vino real cédula al señor virrey, conde de Montes Claros, para que el dicho Sebastián Vizcaíno pasase a poblar en el puerto de Monterrey.

El año de 1615 el capitán Juan Iturbi, con la licencia que consiguió de Felipe III, habiéndole quitado los pichilingues uno de sus dos navíos, con el otro pasó a California, subió hasta 30 grados de altura de polo, y el señor virrey, marqués de Guadalcázar, le envió a avisar a la nao de China de que la estaban esperando los pichilingues piratas holandeses.

El año de 1632 el capitán Francisco de Ortega, con un navío que hizo a su costa, pasó desde Mazatlán a primero de marzo a las bahías de Californias que llaman de San Bernabé y de la Paz, y por el mes de septiembre volvió a Sinaloa.

El año siguiente de 1633, el dicho capitán Francisco de Ortega pasó segunda vez con dos clérigos llamados don Diego de las Navas y don Juan de Zúñiga, los cuales, en el puerto de Nuestra Señora de la Paz, hicieron 106 bautismos: subió hasta 32 grados de altura, volvió a la Nueva España, y aunque pasó tres veces a las dichas Californias, no se logró su conquista.

Pocos años después, que fue cerca del de 1636, pasó a las Californias el capitán Carboneli, que había sido piloto del capitán Ortega, y subió a 36 grados de altura, y el nuevo gobernador de Sinaloa, Luis Sestin de Canas, en un navío pequeño, llevó consigo al padre Jacinto Cortés, de la Compañía de Jesús, el cual, de vuelta, escribió al padre provincial Luis de Bonifaz de la docilidad y mansedumbre de los naturales de las Californias, ofreciéndose para misionero de las dichas Californias.

El año de 1643 y 1644, Felipe IV envió al almirante don Pedro Porter de Casante a las Californias, encargando juntamente su conquista y conversión al señor conde de Salvatierra, y habiendo dicho almirante fabricado dos navíos, salió a encontrar la nao de China a la isla de Ceniza; sólo de ida y vuelta entró de paso en la bahía de San Bernabé, y habiendo llegado a la boca del río de Santiago, de donde despachó correo a su excelencia, los malévolos le quemaron los dos navíos.

El año de 1647 fabricó dicho almirante otros dos navíos en la villa de Sinaloa, y el año de 1648 y de 1649 pasó en ellos segunda vez a las Californias, llevando consigo al padre Jacinto Cortés y al padre Andrés Baes; descubrió muchos puertos y ensenadas, y en todas partes muchos naturales; después fue enviado a avisar a la nao de China, y luego pasó al Gobierno de Chile.

El año de 1664, el almirante don Bernardo Bernal de Piñadero pasó a la California a costa de Su Majestad, con dos navíos que fabricó en el valle de Banderas, y aunque se consiguieron algunas perlas, con las discordias y muertes que hubo no se logró el intento de la conquista, ni entonces ni cuando tres años después le vino orden que pasase otra vez, como pasó el año de 1667 con otros dos navíos, que fabricó en el puerto de Chacalo, con dinero que buscó prestado.

El año de 1668 pasó a las Californias con dos navíos que hizo a su costa y con dos religiosos de San Francisco, el capitán Francisco de Lucenilla; llegó al cabo de San Lucas y al puerto de San Francisco Javier de los Guaimas, junto a la boca del río del Hiaqui.

Los años 1681, 1682, 1683, 1684 y 1685, por orden de Su Majestad don Carlos II, que Dios guarde, en tiempo de los virreyes don Fray Payo y del marqués de La Laguna, el almirante don Isidro de Atondo y Antillón fabricó en Sinaloa para pasar a California; (a costa de más de medio millón de la real Hacienda) tres navíos, capitana, almiranta y balandra, y en 25 de marzo del año de 84 pasamos y llegamos al puerto de la Paz, y más arriba, en altura de 26 grados, al real de San Bruno, y por tierra pasamos hasta la contracosta, descubriendo el río de Santo Tomás, y en todas partes muchos naturales dóciles y apacibles; fuimos también tres padres de la Compañía de Jesús, que dejamos muchos de los naturales instruidos en los dieciocho meses que estuvimos en dicha California; el año de 1685 fuimos enviados a encontrar la nao de China, y la llevamos con felicidad al puerto de Acapulco. En México nos concedió su excelencia 30 000 pesos de situado, y porque al mismo tiempo que estaban para entregárnoslos se pidieron a España 500 000, se suspendió la conquista. Ahora ya le hemos dado vista por tres ocasiones por la Pimería: por los años de 1693 y 94, en altura de 30 grados, desde las mismas orillas del brazo de mar que divide la dicha tierra de California de la desta Pimería, el cual no tiene más que 18 leguas de travesía y distancia.

El capitán Francisco de Itamarra pasó a dicha California por el mes de octubre de 1694 años, y halló que los naturales de la isla de San Bruno, de San Dionisio y de San Agustín preguntaron con instancia por los padres de la Compañía de Jesús.

En 10 de octubre de 1697 años, pasó a la California el padre Juan María Salvatierra, con limosnas de los fieles, y estando yo señalado para su compañero, me quedé por ahora en esta Pimería por orden del señor virrey y del padre provincial; fue en mi lugar el padre Francisco María Picolo.

CAPÍTULO V.— Otras frescas noticias del estado presente de la California sacadas de las cartas que el V. P. Juan María Salvatierra escribe al padre visitador Antonio Leal de 2 de septiembre y a mí de 17 de octubre de 1699 años

Desde cuando yo estuve en la California en el puerto de Nuestra Señora de la Paz y en el real de San Bruno, me ayudaron y socorrieron con toda liberalidad y caridad el padre Gaspar Thomas, rector del Colegio de Matape, y el padre visitador Juan Bautista de Anzieta, visitador de

estas Misiones de Sinaloa y Sonora, y otros muchos padres. La carta larga del padre visitador Juan María de Salvatierra al padre visitador Antonio Leal dice en compendio lo siguiente: “El padre provincial Luis de Bonifas profetizó que las Misiones de la California serían colonias de esas de la Nueva Vizcaya, y se darían la mano unas a otras, como lo refiere el padre Andrés Pérez con la venida de la nao de China a la contracosta, y con las embarcaciones con el tiempo irán bajando de precio no pocas cosas muy caras en la provincia, por dos o tres años que se les den la mano a estas Misiones tan párvulas y nuevas de Californias; después ellas mismas se socorrerán. Aquella provincia de Sonora es madre de todas las Misiones de treinta años a esta parte, pues en Sonora (y en la visita de la Pimería el año de 1691) nacieron los deseos eficaces de donde ha dimanado el parto de esta Misión de la California, en la cual, gracias al Señor, hay el pueblo de Loreto Concho y en él 54 personas de la otra banda de la Nueva España entre soldados, mujeres y mozos asalariados; en la mar tengo 32 marineros en tres embarcaciones, todos asalariados; en tierra estamos con los indios de paz y sujetos, con tierras buenas y reconocida y descubierta la contracosta, y si no nos desamparan haremos entrada en un tiempo por tierra y por mar hasta la contracosta para el descubrimiento de un buen puerto a propósito (en la cercanía y altura deste puerto de Loreto) para abrigar la nao de China y socorrer a tanto apestado que en ella viene, sólo por la falta de saltar en tierra en tanto tiempo, motivo bastante a tomar entre manos nuestra Compañía, madre de enfermos y desvalidos, cualquier empresa; nos hallamos aquí los dos padres con cuatro pueblos incoados, catecúmenos los adultos y cristianos, muchos chiquillos y adultos caídos enfermos y cristianos, y se sujetan a recibir el castigo sin mociones o alzamientos; multiplicase aquí todo género de animales, y ya hay aquí ocho especies de la otra banda, criollos ya de Loreto; con dos años sólo de fomento me parece estará asegurado del todo esto. La falta no la tengo en la paga de los soldados, mozos y marineros ni en los géneros de tienda, y las pagas las reciben adonde quieren, de suerte que 5 000 pesos de libranza recibieron en México en reales efectivos este año, y los géneros aquí baratos; sólo la falta la he tenido de bastimento, y sobre esta falta algunas pesadumbres y peligro de amotinárseme la gente, pero la Virgen Santísima, conquistadora y pobladora, nos ha asistido en todo y traído los socorros, no en una ocasión, sino en muchas, cuando menos lo pensábamos, como sucede ahora con la vuelta del barco, que recibo 24 cargas, las 23 de harina y la una de pinole, regalo grande que todo me llega de la provincia de Sonora. Los no conquistados naturales tiemblan de nuestras armas gobernadas del brazo de María, y en la primera entrada a San Javier del Vippe, que está en el riñón de la sierra, esperamos vendrán a dar la obediencia los de la contracosta para facilitar, y que ellos mismos sean los que nos llaman para ir allá a su tierra, y estorbar lo posible el entrar de guerra o con función.”

Hasta aquí el padre Juan María Salvatierra al padre visitador Antonio Leal. Y a mí, desde 17 de octubre, me escribe S. R. lo siguiente:

“El padre Francisco María Picolo se halla en el pueblo de San Javier Biaontom, dentro de la sierra, tierra muy amena. Eusebio, su hijo de V. R., sobrino de Andresillo, está bueno y saluda a V. R., a quien por la prisa no añado más.— Loreto Concho, y octubre 17 de 1699 años.”

SEGUNDA PARTE [1699-1702]

DE LOS FAVORES CELESTIALES DE JESÚS Y DE MARÍA SANTÍSIMA Y DEL GLORIOSÍSIMO APÓSTOL DE LAS INDIAS, SAN FRANCISCO JAVIER, EXPERIMENTADOS EN LAS NUEVAS CONVERSIONES O NUEVAS FILIPINAS DESTA AMÉRICA SEPTENTRIONAL POR LOS AÑOS DE 1699, 1700, 1701, 1702, Y NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL PASO POR TIERRA FIRME A LA CALIFORNIA, EN 32 GRADOS DE ALTURA, CON LO CUAL SE RECONOCE NO SER ISLA, SINO PENÍNSULA, CON MUY FÉRTILES TIERRAS, CON MUY CAUDALOSOS Y PINGÜES MUY POBLADOS RÍOS, DE MUCHAS MANSAS, DÓCILES Y AFABLES NUEVAS NACIONES

LIBRO PRIMERO

DE LAS DILIGENCIAS Y DISPOSICIONES Y ENTRADAS QUE EL AÑO DE 1699 SE HACEN EN ORDEN AL DESCUBRIMIENTO DEL PASO POR TIERRA A LA CALIFORNIA

CAPÍTULO PRIMERO.— *Cartas de los superiores mayores y muy católica real cédula que motivan a escribir esta segunda parte de los favores celestiales*

Habiendo escrito por orden de nuestro padre general Thirso González la relación de los favores celestiales, que en la primera parte he referido, y habiéndolos enviado desde el real de San Juan a México con el Br. D. José Moreno, para que los llevaran a Roma, como los llevaron los padres procuradores Bernardo Rolandegui y Nicolás de Vera, su paternidad me respondió con carta de 24 de diciembre de 1701, que la recibí en 26 de diciembre de 1702, haberlos recibido y leído con tanto consuelo suyo, que encarecidamente me encarga que yo escriba esta segunda parte. También al mismo tiempo me escribió una muy paternal santa carta, con sobrescrito de rector destas Misiones de Nuestra Señora de los Dolores, el padre provincial Francisco de Arteaga, pidiéndome noticias dellas para darlas a nuestro padre general, y luego después, por mano del padre visitador Antonio Leal, me envió S. R. el informe del estado de la California, que formó e imprimió el padre Francisco María Picolo, con la inserta muy católica y cristianísima real cédula del rey nuestro señor Felipe V, que Dios guarde felicísimos años, de 17 de julio de 1701, que tanto favorece a las nuevas conquistas y nuevas conversiones, no sólo de la California, sino también de Sinaloa y Sonora y desta Nueva Vizcaya a donde vivimos, encargando sus fomentos y adelantamientos, juntamente con los de las nuevas conversiones de la California, con estas piadosísimas palabras a su real Audiencia de Guadalajara: “Os ruego y encargo me

informéis muy individualmente del paraje en que se hallan los indios incultos y el estado que tienen las conversiones de Sinaloa y Sonora y Nueva Vizcaya, para que con estas noticias y vuestro parecer pase a dar las providencias que tuviere por conveniente.” Así la real cédula, como las cartas de los superiores mayores, como favores celestiales singularísimos, que en medio de tantas contradicciones experimentamos en estas nuevas conversiones, se pondrán en su lugar y al tiempo que se recibieron a fines de 1702, y todas ellas me mueven con toda eficacia a escribir esta segunda parte, según las continuadas mil ocupaciones diere lugar.

CAPÍTULO II.— *Con varias entradas se consiguen algunas noticias del paso por tierra a la California*

Cuando hace diez años, saliendo de Nuestra Señora de los Dolores para el poniente, entramos por las tierras del Soba, a las 60 leguas de camino, llegué en tres diferentes ocasiones con distintas personas hasta la costa de la mar de la California; vimos patentemente que ese brazo de mar se iba estrechando, pues en esa altura de 33 grados veíamos ya tan distintamente más de 25 leguas de tierra corrida de la California, que no le echábamos más que 15 o 18 o 20 leguas de travesía o anchura a dicho brazo de mar.

Con eso entró el deseo de buscar en más altura la anchura; y el año de 1698, en 31 grados de altura, a las 105 leguas de distancia de Nuestra Señora de los Dolores, rumbo del noroeste, en el muy alto cerro o antiguo volcán de Santa Clara, divisé patentísimamente con anteojo y sin él, el encerramiento destas tierras de la Nueva España y de la California y el remate de esa mar de la California y el paso por tierra que en 35 grados de altura había. Pero por entonces no lo creía por tal, y me persuadía que más adelante y más al poniente subiría esa mar de la California a más altura hasta comunicarse con la mar del Norte o estrecho de Anian, y dejaría y haría isla a la California; me sucedió lo que a los hermanos de José, que comían con su hermano José y se regalaban con él, y les daba el trigo y bastimento que habían menester, y hablaban con José, pero no lo conocían hasta su tiempo.

Un año después entré al noroeste 170 leguas, y pasé de 35 grados de altura, con el padre Adamo Gilg y con el capitán Juan Matheo Mange, por orden del padre visitador Horacio Polici, y llegué hasta cerca de la junta de los ríos grande Gila y Colorado, y los naturales nos dieron unas conchas azules, y todavía no se nos ofreció que por ahí hubiera paso por tierra a la California o remate de su mar, y sólo en el camino, cuando veníamos de vuelta para Nuestra Señora de los Dolores, se me ofreció que dichas conchas azules serían de la contracosta de la California y mar del Sur, y que por donde ellas habían venido de allá por acá nosotros podríamos pasar allá y a la California, y desde entonces dejé la fábrica del barco de 12 varas de largo y de cuatro de ancho que en Concepción del Caborca, cerca de la mar de la California, y aquí en Nuestra Señora de los Dolores, para llevarlo después todo a la mar, estamos fabricando.

CAPÍTULO III.— *Relación diaria de la entrada al norte en orden a descubrir camino y paso por tierra a la California*

La entrada que en éste y en los tres siguientes capítulos escribo, la hice desde 21 de abril hasta 6 de mayo de 1700, y la vio, leyó y firmó el padre visitador Antonio Leal, con estas

palabras: “He visto esta relación, y las cartas que en ella se citan y las originales son conforme están citadas.”

Hallándome en 29 de marzo de 1700 en el pueblo de Nuestra Señora de los Remedios, un gobernador de cerca del río Grande y otros naturales pimas me trajeron una santa cruz con una sarta de 20 conchas azules que me las enviaba el gobernador principal de los cocomaricopas, que vive en la ranchería grande del Dacoydag, con la muy amigable respuesta a unos recaudos que yo le había enviado convidándole a recibir nuestra santa fe a imitación de otros muchos. Está dicha ranchería junto al río Colorado, y dista deste pueblo de Nuestra Señora de los Dolores 170 leguas al Noroeste, y volviendo a considerar que esas conchas azules eran de la contracosta, según yo allá las había visto cuando estuve en la California, avisé dellas a algunos padres, remitiéndolas después juntamente con la santa cruz del padre visitador Antonio Leal, pues sus antecesores, el padre visitador Manuel González, el padre visitador Juan María Salvatierra y el padre visitador Horacio Polici, habían solicitado muy mucho el descubrimiento desas tierras y mares y ríos del norte y del noroeste, y S. K., a mediado abril, me respondió lo siguiente: “La cruz y conchas fueron con la carta de V. R. a Arizpe, y harto me alegré en verlas por la distancia de donde las envían, que es índice de fineza.” Y el padre Marcos Antonio Kappus, rector del Colegio de Matape, en 10 de abril me escribió lo siguiente: “¡Válgame Dios! Y qué tan gran nueva y qué tan rara es la que V. R. me insinúa, que le traen los del norte y noroeste de cómo se puede pasar por tierra a la California. Nueva, si se averigua, verdaderamente grandísima, que deseada tanto tiempo, nunca se ha podido averiguar. Quiera Nuestro Señor que así se averigüe y se confirme la nueva, que para el padre rector Juan María Salvatierra será nueva gratisísima.”

También el padre rector desta Misión de San Francisco Javier, Adamo Gilg, me escribió convenía hacer las diligencias de saber estas cosas. Y el señor general gobernador de las armas, don Domingo Gironza Petriz de Cruzat, me insinuó que tenía los mismos muy ansiosos deseos desos descubrimientos, y en ese mismísimo tiempo me vino la deseada licencia de nuestro padre general, Thirso González, de emplearme los seis meses del año en esa Pimería y los seis en la California, con lo cual, y juntamente por ir a dar una mirada a lo espiritual y temporal de las tres nuevas empezadas Misiones del norte y noroeste, determiné entrar unos cuantos días a informarme y conseguir las posibles noticias en las materias. Y saliendo en 21 de abril de 1700 de Nuestra Señora de los Dolores, con tres justicias deste pueblo, con siete sirvientes y con 53 cabalgaduras, unas mulares y otras caballares, llegamos a Nuestra Señora de los Remedios.

El 22, habiendo por la mañana dejado mandado lo que los hijos habían de hacer en la fábrica de la nueva iglesia, a la tarde llegamos a Cocospera, adonde nos recibieron 150 hijos que acababan de volver a poblar este pueblo y de reedificar y techar una sala y un aposento de la casa del padre, con orden de techar en breve también la iglesia, pues tres años antes habían saqueado y quemado este pueblo los enemigos jocomes y janos en 25 de febrero de 1697, aunque luego después en 30 de marzo, junto a Quiburi, los derrotó y destruyó el capitán Coro con su gente pima, matando más de 200 dellos, como queda referido en la primera parte.

El 23, habiéndonos dado tres párvulos a bautizar, salimos para San Lázaro, adonde sesteamos, y nos dieron una parvulita a bautizar, y para San Luis; en el camino nos dieron otras dos, una parvulita y una enferma adulta, y otro párvulo al llegar a San Luis, adonde nos vinieron

a encontrar las cinco justicias de Guebavi con los de San Luis; matamos una res de las 150 que aquí cuidaban con una manada de yeguas y con 117 cabezas de ganado menor, con un buen tablón de trigo, maíz y frijol que tenían, y con casa de adobe y terrado, todo para el padre, que con las demás cercas rancherías o pueblo incoados esperaban recibir.

El 24 salimos para Guebavi y San Cayetano; en Guebavi, adonde sesteamos, había como 200 almas; en los Reyes del Sonoydac, cinco leguas más al oriente, se había agregado el capitán Coro con toda su gente, que eran más de 500 almas, el cual, trece días antes, en la Pascua de Resurrección, aquí en nuestra Señora de los Dolores, se había catequizado y bautizado llamándose Antonio Leal; en todas partes había mucha más gente y más casas que cuando seis meses antes entramos con el padre visitador Antonio Leal y con el señor teniente desta Pimería, Juan Matheo Mange. También aquí en Guebavi había 84 cabezas de ganado menor y un buen tablón de trigo con maíz y frijol de cosecha, y casa de adobe y terrado para el padre que esperaban recibir. A la tarde llegamos a San Cayetano.

El 25 salimos para San Javier del Bac de los sobaipuris, camino como de 20 leguas; llegamos al anochecer, nos recibieron con todo agasajo los muchos naturales desta gran ranchería; les dimos aquí, como en otras partes, los paternales saludos que a todos les enviaba el padre visitador, y los agradecieron muchísimo; también se les habló la palabra de Dios, que fue bien recibida.

CAPÍTULO IV.— En San Francisco Javier del Bac de los sobaipuris llamé a los principales gobernadores y capitanes de más de 40 leguas de distancia para informarme si las conchas azules venían de otra parte que de la contracosta de la California

El 26 de abril de 1700, habiendo llegado a esa gran ranchería de San Javier del Bac destes sobaipuris del Poniente, que son del río de Santa María, y los sobaipuris del río de San José viven 30 leguas más al oriente, tuve las noticias, que también había tenido en camino los dos o tres días antecedentes, de que habían estado unos soldados hacia la Pimería del Soba y del poniente, y viéndome con tantos indios en este gran valle, que eran al pie de tres mil, y también con los muchos ruegos de los naturales que me quedase con ellos, determiné no pasar más adelante, y por el río Grande al poniente hasta los cocomaricopas y yumas, y hasta el río Colorado, como yo deseaba, y desde este gran valle de San Javier, procuré hacer e hice, las diligencias de saber si las conchas azules venían de otra parte que de la contra costa de la California, con lo cual despaché varios propios a todas partes: unos al oriente, a llamar al capitán Humaric; otros al norte, a llamar a los de Santa Catalina y a los del río Grande de la Encarnación y de San Andrés, con sus justicias, gobernadores y capitanes, y otros con especialidad al poniente y al noroeste, a llamar a varios gobernadores pimas, opas y cocomaricopas, desde cerca del río Colorado, para informarme con la individualidad posible de las conchas azules y del paso por tierra a la California; y entretanto que fueron llegando los más que envié a llamar, los siete días que estuvimos aquí catequizamos la gente y les enseñamos la doctrina cristiana todos los días, mañana y tarde, y matamos seis reses de las como 300 que aquí me cuidaban con 40 cabezas de ganado menor y con una manadilla de yeguas; tenían también un buen tablón de trigo, que

empezaron a espigar, y los días siguientes sembraron para la iglesia un tablón grande de maíz que lo habían limpiado anteriormente.

El 27 me dieron cinco párvulos a bautizar.

El 28 dimos principio a los cimientos de una muy grande y capaz iglesia y casa de San Javier del Bac, trabajando toda la mucha gente con mucho gusto y fervor, los unos en abrir los cimientos y los otros en acarrear las muchas y buenas piedras de tezontle desde un cerrito que distaba como un cuarto de legua; para el lodo destes cimientos no fue menester acarrear agua ninguna pues de las acequias con toda facilidad metíamos el agua adonde queríamos, y dicha casa, con su gran patio y huerta pegada podrá tener todo el año el agua que quisiere, que corra por las partes y oficinas que se gustare con una de las mayores y mejores campiñas de toda la Nueva Vizcaya.

El 29 proseguimos en echar los cimientos de la iglesia y de la casa. Hoy y ayer llegaron de los sobaipuris del oriente el capitán Humaric y su hijo llamado Horacio Polici; el otro hijo mayor, llamado Francisco Javier, se había quedado a cuidar de sus tierras fronterizas a los apaches. También vinieron otras muchas justicias, y entre ellas un alcalde, a quien los soldados en la última entrada que hicieron por noviembre de 99 a los apaches habían dado la vara.

El 30, al salir el sol, me trajo un correo desta Pimería varias cartas de Nuestra Señora de los Dolores, que parecían llegaría en un día y medio con sus noches las 60 leguas de camino que hay. Después de misa bajé a la ranchería de San Cosme, tres leguas de camino, y a la de San Agustín, otras dos leguas de camino, a ver si había enfermos o párvulos que bautizar. En San Cosme me dieron seis párvulos a bautizar y una enferma adulta, y en San Agustín bauticé otros tres párvulos; a la tarde volvimos a San Javier del Bac, y al anochecer llegaron del Noroeste y de Santa Catalina y del río y Casa Grande varias justicias, y entre ellas el capitán, y el gobernador de la Encarnación, camino de 35 leguas, y desde luego y en la noche tuvimos largas pláticas, en primer lugar de nuestra santa fe y de la paz y quietud y amor y dicha de los cristianos, y quedaron según les advertimos en que estas buenas noticias y enseñanzas las llevarían a otras rancherías y naciones mucho más adelante a los cocomaricopas y yumas. Juntamente, haciendo más y más pesquisas de dónde se traían las conchas azules, porque todos aseguraban que no las había en toda esta más cercana mar de la California, sino que venían de otras tierras más remotas.

También tratamos del modo que pudiera haber de entrar hasta los moquis del Nuevo México, y hallamos que vía recta y al Norte sería muy dificultosa la entrada, por cuantos estos pimas estaban muy encontrados con los apaches, que viven de por medio, aunque la distancia y el camino no había de ser más de 60 o 70 leguas, pues este valle de San Javier del Bac está en 32 grados y medio de altura, y los moqui y zuñi en 36 grados.

El 1 de mayo, a la tarde y al anochecer, llegaron muchas justicias, capitanes y gobernadores del poniente, de San Francisco del Adid y de San Serafín, algunas de 40 y de 50 leguas de camino, que con ellos platicamos gran parte de la noche, como la noche antecedente, acerca de su eterna salvación de todas aquellas muchas naciones del poniente y del noroeste, juntamente con continuados exámenes acerca de las conchas azules que se traían del noroeste y de los yumas y cutganes, que conocidamente venían de la contracosta de la California y de aquella mar diez o

doce días de camino más remota que esta otra mar de la California, en la cual hay conchas de nácar y blancas, y otras muchas, pero no de aquellas azules que nos dieron en los yumas y me enviaron con la santa cruz a Nuestra Señora de los Remedios.

CAPÍTULO V.— *Cartas que me llegan de los soldados que entre tanto habían entrado en la Pimería de Cucurpe a San Ignacio y a Tubutama*

También este primer día de mayo me llegaron del Sudoeste cartas de la escuadra de soldados que habían entrado al Tubutama y Saric, y su cabo, el alférez Juan Bautista de Escalante, me escribió lo siguiente: “Mi padre Eusebio Francisco Kino: No puedo excusarme de hacer estos renglones noticiando a V. R. cómo habiendo entrado a esta Pimería he llegado a dos rancherías que yo nunca había visto, que son las del Saric y esta que está más arriba llamada el Busanic (y Tucubabia), que aseguro a V. R. me he alegrado infinito de ver tanta gente como la que aquí hay junta, y también impuesta, pues, según están de obedientes y dóciles, aventajan a los pueblos cristianos, y es gran lástima que estos pobres carezcan de padre ministro que los encamine y guíe al gremio de nuestra santa fe. Yo, para dar cuenta a mi general desta verdad para que coopere a esta tan santa obra, mandé juntar toda la gente y hallé y numeré 347 almas, cosa de mucho gusto para todos. Esto es sólo en esta del Busanic; en la de abajo que tengo vista hay también mucha gente; yo me voy saliendo para fuera, y así no voy más adentro. Ahora ruego a la Majestad Divina le conceda a V. R. la salud que mi mucho afecto le desea y su gran celo y su mucha caridad merece para el amparo de esta gentilidad.— Desta ranchería del Busanic, y abril 26 de 1700 años.— B. L. P. de V. R., s. s., *Juan Bautista Escalante*”.

“P. S.— También notifico a V. R. cómo en esta ranchería les maté un toro del ganado de V. R. que aquí hay, y así le suplico a V. R. lo tenga a bien.”

Hasta aquí el cabo de los soldados. Casi lo mismo escribió Juan Casaos, y como en toda esta Pimería van quedando reducidas 17 000 almas, bien se deja entender cuanta necesidad hay de operarios.

CAPÍTULO VI.— *Mi vuelta para Nuestra Señora de los Dolores y mi deseo y pretensión de ir a vivir y hacer misión en San Francisco Javier del Bac, para estar más cercano a tantas nuevas naciones*

El 2 de mayo, habiendo hecho otros tres bautismos y dos casamientos *in facie ecclesie*, despidiéndonos de todos aquellos capitanes y gobernadores, salimos para Nuestra Señora de los Dolores. Todos estos hijos me dieron muchas encomiendas para el padre visitador y para los demás padres y para el gobernador de las armas y para el señor alcalde mayor y para todos los señores españoles. Y el capitán de San Francisco Javier del Bac me dio a su hijo, que sería como de doce años, para que fuese, como fue y vino conmigo, a Nuestra Señora de los Dolores, las 60 leguas de camino que hay, para enseñarle las oraciones y la doctrina cristiana y ayudar a misa.

El 3 de San Cayetano, al salir el sol y al ir a decir misa, recibí carta del padre Agustín de Campos, en que S. R. me llamaba a San Ignacio a ayudar a escapar de la muerte a un pobre delincuente que tenía preso los soldados con intento y determinación de apelo-tearle el día siguiente, 4 de mayo. Respondí que iría luego después de la misa, y escribí también al alférez

Juan Bautista Escalante agradeciéndole la que había recibido dos días antes de San Javier del Bac, y caminando ese día más de 25 leguas de camino, llegué casi a medianoche a San José de Hymeris, y el otro día muy temprano a decir misa a San Ignacio, y se logró escapar al preso de la muerte.

El 5 llegué con dos de los soldados a Nuestra Señora de los Remedios, y el 6 a Nuestra Señora de los Dolores, adonde, en respuesta de una carta que yo desde San Francisco Javier del Bac había escrito al padre visitador Antonio Leal, ofreciéndome y aún deseando y pidiendo ser misionero de San Javier del Bac, y que se me diese un sucesor en Nuestra Señora de los Dolores, recibí la muy fina siguiente carta de S. R.:

“Muy mucho agradezco a V. R. en el nombre de Nuestro Señor el trabajo que V. R. ha tomado por su santo servicio en el bien desas pobres almas visitándolas, el provecho que ha hecho en las confesiones, de lo cual tendrá guardado el premio en el cielo. Digo, mi padre, que en lo que V. R. dice de la fundación de San Javier del Bac, lo dicho dicho, y que V. R. puede mirarla como Misión suya, porque así me parece muy conveniente para el progreso de lo de adelante, que estando V. R. tan acá en los Dolores, no es tan fácil de ver y acudir a menudo a los del río Grande, y así cuando V. R. juzgare se dispondrá eso, y podrá V. R. pasarse allá en la forma que quedamos cuando allá lo tratamos.” Hasta aquí el padre visitador Antonio Leal. Y de hecho estos días, aquí en Nuestra Señora de los Dolores, mandó dar rodeo a las como 1 400 reses que había, y dije al caporal de los vaqueros que, dividiendo ese ganado mayor en dos partes iguales, llevara, como llevó, la una a San Javier del Bac, y se hicieren los corrales necesarios. Pero nunca me vino padre sucesor en Nuestra Señora de los Dolores ni pude pasar de asiento a San Javier del Bac.

Y habiendo comunicado las noticias desta entrada a algunas personas, el padre rector del Colegio de Matape, Marcos Antonio Kappus, en 15 de mayo me escribió lo siguiente: “Agradezco a V. R. su gratísima y también la manda de las conchas azules, y estimaré muchísimo el aviso desos descubrimientos, y yo estoy muy en ello de que esta en que estamos es tierra firme con la de la California. Quiera Nuestro Señor que haya camino tan real como lo pensamos y deseamos, y con eso se ahorrarán así los trabajos como los cuidados de la California.”

Y después, a 3 de septiembre, cuando yo disponía hacer la entrada más larga que hice, S. R. me escribió estas palabras: “Si V. R. consigue la entrada por tierra a la California celebraremos todos con grandes aplausos tan feliz jornada, con que quedará el mundo desengañado si es isla o península, lo que hasta hoy se ignora. *Quod Bonu felix faustum fortunatmque sit, cedatque ad dexter optimi maximi Gloriam!*”

El padre rector de Oposura, Manuel González, en 28 de mayo, me escribió lo siguiente: “Estoy deseando mucho el que V. R. acabe de hacer esa deseadísimas entrada por tierra a las Californias. Una estatua rica y famosa le hemos de levantar si esto hace, y si es breve, dos serán las estatuas. Dios le dé a V. R. vida, salud y fuerzas para ello, y otras mil cosas más tan buenas.” Hasta aquí el padre rector de Oposura; y yo respondí a S. R. que las dos estatuas fuesen de Jesús Nazareno, de quien S. R. era tan devoto en Oposura, que le fabricó y adornó la mejor capilla que hay en todas estas tierras, y la otra de Nuestra Señora de los Dolores.

CAPÍTULO VII.— *Entrada de 170 leguas al norte y noroeste en busca del paso por tierra a la California y descubrimiento del caudalósimo, muy poblado y muy fértil río Colorado (que es legítimo río del norte) y de sus nuevas naciones*

Este capítulo y los seis siguientes son sacados de la relación diaria de la entrada que hice los meses de septiembre y octubre de 1700; en este capítulo pondré mi llegada al río Grande y a la nación cocomaricopa, camino de más de 100 leguas, y en los otros lo demás. Entré hacia el norte y volví por el poniente, caminando de ida y vuelta más de 380 leguas desde 24 de septiembre hasta 20 de octubre de 1700, e hice en ella 42 bautismos de párvulos y enfermos. Salí de Nuestra Señora de los Dolores con 10 sirvientes del partido y con 60 cabalgaduras, muchas dellas mulares. Ese día 24 llegamos temprano, a las siete leguas de camino, a Nuestra Señora de los Remedios; aquella tarde ayudamos en la fábrica de la nueva casa, y les dejé la orden e instrucción de los nuevos aposentos que en mi ausencia había de acabar de fabricar y techar.

El 25 salimos para la estancia de San Simón y San Judas de Siboda, adonde había como mil reses y cuatro manadas de yeguas para las nuevas conversiones que se fueran fundando; y habiendo pasado por la ranhería de Babasaqui, llegamos, a las 13 leguas de camino, y matamos una res gorda, con más de cuatro arrobas de sebo y manteca.

El 26, a las 15 leguas de camino, llegamos a San Ambrosio del Busanic y del Tucubabia. El capitán de esta ranhería o nuevo pueblo incoado nos vino a encontrar cuatro leguas de camino; aquí me cuidaban 70 reses y otras tantas cabezas de ganado menor, y cinco manadas de yeguas, trigo y maíz y frijol, con su mediana iglesia para el padre que deseaban recibir, y matamos otra res gorda y un carnero.

El 27, habiendo después de misa hecho nueve bautismos, los siete de párvulos y los dos adultos enfermos, y habiendo enviado a avisar a los de la Concepción del Caborca que dentro de doce o quince días nos viniesen a encontrar en la estancia y ranhería de San Marcelo del Sonaidac, de la costa de la mar de California, salimos para el aguaje de Santa Eulalia, y llegamos, a las 12 leguas de camino, como una hora de noche, por habernos detenido en una ranhería de más de 300 indios, que su gobernador nos había ido a encontrar hasta San Ambrosio del Busanic, y habiéndoles hablado la palabra de Dios, quedaron con nosotros en que habiendo padre misionero todos se agregarían a bautizarse en San Ambrosio.

El 28, saliendo del buen aguaje de Santa Eulalia en compañía del fiscal mayor de una ranhería que está a dos leguas más adelante, llegamos a la misma ranhería, adonde nos tenían prevenido un grandísimo montón de tunas con otras comidas, y por cuanto a los arrieros en este camino se les habían caído algunas cecinas de la carne seca que traían, habiéndolas hallado los indios desta ranhería que venían atrás, anduvieron tan finos y leales, que nos las trajeron; viendo yo esa lealtad, se las repartí con otras dadivillas; caminamos hoy hasta el anochecer 16 leguas de tierras llanas que nunca habíamos andado o visto.

El 29, a las cuatro leguas después de haber salido del paraje, encontramos con más de 40 indios de los más principales destos contornos; entre ellos el capitán de San Rafael, el capitán del Comac y otros gobernadores, que venían de 10 y 20 y 30 leguas de camino, y nos recibieron con cruces que traían en las manos, que nos las dieron, y luego despacharon a varias partes a traernos

muchos bastimentos; y a las otras seis leguas de camino llegamos al aguaje de Nuestra Señora de la Merced del Batqui, adonde concurrieron más de 200 almas. Hubo varias pláticas de doctrina, que tuve yo y mis maestros de doctrina también, en particular al anochecer, que les enseñamos el modo de bautizar en lengua pima para los casos de necesidad y de moribundos, que se pueden y suelen ofrecer que no haya sacerdote; aquí nos dieron dos párvulos a bautizar.

El 30 de septiembre, habiendo despachado la mitad de los sirvientes con la mayor parte de la caballada que nos fuesen a aguardar diez o doce días en la estancia y ranchería de San Marcelo del Sonoydac, al poniente, salimos con las mejores cabalgaduras y mulas para el norte, hacia el Comac y río Grande, y habiendo pasado por otras cuatro rancherías menores, al anochecer, a las 20 leguas de camino muy llano, llegamos a una ranchería grande, que le pusimos de San Jerónimo, porque era el día del santo; nos recibieron con cruces y arcos puestos, con una casita y con bastimentos prevenidos, 280 indios (que los contamos) puestos en hileras como en los pueblos cristianos; a una hora de la noche nos vinieron a ver y a darnos la bienvenida otros 150 indios de otra ranchería, que por ser de noche no habían venido las mujeres ni los muchachos e informándonos, supimos que estos contornos adonde todavía nunca habíamos entrado, había más de mil almas, que todavía nunca habían visto ni padre ni español alguno, y a todos les hablamos la palabra de Dios, que fue bien recibida.

El primero de octubre nos dieron siete párvulos y tres adultos enfermos a bautizar, y si nos hubiéramos detenido un día como pedían, nos hubieran dado más de 100 párvulos a bautizar. Se señaló aquí un nuevo gobernador y un fiscal mayor y otras justicias. El dicho gobernador, con el capitán del Comac y el gobernador de San Francisco, pasaron con nosotros hasta el río Grande, acompañándonos y guiándonos con toda fuerza. A una legua de camino salió a encontramos un indio con cuatro hijitos (el uno enfermito) que se los bautizara y le bauticé al enfermito. Nos dieron mucho maíz y calabaza, aunque no admitimos más que un poco para aquel día; a las seis leguas de camino llegamos a un buen aguaje, y a las otras 12 leguas a otro entre remotas peñas que las cabalgaduras no pudieron llegar a beber, aunque para nosotros nos trajeron bastante agua los guías.

El 2, a las 10 leguas, de camino, llegamos a río Grande y a su ranchería del Tuto, adonde hallamos más de 200 almas, y otros más de 150 indios de los más principales vinieron a vemos de más arriba y de más abajo, y algunos nos vinieron a ver desde el río, por haber tenido noticia de que por este tiempo yo había de pasar por estos contornos; toda era gente muy afable, muy dócil y muy amigable, así los cocomaricopas como los del río Colorado, que, aunque son de diferente lengua, hay siempre ranchos pimas y otros que hablan muy bien la lengua pima; nos trajeron muchas de sus comidas y les hablamos la palabra de Dios, así a los pimas con intérprete como a los cocomaricopas de aquí y del río Colorado, que todos se holgaron de oírla.

CAPÍTULO VIII.— Bajamos por el río Grande al poniente, y a las 50 leguas de camino llegamos a la nación yuma y descubrimos otras cuatro nuevas naciones y dimos vista a las Californias.

El 3 de octubre, día de Nuestra Señora del Rosario, salimos para el poniente, acompañándonos mucha gente de la que nos había venido a ver y el gobernador del Tutto, que

sabía muy bien las dos lenguas, la pima y la cocomaricopa, y el alcalde de San Felipe y Santiago del Oyadaybuisse, que del Oriente y del río arriba me trajo la noticia que me enviaba el capitán de la Encarnación de que su gente había dado un golpe a los apaches. A las seis leguas de muy buen camino llegamos a la ranchería llamada Guoydag, de más de 200 almas, y muchas eran del río Colorado. En el camino de hoy los muchachos iban echando mucho zacate a las mulas y caballos, holgándose que lo iban comiendo y que no comían muchachos, como se habían persuadido el año antecedente cuando entramos por febrero, recelándose y huyéndose entonces mucho de nosotros, pero que ahora se les quitó todo ese recelo. A la tarde, a las otras siete leguas de camino a la ranchería de San Mateo del Baki, adonde nos recibieron con varias de sus comidas y con pescado.

El 4 nos dieron un párvulo a bautizar, salimos para San Matías del Tutumagoydag, y a las 13 leguas de camino llegamos con una hora de sol, habiendo pasado por otras rancherías, en las cuales habría como 700 almas, con muchas familias del río Colorado, que en todas experimentamos mucho agasajo. En San Matías nos recibieron con todo amor, dimos unas dádivas a los guías e intérpretes, que ya no pasaban con nosotros más adelante, porque después ya íbamos entrando a la nación yuma, con la cual estaban encontrados por unas muertes que había habido los meses antecedentes; pero así que les dijimos que en adelante vivieran pacíficamente, admitieron nuestros consejos, y nos pidieron que también entre los yumas fuéramos buenos medianeros de unas muy constantes paces, como lo fuimos.

El 5, habiendo hablado la noche antecedente casi hasta la medianoche la palabra de Dios, y habiendo encargado la llevasen más adelante hasta el río Colorado, y habiéndonos dado un párvulo a bautizar, salimos para los yumas, siempre camino del poniente y del río Grande (o de los Santos Apóstoles) por abajo, y habiendo caminado como 15 leguas de buen camino, pero despoblado, llegamos a un buen paraje, que le pusimos la Ciénaga de los Patos (o Laguna de los Ánsares), pues los había en gran número. Vimos varias rancherías despobladas por las muertes de los meses antecedentes.

El 6, saliendo de la Ciénaga de los Patos, a las 12 leguas de camino muy llano llegamos a encontrarnos con los primeros yumas de San Pedro y de San Pablo, y hasta aquí habíamos entrado, cuando nos dieron las primeras conchas azules el año antecedente por febrero, que nos recibieron con todo cariño, y hasta el perro que iba con nosotros le dieron agua y pinole en una corita con todo agasajo como si fuera gente, admirándose de verle tan manso y leal, cosa nunca vista por ellos, y en eso eran semejantes a los californianos, cuando quince años antes los fuimos a ver las primeras veces.

Otras tres cosas hallamos después estos días en que estos naturales con sus tierras se asemejan a los californianos: 1.^a El vestuario de los hombres y de las mujeres. 2.^a Que de otra manera se cortan el cabellos los hombres y de otra manera los muchachos. 3.^a Que hay por acá varios árboles propios de la California, como el árbol del incienso y el árbol de la fruta que llaman *medesse*.

A la tarde salimos hacia el Norte, ya con guías yumas, que aquí corre el río como ocho leguas al norte, y después sale otra vez al poniente; en el camino nos dieron mucho pescado, así crudo como tatemado, que, aunque tenían sus milpas de maíz y frijol y calabaza y sandías, todavía el

frijol y el maíz no estaban maduros. Dormimos en un buen paraje de muy buenos pastos, que le pusimos de las Sandías, pues las había en un pingüe arenal, al pie de un cerro que desde su cumbre se divisa muy patentemente la California, y hoy, día de San Bruno, patrón de la California.

El 7, saliendo y por el río abajo, a las cuatro leguas de camino paramos junto a una ranchería, pero que estaba de la otra banda del río, y mientras despaché unos amigables recaudos a las demás rancherías de los alrededores, con el gobernador y con el alcalde y con mi mayordomo de Nuestra Señora de los Dolores, con las cuatro mejores cabalgaduras mulares que llevábamos, subí a un cerro del poniente, y adonde entendimos divisar ver la mar de la California, y mirando y divisando hacia el Sur y hacia el poniente y sudoeste con antojo y sin antojo de larga vista, más de 30 leguas de tierras llanas, sin mar alguna, y la junta del río Colorado con este río Grande (o río de Gila o río de los Apóstoles), sus muchas arboledas y campiñas; después nos informamos que en estas tierras y sus contornos vivían las cuatro nuevas naciones Quiquima, Bagiopa, Hoabonoma y Cutgana, de indios amigables y laboriosos; y volviendo a nuestro paraje comimos, añadiendo unos dulces por el consuelo que ya, gracias al Señor, habíamos dado vista a las tierras pertenecientes a la California, sin que hubiera mar de por medio que apartase estas tierras della. Y porque se nos iban fatigando los guías pimas, el capitán y el gobernador del Comac, y el hijo del capitán de San Rafael del Actum, llamado Miguel, y porque me instaba el tiempo de recoger la limosna de ganados que los padres destas Misiones de Sonora daban para la California, determiné tomar la vuelta para Nuestra Señora de los Dolores.

CAPÍTULO IX.— Habiendo visto que el brazo de mar de la California no subía hasta 35 grados de altura, cuando tomábamos la vuelta para Nuestra Señora de los Dolores, nos llaman y hacen revolver los muchos naturales de más adelante, y pasamos hasta el caudalósísimo río Colorado

Cuando este mismo día 7 de octubre, como a las cuatro de la tarde, íbamos ya saliendo del paraje para venir a dormir en el paraje de las Sandías, me vino a alcanzar un gobernador de estos yumas, que el año pasado le había dado la vara, y venía desde la junta de los ríos quien me dijo que aquellos naturales me rogaban los fuese a ver; ya iba saliendo la remuda con mis carguillas y con el ornamento y recaudo con que decir misa, y la dejé ir, quedándome a hablar muy despacio con dicho gobernador, que sabía muy bien las dos lenguas, la pima y la yuma, y habiéndome informado muy bien aquella tarde y parte de la noche del brazo de mar de la California y de las cercanas nuevas naciones, y con especialidad del mucho gentío del muy caudaloso río Colorado, me pareció materia de escrúpulo no ir a ver a estos numerosos naturales.

El 8 madrugué mucho y vine a alcanzar mis sirvientes y a decir misa al amanecer en el paraje de las Sandías, y revolviendo para ir a ver a esos naturales de la junta de los ríos, a las dos leguas de camino encontré más de 40 dellos que, habiendo caminado toda la noche, me vinieron a alcanzar temiendo que yo me fuese sin verlos. Se holgaron muy mucho de que yo ya iba a verlos, y como los más estaban de la otra banda deste río Grande, les dije los fuesen a avisar que pasasen a esta banda, pero como dijeron que esta mucha la gente y que todos me rogaban que yo pasase allá, me buscaron y llevaron a donde este río Grande se divide en tres brazos, y, pasándole, a las

ocho leguas de muy buen camino llegué a los primeros yumas del muy caudaloso río Colorado, que salieron a recibimos dos leguas de camino con muchas de sus comidas. Había aquí muchos de los que el año antecedente, 1699, habían salido a vernos al puesto o ranchería de San Pedro, por haber dicho allí la primera misa que se dijo en esta nueva nación, el día de la cátedra de San Pedro, en 22 de febrero del año pasado, cuando entré con el padre Adamo Gilg y con el capitán Juan Matheo Mange; y los naturales, desde luego, con todo amor nos preguntaron por S. R. y por su merced, y por qué no había vuelto, y les dijimos que quedaban con salud y que quizá en otra ocasión volverían por acá. Al llegar a la ranchería grande del río Colorado nos recibieron más de mil almas juntos; luego vinieron otras más de 200, y el día siguiente más de 300, que vinieron de la otra banda deste caudalósísimo río Colorado, pasándole a nado (y éste es el verdadero y legítimo río del norte de los antiguos); les hicimos varias pláticas de nuestra santa fe, que fueron muy bien recibidas, y nos las agradecieron con muy tiernas y amorosas palabras y pláticas, así en lengua pima como en lengua yuma o cocomaricopa, que es la misma; estas pláticas, así nuestras como dellos, duraron casi toda la tarde, y después, hasta la medianoche, con muchísimo consuelo de todos; y me rogaron que me quedara con ellos siquiera uno o dos días que vendría mucha gente del río arriba, adonde viven los alchedomas, y del río abajo, adonde viven los quiquimas, bagiopas y hoabonomas; pero no me atreví a detenerme por no hacer falta en venir a recoger el ganado para la California que se me había encargado, que instaba el tiempo de los herraderos.

El 9, después de misa, nos dieron dos adultos enfermos a bautizar, el uno se llamó Dionisio, porque era día del glorioso santo mártir, como también por haber dicho aquí la misa deste santo se le puso a la ranchería y muy buen puesto (muy cercano a la junta de los ríos) San Dionisio.

Los más de los indios que esta mañana nos vinieron a ver, caminando casi toda la noche y pasando el río a nado, eran de estatura muy alta, pero el principal dellos de estatura agigantada, y el mayor indio que jamás habíamos visto; a él y otros dos les dimos varas de justicias. Al despedirnos los consolamos que procuraríamos volver como ellos tanto pedían y deseaban.

Este caudalósísimo, pobladísimo y fértilísimo río Colorado, que sin falta es el mayor que tiene toda la Nueva España, es el que los antiguos cosmógrafos llamaron por antonomasia el río del norte, es muy probable de la Gran Quibira, y lo cierto es que por las fértiles y amenas tierras deste gran río se puede entrar hasta los moquis, pues sale diez leguas más al poniente que estos pueblos. Y pues la ranchería de San Dionisio, según pesando el sol con el astrolabio, he reconocido está en 35 grados y medio de altura, subiendo por este río que viene casi siempre del nordeste otro grado y medio (que por ese rumbo son como 36 leguas de camino), se llega a 36 grados, que es la altura en que están los moquis. Misiones pertenecientes al Nuevo México, y no habrá riesgo que por esta parte impidan la entrada los apaches.

CAPÍTULO X.— *Nos despedimos del mucho gentío del río Colorado o río del norte y tomamos la vuelta por el otro camino de San Marcelo*

Este día 9 de octubre, habiendo salido de San Dionisio y de la junta de los dos ríos, llegamos a la tarde al paraje de las Sandías, adonde estaba nuestra remuda, y pasando otras dos leguas más adelante, a una ranchería, adonde nos dieron mucho pescado; subimos a otro cerro más alto, de donde al ponerse el sol divisamos distintamente muchas tierras de la California, y que los dos

ríos juntos, después de su junta, corrían como 10 leguas al poniente y que después, tomando la vuelta al sur, a las como otras 20 leguas, desembocaban en el remate de la mar de la California.

El 10, dejando al río Grande y viniendo por el camino por donde habíamos entrado el mes de febrero del año pasado, llegamos a sestar al aguaje de la Tinaja, y caminando a la tarde otras 12 leguas llegamos a una hora de la noche al aguaje, que también desde el año pasado le pusimos el Agua Escondida, porque estaba entre peñas.

El 11, despachando a los más de los sirvientes con la remuda que fuesen a sestar y a aguardarme adonde topasen buen pasto para las cabalgaduras, volví hacia el poniente, y subiendo en otro [cerro] no vi más que la continuación destas tierras con las de la California y los arenales de su mar. Y alcanzando a los sirvientes y caminando, hoy, 12, llegamos con sol al aguaje de la Luna, que este nombre le pusimos el año pasado por haber llegado a él de noche con la luna, y por estar este aguaje en unas peñas tan altas que las cabalgaduras no pueden subir a beber agua, determinamos cenar aquí un bocado y caminar, como caminamos, otras tres horas de noche para alcanzar el día siguiente con más facilidad hasta el aguaje del Carrizal.

El 12, madrugando más de dos horas y saliendo del paraje al salir el lucero, a las 13 leguas de muy buen camino, a las diez del día, llegamos al buen aguaje del Carrizal, del arroyo de San Marcelo del Sonoydac; dije misa, almorzamos y, comiendo, sesteamos muy bien, y a los otras ocho leguas de camino, a las ocho de la noche, llegamos a la ranchería estancia de San Marcelo, habiéndonos dado un buen refresco de sus comidas los de otra ranchería que había en el camino, a quienes hablamos la palabra de Dios, y nos dieron tres enfermos adultos a bautizar, que se llamaron Ignacio, Francisco Javier y Francisco de Borja, y el fiscal y principal desta ranchería vino con nosotros hasta Nuestra Señora de los Dolores, casi 100 leguas de camino.

Los de San Marcelo de Sonoydac, su gobernador y otros muchos nos salieron a recibir más de tres leguas de camino, recibiéndonos con arcos, cruces puestas y con casa ramada prevenida, con bastantes bastimentos y comidas, carne, trigo, maíz, frijol, calabaza, que todo hay aquí de cosecha para el padre que piden y esperan recibir. Hallamos aquí nuestra gente y sirvientes con la remuda que en 30 del pasado despachamos desde la Merced. También hallamos aquí los vaqueros de la Concepción del Caborca, que habían venido 50 leguas de camino a encontrarnos con el aviso que les enviamos desde San Ambrosio del Busanic.

Este puesto y ranchería de San Marcelo es lo mejor que hay en esta costa, de tierras fértiles, con sus acequias para buenas sementeras y con agua que corre todo el año, y con buenos pastos para ganado, con todo lo necesario para una muy buena población, pues tiene aquí muy cercanas más de mil almas y muchas más tiene en sus contornos, y en lo demás desta costa hay notable falta de agua, que corre 50 leguas al sur hasta la Concepción del Caborca y 50 leguas al norte hasta el río Grande y 50 leguas al oriente hasta el valle de San Javier del Bac y al poniente otras 50 y más leguas hasta los confines de los quiquimas y desemboque del río Colorado.

El 13 descansamos en San Marcelo; recibimos una santa cruz que me envió el capitán de la Encarnación del río y Casa Grande, con muy finos recaudos, de más de 70 leguas de camino; catequizamos la gente; nos dieron cuatro enfermos adultos y cuatro párvulos a bautizar; contamos el ganado mayor: había como 50 cabezas; matamos una res gorda. El caporal desta

estancia y el alcalde y fiscal desta ranchería de San Marcelo se conchavar [on] de ir y fueron con nosotros hasta Nuestra Señora de los Dolores.

CAPÍTULO XI.— *Saliendo de San Marcelo, a las 50 leguas de camino, llegamos a Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, y a otras 50, a Nuestra Señora de los Dolores*

El 14 de octubre, saliendo para San Luis Bertrán de Bacapa, a las seis leguas de camino, nos salieron a encontrar muchos naturales con muchas de sus comidas y con muchas muy buenas pitagayas, que en esta costa las hay en abundancia y duran hasta diciembre. A las otras seis leguas de camino llegamos a San Luis Bertrán, adonde nos recibieron como 150 almas, con muchas de sus comidas y pitagayas, y les hablamos la palabra de Dios a todos.

Habiendo convidado esta gente a que se viniese a vivir a los pueblos y puestos de tierras más sembrables y a los ríos, salimos para San Eduardo del Baipia, y a las 20 leguas de camino llegamos al anochecer; recibiéronos con cruces puestas en los caminos y con casa o ramada y comidas prevenidas más de 120 almas que de los contornos habían concurrido con muchas justicias que habían venido de varias partes, entre ellas el capitán de la Concepción del Caborca y otros gobernadores y el caporal de Nuestra Señora de los Dolores, que había venido a encontrarnos con unas cabalgaduras de remuda y con pan y con otros refrescos.

El 16, a las 16 leguas de camino, llegamos a la Concepción del Caborca, adonde fuimos recibidos con todo agasajo y con abundancia de bastimentos, pues había trigo y maíz y ganado mayor y menor, como 100 cabezas de cada género, y casa de adobe y terrado e iglesita, que fabricó el V. P. Francisco Javier Saeta. De los muchos que nos salieron a encontrar y recibir, más de legua de camino, el uno nos saludó con estas palabras: “Bendito y alabado sea el *Santísimo Sacramento del altar y la Inmaculada Concepción de María Santísima*”, que en gente nueva nos fueron de gran consuelo e igual admiración.

El 17, habiéndoles hablado la palabra de Dios y bautizado dos párvulos que nos dieron (el uno era hijo del capitán de esta nación), salimos para el Tubutama, que a las más de 20 leguas de noche, con la luna, habiendo pasado por las rancherías de San Diego del Pitquia y de San Antonio del Uquitoa, adonde también había trigo y maíz para el padre, y por la del Addibuto. En el Tubutama había más de 200 almas, iglesita y casa de adobe y terrado, y a toque de campana rezaban las oraciones y la doctrina cristiana como en los pueblos de Sonora. También tenían aquí ganado mayor, como 50 cabezas, y menor, como 100 cabezas, y siembran todos los años trigo y maíz y frijol para el padre que esperaban recibir.

El 18, a las siete leguas de camino, llegamos al pueblo de San Ignacio, habiendo pasado por el de Santa María Magdalena, que con el pueblo de más arriba, que es el de San José de Himeres, están a cargo del padre Agustín de Campos, y aunque S. R. estaba algo indispuerto de unas tercianas, nos recibió a todos con todo agasajo.

El 19, pasando por San José de Himeres y por Babasaqui, a las nueve leguas de camino llegué a mi pueblo de Nuestra Señora de los Remedios, adonde hallé que acababan de techar dos muy buenos aposentos, con buena viguería y tablazón de pino, y descansamos aquí esta tarde.

El 20 llegamos, gracias a Su Divina Majestad, con bien a Nuestra Señora de los Dolores, habiendo andado de ida y vuelta 384 leguas en veintiséis días, sin que se nos fatigaran las

cabalgaduras y sin avería alguna, que lo atribuimos a los celestiales favores de Nuestro Señor, dando con felicidad vista a la California y a su paso por tierra, y habiendo hecho 42 bautismos y descubierto otras cuatro nuevas naciones y el gran río Colorado o río del norte. Y dimos estas noticias a los amantes de nuevas conversiones, según antecederamente me las habían pedido.

CAPÍTULO XII.— *Cartas que me escriben así los padres de la Compañía como otros señores seglares habiendo oído las noticias de la referida entrada y descubrimiento*

El padre visitador Antonio Leal, en 29 de octubre, me escribió la carta siguiente: “Mucho me alegro de la venida de V. R. de su jornada, la cual me había escrito el padre rector Juan María Salvatierra que la rogase a V. R., por lo importante que es la certidumbre de ser tierra firme. También es muy buena nueva la del río Colorado y las otras naciones: Operari, Autem, Pauci. Ésa es la lástima. Pues ahora ofrece Dios tanta mies en tanto campo. Dios le pague a V. R. tanto trabajo en descubrir tantas ovejas redimidas con la sangre de Jesucristo y apartadas de su rebaño.”

El padre rector desta Misión de San Francisco Javier, Adamo Gilg, dice así: “Sea V. R. muy bien venido de su larga apostólica caminata, que nos la pide el padre rector, Juan María Salvatierra; ya muchísimo se confirma que la mar de la California no llega hasta 34 grados de altura.”

Al padre rector del Colegio de Matape, Marcos Antonio Kappus, remití, juntamente con estas noticias, unas conchas azules que me dieron en el río Colorado, de las que me dieron el año antecedente por febrero, y me hicieron discurrir que habría este paso por tierra, porque de aquel mismo género las vi en la contracosta el año de 1685, en compañía del almirante don Isidro de Attondo y Antillón.

Y dicho padre rector me respondió así: “Estimo sobre mis ojos las conchas azules, y especialmente la grande, que verdaderamente es pieza rara. Viva V. R. mil años. El otro día me envió el padre rector, Juan María Salvatierra, cuatro conchas de la contracosta, y ellas son ni más ni menos del mismo jaez y oriente.”

El señor gobernador de las armas desta provincia de Sonora, don Domingo Gironza Petriz de Cruzat, quien siempre solicitó mucho estas entradas en servicio de ambas Majestades, y dellas ya en cuatro otras diferentes cartas me dio la gracias en nombre de su real Majestad; también en esta ocasión me escribió una finísima carta llena de consuelos y plácemes.

El general Juan Fernández de la Fuente, capitán del presidio de Janos y alcalde mayor de Casas Grandes, me escribió lo siguiente: “Cuando corrían malas voces de algunos nada aficionados, que por eso no se les da crédito, y sueñan alzamientos no intentados, que muchas veces suceden por anunciarlos y propalarlos nosotros, no teniendo intención los naturales, con todo regocijo y estimación mía, acabo de recibir la muy estimable de V. R., por la cual veo todo lo operado por V. R. en servicio de las dos Majestades, que es cierto han sido para mí noticias de sumo júbilo. Nuestros muy reverendos padres rector, Juan María Salvatierra, y Francisco María Picolo, y todos los demás conquistadores, se alegrarán mucho, y yo me holgara que nos viésemos V. R. y yo para que cara a cara y boca a boca, conferenciemos todo aquello que fuese de su mayor agrado y servicio de las dos Majestades, y a todo por todo cuanto se pueda ofrecer en tales

materias me sujetaré y sacrificaré mi vida y hacienda, pues con hacer el servicio de las dos Majestades y el bien común nos podemos prometer la eterna salvación, que es lo que podemos desear.” Hasta aquí el general Juan Fernández de la Fuente.

CAPÍTULO XIII.— *Carta del padre rector, Juan María Salvatierra, a quien yo los meses antecedentes había escrito de la muy grande probabilidad del paso por tierra a la California*

Dos días después de haber yo vuelto de la referida entrada al río Colorado y paso por tierra a la California, recibí una carta larga del padre rector, Juan María Salvatierra; su fecha en Loreto Concho de la California y agosto 25 deste año de 1700, en la cual S. R., entre otras cosas, me dice lo siguiente: “Recibí todas las cartas de V. R. escritas en Matape y otras partes aquí en Loreto todas a un tiempo, que me fueron de mucho consuelo. Nos hemos alegrado de saber lo casi cierto de ser esta tierra continente con la Nueva España, y sólo falta saber en qué grados se cierra este seno, lo cual esperamos todos nos lo escribirá V. R. después de las aguas, que para otro año, si es que nos socorren, no será difícil partirse las 100 leguas, aunque sean 150, para que nos encontremos. Nos hallamos con buenos desamparos y con catorce meses de falta de socorro del México; necesitamos de un todo en materia de géneros, chocolate, tabaco, etc., lo cual no puede ser sino por alguna grande otra avería de barco o barcos. Hágase con toda la voluntad de Dios, que espero no han de prevalecer las puertas del infierno contra la casita grande de Loreto; y al caso importa se sepa por tierra el camino, adonde se cierra este mar para poderse ayudar por tierra en un caso extravagante, como nos puede suceder de totalísimo desavío de embarcación.

En cuanto a la caridad del ganado y su conducción a Hiaqui, de nuevo estimo a V. R. la abundante limosna dello, por lo que toca a la parte de V. R., y asimismo lo diligenciado con los otros padres. Reciba V. R. muchos saludos del padre Francisco María Picolo y de toda la gente deste Loreto, que se han alegrado con las esperanzas del continente y con ansias desean las últimas noticias.” Hasta aquí el padre rector, Juan María Salvatierra, al tiempo que ya se acababan de conseguir esas noticias y yo actualmente se las estaba escribiendo a S. R. con relación diaria de toda la referida entrada, que la remití a S. R. a California, y con sus noticias vino después S. R. en persona desde Nuestra Señora de Loreto de la California hasta esta Misión de Nuestra Señora de los Dolores desta Pimería a hacer entrada al paso por tierra a la California el mes de febrero del año siguiente, 1701, como diré en el siguiente libro II.

CAPÍTULO XIV.— *Se recogen y juntan con 700 reses y otros ganados en estas Misiones de Sonora y se llevan a Matape y Hiaqui para la California*

Con la ocasión que por febrero y marzo deste año de 1700 el padre rector, Juan María Salvatierra, había venido de California a Sinaloa y a Aome, para el aliño, carena y avío del navío *San Fermín*, se trató del socorro de ganados que estas Misiones de Sonora habían de dar a la California, y después se dio la mayor parte deste ganado al más oportuno tiempo, que fue por octubre y noviembre en los herrados, y S. R. me escribió desde Sinaloa las dos cartas siguientes, la primera en 9 de mayo deste tenor: “El miércoles me pondré en camino para Onabas, y a no embarazarme la salud o alguna repentina de Loreto de California, pasaré hasta Matape en 22 deste, y así por la esperanza de ver dichosamente a V. R. no respondo a los puntos tan amorosos

de su carta, que me ha ensanchado el corazón. Acabo de recibir otra carta del padre rector de Matape, en que me avisa haber ya recibido las diez cargas de bastimento que V. R. remite para las Misiones de Nuestra Señora de Loreto de California, las cuales agradezco a V. R. y estimo sobre mis ojos. Y agradezco a V. R. las 300 reses que ofrece para la California.”

Y en 21 de mayo, entre otros puntos de una carta larga, me escribió S. R. lo siguiente: “Juzgué poder llegar hasta Matape, pero la fuerza de los soles, el írseme cayendo enfermos de los ojos los hijos, el haber llegado de repente de vuelta de California la lancha y precisar mi asistencia, así para la carena como para volver yo en ella y ser preciso el cargarla luego, por ser única y mucha la gente en la otra banda, el conjunto de estas razones me ha forzado volver atrás desde aquí, y el sentimiento que tengo de la poca dicha de no haber podido ver a V. R. En cuanto a las 300 reses que V. R. quiere dar a la California, me parece que harán falta o daño a las Misiones de los pimas, pues, según he oído, pide V. R. padres nuevos para poner en la Pimería, y así, desde luego, digo que las 100 puede V. R. guardar para la Pimería, y las 200 las necesito luego para la California y en el puerto de Hiaqui, que me tiene señalado el padre provincial para ganados, y que está cercano a Loreto Concho de la California; cristiandad ya asentada, y que se va fomentando, conservando y adelantando, en que pusimos el pie y costó sudores y sangre y grandes gastos, y se dilata mediante el patrocinio de María Santísima de mar a mar el Evangelio, quedando ya amansadas de costa a costa las rancherías del medio.” Hasta aquí el padre rector, Juan María Salvatierra. Y en virtud desta carta, aunque algunos ponían la dificultad de los calores y otras ocupaciones, puse al instante por obra el que llevásemos las 200 reses que daba esta Misión de Nuestra Señora de los [Dolores] a la California a Matape, Tecoripa y Hiaqui, y las acompañé y ayudé a sacar en persona hasta a Tuape, por junio.

Y después, por noviembre, de vuelta de mi entrada en los herraderos, dieron los demás partidos un buen número de reses, que fui hasta Matape, camino de 50 leguas, a despacharlas a la nueva estancia del Hiaqui, para que de dicha estancia pudiesen sacar los padres de la California la carne, sebo y manteca que hubiesen menester, pasando también el ganado en pie a la California, según se necesitase y los tiempos diesen lugar. El partido de Oposura dio 100, y 1 000 cabezas de ganado menor que se compró en Hiaqui a trueque de ganado mayor. El partido de Ures dio otras 10 reses, y 100 el partido de Cucurpe, 60 con alguna caballada dio el partido de Guepaca y 70 el partido de Guepaca, 50 el partido de Arizpe y otras cantidades las demás Misiones. Y con esto acabamos el año de 1700.

LIBRO II

ENTRADA (O MISIÓN) AL REMATE DE LA MAR DE LA CALIFORNIA, EN 34 GRADOS DE ALTURA, CON EL PADRE RECTOR, JUAN MARÍA SALVATIERRA, Y HOSTILIDADES DE LOS APACHES EN ESTAS FRONTERAS DE SONORA.— BUEN ESTADO DESTAS NUEVAS CONVERSIONES DESTA DILATADA PIMERÍA Y DE SUS CONFINANTES OTRAS NACIONES

CAPÍTULO PRIMERO.— *Venida del padre rector, Juan María Salvatierra, de la Misión de Nuestra Señora de Loreto de la California a estas Misiones del Hiaqui de Sonora y desta Pimería para pasar por tierra a dicha California*

Habiéndonos continuadamente carteadado el padre rector, Juan María Salvatierra, y yo en orden a los descubrimientos y adelantamientos posibles destas conquistas espirituales y temporales y nuevas conversiones de la California y de sus relaciones de lo de por acá desta Pimería, la cual, y todas las Misiones antiguas y nuevas de Chinipas de Sinaloa y de Sonora, que ha sido su vigilantísimo muy celoso e incansable padre visitador, tanto deben al apostólico, santo cuidado de S. R., por enero y febrero deste año de 1701 vino de la California por la mar a estas Misiones de Hiaqui y Sonora y desta Pimería, con buenas y fundadas esperanzas de volver por tierra en altura de 31 o 32 grados a su Misión de Nuestra Señora de Loreto Concho, adonde S. R. dejaba por vicerrector al padre Francisco María Picolo y por cabo y capitán de los soldados al capitán Antonio de Mendoza y García, y los barcos y gente de mar encargados a sus cabos en las carenas y navegaciones que se ofreciesen. S. R., desde Tecoripa y Matape y de otras partes me escribió repetidas y diferentes cartas de las cosas, bastimentos, cabalgaduras y recua que habríamos menester para esa nueva entrada al paso por tierra a la California y quizá hasta la misma California muy adentro o hasta Loreto Concho. Y con eso, así acá dentro en esta Pimería como allá fuera en las demás cercanas Misiones, se hizo prevención de todo lo necesario de sirvientes, de harina, de bizcocho, de carne, de cabalgaduras, etcétera. Y por si en el paso por tierra a la California, en la misma California para bajar desde 32 grados, adonde está el referido paso, hasta 25 grados, adonde está la Misión de Nuestra Señora de Loreto Concho, hubiese alguna resistencia o dificultad, determinó dicho padre rector, Juan María Salvatierra, de llevar a la entrada algunos soldados. A ese fin pasó S. R. al real de San Juan a ver al señor gobernador de las armas, don Domingo Gironza Petriz de Cruzat, y con facilidad consiguió de su señoría diez soldados, con su cabo; y de los demás señores vecinos del real de San Juan y del valle de Sonora y de los padres misioneros de las Misiones antiguas adquirió el necesario avío de unos buenos sirvientes y de arrieros y de algunas mulas de carga y de silla; y con lo de allá fuera, y desta

Pimería, se juntaron más de 40 cargas de bastimentos y otras cosas necesarias que se llevaron a esa entrada.

CAPÍTULO II.— *Venida de los enemigos apaches a estas fronteras de Sonora con tantas hostilidades, robos y muertes, que parecía había de estorbar nuestra entrada al paso por tierra a la California.*

Por este mismo tiempo de enero y febrero entraron a sus acostumbrados robos de todos los años los apaches, y robando en varias partes caballadas, aquí, muy cerca de la estancia de Cucurpe, hicieron los lastimosos daños que el padre Melchor Bartiromo me escribió con la carta siguiente, fechada en Cucurpe, 1 de febrero: “Por falta de papel no escribí a V. R. desde Saracachi, adonde dieron los enemigos el domingo, alto el sol, más de doscientos indios; mataron seis personas, hirieron siete, tres están de riesgo; saquearon todas las casas menos la mía y la del caporal, adonde se salvó la demás gente; llevaron caballos y yeguas, no sabemos cuantos; el ganado menor, todo; yo he sentido sólo las muertes de tantos inocentes, que lo temporal no importa. V. R. nos encomiende al Señor en sus santos sacrificios, en los cuales me encomiendo.— Cucurpe y febrero 1.— P. S. V. R. esté con cuidado, porque puede ser que el enemigo esté todavía metido por aquí cerca, porque eran muchos.— P. S. Ahora, al amanecer 2 de febrero, día de la Virgen, vino Germán a avisarme de cómo alcanzaron a los enemigos y les quitaron la caballada hurtada.” Hasta aquí el padre Bartiromo.

Esta gran desgracia y tan lastimosas muertes asustaron mucho a toda la provincia, y parecía había de estorbar nuestra entrada al paso por tierra a la California; pero el padre rector, Juan María Salvatierra, desde Tuape, me escribió las siguientes cartas, la una de 10 y la otra de 14 de febrero; la del 10 dice así: “Estando para escribir y despachar a V. R., el padre Melchor me dice haber recibido carta de V. R. con la buena nueva de haber quitado el alférez Escalante toda la caballada al enemigo, y así detengo un ratito al portador dándole a V. R. el parabién desta victoria, y pues estaba V. R. ocupado en disponer mulada y caballada en honra de la Madona de Loreto y socorro de su Misión californica, la Señora ha mirado por todos los bienhechores. ¡Viva, viva Jesús! ¡Viva María! Recibí la de V. R. con los saludos de los queridos hijos pimas de V. R. a quienes ruego retorne V. R. mis saludos, que me holgaré darles un abrazo. Mañana o pasado mañana paso a Cucurpe, y por no detener al portador no soy más largo.”

La segunda carta, de 14, dice así: “Esta guerra de Saracachi nos ha hecho muy mala obra, pero no hay para que perder el ánimo. Supongo que V. R. estará en mucha faena por el bastimento, pues la sola falta de bastimento nos puede hacer volver atrás, y yo estoy con resolución de lo contrario, pues desta sabiduría de tierras dimanará gran bien de las misiones de Loreto Concho. Será menester que salgan de los Dolores todas las mulas de V. R. cargadas, unas diez o doce cargas de harina, unas dos cargas de pinole y dos cargas de bizcocho, y es necesario que todos los tercios sean de a seis arrobas, que con el ir caminando adelante se irán aminorando; en cuanto a carne seca quizá fuera acertado llevar un par de cargas, por no haber de estar atenedos a haber de matar luego que se llegue a los parajes, aun adonde hay carne viva que matar. Yo me detengo aquí estos dos días, pues así se rehacen las pocas bestias que traigo, que subiendo más arriba será menester encerrarlas de noche y padecerán mucho, y por mi parte me importa tanto el reconocimiento desta tierra que si fuere menester me detendré hasta las aguas en la

consecución deste fin. Y así, por amor de Dios, ruego a V. R. la prevención de bastimentos, que por mi resuelto estoy de no volver atrás por falta dellos, y así ruego a V. R. me avise de todo, y en particular de lo que V. R. tiene ya prevenido en los géneros referidos. Y retorno los saludos de los hijos californicos que vienen conmigo frutos de los trabajos y celos de V. R.” Hasta aquí el padre rector, Juan María Salvatierra.

CAPÍTULO III.— Estas hostilidades de los apaches se atribuyen, aunque muy siniestramente, a los pimas, y aclara y declara la inocencia desta Pimería

Acerca destas referidas muertes, robos y hostilidades, hubo tantas controversias y tan porfiados encontrados pareceres, que se desbarataron y quebraron las amistades de personas principales desta provincia, atribuyendo muchos esas maldades a los enemigos de siempre, jocomes, janos, sumas y apaches, y otros por fuerza las achacaban a los pimas desta Pimería, y se hicieron informes jurídicos, aunque siniestros; pero Nuestro Señor aclaró la verdad por muchos caminos, y desde luego muy patente me lo indican las dos siguientes cartas de los que siguieron a los enemigos y les quitaron gran parte de las presas que llevaban: la una es del capitán Pedro de Peralta, teniente desas fronteras, de 13 de febrero, y es como sigue: “Mi padre Eusebio Francisco Kino: ¡Albricias, albricias, albricias! Los indios enemigos que dieron en Saracachi, de tornavueeltas pasaron por este real de Bacanuchi y sacaron del corral de Simón Romo una manada y otras bestias; se avisó al presidio de fronteras y salió el alférez Escalante con 15 hombres y de aquí salieron diez, y cerca de Chiquicahui alcanzaron 36 enemigos y les quitaron las bestias y conocieron clara y distintamente eran apaches. Llevaban tecomates y otros despojos de los que robaron en Saracachi. Huyeron los enemigos a la sierra; no se pudieron seguir por falta de caballos; con que no son pimas, como se discurría; y así no pierdo mis albricias y yo las diera de muy buena gana por lo mucho que quiero a los pimas. Y ayer, 12 de febrero, llegaron los señores soldados con la caballada, muy contentos con haber descubierto que los de las muertes y robos son apaches y hocomes.” Hasta aquí el capitán Peralta. Y el capitán Cristóbal Granillo de Salazar, también en 13 de febrero, desde el real de Bacanuchi escribió lo siguiente: “De mucho júbilo fue para mí el recibir carta de V. R., que lo he deseado muchísimo por tener noticia de los amigos pimas, por la mucha confusión en que nos han tenido las hablillas, nunca dándoles crédito hasta tener certeza del desengaño. Ya quiso Nuestro Señor el que se supiera quiénes fueron los que dieron en Saracachi. Ayer, 12 del corriente, llegó mi hermano Simón y los señores soldados quienes fueron en su seguimiento con el señor alférez Juan de Escalante, quienes los alcanzaron en la sierrecita adelante de San José, como 12 leguas de Chiquicahui, donde quitaron la caballada que se llevaban deste valle, y conocieron todos los señores soldados ser apaches en el traje y en las armas, y los vieron como a tiro de arcabuz; no pudieron matarlos por faltarles las bestias y ser la tierra mala; no pido albricias, porque mi compadre, el capitán Peralta, las ha pedido ya, mas no las pierdo.” Hasta aquí el capitán Cristóbal Granillo de Salazar.

Otro caso, aunque triste por un camino, aclaró manifiestamente la inocencia desta Pimería. Porque en 18 de febrero, habiendo venido noticia de que aquí cerca, junto al cerro de Nuestra Señora de los Remedios, en una profunda y áspera cañada, tenían retirada y hurtada mucha caballada los enemigos, salieron unos indios de Nuestra Señora de los Dolores y unos indios de

Nuestra Señora de los Remedios a ver de quitarla, y pelearon hasta dar las vidas el gobernador de Nuestra Señora de los Remedios y con otros dos suyos, y el caporal de Nuestra Señora de los Dolores con otro de los suyos, y el padre visitador Antonio Leal me escribió la carta siguiente: “Doy a V. R. muchos pésames envueltos con muchos plácemes por las muertes de los hijos pimas, pues con su sangre y con sus vidas bien han manifestado a todo el mundo que no son los pimas ni la Pimería los malévolos y malhechores.” Lo propio dijeron y escribieron otras diferentes personas, que pues los pimas daban sus vidas en defensa de los ladronicios, no eran los pimas los que los cometían o los que eran amigos de semejantes maldades.

CAPÍTULO IV.— Viene el padre rector, Juan María Salvatierra, a esta Misión o pueblo de Nuestra Señora de los Dolores; y emprendemos la entrada para el paso por tierra a la California; sale S. R. para San Ignacio y, rumbo del poniente y a las 50 leguas de camino llega a Nuestra Señora de la Concepción

Cerca de 20 de febrero llegó a Cucurpe a este partido de Nuestra Señora de los Dolores el padre rector, Juan María Salvatierra, con los 10 soldados y con sus cuatro naturales califórnicos. Hablamos con consuelo de todo lo concerniente a la entrada a ese paso por tierra a la California, en particular por las conchas azules, porque estos días el padre rector de Metape me había escrito la carta siguiente: “Muchísimo se ha alegrado el padre rector, Juan María Salvatierra, en ver las conchas azules, en particular la grande, de que V. R. me hizo favor, y las dos bolas y el tejido de la faja, y ya no duda S. R. de que ésta es tierra contigua y firme con la de la California.” Y habiendo dispuesto que este partido de Nuestra Señora de los Dolores daba para la entrada al paso 20 cargas de bastimento, harina, carne seca, bizcocho, etc., y 80 cabalgaduras, las más dellas mulares, en 25 de febrero salió de Nuestra Señora de los Dolores para el pueblo de San Ignacio, rumbo del poniente, el padre rector, Juan María Salvatierra, con dos soldados, que los demás los habían hecho volver a Saracachi, por un rumor que hubo de enemigos. Llevó S. R. de aquí para la entrada el cuadro de Nuestra Señora de Loreto, de buen pincel y de mano de Juan Correa, que nos fue de gran consuelo en todo el camino; la poníamos en el altar cuando decíamos misa, cargándola personalmente los dos padres, el uno por la mañana y el otro por la tarde.

En San Ignacio, que dista diez leguas de Nuestra Señora de los Dolores, adonde asistía el padre Agustín de Campos, se avisó el padre rector, Juan María Salvatierra, con algún bastimento y con algunas cabalgaduras más, y como yo, con el cuidado con que nos tenían los enemigos, me detenía otro poco, S. R. me escribió la siguiente carta en 26 de febrero:

“Mediante los muchos regalos que V. R. me hizo pude llegar muy alentado a este partido de San Ignacio; Dios le pague a V. R. la mucha caridad que hace aun a quien tan poco lo merece. Llegado aquí, recibo el pliego que V. R. me despachó, y viene nueva de que vendrá pronto señor virrey nuevo y señor arzobispo, llame pesado saber cómo los enemigos desamarraron un caballo tuape, y el pobre padre Melchor supondría estaban los soldados en los Dolores, y fue imposible que esta noche llegasen los dos soldados a Tuape. Quiera Dios no sea cosa de cuidado, que, a serlo, V. R. tiene la materia presente y será lo más acertado lo que V. R., en todo caso, resolviere como tan experimentado y antiguo.” Hasta aquí el padre rector, Juan María; y con esta carta determiné dar una mirada a mis tres pueblos y mandarlos fortificar por tantos peligros de

enemigos como había, y entretanto volvieron de Saracachi a Nuestra Señora de los Dolores los ocho soldados, con su cabo Nicolás Bohorgues, con el capitán Juan Matheo Mange, sobrino del señor gobernador de las armas, que dos días después fueron a alcanzar al padre rector Juan María a San Ignacio, desde donde S. R. prosiguió su derrota al poniente hacia la mar de la California y hacia la Concepción de Nuestra Señora del Caborca, por el Tubutama, y Addi y San Antonio del Uquitoa y San Diego del Piquín, por donde S. R., con su mucha caridad y santo celo, fue haciendo 26 bautismos de enfermos y párvulos que los naturales le dieron, y a las como 50 leguas de camino de los Dolores llegó con la gente y con las 40 cargas de bastimento a la Concepción, con bien y con brevedad.

CAPÍTULO V.— *Mi salida de Nuestra Señora de los Dolores en alcance del padre rector, Juan María Salvatierra, sacada de la relación diaria desta entrada al paso por tierra a la California*

El 1 de marzo de 1701 salí de Nuestra Señora de los Dolores rumbo del norte, con ocho sirvientes y con un criado del señor gobernador de las armas, y fui a dar una mirada a mis otros dos pueblos de Nuestra Señora de los Remedios y de Cocospera, por ser fronterizos a los enemigos, a disponer su defensa con unos torreones y con una entrada de pimas a las tierras del oriente, por donde suelen andar y entrar los enemigos hocomes y apaches.

El 2 de marzo, habiendo dado ceniza en Nuestra Señora de los Remedios, pasé a darla al pueblo de Cocospera, donde hallé dos capitanes desta Pimería, el uno llamado el Coro y el otro llamado el Tarabilla, que acacaban de espiar a los enemigos, y avisaron de cómo habían visto sus lumbres, y que no distaban más que dos días de camino de la Pimería al oriente, y se ofrecieron a ir en breve con un buen número de pimas de aquí cerca y de los sobaipuris del norte a pelear contra dichos enemigos hocomes y apaches, y a este fin les mandé dar bastimento, carne, maíz y trigo a ellos y a los soldados, que habían venido cuatro a Cocospera, dejando otros 13 en Bocanuchi; y estos pimas tuvieron después el buen suceso que diré al fin desta relación diaria.

El 3, habiéndose confesado los cuatro soldados, salieron para Bacanuchi a encontrarse otra vez con los otros 13; y yo salí para el poniente y para Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, en alcance del padre rector, Juan María Salvatierra, y a las 15 leguas de camino llegué ya de noche a la estancia de San Simón y San Judas de Siboda.

El 4 me dieron tres párvulos a bautizar, me avié de otras 25 buenas cabalgaduras, se hizo el herradero de siete manadas de yeguas y dejé orden que luego después se hiciese el herradero de las como mil reses que había en esta estancia, que la he dedicado para el socorro de las nuevas conversiones que se fueren fundando.

El 5, a las 13 leguas de camino, llegué hasta cerca de la ranchería llamada Aquimuri.

El 6, a las tres leguas, llegué a decir misa a San Ambrosio del Busanic, adonde hallé más de 500 almas que habían concurrido, y después de misa me dieron cinco párvulos a bautizar y una adulta enferma. Supimos cómo el padre rector Juan María había pasado por el cercano pueblo del Tubutama; matamos una res de las más de 80 que aquí me cuidaban con cuatro manadas de yeguas, y como había aquí también trigo y maíz de la iglesia, nos habían molido y prevenido cuatro cargas de harina para nuestra entrada.

El 7 salimos para el pueblo de Tubutama y para la ranchería del Addi, adonde llegamos a las 14 leguas de camino; y a las tres primeras leguas, en el Saric, me dieron seis párvulos a bautizar y uno después en el camino, en la estancia del Tubutama. También en el Saric, adonde me cuidaban 80 cabezas de ganado menor, trigo y maíz y frijol, y también nos habían prevenido unas cargas de harina para nuestra entrada.

El 8 salí del Addi, y pasando por la ranchería de San Antonio del Uquitoa y por el pueblo incoado de San Diego del Pitquin, a las 18 leguas de camino, al anochecer, llegué a Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, donde con la muy mucha caridad del padre rector Juan María fui recibido en la puerta de la iglesia con el cuadro de Nuestra Señora de Loreto en el altar, y con los señores soldados y con más de 400 indios puestos en hilera, muy al remedo de los pueblos cristianos antiguos.

CAPÍTULO VI.— *Habiendo hecho 33 bautismos solemnes en la Concepción, a las 50 leguas de costa de la mar de California llegamos a la ranchería y estanzuela de San Marcelo del Sonoidac*

El 9 de marzo, aquí en Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, el padre Juan María Salvatierra y yo hicimos 30 bautismos solemnes de 30 párvulos y tres de adultos enfermos que a ese fin nos dieron los muy afables naturales deste incoado muy grande pueblo. Estos tres días matamos tres reses gordas y tres cameros del muy gordo ganado mayor y menor que aquí me cuidaban; también me cuidaban un buen tablón de trigo y habían ya limpiado otro tablón de tierra para sembrar maíz para la iglesia y para el padre que esperaban y deseaban recibir. A la tarde salió la recua con 40 cargas de bastimento y avío, y al anochecer vinieron cuatro indios enviados del capitán de San Rafael del Actun, por donde habíamos de pasar y estaba en distancia de 40 leguas, y nos vinieron a encontrar y recibir con muy amigables recaudos de aquellos naturales.

El 10 salimos por la costa rumbo del noroeste, o entre norte y poniente, para San Eduardo del Baypia, con el cuadro de Nuestra Señora de Loreto, y alcanzando la recua llegamos al ponerse el sol y nos recibieron muy amigablemente más de 300 indios.

El 11 salimos todos juntos con la recua para San Luis Beltrán del Bacapa, y a las 17 leguas de muy llano y ameno camino, llegamos a un aguaje algo corto, y de Batequí a Pozito, ya muy de noche. En varias partes deste camino había tanta amenidad y hermosura de rosas y flores de diferentes colores, que parecía las había puesto la Naturaleza en recibimiento de Nuestra Señora de Loreto, y casi todo el día fuimos rezando y cantando varias oraciones y alabanzas de Nuestra Señora en diferentes lenguas: en castellano, en latín, en lengua italiana y también en lengua californica; pues los seis naturales de California, cuatro grandes y dos chicos, que traía consigo el padre rector Juan María, estaban en todo tan bien doctrinados e instruidos, cantaban las oraciones según el dicho padre rector ya se las había puesto en lindas coplas de la misma lengua californica, y decíamos con el santo salmista: *Cantabiles mi hi era justificationes tuo in coro peregrinationis mea.*

El 12, a las cinco leguas de camino, llegamos a San Luis Beltrán del Bacapa, adonde hay muy buen aguaje y buen pasto, y los muy leales naturales destes contornos nos trajeron las diez cabalgaduras que la noche antecedente se nos habían desparramado y perdido.

El 13, el padre rector Juan María predicó en castellano a los soldados y en lengua pima a los naturales pimas; fue en persona al cercano monte a cortar con un hacha un palo grande, con el cual pusimos una santa cruz, ayudándonos los naturales. Enviamos a avisar de nuestra ida a San Marcelo y a traer las cargas que ayer habían quedado atrás.

El 14, saliendo de San Luis Beltrán del Bacapa, a las 12 leguas de camino, llegamos con sol a San Marcelo del Sonoydac, habiendo sesteadado junto a un buen aguaje. Los naturales de San Marcelo nos salieron a recibir una legua de camino con una santa cruz, que la dieron al padre rector, recibiéndonos con arcos y cruces puestas en los caminos, que habían limpiado con aseo, y con una ramada prevenida; dánonos cuenta no sólo del ganado mayor que había, sino también de los recaudos que yo unos meses antes había enviado a los quiquimas y demás indios del desemboque del río Colorado y paso a la California, y de las amigables respuestas que enviaron deseando que fuésemos a verlos. Aquí en San Marcelo hallamos como 200 almas y varias justicias, gobernadores y capitanes, que nos habían venido a ver de diferentes y aun remotas partes, y se les predicó a todos la palabra de Dios, que fue bien recibida.

El 15 descansamos en este buen puesto de San Marcelo, que es de muy buenos y abundantes pastos y de agua que corre en su riachuelo, que no hay otro en 50 leguas de contorno; se trajo el ganado mayor, que eran 63 cabezas; matamos las reses, que eran muy gordas y con mucha manteca, que nos fue a todos de notable alivio y al padre rector de gran consuelo que en tierra tan adentro halláramos este refresco. Recibimos cartas de San Ignacio de Matape y de Hiaqui, y en particular del padre Juan de Hugarte, que acababa de venir de México para pasar (como pasó) a la California; y S. R. escribía de cómo en un derrotero antiguo que traía consigo decía que por esas partes por donde entrábamos se podían hacer muy populosas y muy pingües Misiones que después pudieran ayudar a mantener otras Misiones menos fértiles de la California.

CAPÍTULO VII.— *Saliendo de San Marcelo de Sonoydac al poniente, a las 35 leguas de camino, llegamos al remate de la mar de la California en 31 grados de altura*

El 16 de marzo de 1701 salimos para el Poniente y mar de la California, y por el riachuelo de San Marcelo, y a las ocho leguas de camino llegamos a parar a un carrizal de muy buenos pastos, agua y leña. Fueron escoltándonos y por guías el alcalde de San Marcelo y un gobernador que sabía muy bien las dos lenguas, la pima y la quiquima, y le llamaban Eusebio, que el año antecedente, estando enfermo, se bautizó.

El 17 descansamos en este buen paraje del Carrizal, aguardando juntamente a los dos fiscales de la mar, que enviamos a llamar con el alcalde de San Marcelo, para que fuesen nuestros guías para entrar a las Quimas de la California, pues el uno dellos había ya entrado los meses antecedentes con mis recaudos y unas dadivillas que le envié desde Nuestra Señora de los Dolores.

El 18, habiendo venido estos fiscales y guías con mucha gente de la mar y habiéndonos dado muy buenas noticias de cómo con ansias y muy amigablemente nos estaban aguardando los quiquimas; como también nos avisaron que este más derecho y más breve camino del poniente era de tanta arena que se atascarían las cabalgaduras y de muy grande cortedad de aguajes y de pasto, entró la duda de si emprenderíamos subiendo al noroeste y rodeando el muy grande arenal

del remate de la mar de la California, y subiendo hasta el río Grande y río Colorado con el rodeo que yo ya había entrado otras tres veces los años antecedentes, según queda referido. Y se determinó que entrásemos por el camino más breve y más derecho del poniente, y a las 13 leguas de camino llegamos a la ranchería llamada Sucoybutobabia, adonde había como 200 almas, y habiéndoles hablado la palabra de Dios, nos daban unos cuantos a bautizar, pero sólo bautizamos una parvulita y una india viejísima, que tendría como ciento veinte años de edad. Así el aguaje de aquí como el pasto era cortísimo, y nos costó mucho trabajo y el personal de ambos padres el ahondar los pozos para conseguir el agua para que bebiésemos la gente y nosotros. Ya de noche nos vinieron a ver 40 indios de la mar, y nos dijeron que sólo aquí cerca había dos grandes depósitos de agua llovediza y represada entre las peñas del cercano Cerro Grande y antiguo volcán de Santa Clara.

El 19 salimos para la ranchería y aguaje o depósito grande del Basoitotgam, adonde había también buen pasto. Hallamos como 100 almas y vinieron después otros muchos naturales, y algunos con dádivas. Despachamos algunas dadivillas a los quiquimas.

El 20, Domingo de Ramos, habiendo dicho las dos misas con la bendición y repartición de ramos (que por el día de hoy y por el día de ayer, que llegamos), llamamos este puesto San José de Ramos. Salimos para el poniente, y a las seis leguas de camino, aunque llano, por peñas derretidas, como temesquitate, que antiguamente había echado este cerro o volcán de Santa Clara, que lo dejamos a la derecha o al norte, llegamos a otro depósito de agua represada entre peñas, con poquísimo pasto; y subiendo con el capitán Juan Matheo Mange a un cercano cerrito, divisamos muy patentemente al poniente y al sudoeste la California, y después la divisaron también los soldados y toda la gente.

El 21 salimos para el poniente otras ocho leguas, dejando la mitad de la gente y las cargas en este paraje; caminamos casi todo el día por tierras muy areniscas y por muy grandes médanos de arena, en la cual se nos hundían las cabalgaduras; el aguaje que hallamos eran tres ojitos de agua algo salobre; bajamos casi todo a pie a la misma playa de la mar, que distaba poco más de media legua, de donde en particular los soldados trajeron gran cantidad de todo género de vistosas conchas y caracolas. Después envió el padre rector a llamar a los arrieros con las cargas y caballada que habían quedado en el paraje antecedente, porque en este paraje de los tres ojitos había bastante buen pasto; pero al día siguiente reconocimos que el agua de otros tres ojitos no manaba en tanta cantidad como pensábamos, aunque no nos faltó el agua necesaria.

CAPÍTULO VIII.— Por encontrar con un arenal de más de 60 leguas de box, que había en el remate de la mar de la California, y porque se nos fatigaban las cabalgaduras, nos volvimos, habiendo dado primera y segunda vez vista a la California

El 22, a mediodía, pesé el sol con el astrolabio, y hallé que aquí este brazo de mar de la California se acaba en 31 grados de altura; ahora con otras entradas he reconocido que este seno califónico tiene en su remate al norte un tan grande arenal de médanos de arena, que tiene más de 60 leguas de box, el cual nos vino a estorbar que por este rumbo no pudiéramos pasar más adelante, aunque hoy, como a las dos de la tarde, llegó nuestra gente y recua con las cargas del paraje antecedente, el cual había quedado en tanta manera sin agua, que de vuelta nos fue forzoso

caminar hasta la medianoche para llegar hasta el paraje de San José de Ramos, y se nos quedaron muchas cabalgaduras cansadas y algunas cargas en el camino.

El 23 descansamos mientras llegaban esas cargas.

El 24, Jueves Santo, se dijo misa, y nos vinieron a ver muchos naturales de aquellos contornos y también dos gobernadores de muy adentro, adonde yo había entrado el año antecedente, y nos pidieron que entrásemos a sus tierras; pero como traíamos las cabalgaduras ya muy fatigadas les dijimos que fueran con nosotros a San Marcelo, adonde íbamos a descansar ocho días. Estos gobernadores nos dieron aún más individuales noticias de cómo los meses habían entrado a los quimas mis recaudos y dádivas y que nos estaban aguardando con muy amigables ansias.

El 25, Viernes Santo y día de la Encarnación de Nuestro Señor, vinimos al carrizal cercano a San Marcelo, cansándonos muchas cabalgaduras en este camino; pero con el buen pasto deste puesto se reforzaron; nos vinieron a ver muchos naturales de varias partes.

El 26 descansamos en este buen paraje; pesé el sol con el astrolabio, y nos hallamos en 31 grados 10 minutos; hicimos una ramada en que celebrar el día de Pascua.

El 27, día de Pascua de Resurrección, confesaron y comulgaron los soldados y la demás gente; les predicó el padre rector. Hicimos un pequeño dibujo deste ramaje del mar de la California.

El 28 enviamos a la estanzuela de San Marcelo por una res y carne fresca, que vino al día siguiente.

El 29 nos vinieron a ver muchos indios del oriente, y seis dellos se conchavaron de ir, y fueron, con nosotros a otra nueva entrada al poniente, a la cual fuimos a la ligera el padre rector y el capitán Juan Matheo Mange y yo con cuatro sirvientes de Nuestra Señora de los Dolores, en altura de 31 grados y 35 minutos, por ver si por este rumbo hallábamos entrada y paso para llegar hasta los quiquimas y propasar del todo y descabezar el remate de la mar de la California.

El 30 aguardamos noticias del poniente, que no vinieron.

El 31 salimos para el poniente el padre rector y el capitán Juan Matheo Mange y yo, con los seis guías pimas del oriente, con 18 bestias mulares y tres caballares, con seis carguillas ligeras; a las 13 leguas de camino llano llegamos con una hora de sol al paraje y aguaje que llaman Pitaqui, y nosotros, después, llamamos la Petaca; desde un cerrito, al cual subimos cargando con nosotros el cuadro de Nuestra Señora de Loreto, divisamos patentemente la California, y la sierra grande que llaman del Mezcal, y la otra que llaman la Sierra Azul, y el encerramiento de ambas tierras desta de la Nueva España y de la California. Al anochecer nos vinieron a ver unos naturales con sus mujeres y con sus hijitos, que habiendo oído la palabra de Dios que les predicamos nos los daban a bautizar.

El 1 de abril, habiendo enviado un indio a llamar a la demás gente de aquellos contornos, a las diez del día trajo dos escuadras de naturales pimas y yumas y cocomaricopas con sus gobernadores, que los más eran de los que yo el año antecedente había visto en San Dionisio, como 40 leguas más al norte, en la junta del río Colorado y río Grande, y todos nos dijeron que para entrar como deseábamos hasta los quiquimas de la California nos faltaban más de 30 leguas o tres días de camino de tantos arenales que ni agua ni pasto alguno tenían, con lo cual el padre

rector Juan María determinó que nos volviésemos, y nos conchabamos de que yo en otra mejor ocasión, en más altura por la junta de los ríos y por San Dionisio, entrase después de las aguas y calores (como entré por noviembre) hasta a dichos quiquimas. Y esta tarde nos volvimos hasta la mitad del camino del día antecedente, contentándonos entretanto de haber visto tan patentemente el desengaño del paso por tierra a la California, que con esta entrada y con la que hice cinco meses después en 23 y 22 grados de altura, no quedó la menor duda, si no fue la de la siniestra opinión de algunos pocos afectos.

El 2 llegamos a mediodía al carrizal, y al anochecer a San Marcelo, adonde nos estaban aguardando el ayudante y los soldados con muchos naturales y con muchas cartas de Sonora y de varias partes.

El 3, el padre rector Juan María determinó tomar la vuelta con diez soldados por la Concepción del Caborca y por donde habíamos venido; y yo, porque había mucho tiempo que no había visto la Pimería del norte y sus sobaipuris, determiné tomar la vuelta para Nuestra Señora de los Dolores por el Norte y por San Javier del Bac, con lo cual entró la duda de si el padre rector (o yo) llevaría el querido cuadro de Nuestra Señora de Loreto; y aunque yo me contentaba que llevase ese gran consuelo consigo el padre rector, S. R. determinó que echáramos suertes, y escribiendo en dos papelicos “norte” y “sur”, y como al sacar los papelitos me cupo el del norte, me cupo la dicha de traer a esta Gran Señora de Loreto por el norte desta Pimería de los sobaipuris, siendo Ella nuestro norte.

Esta tarde salió el padre rector con los diez soldados para su rumbo del sur; yo quedé a unos negocillos, y aguardando unas respuestas de tierra adentro, y para la fábrica de una pequeña iglesita o casi capilla de Nuestra Señora de Loreto, en la cual se pudo decir tres días misa. Pues aunque mi deseo era salir luego el día siguiente con el capitán Juan Matheo Mange para San Javier del Bac, fueron tantos los correos que de día y de noche vinieron de los quiquimas, que me hube de detener tres días, con lo cual dejé muy entabladas y establecidas las paces entre estos pimas y entre dichos quiquimas, y que se viniesen a encontrar y a hablar muy amigablemente y en gran número en la mitad del camino (como se ejecutó) y que me avisasen de todo en Nuestra Señora de los Dolores, que yo, con la divina gracia, entraría a los quiquimas en el otoño próximo.

El 4 se cortaron las doce viguitas para la iglesita de Nuestra Señora de Loreto en San Marcelo y se hizo su altar. Vino el fiscal, que despaché con el correo de la noche antecedente, y nos trajo noticias de que venía de vuelta de los quiquimas el gobernador que el padre rector había despachado con recaudos para Loreto Concho y que traían recaudos y dádivas de los yumas y de los quiquimas.

El 5 despaché temprano otro correo a encontrar y traer con brevedad al referido gobernador. Se dijo la primera misa en la nueva iglesita con el cuadro de Nuestra Señora de Loreto puesto en el nuevo altar. Se mandó limpiar tierra para sembrar maíz que nos trajo bastante desde el Tucubabia el capitán del Comac. Al anochecer vino el Gobernador que traía los recaudos y dádivas de los quiquimas, en particular unas conchas azules de la contracosta, y que con muy amigables ansias habían estado aguardándonos, deseando muy mucho nuestra amistad en orden a convertirse a nuestra santa fe, y quedando muy agradecidos a los recaudos y dadivillas que les

habíamos enviado en diferentes ocasiones, ahora desde aquí cerca y desde Nuestra Señora de los Dolores los meses anteriores, y desde San Dionisio el año pasado los envié a consolar de que, Dios mediante, yo entraría el otoño próximo a verlos, y determiné salir al día siguiente para los sobaipuris del norte.

CAPÍTULO IX.— *Saliendo de San Marcelo, a las 53 leguas de camino, llegamos a San Francisco Javier del Bac, de los sobaipuris.— Agasajo y buen estado de los naturales.*

El 6 de abril, habiendo encargado que con las ocho cargas de bastimento que nos habían sobrado desta entrada acabasen de techar muy bien la nueva iglesita de Nuestra Señora de Loreto y que sembrasen muy buenas milpas también para sí los naturales, salí con el capitán Juan Matheo Mange de San Marcelo rumbo del oriente para San Rafael de Actun el Grande, de donde a la tarde pasamos al aguaje llamado Gubo.

El 7, a las cinco leguas de camino, llegamos al paraje y ranchería de Nuestra Señora de la Merced del Batqui, adonde los naturales que había nos recibieron, acompañaron y guiaron con amor. Desde aquí, camino del sur, despaché cuatro sirvientes a Nuestra Señora de los Dolores, dos arrieros y dos vaqueros con las mulas de la recua y con las cabalgaduras más fatigadas; y con las 16 mejores cabalgaduras, las más mulares, proseguí mi camino hacia San Javier del Bac, y caminando otras 12 leguas por falta de aguaje, ya de noche llegamos a San Serafín del Actun el Chico, adonde no sólo para la gente, sino también para nuestras cabalgaduras, nos hubieron de traer el agua con ollas desde un aguaje bien distante; hoy en el camino me dieron cinco párvulos a bautizar, entre ellos dos recién nacidos algo enfermos.

Aquí empezamos a conseguir algunas noticias de los muchos pimas, sobaipuris y no sobaipuris, que los días pasados habían salido contra los enemigos hocones, janos y apaches, como insinué al principio desta relación desta entrada, que por haber llamado el señor gobernador del Parral una escuadra de soldados deste presidio de Sonora a los taramaures, los demás soldados se valieron destes pimas contra los enemigos desta provincia.

El 8, a las 16 leguas de camino, pasando por otras tres rancherías, llegamos a la del Tups, también con mucha cortedad de agujajes en todas partes, aunque los naturales tenían ya sembradas sus milpas de maíz, frijol y calabaza.

El 9, a las 10 leguas de camino, a las dos de la tarde, llegamos a San Javier del Bac. Unos naturales que estaban cazando y desde lejos nos vieron venir caminando, dejando sus cazas, nos vinieron a encontrar y a recibir con toda afabilidad y amor. Hallamos que pocos días antes el gobernador y el capitán desta gran ranchería o pueblo incoado de San Javier del Bac, con otros muchos naturales, habían salido a la guerra contra los enemigos desta provincia de Sonora, jocomes y apaches y janos.

El 10 descansamos aquí en San Javier, dando varias enseñanzas cristianas a los muchos naturales que había; vimos el buen tablón de trigo de la iglesia con las 170 cabezas de ganado menor y las que habían quedado de ganado mayor, pues más de 200 se habían vuelto a San Luis por descuido de los cortos vaqueros, en particular cuando se habían ido a correr pitajayas. Mucho agasajo recibimos destes muy finos naturales; nos dieron muchas de sus comidas, muchos de sus buenos tejidos y mantas de algodón, muchas coritas, gamuzas, plumas coloradas de los muchos

guacamayos que por acá se crían. Esta tarde llegaron las noticias del feliz suceso que estos pimas habían tenido en su guerra contra los enemigos, que fue aquel mismo día que Nuestra Señora de Loreto entró en estas sus tierras, según referiré en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO X.— Saliendo de San Javier del Bac, a las 60 leguas de camino al sur, llegamos a Nuestra Señora de los Dolores, y cartas de las reales justicias y cabos militares que en camino recibimos de la feliz victoria de los pimas contra los enemigos desta provincia de Sonora

El 11 de abril, tomando nuestra derrota para el sur, a las 18 leguas de camino llegamos a San Cayetano.

El 12 vinimos a San Luis, camino de 10 leguas, pasando al mediodía por San Gabriel de Guebavi. En la estancia de San Luis contamos las 340 reses que había. Hallamos que los soldados del presidio, que siete días antes habían pasado por esta estancia con los indios de Cocospera y destos contornos, habían llevado a la guerra unas cuantas reses y unos carneros del ganado menor.

El 13 salimos para Cocospera, y dos días después para Nuestra Señora de los Dolores, que me detuvo la carta siguiente del señor alcalde mayor desta provincia, don Isidro Ruiz de Abechigo, que con los vecinos del real de San Juan y de la provincia de Sonora también había hecho entrada al norte contra los enemigos, y su merced, en 14 de abril, desde Guebavi, me escribió la siguiente fina carta: “Acabo de llegar a este valle y pueblo de Guebavi, y he tenido noticias que me han dado los hijos pimas que V. R. había pasado por aquí para su casa, que le aseguro he sentido el no haberme adelantado un día para lograr la dicha de que nos viéramos y hablar con toda esta nación pima, pues en ocasión están juntos porque acaban de llegar de haber dado un buen porrazo a los apaches, según me dicen, y reconozco ser mucha la victoria que traen, porque no hay ninguno que no venga con su pedazo de cabellera, y tan gustosos como yo me veo de haber llegado a tan linda ocasión de recibir todos de la victoria que traen, y verlos tan joviales como si toda la vida los hubiéramos comunicado. Quiera Dios conservarlos en paz y que por medio de ello logremos en la provincia la quietud que tanto se desea, y que sea para el servicio de ambas Majestades. También he tenido noticia que el viaje que S. R. ha hecho en compañía del M. R. P. Juan María Salvatierra ha sido de mucho consuelo y gusto por haber logrado el intento que se deseaba de descubrir paso para la California por tierra firme, noticia que ha sido para mí de muchísimo gusto; y así estimaré a V. R. me noticie de lo cierto. Yo saldré pasado mañana deste valle, y pasaré con el favor de Dios por Cocospera para Bocanuche, y así, si a V. R. se le ofreciere en que pueda servirle, puede mandarme con el seguro de mi buena voluntad. Todos los señores vecinos y compañeros que vienen conmigo saludan a V. R. y al M. R. P. Juan María muy de corazón, y que todos se alegran muy mucho del feliz viaje de V. R., y en particular los capitanes Simón Rodríguez Soto y el capitán Recalde, quienes también se hallan conmigo en este valle y pueblo de Guebavi. Y por no molestar a V. R. no soy más largo ni me explayo en todo como yo quisiera. Yo salí con los vecinos para ir en alcance y socorro de los pimas, y como no pude llegar a tiempo para pelear con ellos contra los apaches, desde Quiburi di la vuelta a este valle a verme y a hablar con estos hijos, en que he tenido mucho gusto. Todos los hijos saludan a V. R., y en particular el gobernador de la estancia, Eusebio, quien me dijo

después de cerrada ésta saludara a V. R. y le avisara de que todos vienen buenos de su viaje.” Hasta aquí el general don Isidro Ruiz de Abechigo. Y luego se sigue la carta siguiente del cabo de los señores soldados, Juan Bautista de Escalante, y es como sigue: “Muy señor mío: La causa de no haber hecho estos renglones antes, con la ocasión de haber andado en esos países pímicos, fue la falta de papel, por lo cual, hallándome ya en esta frontera, no quiero excusarme de noticiar a V. R. cómo fui a la campaña que nuestros queridos y amantes pimas hicieron contra los enemigos de nuestra santa fe, en la cual nos ha ido muy bien, pues nuestros amigos salieron 332, sin más bastimento que el que pudieron cargar en su talegas, y persistieron en la campaña con mucha necesidad y hambre, llevando el fin de lograr sus intentos, como nos lo concedió su Majestad Divina, pues al cabo de andar algunos días dimos en una ranchería de apaches, donde murieron 17 personas de las contrarias, sin haber avería ninguna de nuestra parte, y apresamos 16 presas, de las cuales llevan los pimas 12 y cuatro nos vendieron, porque yo les dije que lo que se cogiese había de ser de quien lo cogiera por meterlos en más codicia para que llevasen más valor; y así se hizo, pues ellos, como muchos cogieron 14, y nosotros dos; cosa que ha sido de mucha importancia para que los contrarios a esta nueva nación conozcan el engaño y error en que han estado, si no es que la pasión les cierra los ojos de la razón; pero la Divina Majestad, que mira siempre la verdad, les abrirá el entendimiento y los ojos a los que cerrados los tuvieron, con otros muchos sucesos buenos que espero tendremos con la ayuda de los pimas, según los veo cada día, y que si bastimento hubiera habido, hubiéramos logrado no un lance bueno, sino muchos; pero ellos quedaron de volver a hacer otra campaña. De todo esto debemos dar las gracias a Dios Nuestro Señor, y también a V. R., pues por medio suyo y tan cristiano celo de la honra de Dios tenemos tan finos amigos como son nuestros pimas, y así yo de mi parte doy a V. P. R. uno y muchos agradecimientos de su buen obrar en servicio de ambas Majestades, y lo mismo hacen todos mis compañeros. Ahora noticio a V. R. cómo mi salida desta frontera fue muy de repente, de suerte que todos salimos sin bastimento ninguno para la campaña; sólo unas pocas de tortillas en los cojinillos, por cuya causa la necesidad me obligó a matar en San Luis y en Guebavi dos carneros y un castrado, y juntamente mandé llevar de dicha estancia de San Luis un poco de ganado al Sonoidac, donde era la junta de los indios, y habiendo detenido al capitán Coro un día por matar dos reses, me pidieron ellos les diese también algunas, por cuya causa maté ocho reses, dos para mí y seis para los pimas, cuatro vacas y cuatro novillos, los dos grandes y los dos pequeños. Doy esta noticia tan por extenso para que V. P. R. determine en ella lo que mejor le pareciere, que estoy pronto a cuanto V. P. R. dispusiere tocante al cumplimiento del monto de todo ello pues, a más de satisfacerlo, lo agradezco, pues el mucho cuidado de V. P. R. de tener tantas estanzuelos por diferentes partes nos es de mucho alivio, como lo ha sido en esta ocasión, y así espero la respuesta de V. P. R., a quien Nuestro Señor conceda mucha salud y larga vida para que con su santo celo nos agregue muchos amigos para defensa del Santo Evangelio.— Presidio de Corodeguachi, y abril 13 de 1701.— B. L. M. de V. R., *Juan Bautista de Escalante.*”

CAPÍTULO XI.— *Otras varias cartas de diferentes padres misioneros, así cerca de la referida entrada al paso por tierra a la California como de la victoria destes pimas contra los enemigos desta provincia de Sonora*

El padre rector, Juan María Salvatierra, habiendo salido de San Marcelo por la Concepción del Caborca y por San Ignacio, llegado a Cucurpe, en 14 de abril me escribió lo siguiente:

“Llegado a este pueblo de Cucurpe con felicidad, gracias a Dios y a su Madre Santísima, saludo a V. R. de corazón. Me es preciso ir saliendo para la cercanía de nuestra costa y embarcación, que el hallarme ignorante de un todo me tiene confuso. Díceme el padre Melchor Bartiromo que V. R. llegó ayer tarde a Cocospera con el capitán Juan Matheo Mange, y cierto que me he alegrado que le fuese bien de viaje a V. R. Las cabalgaduras de V. R. todas se entregaron en Santa María Magdalena a los arrieros de la recua. A mí me faltan palabras con que agradecer a V. R. tantos y tantos trabajos tomados en honra de la Madona descubridora, que procurará con su Hijo preciosísimo la paga de todo; así se lo escribiré al padre provincial y al padre visitador y demás.”

Al salir de Cucurpe para volver a la California, me escribe S. R. lo siguiente:

“Doy a V. R. el parabién de la victoria de los hijos pimas contra el enemigo, que supe estando con el pie en el estribo en Cucurpe para salir a toda prisa, y aquí, a ver si puedo reparar los muchos daños y desamparo de la pobre California con la pérdida como dicen de los dos barcos que no parecen en ninguna tierra. Querido mi padre Eusebio: ahora es tiempo de que V. R. nos socorra con un buen envío de harina, sebo y manteca en cueros, porque considero estos pobres con grandes necesidades. Si V. R. pudiera enviar su recua a Matape con un socorro, fuera el socorro de grande importancia en la ocasión. Y luego el padre rector de Matape lo pasará a Hiaqui por las boladas, y así, si V. R. lo puede hacer, le ruego mucho le escriba al padre rector de Matape las cargas que pudiere enviar y cuánto podrán estar en Matape para que dicho padre rector pueda tenerlo prevenido todo que pase a Hiaqui. Perdone V. R. la molestia, una después de otra, que la ocasión de tanta pérdida me obliga a ello, y por fin le ruego no me olvide en sus oraciones y santos sacrificios.”

Y habiendo el padre rector Juan María Salvatierra llegado a la California, desde Loreto Concho, en 16 de mayo, me escribió lo siguiente: “Recibí la de V. R. vuelto a su santa Misión, y me alegré de tan buen suceso de los hijos pimas contra los enemigos y de las conchas azules de los quiquimas. Mil bendiciones tiene V. R. de todos los padres y seculares por la caminata y descubrimiento desde el cerro a lo lejos del encerramiento de Nueva California y Nueva España, y mucho más se han alegrado con saber que a V. R. le asisten fuerzas y deseos para registrar con el pie cercano lo que la visita a lo lejos podía engañar. Acabo de recibir carta fresca del padre provincial, y según ella reconozco que la California de V. R. es California *efficienter* que V. R. con sus socorros hará que California sea California, y así aliéntese V. R. con sus socorros, que quien es *efficienter este est. Pater et Mater Californiorum Lauretanorum*, etc.” Hasta aquí el padre rector Juan María, y en la misma carta añade el padre Francisco María Pícolo lo siguiente: “Mi amadísimo padre Eusebio Francisco Kino: Doy a V. R. mil parabienes por el descubrimiento tan deseado. Nuestro Señor nos conceda gracia de ver la California comerciarse por tierra con la

Nueva España para alivio destas Misiones y bien de tantas almas. Alegráreme ser la salud de V. R. muy cumplida, y sea para muchos años a gloria de su Divina Majestad.”

El padre visitador Antonio Leal, en 17 de abril, me escribió así: “Mucho me [he] alegrado que ya V. R. haya vuelto de su caminata, que haya sido con tan seguras esperanzas como certidumbre de la continuación de la tierra. Dios mediante, en otra ocasión se conseguirá lo restante, y cuando en ésta no se hubiera conseguido más que las paces de esas naciones, fuera muy bien logrado el trabajo. Dios lo pagará a V. R., como lo va pagando, pues, luego que llegó, le da el consuelo de la victoria de los pimas y de la presa que traen, que es consuelo muy general. El padre rector Juan María Salvatierra va muy agradecido a V. R. de lo bien que lo ha hecho en todo; me pide lo agradezca a V. R. como lo hago una y muchas veces.” Hasta aquí el padre visitador.

El padre rector Marcos de Loyola, en 18 de abril, me escribió lo siguiente: “El padre visitador me acaba de comunicar una de V. R. escrita desde Cocospera al padre Bartiromo, de la victoria que los pimas y los soldados han tenido de los enemigos jocomes y janos, noticias muy alegres para todos, y para mí mucho más, pues todo lo que V. R. tantas veces ha abonado de los pimas sale tan cierto que no se puede dudar. Con eso creerán los incrédulos lo que V. R. tanto ha abonado. También me comunicó la llegada de V. R. de su camino y viaje tan dilatado, con lo mucho y bueno que VV. RR. han hecho en esos caminos, y que han conseguido el fin de haber hallado la entrada para la California. No sabré significar a V. R. lo mucho que desto me he alegrado. Ya he escrito al padre visitador que a V. R. se debe y a sus muchos y loables trabajos los buenos sucesos de la jornada, pues V. R., con su apostólico conato, ha sido el primero que ha penetrado esas no conocidas tierras y el que va disponiendo esas mieses para que a su tiempo se cojan con colmados frutos. De todo a V. R. mil agradecimientos. Yo quisiera ser algo en la religión para premiar lo que tan digno es de premio, pero Dios es el que lo debe hacer.” Hasta aquí el padre rector Marcos de Loyola.

El padre rector Manuel González, en 30 de marzo, me escribió lo siguiente: “Mil millones de parabienes doy a V. R. Ya no son menester testimonios para esa Pimería, mas mil dará el señor alcalde mayor si se los piden. Vale, *mi Pater Amantissime, vale, vale et lutare*, mil millones de cruces, y por toda la eternidad, *et ora pro me.*”

El padre Horacio Polici, que el trienio pasado fue visitador destas Misiones de Sonora y después se vino de Roma al Rectorado de San Luis Portoli, y siempre ha sido muy fino, amante y grande fomentador y adelantador de las nuevas conversiones, me escribió otro tanto, y las cosas que le dictaba su gran celo del bien de tantas almas como hay en esta América septentrional tan dilatada. El padre Jerónimo Pistoya, que fue visitador y rector del Colegio de Sinaloa, no sólo después de la entrada, sino también en tiempo della, y en 11 de febrero, me escribió su apostólico y santo consuelo lo siguiente: “Doy a V. R. las gracias de lo mucho que trabaja V. R. en buscar ovejas descarriadas y ovejas que están fuera del rebaño del Santo Evangelio. Dios se lo pagará a V. R. aún en esta vida, y una de las pagas es la condición que ha tenido siempre V. R. No niego que es sensible y agria a lo humano, pero muy gloriosa y dulce a lo divino.”

El padre Wenceslao Eumer, visitador de los Taraumares, dando a entender el gran yerro del general Drake inglés, que siniestramente nos pintó isla la California, por lo que el padre rector

Juan María Salvatierra escribió a la Taramara en 5 de septiembre, me escribió la muy docta y muy fervorosa carta siguiente en latín: *“Quod bonum Felix Fortuna tumque sit, et ad maiorem Dei deiparoque sine labe concept honorem Ecclesiae Sancta incrementum, fidei orthodoxa dilatacionem animarum que salutem eveniat California sub Auspicys Reginae Lauretano sudore Apostolico, et labore indefesso P. P. Joanis Maria, et Francisci Euseby, continens feliciter inventa est. Eat nunc cum suo Draco Anglia, et digitum ori imporno Temeritis Batanica, que inani fabula in Atlante Californiarum Californian a se urcumma nigatamiactat. Gratulor igitur R. Ve. et uberrima Dei Auxilia precor quibus munitus bellum idolatriae Californiane indivat cruentum, cum palma Victoriam gloriosi occinimus. Yta P. Wenceslaus.”* Después refiera las cartas de los superiores y de provincia.

CAPÍTULO XII.— *Cartas de otros señores seglares y reales ministros de su Real Majestad acerca desta entrada al paso a la California y acerca desta victoria de los pimas*

El capitán Juan Matheo Mange, que fue con nosotros a esta entrada, escribió della una relación larga, en la cual, aunque abonaba cosas de los padres, pero por una ensenada que vimos desde lejos, como 30 leguas más al poniente del cerrito de donde nos volvíamos, contra el unánime y cierto buen parecer de los padres, ponía en duda de si la California era tierra firme con ésta, aunque yo, con las dos entradas que yo después hice hasta la dicha ensenada se quitó esta duda, como se verá en el libro siguiente.

El general don Domingo Gironza Petriz de Cruzat, que ha sido dos veces gobernador del Nuevo Méjico y alcalde mayor y capitán del presidio desta provincia de Sonora, en 27 de junio me escribió lo siguiente: “Una y muchas veces agradezco a V. R. los saludos de los pimas, a quienes se las alterno muy de corazón, que aunque al común enemigo pase por esa nación pima hemos de tener sosiego, y será la base fundamental para dilatar, por el longo ámbito de las demás naciones la semilla evangélica debiéndose a V. R. el mayor desvelo en sus incansables peregrinaciones tan del servicio de Dios, quien dará el premio de todo. Quedo aguardando las conchas azules que vinieron de la California por tierra, continente hallado por las buenas diligencias de V. R., que es digno le vengan de los superiores una y muchas gracias y premios a V. R. en empresas tan heroicas, como siempre que se ofrezca daré al señor virrey y a los padres superiores cuenta de todo.”

El general don Jacinto de Fuensaldaña, actual capitán vitalicio de la Compañía Volante desta provincia, dio a entender su grandísimo consuelo en oír que tan felizmente habíamos atravesado el muy caudaloso y muy poblado río Colorado, para poder socorrer más inmediatamente a las nuevas conversiones de la California; y se ofrecía a cooperar en tan dichoso descubrimiento en lo que se necesitase.

El general Juan Fernández de la Fuente, capitán del presidio de Janos y alcalde mayor de Casas Grandes, en 31 de agosto me escribe lo siguiente: “Estimo a V. R. las noticias de sus peregrinaciones, que con sólo a fin de reducir a nuestra santa fe y a la real obediencia tanto número de almas como ha descubierto con sus entradas tan remotas, abriendo la luz del Evangelio a tanto número de gentiles que hasta ahora estaban ciegos en sus idolatrías, y sólo V. P. ha procurado con su cristiano y católico celo de ministro apostólico, a imitación de San

Francisco Javier, atraerlos con su ejemplo, vida y doctrina al verdadero conocimiento. Quiera Dios darle muy perfecta salud y sus divinos auxilios para que en todo vea logrado su mucho trabajo y que se consiga con facilidad el llegarse a incorporar en las Californias con nuestros RR. PP. Juan María Salvatierra, Francisco María Picolo y todos aquellos pobres a quienes les servirá de mucho consuelo el saber que por tierra se puede trajinar y comerciar con más seguro que por la mar, que esto será gran cosa. Y todo se deberá a V. R., quien espero tendrá de Dios y de su Madre Santísima la asistencia y premios de gloria y honra que tan merecidos se tiene V. P., y ninguno más que yo le desea todos buenos aciertos; y quisiera hallarme más cercano para servirle a V. R. en que estuviera de mi parte, pues se lo debo muy de obligación y considero que no faltarán contradicciones, y que serán muchas en contra del buen obrar de V. R., porque al demonio le pesa de lo que pierde y ha de solicitar medios para arruinar a V. P. En cuanto a los pimas, he reconocido en ellos mucha lealtad, y con el tiempo y buena doctrina serán muy perfectos cristianos y leales vasallos de Su Majestad, y como ellos se conserven en paz y nuestra amistad, nos podemos prometer muy felices sucesos y esperanzas de que, por su medio, se descubran muchas naciones y tierras de las que V. R. ha descubierto.” Hasta aquí, con muchas otras cosas más, el general Juan Fernández de la Fuente.

Y al mismísimo tiempo que ahora, por finales de mayo de 1701, estoy escribiendo este capítulo (hallándome con mil ocupaciones de fábricas de iglesias y de la venida de muchísimos naturales del norte y del poniente y del noroeste de más de 170 leguas de camino, como diré en su lugar), recibo la siguiente muy celosa y fina carta del señor oidor y fiscal de su real Majestad en la Real Audiencia de Guadalajara, don José de Mirando Villaysán, de 31 de marzo:

“Dios Nuestro Señor traiga segadores que ayuden para tan copiosa mies; me han consolado mucho las esperanzas de que V. R. haga viaje a México, y me imagino verle ya acá como la vez pasada como un rayo, breve y con refulgencia, aunque sin estrago, que esto lo hace en la campaña del demonio debajo de las banderas de su mísera gentilidad, que Dios en esas provincias le acabe de sacar de las garras que hay. Es donde por V. R. podemos decir con David: *Ascensiones in corde suo disposuit in loco ubi posuisti*. Y así lo he discurrido cuando, viendo a V. R. en el carácter del primer despacho de California, leo y veo asignado campeón consocio de mi carísimo padre Juan María Salvatierra para la empresa, y dispone Dios no salga de esas provincias, quizá porque desde ellas, sin perder aquel renombre, está ganando almas para la California con las bien fundadas noticias de paso por tierra a ella. Y también por haberse barajado el primer empleo del general don Jacinto, acaso lo dispondría Dios para que sea cooperante de V. R. en esas conversiones novísimas (especialmente los que mandan en cualquiera de esas partes) inclinarán a esto sus operaciones y pensamientos, harían más llana la consecución de tan alto fin, porque se vería divinamente manifiesta la verdad del axioma legal: *singula quo non possunt collect invant*. Pero la lástima es que el esparcidor de la cizaña aún en las sementeras arraigadas hace más frecuentemente su contraxioma: *singuli qui non possunt collecti impediunt*, etc.” Hasta aquí el señor oidor fiscal de Su Real Majestad, don José de Miranda y Villaysán.

CAPÍTULO XIII.— *Entran cuatro nuevos padres misioneros a esta Pimería*

Con la entrada del padre visitador Antonio Leal, que se hizo dos años antes, y la refiero en la primera parte, y con los informes de S. R. y de otras personas celosas del servicio de ambas Majestades, este año de 1701 el padre provincial Francisco de Arteaga nos envió cuatro padres nuevos para esta Pimería, y aunque no faltaron las acostumbradas contradicciones y oposiciones, entraron a los puestos y nuevos pueblos que les fueron señalados por el padre visitador; hallaron la mucha gente dócil, y ganados y sementeras y cosechas y principios de casas e iglesias, que S. R. había visto con sus ojos, y quedaron muy contentos, con grandes esperanzas de hacer acá adentro unas muy floridas Misiones, como lo dijeron y escribieron a mí y a otras personas en diferentes ocasiones.

Los cuatro padres que entraron fueron los siguientes: el padre Juan de San Martín entró a las tres rancherías o nuevos pueblos de San Gabriel de Guebavi, San Cayetano y San Luis, que distan de Nuestra Señora de los Dolores como 30 leguas. El padre Francisco Gonzalvo entró más adelante a San Francisco Javier del Bac de los Sobaipuris, que dista de Nuestra Señora de los Dolores 60 leguas. Al poniente, a San Pedro y San Pablo del Tubutama, que dista 25 leguas de Nuestra Señora de los Dolores y 15 de San Ignacio, entró el padre Ignacio de Iturmendi, y otras 22 leguas más adentro, a Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, entró el padre Gaspar de las Varillas. En todas partes se fabricó y edificó con muy buenos principios en lo espiritual y temporal.

En Guebavi, en pocos meses, acabamos una casa e iglesia pequeña, pero aseada, y echamos los cimientos de una iglesia y casa grande. Y el padre Juan de San Martín, al entrar por San Ignacio, en 30 de junio, me escribió la siguiente carta:

“Ayer tarde, por el agua que fue mucha, no salimos de San Ignacio para Himeres, aunque las cargas y almofreses ya se habían ido, y como no hay nada acaso respecto de Dios, dispuso Su Majestad mi detención para que recibiese la de V. R. y viese por ella la muchísima caridad que V. R. me hace, ofreciendo de asistirme con todo lo necesario para los pueblos nuevos, adonde me señala la santa obediencia, etc.”

El padre Ignacio de Iturmendi, desde su nuevo partido de San Pedro y San Pablo de Tubutama, en 8 de julio, me escribió así: “Dios se lo pagará a V. R. por la caridad del ganado mayor y menor. El premio lo verá V. R. en la otra vida, pues V. R. se muestra padre de los pobres padres; yo he quedado muy agradecido a los muchos favores de V. R.”

No obstante, por los acostumbrados obstáculos del común enemigo, en 21 de julio me escribió lo siguiente el padre visitador Antonio Leal: “Mucho consuelo he tenido con la de V. R. y con las que han escrito los padres a V. R. Ya Dios va saliendo contra los estorbos del enemigo. Así lo confío en Su Majestad, que quiere a V. R. con estas mortificaciones para su mayor mérito, etc.”

LIBRO III

DE MI ENTRADA DE 200 LEGUAS A LA NACIÓN QUIQUIMA DE LA CALIFORNIA ALTA Y AL CAUDALOSO, MUY FÉRTIL Y MUY POBLADO RÍO COLORADO, QUE [ES] EL LEGÍTIMO Y VERDADERO RÍO DEL NORTE (1701)

CAPÍTULO PRIMERO.— *Carta del padre rector Juan María Salvatierra acerca desta entrada, que la recibo casi al montar a caballo para emprenderla*

Por lo que en la entrada antecedente del pasado mes de marzo, habiéndonos conchavado el padre rector Juan María Salvatierra y yo, era mi deseo y determinación el hacer esta entrada por octubre, y como otras ocupaciones detuvieron algunos días, entretanto llegó desde la California la carta de S. R. de 10 de septiembre, fechada en Loreto Concho, y dice así:

“Recibo la de V. R., su fecha 10 de julio, con mucho gusto viendo la amada letra de V. R., tan alentado en pasar a ver los deseados quiquimas por el encerramiento del estrecho. Dios le dé a V. R. todo el esfuerzo, que espero que con la Madona *Conculcabis leonem et Draconem*, y así buen ánimo, que quizá recibirá V. R. estando en el Palenque. De aquí no podremos salir a encontrar a V. R. porque nos hallamos sin las bestias necesarias por falta de barco a propósito. Estimo mucho a V. R. las diez cargas de harina de la cosecha del año pasado puestas en Matape, y las otras diez de ponerse en Matape o Nacori, de la cosecha deste año primero del siglo, y es la primera oferta que ha tenido la Madona, y poca o ninguna podremos guardar de otra parte, y así le ruego a V. R. que cuando pudiere y cuanto antes la ponga V. R. en Matape, pues nos hallamos muy desamparados, no habiendo todavía socorro de un real del rey nuestro señor, despedidos los más de los soldados con una guerrilla que tuvimos por unos sacerdotes de los ídolos que nos puso en mucho peligro, pero nos ayudó la Señora. Y en la octava de la Asunción cogieron una principal cabeza y la apeloaron y dieron la paz los otros, viniendo con cruces en las manos, y salimos dese peligro. Y así V. R. encomiéndenos muy de veras a Nuestra Señora, que a los 16 soldados que quedan les dé esfuerzo para mantener el circuito y además de 50 leguas de tierra obediente. Yo daré parte a nuestro padre de la mucha caridad que V. R. nos hace; y por fin reciba V. R. mil saludos de mis padres rector Juan Duarte y Francisco María Picolo, y con tanto acabo encomendándome en sus santas oraciones y sacrificios.— Loreto Concho, y septiembre de 1701.” Hasta aquí el padre rector Juan María Salvatierra.

CAPÍTULO II.— *Mi salida de Nuestra Señora de Los Dolores para los quiquimas de la California, que distan 200 leguas, con 12 sirvientes, y llegada a San Marcelo, camino de más de 90 leguas*

El 3 de noviembre de 1701, habiendo despachado un día antes cinco sirvientes con la remuda y con dos carguillas, salí temprano del pueblo de Nuestra Señora de los Dolores y llegué a “decir misa y hacer tener finados” a Nuestra Señora de los Remedios, y a la tarde pasé al tercer pueblo de Cocospera.

El 4, habiendo dicho la misa de los finados, llegué a mediodía a San Lázaro y a dormir a San José de Guebavi, pasando por San Luis, adonde matamos una res para que sembrasen el trigo de la iglesia, y envié recaudos a la ranchería de los Reyes del Sonoidac, seis leguas al oriente, al capitán Coro y a su mucha gente.

El 5, habiendo dicho misa en la nueva y muy aseada iglesita que poco antes había fabricado el padre Juan de San Martín (y S. R., a la sazón había salido a curarse), y yo la había mandado techar y blanquear, salí al poniente para San Ambrosio del Busanic, y pasando por los confines de la nueva estancia de San Simón y San Judas del Siboda, adonde había como mil reses y siete manadas de yeguas, con bastante caballada y mulada, todo para las nuevas Misiones que se fueren fundando, a las 15 leguas de camino llegamos a dormir en un buen paraje de otro Sonoidac, seis leguas antes de llegar a San Ambrosio del Busanic.

El 6, domingo, llegué a decir misa a San Ambrosio, matamos dos reses de su nueva estanzuela, que tenía 86 reses grandes y 49 crías y tres manadas de yeguas, que la una la llevamos con nosotros con nuestra remuda a San Marcelo como 50 leguas más adentro.

El 7 sacamos alguna carne para el camino de la costa; contamos las manadas y supimos lo que nos habían sembrado y cogido de maíz y trigo y frijol.

El 8 salimos para San Estanislao del Potcam, y habiendo llegado a las diez leguas de camino, hallamos que el gobernador desta ranchería nos tenía cogido y guardado más de diez cargas de maíz, que nos lo había sembrado para la iglesia, sin habérselo pedido.

El 9, habiéndonos dado cuatro párvulos a bautizar, salimos para Santa Ana del Anamic, adonde llegamos a las 15 leguas de camino una hora de noche con la luna, acompañándonos algunos de San Estanislao, y aun se adelantó temprano el alcalde a avisar de nuestra ida, con lo cual el gobernador de Santa Ana nos previno una casita y ramada y varias de sus comidas; y habiéndoles hablado la palabra de Dios, querían bautizarse todos al día siguiente, y sólo admití dos párvulos.

El 10 proseguimos nuestra derrota al poniente. A las tres leguas de camino llegamos al corto aguaje o pocito de Santa Sabina, que después le pusimos este nombre porque de vuelta dije aquí la primera misa el día de la gloriosa Santa, y era día en que murió en las Indias orientales el gloriosísimo Apóstol de todas las Indias. No faltó quien metiera la muy mala cizaña de que más adelante no había aguajes, pretendiendo con eso que de aquí nos volviésemos; pero un buen indio forastero que le hicimos fiscal y le dimos unas dadivillas nos dijo que nos llevaría a un buen aguaje, aunque llegaríamos al anoecer o poco después; como llegamos con la luna a media hora de noche, y tenía el aguaje abundante agua llovediza, con buenos pastos, así al aguaje como a la cercana ranchería le pusimos de San Martín, porque el día siguiente, día del glorioso santo, dije aquí su misa.

El 11 salimos para San Marcelo, y a las 16 leguas de camino llegamos también ya de noche. Un poco antes de medio [día] pasamos por la ranhería de San Rafael del Actum, el grande, adonde hallamos que el capitán della había salido a buscar maíz, que aquí no se había dado por la cortedad de las aguas deste año en tiempo de sus sementeras, que éstos o tienen más riego que el de las aguas. También nos acompañaron hoy muchos justicias de varias ranherías, y en San Marcelo fuimos recibidos con todo agasajo de los hijos, así de sus justicias como del muy fino caporal de la estancia, que había llevado nuestros recaudos con singular lealtad y metido con buena maña las paces a los yumas y quiquimas, según le habíamos encargado los meses antecedentes, y nos dio él y otros muy buenas y muy amigables noticias de ambas naciones.

Hallamos la nueva iglesia de Nuestra Señora de Loreto muy bien techada y bien blanqueada, y la cosecha del trigo y del maíz con el buen cuidado que habían tenido del ganado mayor; les entregamos la manada de yeguas, que a ese fin traíamos, y enviamos a San Ambrosio del Busanic para que se trajese, como se trajo, también ganado menor.

CAPÍTULO III.— Salimos de San Marcelo, y alas 60 leguas de camino llegamos a los yumas y a la junta del río grande de Gila y del muy caudaloso Colorado (o del norte) en San Dionisio

El 12 de noviembre despaché un correo a los yumas y quiquimas, avisando de nuestra ida, y pocas horas después me trajeron unas dádivas de dichas naciones, siete curiosas bolas y conchas azules de la contracosta de la California, con muy amigables recaudos que me habían enviado las semanas antecedentes. Matamos dos reses gordas, hicimos un corral para las cabalgaduras y para las reses y mandé abrir una nueva acequia, con la cual (como con facilidad se podía) se acarrese la agua hasta la puerta de la casa y se regase juntamente un buen tablón de trigo y sementera que se hizo, mientras fuimos a la entrada, y de vuelta la hallamos hecha.

El 13, habiéndonos dado cuatro párvulos a bautizar, salimos para el Carrizal, adonde hallamos mucha gente con una nueva casita que me habían prevenido, y con nuevos recaudos de los yumas y quiquimas, y me dieron dos párvulos y cinco adultos enfermos a bautizar, que se catequizaron.

El 14 salimos para el aguaje de la Luna, camino de 20 leguas; llegamos con la luna a media hora de la noche, y aunque este aguaje está entre tan ásperas peñas que las cabalgaduras no podían subir a beber, vimos por dónde a la vuelta les podríamos abrir camino, como después lo abrimos.

El 15 salimos para el aguaje de la Agua Escondida, sesteamos a la mitad del camino, adonde había buen pasto, y a las dos de la tarde, a las 10 leguas de camino, llegamos al aguaje, que le hallamos algo corto, y determinamos salir con la brevedad posible para llegar el día siguiente, tanto más temprano, al buen aguaje de la Tinaja, y habiendo salido al anochecer, nos vino un buen aguacero, que con su oscuridad nos hizo perder el camino; no obstante, como después aclarando le hallamos, quebrantamos un poco el sueño y madrugando.

El 16, caminando otras cinco leguas, en un buen paraje de agua y pasto, dijimos misa, almorzamos y, pasando por el aguaje de la Tinaja, a las 15 leguas de camino, llegamos temprano al río grande de Gila y a su primera ranhería de San Pedro, adonde los naturales yumas y pimas mezclados nos recibieron con todo amor, aunque con cortedad de bastimentos, que este año, al

mejor tiempo de las sementeras, le habían faltado las aguas. Hallamos el correo y otras justicias que habían venido por delante, y también muy buenas nuevas de los quiquimas, que nos estaban aguardando con ansias.

El 17 salimos de San Pedro, rumbo del poniente, para San Dionisio, ranchería grande en la junta del río grande de Gila y del muy caudaloso río Colorado, y habiendo pasado a caballo en el único vado que el río Grande tenía en aquellos contornos, con la comitiva de más de 200 yumas y pimas de San Pedro, al anochecer llegamos con bien a San Dionisio, adonde también nos recibieron con todo agasajo.

CAPÍTULO IV.— Saliendo de San Dionisio y de la junta de los ríos Colorado y de Gila, a las 50 leguas de camino, llegamos a la nación Quiquima, de la California Alta

El 18 de noviembre, habiendo dicho misa y pasado otra vez el río Grande, tomamos el rumbo al sudoeste o entre sur y poniente, camino que hasta ahora nunca habíamos andado o entrado; salimos vía recta por caminos llanísimos hacia los quiquimas desta California Alta, de 33 grados de altura, y descabezando ya el remate de la mar que nos quedaba al Sur, acompañándonos como 300 indios yumas y pimas, mezclados chicos y grandes de San Pedro y de San Dionisio, que iban en tanto número con la ocasión que, habiéndome ellos dicho que los quiquimas tenían abundancia de bastimentos, maíz, frijol, calabaza, etc., por hallarse este año con mucha cortedad de víveres, les dije que yo entre los quiquimas les rescataría y compraría y daría bastimento, frijol, maíz, como lo hice, y todos volvieron bien cargados de todo género de bastimento, y habiendo caminado como 13 leguas de tierra muy llana, teniendo al oriente el muy grande arenal del remate de la mar de la California y al poniente las cercanas orillas del muy caudaloso río Colorado, habiendo hallado a la mitad del camino el buen aguaje de los Sauces, llegamos a puesta del sol a la nueva ranchería, todavía de yumas, que tendría como 500 almas, que le pusimos de Santa Isabel, porque al día siguiente allí dije la misa de la gloriosa santa. Toda la gente, aunque se hallaba con alguna pobreza, nos recibió con toda amistad y afabilidad, y aun muy de noche enviamos a avisar a los ya muy cercanos quiquimas de nuestra ida a sus rancherías.

El 19 salimos para la primera ranchería, y habiendo llegado a mediodía fuimos recibidos con todo agasajo, con muchas de sus comidas de maíz, frijol y de varios géneros de calabaza, cosa que en los seis días antecedentes no habíamos podido adquirir. Y fue tanta la fineza de estos naturales, que con dichas comidas nos vinieron a encontrar y a recibir más de dos leguas de camino; y mientras nos apeamos a recibir estas comidas y a agradecerlas con algunas dadivillas y chucherías, y a hacerles una plática de doctrina cristiana y del fin de nuestra venida, el único sirviente español que venía en nuestra compañía, de ver tanto número de gente nueva, se asustó en tanta manera, que, sin que lo reparásemos (hasta un cuarto de hora después al montar otra vez a caballo), de miedo se nos huyó atrás, dejándonos muy desconsolados y muy cuidadosos no fuese a dar algunas siniestras malas nuevas de habernos sucedido alguna gran fatalidad; y aunque luego en su alcance despaché los dos mejores mozos que venían en las mejores cabalgaduras, no le pudieron alcanzar, y me motivó el escribir cartas con correos por otros caminos más breves avisando que no hubiese algún susto o cuidado, como había sucedido en otras ocasiones, que nos

tuvieron por muertos, conservándonos los favores celestiales de Nuestro Señor en gustosa vida de prósperos sucesos en estas nuevas conversiones.

En esta primera ranchería destos quiquimas, adonde con los recaudos y dadivillas que les habíamos enviado los meses antecedentes nos recibieron con mucha amistad, rogándonos que nos quedáramos algunos días con ellos. Quedamos aquel día y la mitad del día siguiente, y a esta ranchería le pusimos de San Félix del Valois, porque aquí dije la misa del glorioso santo. Les hicimos unas pláticas de nuestra santa fe con los intérpretes que llevábamos en nuestra comitiva, que fueron bien recibidas de los naturales. Acudió mucha gente de todos los contornos, y a las principales cabezas dellos dimos varas de justicia, y al más principal de toda la nación le dimos vara de capitán. Hicimos una decente casita o ramada en una amena milpa de maíz que le acababan de coger, pues aquí ya empezaban las tierras muy fértiles y bien cultivadas y muy buenos pastos.

Los naturales se quedaron muy admirados de muchas de nuestras cosas, que nunca las habían visto ni oído. Admiráronse mucho del ornamento con que se dice misa y de su curioso género de tela de Primavera, su artificioso tejido de flores de diferentes vistosos colores, y nos solían rogar que lo dejáramos puesto para que se pudieran holgar en verle los que continuamente nos venían a ver. También les fue de mucho asombro el ver nuestras cabalgaduras, pues jamás habían visto caballos o mulas u oído dellas, y cuando los yumas y pimas que iban con nosotros les dijeron que nuestras cabalgaduras corrían más que los más ligeros naturales, no lo creyeron, y fue menester llegar a la experiencia, con lo cual ensilló un caballo un vaquero de Nuestra Señora de los Dolores, y salieron siete u ocho de los más ligeros corredores quiquimas, y aunque el dicho vaquero al principio de propósito los dejó ganar alguna delantera y se holgaba mucho della, luego, después, los dejó muy atrás y muy admirados y espantados.

Esta tarde vino también del norte y del noroeste la nación coanopa, con mucho bastimento, maíz, frijol y calabaza, y con otras varias dádivas, deseando muy mucho nuestro comercio, nuestra amistad y nuestra santa fe, con los recaudos que estos días y meses pasados habían recibido.

El 20 salimos de San Félix, prosiguiendo nuestra derrota al sudoeste, el río abajo, para ir a ver las demás muchas rancherías desta nación quiquima y para pasar este muy caudaloso río Colorado o río del norte, acompañándonos más de 500 almas entre quiquimas, yumas y pimas; a las cinco leguas de camino llegamos al paso, adonde estaban llenísimas de gente las dos orillas; nos trajeron luego todos mucho bastimento y nos hicieron una casita decente desta banda, que determinamos pasar al río al día siguiente, Dios mediante. La gente de la otra banda y del poniente pasó a ésta del oriente a nado, trayéndonos sus bastimentos en sus tan grandes coritas, que cabía en cada una dellas una fanega y más de maíz o frijol. Y las hacían nadar sobre las aguas del apacible manso río, al modo y remedo de pequeñas canoas. Todos estos naturales quiquimas se mostraron finísimos con nosotros, en particular su amabilísimo capitán, en especial en abrimos buenos y derechos y breves caminos entre la espesura de la mucha y muy tupida arboleda que había en estas orillas de tierras pingüísimas.

CAPÍTULO V.— Pasé el caudalósísimo río Colorado o del norte en balsa con un sirviente, y entré al poniente tres leguas de camino por muchas rancherías y por muy fértiles amenas campiñas

El 21 de noviembre, día de la Presentación de María Santísima, Señora Nuestra, casi a mediodía, habiendo por la mañana acarreado unos palos largos y secos del muy cercano montoncillo ayudándonos personalmente en eso muy mucho el mismo capitán de los quiquimas, y amarrándolos muy bien y haciendo una buena balsa con unos lazos de esmiquilpa, que a ese fin traíamos, en ella pasé este caudaloso río Colorado, que tendrá de ancho como 200 varas, y no se le hallaba fondo si no era en las dos orillas. El intento era que pasasen también dos o tres cabalgaduras; pero como metieron la primera cabalgadura en el río por mala parte y adonde atascaba, se asustó, y la dejamos con las demás, y sólo pasó conmigo el gobernador de Nuestra Señora de los Dolores, en compañía de los muchos quiquimas, ayudando a llevar a nado la balsa referida el capitán de la nación Quiquima, y porque no me mojara los pies, admití la corita grande en que me querían pasar, y poniéndola y fijándola sobre la balsa, me senté en ella, y pasé muy descansadamente y muy gustoso sin el menor riesgo, llevando sólo mi rezo y unas chucherías y una fresada en que dormir; y después, unas ramas de retama que envolví en mi paño de sol me sirvieron de almohada.

Así que pasamos el río acudió mucha más gente; hubo bailes y fiestas a su modo dellos; les prediqué con intérprete aquí y en el camino, y a la tarde, cuando como a las tres leguas de camino llegamos a la casa del capitán de la nación, y en todas partes fue bien recibida la palabra de Dios y la doctrina cristiana. Todo el camino era lleno de pequeñas, pero muy continuadas rancherías con muchísima gente, muy afable, muy bien gestada y algo más blanca que las demás de las Indias. Todo este camino fue por una mera campiña de fertilísimas tierras, de hermosísimas milpas muy bien cultivadas, con muchos maíces, frijolares y calabazales, y con grandísimas tasaqueras de tasajos de calabaza, que este género les dura después todo el año.

Cuando, con dos horas de sol, llegamos a la ranchería y casa del capitán, nos vino a ver también el capitán de la cercana nación cutyana, con mucha comitiva de gente del norte y del poniente, y con varias dádivas, en particular con muchas conchas azules de la contracosta de la California y de la otra mar del Sur, dándonos muy individuales noticias della, y que no distaba más que ocho o diez días de camino al poniente, y que la mar de la California se acababa un día de camino más al sur que adonde estábamos, desembocando en su remate este muy caudaloso río Colorado y otros dos. Y preguntando yo también de todo lo que había más adelante, en particular hacia el Poniente y hacia el sur, y por dónde podía haber camino para ir a su tiempo a comerciar con los otros padres y españoles de Loreto Concho, en 26 grados de altura, que, según buena cuenta, no podían distar ya más que 125 leguas destos nuestros países adonde estábamos, el capitán destos quiquimas me llamó y trajo un indio de la nueva nación hogiopa, que es la que se seguía hacia el sur, y habiéndonos dado alguna razón de su nueva gente y de algunos parajes del camino que seguía, con dicho indio envié buenos recaudos a todos aquellos naturales, y que, Dios mediante, en otra ocasión yo procuraría entrar también a esas sus tierras; también les envié unos avisos de doctrina cristiana, y que el fin de nuestras entradas era para el bien de sus almas;

y dejamos algo entabladas unas paces generales entre los yumas, pimas, quiquimas, cutganes y hogiopas y demás naciones, en orden a que todos a su tiempo fuesen muy amigables buenos cristianos. Dormí en una casita que me hicieron, y casi toda la noche hubo varias pláticas entre ellos en orden a querer abrazar nuestra amistad muy de veras y nuestra santa fe.

CAPÍTULO VI.— *Habiendo visto el paso por tierra a la California, tornamos la vuelta para Nuestra Señora de los Dolores.— Nos dan párvulos a bautizar y llegamos con bien a San Marcelo*

Habiendo dejado a estos naturales quiquimas y cutganes varias buenas enseñanzas y carta para el padre rector Juan María Salvatierra, que el capitán de los quiquimas se encargó de llevarla más adelante hacia el sur cuanto pudiese, determiné tomar la vuelta para mi partido de Nuestra Señora de los Dolores. Lo primero, por no hacer falta en su administración; segundo, porque me tenía con cuidado el español que se nos había vuelto del camino; tercero, porque, gracias a Nuestro Señor, quedaba ya descubierto este tan contradecido, pero ya muy cierto, paso por tierra a la California, pues la mar no subía a esta altura de 32 grados, y se acababa su remate diez leguas más al sur y sudoeste.

Tomando, pues, la vuelta por estas muchas rancherías y continuadas amenas campiñas de la Presentación (que este nombre le pusimos por haberla descubierto el día de la Presentación de Nuestra Señora), me dieron dos párvulos muy enfermos a bautizar, que el uno se llamó Tirso González y el otro Francisco Javier Eusebio.

En todas [estas] amenas y continuadas rancherías hubo toda esta mañana muchas fiestas y bailes y cantares y comidas, y su representación o coloquio, y como pequeña comedia de los muy amigables naturales, con grande alegría de todos; y en estos regocijos gastamos toda la mañana, y vine llegando hasta el río, que le pasé en la balsa del día antecedente, llevándola a nado el capitán de los quiquimas y el capitán de los cutganes, con otra mucha gente, y vine a decir misa en nuestra ramada en acción de gracias de tantos favores celestiales de Nuestro Señor y de María Santísima y de San Francisco Javier. Y a la tarde volví a San Félix con más de 200 pimas y yumas; y aunque todos cargamos con cuanto bastimento pudimos, era tanto el maíz, frijol y calabaza seca y fresca que nos dieron los muy amigables quiquimas, que los más de 200 pimas y yumas no lo pudieron cargar y llevar todo.

El 24 llegué a la unión de los ríos y a San Dionisio.

El 24 llegamos a San Pedro de los Yumas; el 25, a la Agua Escondida. El 26, a mediodía, al aguaje de la Luna, adonde en toda la tarde abrimos el incontrastable camino de muy ásperas piedras y peñas por donde nunca habían podido subir algunas bestias a beber agua, que hoy subieron a beber todas; y después, con una hora de sol y de noche, caminamos otras cinco leguas para que las cabalgaduras tuvieran buen pasto.

El 27, habiendo madrugado mucho, a las 13 leguas de buen camino, llegamos antes de mediodía a decir misa, a comer y a sestear al Carrizal, y a la tarde, a las otras 18 leguas, a San Marcelo del Sonoydac, adonde hallamos nuestra remuda y al español perdido, que confesó se había vuelto y huido de miedo de tanta gente nueva y no conocida que nos había venido a encontrar en los quiquimas; que le pareció que por ser tan numerosas nos haría algún daño; pero

nosotros lo atribuimos todo a los acostumbrados favores celestiales de Nuestro Señor, que siempre nos amparan mejor que todas las fuerzas humanas, dándonos siempre los paternos socorros y fomentos de su muy divino y piadosísimo poder.

El 28 descansamos en San Marcelo; matamos carne flaca y gorda, sembramos más trigo del que estaba sembrado para la Iglesia, y en la iglesita de Nuestra Señora de Loreto enseñamos esta tarde la doctrina cristiana y las oraciones como en los pueblos cristianos antiguos.

El 29, cuando queríamos salir, hallamos que faltaban algunas cabalgaduras, y quedamos otro día.

El 30, habiendo dejado buenos recaudos y algunas dadivillas para los quiquimas, y habiendo bautizado al gobernador de San Marcelo, que estaba enfermo, salimos casi a mediodía para San Rafael del Actun.

El 1 de diciembre llegamos al nuevo pozo o aljibe que nos habían abierto los naturales para que diese bastante agua también para las cabalgaduras. Y por la misa de la santa gloriosa que aquí dije, le pusimos de Santa Sabina.

El 2 llegamos a San Estanislao del Octcam.

El 3, a San Ambrosio del Busanic. El 4, a la estanzuela de Santa Bárbara. El 5, a la estancia de las nuevas Misiones de San Simón y San Judas del Siboda. El 6, descansamos. El 7 llegamos a Nuestra Señora de los Remedios. El 8, a Nuestra Señora de los Dolores.

CAPÍTULO VII.— *Se dan las noticias desta entrada a varias personas, en particular al padre visitador Antonio Leal, con la carta siguiente*

“Acabo de llegar, gracias al Señor, con bien de mi peregrinación o entrada por tierra firme a la California, que de ida y vuelta, en un mes y cinco días, desde 3 de noviembre hasta 8 de diciembre, caminé 400 y tantas leguas. Entré 30 leguas de camino de California, pasé el río Grande o de Gila y el grandísimo río Colorado o río del norte en una balsa en altura de 32 grados.

Con esta entrada, gracias a Su Divina Majestad, y con otros tlatoles o recaudos y dadivillas que envié el año pasado y en diferentes ocasiones, quedan reducidas a nuestra amistad y al deseo de recibir nuestra santa fe la nación quiquima y la cutgana y al coanopa, con más de diez mil almas, que tienen tierras pingüísimas y fértilísimas; me dieron muchísimos de sus bastimentos, y tanto de su maíz, frijol y calabaza, que no lo pudimos gastar ni cargar o llevar con nosotros ni yo y mis sirvientes ni los más de doscientos pimas y yumas que entraron conmigo a dichos quiquimas.

Desde allá escribí al padre rector Juan María Salvatierra a Loreto Concho, carta que se encargó de llevarla muy adentro hacia el sur el mismo capitán de los quiquimas; trajo consigo bastantes conchas azules de la contracosta y la mar del sur, por donde todos los años suele venir la nao de China, no dista más que siete u ocho días de camino de los parajes o rancherías por donde anduve en esta entrada.

Por lo cual, con la divina gracia, a su tiempo se podrá introducir el comercio de la dicha nao de China con este reino de la Nueva Vizcaya para excusar la tan dilatada y tan costosa conducción de muchos géneros que trae hasta Acapulco por la mar, y de Acapulco hasta México

y de México hasta esta Nueva Vizcaya y provincia de Sonora y Sinaloa, por tierra. Cosa que della, según me insinuó en México el señor marqués de Buenavista, se ha tratado en el real Consejo.

Y juntamente con esta escala que se podrá dar al referido galeón de China, se podrán escapar muchas vidas de muchos de sus navegantes, que todos los años suelen venir enfermos del penoso mal de loanda y se mueren, siendo así que con comidas frescas se curan fácilmente y se libran de dicho mal, pues dicho achaque se origina de las comidas secas y saladas y añejas de la larga navegación.

A la referida nación quiquima se le sigue la nueva nación hogiopa, que ya unos della me vinieron a ver; aunque son de diferente lengua, con los cristianos tlatoles y recaudos que ahora les envié por delante con el favor del Señor, en la próxima ocasión tendré abierto el camino y entrada a ella y por ella muy adentro y hacia Loreto Concho, adonde vive el padre rector Juan María Salvatierra y los otros dos padres con los 16 soldados, que considero no distaba yo ya más que 125 leguas de SS. RR. con poca diferencia, y como destas cosas puede redundar la conversión y eterna salvación de muchísimas almas y mucho servicio de ambas Majestades, todo lo encomiendo muy mucho a los santos sacrificios de V. R., cuya vida guarde Nuestro Señor, como deseo.— Nuestra Señora de los Dolores, y diciembre 8 de 1701 años.

Muy siervo de V. R., *Eusebio Francisco Kino.*”

CAPÍTULO VIII.— *Cartas de tres padres rectores en respuesta de las noticias de mis cartas acerca desta mi entrada*

El padre rector Adamo Gilg, en 15 de diciembre, me escribió lo siguiente:

“Agradezco a V. R. el grandísimo consuelo que me envía con la noticia y relación de su viaje apostólico y feliz vuelta *Extransitu felici Maris rubri felix omen pro terra promissionis patrum Californiensium. Taxit Deus ut novus Rex Hispanie nostris conatibus faveat!* Las guerras tan encendidas en Europa por un pedazo de tierra quizá no dejaran pensar mucho en la progresión de la fe.” Hasta aquí el padre rector desta Misión y Rectorado de San Francisco Javier, comparando esta mi entrada y peregrinación y haber podido pasar el río Colorado y la mar de la California en su remate al paso del mar Bermejo, pues algunos cosmógrafos han llamado mar Bermejo esta mar de la California.

Pero por otro extremo, y más que todos, con su ardiente apostólico santo celo del bien de las almas, se holgó el padre rector Juan María Salvatierra con los demás padres de la California y con los soldados, insinuando S. R. daría esas noticias a N. P. general Nirso González, agradeciéndome mucho esos mis trabajos, que se sirve de llamarlos *gloriosos*, y animándome como siempre a proseguir en tan provechosa empresa y tan de nuestro santo Instituto, como es el buscar almas para el cielo y vencer las dificultades de las acostumbradas contradicciones y oposiciones.

También con tanta especialidad se alegró desas noticias el padre rector de Oposura, Manuel González, que poco después me escribió S. R. se alegraría ir conmigo a otra entrada para que juntos pasásemos aún más adelante, y, si se pudiese, hasta adonde estaban los padres de la

California en Loreto Concho, e hicimos la entrada que se refiere en el libro y año siguiente de 1702.

LIBRO IV

ENTRADA DE 225 LEGUAS DEL AÑO 1702, CON EL MUY INDIVIDUAL NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL MUY CIERTO Y MUY PATENTE PASO POR TIERRA A LA CALIFORNIA, QUE SE RECONOCE NO SER ISLA, SINO PENÍNSULA

CAPÍTULO PRIMERO.— *Dudas y controversias que desde tantos años ha habido de si la California es continente o tierra firme continuada con esta Nueva España*

Algunos de los cosmógrafos antiguos, aunque con algunas imperfecciones, pintaban la California hecha península o istmo; pero desde que el pirata y piloto inglés Francisco Drake navegó por estos mares y en su bahía de San Bernabé, cerca del cabo de San Lucas, de la California, robó el navío de China o galeón de Filipinas llamado *Santa Ana*, viendo entonces las muchas corrientes del brazo de mar de la California, discurrió y divulgó por cosa cierta que este seno y mar califónico tenía comunicación con el mar del norte, y que con ese mar de la California se apartaba del todo desta tierra firme de la Nueva España, y la pintó cercada de mares e isla (que hubiera sido la mayor del mundo), y dibujó, pero también siniestramente, los ríos del Coral y del Tizón, y de Anguchi o de Buena Guía, que salen y desembocan en dicha mar de la California en 33, 34 y 35 grados de altura, siendo así que, según con toda certidumbre con varias entradas hemos descubierto, no sube este seno califónico hasta a 32 grados, y con esto dicho Drake, de vuelta a sus tierras, engañó a toda la Europa, y casi todos los cosmógrafos y geógrafos de Italia, Alemania y Francia pintaron la California isla.

En la insigne Universidad de Ingolstad, de Baviera, imprimió en mi tiempo un muy curioso mapa universal de todo el mundo terráqueo mi padre maestro de Matemáticas, el padre Aldamo Aygentler, que después murió gloriosamente en la navegación del padre Intonchete para las misiones de la gran China, ya cercano a Goa, *in conspectu Goa*, dice la relación. Este mapa, que lo traje conmigo a las Indias y hasta a estas nuevas conversiones, con su tratadito e instrucción o explicanda, pues es cosmográfico, geográfico, hidrológico y orográfico y náutico y geométrico, pone muy bien la California, no isla, sino península. En dicha Universidad de Ingolstad (y en la [de] Friburgo) estudié las ciencias matemáticas y las enseñé después *privatin* a los nuestros, y por orden de mis superiores las han de enseñar y leer en público: así que en el cuarto año de Teología me ordené de sacerdote; pero, aunque yo traté de varias ciencias matemáticas con el señor duque de Baviera, que hoy gobierna, y con su señor padre, cuando sus altezas, ambos juntos el año de 1676, vinieron a ver desde su electoral corte de Mónaco a su gran fortificación, ciudad y Universidad de Ingolstad y nuestro Colegio Máximo desa ciudad y provincia de Baviera, en la Alemania la Alta, y fui convidado a cursar estas ciencias, artes y ocupaciones por

allá en Europa, siempre más me incliné y solicité con los superiores mayores en Roma el venir más bien a enseñar las doctrinas cristianas y verdades evangélicas de nuestra santa fe católica a estos pobres infieles tan necesitados para que con nosotros se salven y nos ayuden a alabar a Nuestro Piadosísimo Dios por toda la eternidad.

En esa creencia que la California era península y no isla, vine a estas Indias Occidentales, y así que llegué a México, por el padre provincial Bernardo Pardo fui señalado por misionero y cosmógrafo y rector de la California, y procurando salir de las dudas que había en las materias, mudé de parecer: 1.º Porque cuando leí la relación del Adelantado del Nuevo México, don Juan de Oñate, que, saliendo de la villa de Santa Fe del Nuevo México y caminando como 100 leguas al poniente, llegó a los moquis, y, según la relación, dice hasta la mar, y esto era en altura de 37 grados. 2.º Porque otras relaciones de otros decían lo propio. 3.º Porque otros muchos mapas y los más principales cosmógrafos modernos de Alemania, Flandes, Italia, Francia, etc., decían lo mismo, y que la California era isla, y saqué un tanto destos muy grandes nuevos mapas del Palacio de México, llevándonos a este fin prestados al Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. 4.º Porque las muchas corrientes de norte a sur que experimenté en las navegaciones que hice en el brazo de la California, eran tan continuadas y a veces tan vehementes, que parecía se comunicaba esta mar con la del norte, y me incliné a que la California era isla, y por tal la dibujé en algunos de mis mapas.

Pero ahora, ya gracias a Su Divina Majestad, con varias, y en particular con tres entradas de 150, de 170 y de 200 leguas que de aquí de Nuestra Señora de los Dolores al noroeste he hecho, he descubierto con toda individualidad, certidumbre y evidencia con la aguja de marear y astrolabio en la mano, que la California no es isla, sino península o istmo, y que en 32 grados de altura hay paso por tierra a dicha California, y que sólo hasta allá cerca llega el remate de la mar de la California, desembocando en dicho remate los muy caudalosos ríos, que en los siguientes capítulos se referirán.

CAPÍTULO II.— Empréndese la entrada de 200 y más leguas con el padre rector Manuel González para los quiquimas, desde 5 de febrero hasta mediado abril de 1702, y a las primeras 90 leguas de camino llegamos a San Marcelo del Sonoydac

Habiendo tenido las deseadas noticias de mis antecedentes entradas el padre rector de Oposura, Manuel González, que era visitador destas Misiones de Sinaloa y Sonora, cuando quince años ha se dio principio a estas nuevas conquistas espirituales y temporales y nuevas conversiones desta Pimería, se animó S.R., aunque andaba con corta salud, a venir a ser testigo de vista de tantas almas y de tantas tierras y ríos. Y avisando al padre visitador actual, Antonio Leal, y a mí, en 31 de enero vino S. R. a Nuestra Señora de los Dolores con 11 sirvientes suyos de Oposura y Cumupas y con 50 bestias mulares y con 15 cargas de muy buenos bastimentos y con otras muy provechosas cosas para la entrada que se hizo, según dirá la relación diaria siguiente:

El 5 de febrero salimos de Nuestra Señora de los Dolores el padre rector Manuel González con su avío y yo con 12 sirvientes y con otras pocas cargas y con 80 bestias caballares y mulares.

El 6 salimos de Nuestra Señora de los Remedios, y a las 10 leguas de camino llegamos hasta cerca de la estancia de San Simón y San Judas del Siboda, adonde había más de mil reses y siete manadas de yeguas de las nuevas conversiones, y, llegando temprano, el día 7 nos aprovisionamos de carne fresca y seca.

El 8, a las 12 leguas de camino, llegamos a Santa Bárbara, adonde se daba principio a otra estanzuela para estos caminos del paso por tierra a la California Alta.

El 9 salimos para San Ambrosio del Busanic, habiéndonos dado tres parvulitos a bautizar.

El 10, al llegar muy temprano a San Ambrosio, hallamos más de 20 justicias, gobernadores y capitanes de tierra adentro, que, algunos de más de 50 leguas de camino, nos habían venido a encontrar y recibir. Les hice una plática de los misterios de nuestra santa fe y del fin de nuestra entrada, y como aquí también me cuidaban ganado mayor y menor y unas manadas, matamos tres reses para la gente y para el camino.

El 11 salimos para San Estanislao del Octcam, adonde hallamos más de 300 almas, los más de tierra adentro, que también nos habían venido a encontrar; nos dieron dos párvulos a bautizar, nos hicieron unos muy amigables bailes y fiestas y gustó muy mucho el padre rector Manuel González de ver estos naturales tan joviales y tan afables, y ponderó lo bastante la grande lástima que era que tan amigables naturales no tuviesen con los demás cercanos el padre misionero necesario que pedían, pues tenían ya muy buenas cosechas de maíces, no sólo para sí, sino también para la Iglesia, y nos tenían prevenida una mediana de adobe y terrado con su altar, en la cual con decencia dijimos misa el día siguiente, Dominica de Septuagésima, el padre rector Manuel González y yo.

El 12 salimos para el aguaje de Santa Eulalia, día de la santa, y habiendo sacado bastante bastimento para el camino de la costa de San Estanislao, también en Santa Eulalia mandé dar principio a otra estanzuela.

El 13, día en que se celebraba el día de la santa, salimos del aguaje de Santa Eulalia, y diciendo la misa de la santa, a 10 leguas de camino llegamos al aguaje que el padre rector Manuel González le puso de San Vicente.

El 14, pasando por el aguaje y pozo de Santa Sabina, a las 16 leguas de camino, llegamos a los aguajes de San Martín.

El 15 llegamos, a mediodía, a San Rafael del Actun; sus naturales nos enviaron a encontrar con cruces y nos recibieron con arcos y cruces puestos en los caminos y con todo agasajo de bastimentos; nos dieron dos hermanitos a bautizar, que el uno se llamó Manuel y el otro Eusebio, y a la tarde llegamos a San Marcelo del Sonoydac, caminando hoy 14 leguas, y fuimos recibidos con todo amor de los más de 200 naturales que aquí había.

CAPÍTULO III.— *Saliendo de San Marcelo del Sonoydac, a las más de 60 leguas de camino, llegamos a San Dionisio y al caudalosisimo río Colorado, de los yuntas*

Habiendo descansado el 16, 17 y 18 de febrero en la estancia y ranchería o pueblo y muy buen puesto de San Marcelo, adonde matamos tres reses gordas y un camero para el camino, y enseñamos la doctrina cristiana y las oraciones todos los días, nos dieron dos párvulos a bautizar, e hicimos un casamiento *in facie ecclesiae*.

El 19, Dominica Sexagésima, salimos de San Marcelo al Carrizal.

El 20, habiendo dado tres párvulos y un enfermo adulto a bautizar los amigables hijos, salimos, y a las como 15 leguas de camino, llegamos hasta cerca del aguaje de la Luna.

El 21, pasando por cerca deste aguaje y dando de beber a las cabalgaduras, llegamos a los llanos y pastos cercanos al Agua Escondida.

El 22 salimos vía recta para el aguaje de la Tinaja, y llegamos a las 12 leguas de muy llano y derecho camino.

El 23 y 24 nos detuvo una quipata grande que hubo, con la cual creció mucho este arroyo de la Tinaja, y vimos que pasaba por unas tan vistosas peñas, que parecían unos curiosísimos aljibes hechos a mano y con muy grande artificio, y al padre rector le pareció que este aguaje con mucha razón se había de llamar de los Aljibes. Hoy y los dos días siguientes vimos al poniente y a las tardes el cometa que hubo en la constelación de Acuario.

El 25, a las seis leguas de camino, llegamos al río Grande o de Gila y a su ranchería de San Pablo de los Yumas, que nos tenían prevenida una casita en que vivir y decir misa; nos recibieron con arcos y cruces puestas en el camino; el padre rector les repartió casi un tercio de chancacas y otras dádivas.

El 26 salimos para el río Colorado; a las cuatro leguas llegamos a la ensenada donde ya se puede decir que empieza la California Alta, porque su meridiano viene a pasar por el medio del remate de la mar de la California, y como volvió a amenazar lluvia de la equipata, paramos allí cerca, y los naturales nos trajeron de varias partes mucho y muy rico pescado fresco, y otras dádivas, y así hoy como el día siguiente, que con la lluvia estuvimos detenidos.

El 28 salimos para San Dionisio y junta de los ríos.

CAPÍTULO IV.— Saliendo de San Dionisio y junta de los ríos Colorado y Grande, a las 50 leguas de camino al sudoeste, llegamos a la nación quiquima y cutgana, y hasta el desemboque de los referidos ríos

El 1 de marzo, Miércoles de Ceniza, habiendo dicha misa y dado ceniza a todos nuestros sirvientes, y habiendo visto muy despacio y con tanto divertimiento la muy amena junta de los ríos, que el padre rector Manuel González dijo se podía venir desde México por verla por sus tan vistosas arboledas, por sus cuantiosas y tan apacibles aguas y fértiles tierras. Salimos para el sudoeste o entre el sur y el poniente, rumbo conocidamente de la California, y aun en este camino hallamos gran número de muy amables yumas, en particular en la ranchería grande de Santa Isabel.

El 2, propasando y dejando a la derecha las rancherías de San Félix y de la Presentación y el paso adonde el pasado mes de noviembre pasé el río Colorado en balsa y sus muy pingües tierras, llegamos a la ranchería de San Rodesindo, adonde nos estaban aguardando muchos quiquimas con muchos de sus bastimentos, y nos dieron en abundancia maíz, frijol, calabaza seca, pescado, etc., y les retornamos de nuestras chucherías y dadivillas con la palabra de Dios y doctrina cristiana con intérpretes, que fue muy bien recibida.

El 3 descansamos y dispusimos el bajar hasta el mismo desemboque destes ríos en la mar. Nos vinieron a ver muy muchos naturales de varias partes convidados del capitán de los

quiquimas y del capitán de los cutganes, y porque el enfermito párvulo Tirso González que bauticé el pasado mes de noviembre, ya muy sano, bueno y gordo, me lo trajo su madre, y otras muy muchas madres también me trajeron sus párvulos y me los daban rogándome que también se los bautizara, aunque los dilaté para mejor ocasión. El padre rector Manuel González dio a estos tan afables naturales, con su mucha caridad, hasta sus propias camisas, jubones blancos, sábanas, ricos paños de chocolate y los zapatos de su uso.

A mediodía pesamos el sol con el astrolabio, y hallé 52 grados de altura de sol, que añadiéndole los seis y medio de declinación austral que ese día tenía, eran 58 grados y medio, y el cumplimiento a 90 grados son 31 grados y medio, y ésta era la altura de polo o latitud geográfica en que nos hallábamos.

El 4 llegamos a las rancherías de San Casimiro; el 5 bajamos a los esteros de la mar, vía recta al sur, experimentando en todos estos muchísimos naturales quiquimas, cutganes y hogiopas, que habían venido del poniente y del sudoeste, muchísima afabilidad y amor y cariño. Nos informamos de varias naciones y de varios cerros, y de todos los ríos del poniente, y además del río Colorado, caudalosísimo, que junto con el río Grande o río de Gila, de la parte del poniente, desembocan en el remate de la mar de la California, también desembocan allí cerca el río Azul, que viene del norte, y el río Amarillo, que viene del noroeste, como el río Colorado, del Nordeste, y el río Grande o río de Gila, del oriente, como se podrá ver en los mapas deste tratado.

El 5, a la tarde, dimos cuatro varas de justicias con buenas enseñanzas a los que habían venido del poniente, y todos nos traían tanto pescado que ya no lo podían admitir.

El 6 hicimos las posibles diligencias de pasar el río Colorado, y nos estorbaban el intento los muchos atascaderos, porque estos días había llovido.

El 7, bajo el mismo desemboque y a la mar rumbo al poniente, el padre rector Manuel González y yo, habiéndome informado de todos estos naturales del poniente y enviado buenos recaudos por delante a los de la otra banda del río, por haberme detenido los continuados recaudos que me enviaban, bajé a la tarde.

El 8, habiéndonos venido a ver más de 300 almas de la otra banda del caudalosísimo río Colorado, pasándolo a nado chicos y grandes, con muchos de sus bastimentos y dádivas y conchas azules de la contracosta, rogándonos muchísimo que pasásemos a ver sus buenas tierras y la demás su amigable mucha gente; como los achaques y penosos cursos del padre rector le apretaban cada día más y más, no nos determinamos a pasar, y consolamos a los naturales con buenas palabras de que, Dios mediante, en otra ocasión procuraríamos cumplirles sus amigables deseos, y, despidiéndonos con varias dadivillas, nos volvimos a San Casimiro.

El 9 fue tanta la ternura que nos causaron las peticiones y deseos de la otra banda del desemboque, y también el deseo que teníamos de pasar a ver el otro río Amarillo, y aun de pasar hasta la otra mar del poniente, o mar de contracosta y mar del sur, pues nos aseguraban algunos que no distaban más que ocho, nueve o diez días, y nos trajeron unas ollitas y otras dádivas que poco antes se habían traído de la contracosta, que determinamos bajar otra vez al desemboque y pasar con los naturales el río Colorado, y a ese fin nos prevenimos de los bastimentos necesarios y con las mejores cabalgaduras.

El 10 bajamos otra vez al desemboque, llevando y juntando muchos palos secos para hacer una muy grande balsa en que pasar el muy caudaloso y muy ancho río Colorado y río Grande de Gila y río Azul, que en el desemboque todos hacían un cuerpo de apacibles aguas, y desto ya se holgaban muchísimo los naturales, en particular los de la banda del poniente, que otra vez nos habían venido a encontrar en gran número, chicos y grandes. Pero como le apuraban mucho sus penosos cursos al padre rector y experimentamos muy pesado el paso de las cabalgaduras, más por los grandes atascaderos de las orillas del muy caudaloso río, determinamos dilatar ese paso para otra más oportuna ocasión, y volvimos a consolar a los naturales lo mejor que pudimos e hicimos noche con ellos en el desemboque, y se nos metió la plena mar hasta muy cerca de nuestras camas. Esta noche se le perdió su cabalgadura al padre rector, y la hallaron los naturales y le pusieron y le dieron zacate y una olla de agua y nos vinieron a avisar que fuéramos por ella.

El 11 dije misa de Santa Francisca Romana, saliéndome el sol por encima del remate de la mar de la California, argumento evidentísimo de que ya estábamos en la California, y de más veíamos patentísimamente más de 30 leguas de tierra continuada al Sur, y otras tantas al poniente y otras tantas al norte, sin la menor señal de mar alguna más que las que nos quedaba al oriente.

CAPÍTULO V.— Habiendo propasado y dejado la mar de la California al oriente, con haber entrado como 25 leguas más adelante que en las entradas antecedentes, tomamos la vuelta para nuestras Misiones y provincia de Sonora, y a las más de 110 leguas llegamos a San Marcelo

El 12 de marzo de 1702, estando para volvernos para Sonora, entró la duda si volveríamos por el mismo camino que habíamos llevado para ir a la California, o si tomaríamos a la vuelta por otro camino nuevo y más derecho vía recta al Oriente, para salir a San Marcelo por el arenal grande de 60 leguas de box, que, aunque algunos decían que no se podía andar ese camino por falta de agua y de pasto, sabíamos que en ese arenal se habían venido a encontrar los pimas de San Marcelo y los quiquimas cuando el año antecedente hicieron sus paces, y algunos nos decían que en ese arenal había un carrizal con bastante agua y pasto, con lo cual el 12 de marzo emprendimos ese nuevo camino, y habiendo andado como 18 leguas de penosísimos médanos de arena y con un continuado, vehemente y molestísimo aire, en todo el día no hallamos ni una gota de agua ni el más mínimo pasto, y aunque a la tarde hallamos alguna gente, ella misma andaba como perdida, y buscando agua, pero sin hallarla, y pasando una muy trabajosa noche nos vimos obligados con muchas más penalidades a volver el día siguiente, 13 de marzo, a San Casimiro y al río Colorado, adonde los amigables naturales quiquimas nos aliviaron con un refresco de sus bastimentos, aunque nuestra remuda no pudo llegar hasta el otro día, 14 de marzo.

El 15 salimos el río arriba hacia Santa Isabel y San Dionisio, por donde habíamos venido, y en el paraje de los sauces nos vino a alcanzar un coanopa con bastimentos que nos enviaba su tribu.

El 17 llegamos a San Pablo de los Yumas; el 18, a los Aljibes; el 19, a los llanos de la Agua Escondida; el 20, al aguaje de la Luna, y seis leguas más adelante, y el 21, al Carrizal.

Al salir hoy del paraje, me dijo el padre rector Manuel González que, aunque no convenía creer en sueños, no podía negar que un sueño o como sueño que S. R. había tenido aquella noche le tenía en medio de sus males y achaques y dolores y cansancios como consoladísimo; y era que

aquella noche se le había representado a S. R. muy a lo vivo de que S. R. y yo, aunque con muchísimo trabajo, pero con igual consuelo, en el desemboque del río Colorado estábamos pasando unas muy pesadas, grandes y hermosas campanas, que la una se llamaba San Joaquín.

El 22, al salir de Carrizal, me rogaron los hijos con instancias que les bautizara dos enfermas adultas, y las bauticé, y llegamos a San Marcelo, adonde descansamos tres días, matamos tres reses gordas y dos carneros, enseñamos la doctrina cristiana y dijimos misa en la nueva y aseada y bien blanqueada iglesia o capilla de Nuestra Señora de Loreto, y solicitamos los posibles alivios de los achaques del padre rector Manuel González.

CAPÍTULO VI.— Saliendo de San Marcelo, a las como 70 leguas de camino, llegamos al nuevo pueblo del Tubutama

El único desconsuelo, y bien singular, que traíamos era que el padre rector Manuel González, que desde que salió de su Colegio y Misión de Oposura, y aún unos meses antes, había estado muy malo de cursos, ahora se hallaba tan debilitado y apurado dellos, que fue forzoso en adelante cargar a S. R. en un tapeste y hombros de los naturales, que lo hicieron con gran fineza y con mucha caridad y amor, como si todos fueran cristianos viejos, por el distrito de más de 70 leguas de camino desta dilatada costa, enviando a buscar y traer los más robustos naturales destes a veces despoblados parajes, hasta que llegamos a San Estanislao y a San Ambrosio del Busanic y finalmente al nuevo pueblo del Tubutama, adonde vivía el padre Ignacio Iturmendi, que, avisado de nuestra ida, con su mucha caridad, nos vino a encontrar personalmente algunas leguas de camino con algunos de sus hijos y con algún refresco de bastimentos. Aunque ya tres días antes en el aguaje de Santa Sabina, dicho padre rector Manuel González se había hallado tan debilitado y casi desmayado, que, según S. R. me pidió, le hube de sacramentar, dándole la comunión por medio de viático.

Desde el Tubutama, y aún antecedentemente, enviamos luego a traer personas curanderas con los remedios posibles para el achaque tan penoso desde Nuestra Señora de los Dolores, desde Cucurpe, desde el valle de Sonora y desde Oposura. Pero como diez días después, dispuso Su Divina Majestad el llevarse a su gran siervo y muy fervoroso operario en la viña del Señor y muy celoso ministro a la mayor gloria de Dios y del bien de las almas para sí y para el descanso celestial que tan merecido se tenía con tan heroicas prendas y obras y con tan subidas letras y religiosas virtudes como otras mejores plumas lo podrán referir con una bien larga carta de edificación.

CAPÍTULO VII.— Otras muchas cosas tocantes a esta referida entrada se pueden sacar de la carta larga que escribí al padre visitador, con la certificación del señor alcalde para que pudiese pasar a México, y repartida en seis capítulos es como sigue

“Mi padre visitador Antonio Leal, P. C.

Acabo de llegar, gracias al Señor, con bien de la entrada a los quiquimas de la California a esta su casa de V. R. y de Nuestra Señora de los Dolores, y vuelvo a agradecer a V. R. muy mucho su estimadísima última, que la recibí al salir deste partido para dicha entrada en 5 de febrero, en la muy amable compañía de mi padre rector Manuel González, en la cual carta decía

V. R. para nuestro gran consuelo de todos que esta entrada había de servir para que con la divina gracia estas dilatadas naciones del noroeste, norte y poniente desta tierra firme y de la California se convirtiesen todas a nuestra santa fe. Concédaselo así Su Divina Majestad.

El 2 de este mes de abril, de vuelta desta entrada, en San Estanislao del Potcam, 27 leguas de camino de aquí, recibí carta del padre Ignacio Iturmendi, escrita en el pueblo del Tubutama, en que S. R. me decía que, por haber corrido por cosa cierta que el padre rector Manuel González y yo y nuestra gente nos habíamos ahogado en el río Grande, ya se nos habían dicho las misas y los sufragios que se estilan en nuestra Compañía, pero gracias a Su Divina Majestad sin experimentar ningún riesgo destes, caminando con prosperidad por estas costas, camino y rumbo casi siempre del noroeste, entre norte y poniente, a 1 de marzo, a las 160 leguas de camino de aquí, llegamos a tener el día de Ceniza en la California, en la junta de los dos caudalosos ríos del Grande de Gila y del Colorado. Y aunque en esta entrada por los quipatas y atascaderos no pasamos estos ríos, bajamos hasta el desemboque dellos, camino de más de 40 leguas, y al sudoeste o entre sur y poniente, y nos vinieron a ver, pasando el río a nado en diferentes partes, como 4 000 almas de muy afables, dóciles y amigables indios yumas, coanopas, cutganes y quiquimas, trayéndonos de sus bastimentos maíz, frijol, calabaza y pescado en abundancia con mucho amor. Y así en esta entrada, como en otra mía antecedente del pasado mes de noviembre, recibieron con tanto aprecio la palabra de Dios, que ya me daban muchos párvulos a bautizar. De los dos parvulitos que bauticé en la entrada antecedente, me trajo ahora el uno (llamado Tirso González) su madre, que, habiendo convalecido, estaba gordo y bueno, y también me trajeron otras muchas madres sus parvulitos pidiéndome que se los bautizase, aunque no los bauticé ni a éstos ni a otros muchos adultos que en estos caminos después de las pláticas de doctrina cristiana que les hacía, me pedían el santo bautismo, pues les decía era primero necesaria la instructiva, con lo cual ocho destes adultos, algunos dellos principales, han venido ahora conmigo a instruirse aquí en esta Semana Santa y Pascua, caminando algunos a ese fin más de 200 leguas de camino.

El padre rector Manuel González, aunque de ida y de vuelta muy enfermo de sus penosos cursos y almorranas, con la mucha caridad que le llegó, dio a esos pobres naturales muchas dádivas, y aun gran parte de su propio vestuario y ropa blanca. Cuando el 8 de marzo S. R. bajó y llegó el primero al desemboque muy de mañana, y entre dos luces vinieron a ver a S. R., pasando a nado, más de 200 indios chicos y grandes, y le trajeron luego varias y muchas de sus comidas de presente, con mucha afabilidad y amor, queda S. R. convaleciendo en el pueblo del Tubutama.

Desde este desemboque y en diferentes partes supimos y aun vimos cómo había otros dos ríos caudalosos que venían a desembocar en el remate de esta mar de la California: el uno, que viene del norte, los naturales le llaman el río Azul, y el otro, que viene del noroeste, le llaman el río Amarillo. También supimos y vimos cómo el muy caudaloso río Colorado, a pocas leguas de haberse juntado con el río Grande o río de Gila, se divide otra vez en dos muy grandes brazos, y con ellos hace una grande isla de más de 50 leguas de box, de tierras muy fértiles y de muy buenas campiñas.

En esta entrada nos ha ayudado mucho el buen avío y los buenos sirvientes que llevó el padre rector Manuel González y los buenos guías e intérpretes pimas y yumas, y también las varias

estanzuelas de ganado mayor y menor, caballada deste partido, que hemos hallado en diferentes partes, en particular en San Marcelo del Sonoydac, 90 leguas de camino de aquí, adonde de ida y vuelta matamos ocho reses gordas de la más de 100 cabezas que allá cuidan, con sementeras y cosechas de trigo y maíz, y con su iglesita de terrado, blanqueada, de Nuestra Señora de Loreto, y de donde será fácil pase más adelante más ganado mayor y menor y caballada hasta la California, pues los naturales son tan leales, que, habiéndoseme perdido y quedado en el río Grande unas cabalgaduras en la entrada antecedente, ahora las hallé que me las habían recogido y cuidado con toda fineza.

CAPÍTULO VIII.— *Siete razones eficaces y argumentos claros con que queda establecida la certidumbre del paso por tierra a la California*

Y por si todavía hubiere algún incrédulo o que lo ignore, afiánzase y se prueba el encerramiento destas tierras con la California con las siguientes siete eficaces razones o argumentos:

1.^a Porque así lo vi el 9 de octubre de 1698 desde el cercano alto cerro de Santa Clara, y el año pasado de 1701, por marzo, vimos este encerramiento y paso por tierra a la California en compañía del padre rector Juan María Salvatierra, que S. R. vino con 10 soldados y con otras personas a ver ese desengaño, pues algunos nos contradecían.

2.^a Porque con otras cuatro entradas que he hecho, caminando 50 leguas al noroeste, desde el dicho cerro de Santa Clara (el cual está cercano y al oriente del brazo y remate de la mar de la California) y después otras 10 leguas al poniente y por el río Grande, hasta adonde se junta con el río Colorado, y desde esta junta otras 40 leguas al sudoeste por el mismo río Colorado, hasta su desemboque, no se halla o ve la mar alguna de California que suba a más altura que hasta 32 grados escasos, de lo cual se saca evidentemente que Drake, con otros muchos cosmógrafos modernos, en sus varios mapas impresos con notable descrédito de la Cosmografía, se engañan a sí y a otros, subiendo esta mar o brazo estrecho de la mar de la California desde 32 hasta 46 grados, y haciéndola con eso isla, y la mayor del mundo, no siendo sino península.

3.^a Porque en esta entrada el 11 de marzo estando yo diciendo misa en el referido desemboque del río Colorado en compañía del padre rector Manuel González, me salía el sol por encima de más de 30 leguas de mar del remate deste brazo o seno califórnico, y juntamente desde el mismo desemboque al poniente teníamos a la vista otras más de 30 leguas de tierra continuada, y otras tantas al sur y al sudoeste, y muchas más al norte y noroeste y nordeste, conque esta mar no sube al norte.

4.^a Porque los naturales más cercanos a ese desemboque, así quiquimas como cutganes, coanopas, ahora y en otras ocasiones nos dieron varias conchas azules que sólo se dan en la contracosta y en la otra mar del sur, por donde viene la nao de China, y nos dieron ahora unas ollitas que poco antes habían traído de dicha contracosta, caminando diez horas de camino de continuada tierra del poniente.

5.^a Porque los referidos naturales, y otros que vinieron a vemos desde lejos del sudoeste, nos dieron varias noticias de los padres de nuestra Compañía, diciéndonos cómo eran, de nuestro traje y vestuario, y que vivían allá abajo, al sur, en Loreto Concho, con los demás españoles, y de

lo que comían aquellos indios guindes y edues o laimones, adonde estaban el padre rector Juan María Salvatierra y otro padre. Y habiendo yo preguntado de propósito si aquellos indios guimies y edues de allá abajo sembraban maíz y lo que era de su sustento, me respondieron que no sembraban maíz ni frijol, y que su comida era la caza, el venado, la liebre, el conejo, la cabra montesa, la pitahaya, la tuna y el mezcal y otra fruta del monte, y que los del poniente tenían conchas azules; cosas y noticias todas que, desde que hace diecisiete años, estuve allí y viví con aquellos naturales, me constaba eran verídicas.

6.^a Porque ahora en esta entrada y en otras ocasiones he hallado varias cosas, arbolitos, frutas, incienso, etc., géneros todos que son propios de la sola California, y traigo destos conmigo para con ese incienso, con el favor del cielo, celebrar esta Pascua y Semana Santa y poner cinco buenos granos de incienso en el cirio pascual. Y también, ya cerca deste desemboque, hallamos algunos vocablos de la lengua guimie que allá aprendí siendo misionero y rector, aunque indigno, de aquella Misión de la California en los dos trienios del padre provincial Bernardo Pardo y del padre provincial Luis del Canto, desde el año de 1681 hasta el año de 1685.

7.^a Porque tuvieron mucha razón de poner la California península y no isla los mapas antiguos y algunos modernos, entre ellos mi padre maestro de Matemáticas en la Universidad de Ingolstad, mapa universal que para en mi poder, y le dedicó a nuestro padre San Ignacio y a San Francisco Javier, con este epígrafe: *De Universo Terrarum Orbe óptime meritis*.

Y si algunos opuestos y porfiados quisieren decir que algunos indios quiquimas dicen que al poniente sube la mar todavía al noroeste, hablan estos quiquimas de la otra, de la contracosta, y no desta nuestra mar de la California, que como algunos la llaman *mar Bermejo*, por haber hallado este paso, podremos decir: *Aparvit Terra avida, et in Mari rubro via sine impedimento*, como dice la Iglesia a 8 de agosto, en el día de los Santos que tienen el Evangelio: *Euntes in mundum Universum, predicate Evangelium omni creatura*.

CAPÍTULO IX.— *Cartas de personas graves en orden a estas nuevas conversiones, que recibo de vuelta desta entrada*

Y como en orden a todo esto me ha sido de grandísimo consuelo la arriba referida gratísima carta de V. R., me son de muy grande alivio y aliento varias santas cartas que ayer, día de Nuestra Señora de los Dolores, y anteayer encontré y recibí en el pueblo de San Ignacio. Las dos son de nuestro padre general, Thirso González; otras dos del padre provincial Francisco de Arteaga, y otras de otros padres graves de México y otras de otros padres fervorosos que, con sus apostólicas ansias, deseaban venir a estas espirituales y temporales nuevas conquistas y nuevas conversiones.

La una carta de nuestro padre general, de 15 de mayo del año pasado [de] 1701, empieza con estas palabras: “Con gran consuelo mío he leído una de V. R. de 17 de marzo, de donde me refiere el estado que tienen esas misiones y cuán gloriosamente trabajan en ella los operarios del Señor. Su Divina Majestad los llene de consuelo y dones espirituales. Ya otras veces he encargado, y ahora de nuevo encargaré al padre provincial, que cuide con todo desvelo desas Misiones, enviando operarios que lleven adelante lo que se ha comenzado con tanto fervor y fruto.”

La segunda carta de nuestro padre general acaba con estas palabras: “Padre mío, V. R. lo trabaja como un apóstol, y como a tal Nuestro Señor echa su santa bendición a sus trabajos. Su Majestad la continúe para mucha gloria suya y bien desas almas, consuelo nuestro y grande corona de V. R., a quien guarde Nuestro Señor muchos años.”

El padre provincial Francisco de Arteaga, el 27 del pasado mes de septiembre, dice: “Recibí la de V. R., con la cual me noticia la nueva entrada en compañía del padre rector Juan María Salvatierra, y me he gozado de lo descubierta, agradeciendo a V. R. el trabajo, efecto todo de su buen celo, y espero que mediante él esa Pimería tomará de una vez el acierto y forma que tanto he deseado, pues así conviene al bien desas pobres almas, como al crédito de nuestra Compañía, porque asentadas esas Misiones, serán la manutención de la California.” En la segunda carta, de 20 de noviembre, de su propia letra dice S. R. así: “Por ser el consuelo que V. R. tendrá le doy la noticia de cómo el padre procurador Bernardo Rolandegui me avisa haber concedido el rey nuestro señor, que Dios guarde, seis mil pesos para la California, y conforme necesitare se irá concediendo más. El Señor lo aumente y dé a V. R. mucha salud y fuerzas para que se promuevan todas esas Misiones, como deseo.”

El padre secretario Pedro Ignacio de Loyola, el 27 de septiembre, me escribe así: “Dichoso V. R. que tiene tanto en que ejercer su santo celo, y si bien Nuestro Señor nos continúa por acá el *Desiderare*, no le tenemos obligado para el Possi, mas de buena gana me privaré de tanta dicha si Dios hubiere de ser mejor servido en esas tierras por otros que por mí.”

El padre rector Ambrosio Oddon, el 9 de octubre, dice que, con el paso por tierra a la California, será de notable conveniencia la más fácil comunicación, la cual trae consigo mayores utilidades, y más cuando Nuestro Señor dispone que se reduzcan las naciones intermedias.

Todo lo cual, mi amantísimo padre visitador Antonio Leal, pongo a la consideración Santa de V. R. para que, con su paternal celo, nos ayude a conseguir el remedio de tantas almas y de tantas nuevas naciones, en particular por haber ya, gracias al Señor, en esta Pimería algunos medios temporales muy conducentes a ese fin, como V. R. ha visto en su entrada, y ahora hay mucho más.

CAPÍTULO X.— *Medios temporales para estas nuevas conversiones y para la total reducción desta América Septentrional, que hasta ahora ha sido incógnita*

I. Primeramente hay mucho ganado mayor y menor y caballadas, que aunque el año pasado he dado más de 700 reses a los cuatro padres que entraron en esta Pimería, tengo para las demás nuevas conversiones y Misiones que, con el favor del cielo, se quisieren hacer, otras más de 3 500 reses, y algunas dellas están ya muy adentro, 90 leguas de aquí, que con facilidad, con la divina gracia, podrán pasar por tierras a las Californias Alta y Baja, como cierta persona grave se sirve de nombrarlas, la de 26 y la de 30 y más grados de altura.

II. Hay en esta muy fértil y pingüe Pimería, que tiene ya cinco Misiones con cinco padres, muchos trigos y muchos maíces, frijol, etc., y se da de todo género de legumbres, hortalizas y árboles frutales como en Europa. Hay ya viñas para vino de Castilla para las misas; hay molino de agua, recuas, labores, boyada, tierras y caminos llanos, hermosos valles, lindos ríos, abundantes pastos y buenas maderas para fábricas y tierras minerales.

III. En estas nuevas naciones casi todos son indios laboriosos, de gente dócil y afable y muy amigable, y sólo en algunas partes remotas hay indios algo más bárbaros e incultos por no haber visto gente pacífica en toda su vida.

IV. El temple destas nuevas tierras, que empiezan desde 30 grados de altura hasta 31, 32, 33, 34, etc., es algo semejante al de México y al mejor de Europa, sin excesivo calor y sin excesivo frío.

V. Con estos medios y con estas nuevas conversiones, se podrá comerciar por mar y por tierra con otras cercanas y remotas provincias y naciones y reinos, con Sonora, Hiaqui, Sinaloa, Culiacán y con toda la Nueva Galicia, Vizcaya con Moqui y con el Nuevo México, el cual se podrá venir a dar la mano con estas provincias de Sonora, y aun con la Nueva Francia.

CAPÍTULO XI.— *Utilidades que se podrán seguir destas nuevas conversiones en abono de toda esta septentrional incógnita América*

I. Primeramente, que con estas nuevas conversiones se dilatará el católico dominio de la real corona de nuestro muy católico monarca Felipe V, que Dios guarde, y nuestra santa fe católica romana.

II. Que se reconocerán y ganarán muy dilatadas nuevas tierras y naciones, ríos y mares y gentes desta América Septentrional, que hasta ahora habían sido incógnitas, y también con eso quedan muy resguardadas y más seguras y quietas estas provincias cristianas.

III. Que se quitan con eso los yerros y engaños grandes en que nos metían los que pintaban esta América Septentrional con cosas fingidas que no las hay, como son los de un rey coronado, que lo llevaban en andas de oro; las de una laguna de azogue, y de otra laguna de oro; las de una ciudad amurallada con torres; del reino Aja y de las Perlas, ámbar, corales; del río del Tizón, del río del Coral, del río de Aganguchi, que ponen sus desembocques en esta mar de la California en 35 y 36 grados, no subiendo a esa altura esa mar. También de las siete ciudades que algunos ponen, y aunque al presente no las hay, de diez años acá hemos visto unas casas grandes en diferentes puestos cercanos al río Grande, que sus edificios, ya caídos, indican las ha habido muy antiguamente, y es muy probable que dellas salió la gente de Moctezuma cuando fue a fundar la gran ciudad de México.

IV. Que reprendiendo con razón esas grandezas y riquezas fingidas, el padre Mariana, en particular cuando las quieren atribuir a la relación del adelantado del Nuevo México, don Juan de Oñate, podremos hacer delincaciones y mapas cosmográficos verídicos de todas estas nuevas tierras y naciones, así deste paso por tierra de la California, como de lo muy caudalosos, fértiles y muy poblados ríos que desembocan en el remate desta mar, y de los puertos y bahías de la contracosta y mar del sur, de la Gran Quivira, del Gran Teguayo y de la cercana apachería moqui. Y como V. R. en su entrada, que de ida y vuelta fue de 200 leguas, dos años ha, con el señor teniente Juan Matheo Mange y con el padre Francisco González y conmigo, halló estas naciones pimas con unos opas y cocomaricopas ya reducidos a nuestra amistad, así quedan ahora reducidos los yuntas, los coanopas, los cutganes, los quiquimas y otros muchos al norte, al noroeste y al poniente, así en esta tierra firme como en la cercana California Alta, que todas juntas son tierras tan dilatadas como toda la Europa, y del mismo clima y del mismo temple

como la Europa. También por el norte y nordeste y oriente se podrá hallar camino para Europa al doble más breve que el que tenemos por México y por la Veracruz, como también por el noroeste y por el poniente se podrá con el tiempo entrar por tierra hasta muy cerca del Japón y de la Gran China y de la Tartaria, pues el estrecho de Anian, que con tanta variedad de opiniones ponen los autores, no tendrá más fundamento que el que tuvo este brazo de mar, con el cual siniestramente nos pintaban isla la California, y este camino hacia el Japón y Gran China podrá ser por el cabo Mendocino, y por la tierra del Yeso, y por la tierra que llaman de la Compañía, la cual, con la divina gracia, con Misiones apostólicas podrá ser de la Compañía de Jesús.

V. Que la nao de China, como tanto ha deseado, podrá tener escala en la contracosta de la California, adonde hallarán alivio los muchos enfermos del mal de loanda que suele traer, y podrá tener un comercio muy ganancioso para todos con las provincias deste reino de la Nueva Vizcaya, pues me han dicho hace diecisiete años, cuando navegué en la nao de China deste Matanchel hacia Acapulco, que de buena gana por un carnero daban un elefante o pieza de roan de China, que suele tener 40 varas y por acá se suele vender a peso la vara por los muchos fletes que tiene en traerle desde México hasta estas provincias de Sonora, y casi lo mismo sucede con los demás géneros deste muy opulento galeón de Filipinas.

VI. Que cumpliremos con lo que tan cristianamente tanto nos encarga la muy católica real cédula de 4 de mayo de 1686, que la Real Audiencia de Guadalajara me la dio inserta en una real provisión, cuando de vuelta de la California, viniendo a estas nuevas conversiones, pasé por esa ciudad, y en dicha real cédula manda su real Majestad que en lo tocante al punto esencialísimo de las nuevas conversiones se procuren ganar las horas posibles como en cosa de su principalísimo cuidado de su real Majestad, y que descarga su conciencia con la de los que vinimos más inmediatos, y que no se ahorren los gastos necesarios, porque reconoce Su Real Majestad que por todo lo que en esas tan piadosas causas se gasta, retribuye siempre Nuestro Señor a su real corona crecidísimos conocidos aumentos; que son palabras de la real cédula. Y vemos patentísimamente que al mismísimo tiempo que su real Majestad de don Carlos II, que Dios haya, hizo los grandes gastos de los tres navíos para la conversión de la California con el almirante don Isidro de Atondo y Antillón, se descubrieron muy cerca, y en frente de dicha conquista y conversión, las grandes riquezas y minas del real, que vulgarmente se llaman de los Frailes, Álamos y Guadalupe, y el mismo día de Nuestra Señora de los Dolores, que anteayer en el pueblo de San Ignacio tuve las nuevas de los seis mil pesos que su real Majestad de Felipe V, que Dios guarde, dio para las nuevas conversiones de la California, me dieron fijas noticias del tesoro y ricas minas que se acaban de descubrir aquí cerca en Quisvan, Aygame, San Cosme, y muy cerca de la nueva conversión o Misión de San Francisco Javier, de los pimas cocomacaques de la Pimería Baja.

VII. Que desta suerte, aún con muy grande dicha y ganancia nuestra, con la divina gracia iremos consiguiendo que convirtiéndose tantas almas *Fiat unus Pastor et unum Ovine*, y que todos nos ayuden a alabar a Nuestro Piadosísimo Dios por toda la dichosa eternidad, que todo lo encomiendo muy encarecidamente a los santos sacrificios y al paternal amparo santo de V. R., cuya vida guarde Nuestro Señor como deseo.— Nuestra Señora de los Dolores, y abril 8 de 1702 años.— Muy siervo y súbdito de V. R., *Eusebio Francisco Kino*.”

Y porque algunas personas fueron del parecer que convendría que a esta carta larga la acompañase alguna certificación de la real justicia y que pasase a México, se me dio la siguiente:

CAPÍTULO XII.— *Certificación del señor alcalde mayor desta provincia, Juan Mateo Mange, acerca de la carta e informe de cuatro pliegos al padre visitador Antonio Leal, y acerca de la entrada al paso por tierra a la California*

“En este real y minas de Nuestra Señora del Socorro de Quisvani, en 15 del mes de mayo de 1702, yo, el capitán Juan Matheo Mange, alcalde mayor y capitán de guerra en esta provincia de Sonora y su jurisdicción, por su Majestad, certifico y doy en cuanto puedo y debo y ha lugar en derecho, de cómo la relación de la carta y firma dicha *ut supra* es del reverendo padre Eusebio Francisco Kino, de la Compañía de Jesús, ministro y misionero primitivo del pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, de la nación pima, a quien de nueve años a esta parte conozco, y ha hecho varias entradas, con su fervorosa moción y celo de atraer a la obediencia de Su Majestad y al gremio de nuestra santa fe la dicha nación y las demás confinantes a la parte desta septentrional América (como lo ha conseguido con muchas) y en esta razón me consta ha hecho varias relaciones y mapas, a quienes se les ha dado entero crédito por su conocido obrar y santo celo y ejemplares costumbres y celador de la salvación de las almas, como de ello he sido testigo ocular de nueve años a esta parte que le he acompañado a varios descubrimientos, entradas que con S. R. he hecho, y ayudado a la reducción de dichas naciones gentílicas, caminando en cada una de ellas a más de doscientas y trescientas leguas, que, sumadas todas, hacen el número de tres mil y ciento, las que con S. R. he andado en estos descubrimientos, como más latamente consta en los diarios, derroteros y relaciones que así el padre por su parte como yo hemos hecho en esta razón, llevando yo en ocasiones el cargo de teniente de alcalde mayor y capitán a guerra, y otras de cabo de algunos soldados y vecinos, de los que estaban de cargo del general don Domingo Grionza Petriz de Cruzat, y los vecinos a costa y mención de dicho. Y me consta de vista el haberse logrado el progreso de la reducción a la obediencia de Su Majestad la dicha nación pima, que se compone de más de dieciséis mil almas, empadronadas por mi mano, pobladas en muy buenos ríos, pingües y fértiles tierras de labor y valles, donde se han fundado nuevamente otras cuatro Misiones a más de la primitiva que estaba, cuyos confines de tierra lindan con el brazo de mar de la California, al cual he llegado y visto por tres partes distintas y en varias alturas de polo boreal, y en la de 28 grados he visto y observado puntualmente, con instrumentos matemáticos, que dicho brazo de mar no tiene más anchura que veintiséis leguas, y en la elevación de 32 grados solas veinte leguas, y en la de 31 grados que lo vi la última vez no tiene dicha mar sino la corta anchura de doce leguas, cuyas mensuras y vistas testifican, que cuando más se va aproximando el dicho brazo de mar hacia el noroeste, se va más y más disminuyendo su anchura, y por averiguar si más arriba, al norte, se acababa, salió el dicho padre Eusebio Francisco Kino a la entrada que se expresa, y me informó S. R. con ingenuidad estuvo en el remate de dicho brazo de mar, y se vio se junta la tierra de la Pimería con la California, y asegura es península. Y en lo que dice S. R. es fundador de estanzuelas de ganado mayor y menor y caballadas, soy testigo ocular de haberlas visto, y en lo demás de las riquezas y rey coronado y lo demás que epiloga, no lo he visto para certificarlo aquí con la verosimilitud que el caso requiere; sólo sí aseguro en que

es relación de un fervoroso ministro a quien se le ha dado entero crédito, como arriba expreso, y para que haga la fe que hubiere lugar, di la presente a pedimento del dicho reverendo padre, actuando como juez receptor, con los testigos de mi asistencia, por no haber escribano público ni real, y va en papel común por no estilarse el sellado, y es tan habilitado por la justicia ordinaria destas Misiones y provincias.— Doy fe, *Juan Matheo Mange*.— Testigos: *José Ortega y Chumacero, Nicolás de la Torre*.”

CAPÍTULO XIII.— *Otras cartas de diferentes personas tocante a esta entrada al paso por tierra a la California*

Muchos, en particular los bien afectos a estas nuevas conversiones, escribieron el consuelo grande que habían tenido con las noticias desta larga entrada, y eran de grande edificación sus finísimas cartas como tan celosas del servicio de ambas Majestades. Y otros menos afectos metían por fuerza sus dudas y que todavía quizá podían tener las cosas esa o aquella dificultad. El señor alcalde mayor y el general don Jacinto de Fuensaldaña, y el general Juan Fernández de la Fuente, y otros, manifestaron luego muy patentemente su muy católico buen celo.

El padre visitador Antonio Leal, en 15 de abril, me escribió lo siguiente: “Recibí una de V. R. que las otras que V. R. dice no han llegado, y fue con tanto gusto cuanto antes de su llegada había sido el desconsuelo por las malas nuevas que habían corrido de que VV. RR. se habían ahogado, y yo ya había dicho las misas. Dios nos guarde a V. R. muchos años. Mucho me alegro de que se haya ya afianzado lo cierto de la tierra firme, como V. R. escribe, aunque ese embarazo del río es muy considerable. Es día ocupado y sólo da lugar a dar a V. R. las Pascuas que tenga V. R. muy felices.” Hasta aquí el padre visitador.

El padre rector de Matape, Marcos Antonio Kappus, me escribe lo propio, y que S. R., al padre rector Manuel González y a mí, por lo que había corrido que nos habíamos muerto con toda nuestra gente, nos había cantado misa de *Requiem*.

El padre rector Juan María Salvatierra, aunque se perdió la relación larga desta entrada que envié a S. R., me escribió dos muy tiernas y finas cartas en la materia. La primera fue de 21 de septiembre con estas palabras: “La de V. R., su fecha 17 de abril, recibí en 22 de julio, después de haber pasado dos meses de grande hambre, faltando del todo pan y tortilla, reducidos a sola carne flaca, por la seca, de suerte que estoy tan flaco. La lancha San Javier, que ya no nos ha quedado otro barco, que no pude responder a la de V. R., pero nos consoló Dios en medio de los trabajos, pues, llegada la lancha, como por los suestes viniendo de Hiaqui, no podía coger esta bahía, iba a dar a la Concepción, y en la última arribada que hizo allá buscando agua les buscaron los indios un río que entra hasta la mar, y que está inmediato a la bahía, en la punta entre la bahía y las Vírgenes, entraron con la canoa de la mar al río, hicieron la aguada y volvieron con esta buena nueva que casi no la creemos, por no haberse topado río desde que entró Cortés. Quiera Dios que podamos ir allá, que ahora no es posible por no haber barco ni saber del padre Francisco María Picolo nada, sino que por finales de mayo no había cobrado nada. Y si no llega el padre en esos veinte días, ya no le aguardamos atenedos a la sola lanchita, que hace cinco años no se ha carenado de firme; en tanto desamparo puede V. R. imaginar el agradecimiento que tenemos a V. R. en la constancia que V. R. muestra en socorremos, pues las necesidades son extremas, y Dios se lo pagará a V. R... Hemos estado también con una guerra

penosa por el lado de la sierra, pero ya parece que se va componiendo, y así estimo a V. R. mucho el socorro de la harina, y digo: *Salva nos perimus*. Desta vez perecemos muy de veras, y más habiendo perdido al padre grande bienhecho Manuel González, cuya muerte es gloriosa, y de envidiar mucho en los hijos de la Compañía, con que no queda más que V. R., y así digo otra vez que *Perimus*. Hágase en todo la voluntad de Dios y reciba V. R. muchos saludos del padre Juan de Ugarte, y con tanto acabo encomendándome en sus santas oraciones y santos sacrificios.— Y septiembre 21 de 1702 años.— De V. R. siervo en Cristo, *Juan María Salvatierra*.” Y añade S. R. lo siguiente: “Despacho ésta en 19 de octubre, y no sabemos nada del padre Francisco María Picolo, sin socorro de memoria, desaviados de mi todo. ¡Viva Jesús! ¡Viva María! Ha mas de un año que no veo letra del padre visitador de Sonora y no sé por qué, si no es que se pierden las cartas, ni tampoco he recibido la relación que V. R. me significa, y la deseo holgándome de las compendiosas noticias de sus gloriosos trabajos en esa última entrada.” Hasta aquí el padre rector Juan María en su carta deste año; luego pondré la que V. R. me escribió al año siguiente tocante a proseguir en estas entradas hasta que nos encontrásemos en la California, y como este año en el otoño y en la primavera siguiente se me estorbaron las entradas, me apliqué aquí a la fábrica de dos buenas iglesias en mi segundo tercer pueblo de Nuestra Señora de los Remedios y de Cocospera, que ambas se acabaron con felicidad gracias al Señor, y se dedicaron a mediado de enero de 1704, como se dirá en su lugar; y la celosa santa carta del padre rector Juan María Salvatierra de 3 de marzo de 1703, que pues el contradicho paso era y es tan cierto, no se le había de poner oposición (aunque Nuestro Señor dispone lo mejor), es como se sigue:

“Recibí la de V. R., acompañada con el mapa del descubrimiento del estrecho encerrado que tiene tanta contradicción, de lo cual me ha pesado no poco. Pero todas las cosas de gloria de Dios así han empezado, y así no hay que desmayar, sino procurar buenamente con los superiores hacer otra caminata por la cual se conozca ya con evidencia esta verdad; y ya V. R. tiene mucho andado para ya de una vez sacar al mundo desta duda, pero ha de poner V. R. el resto y todos los medios y buenas prevenciones para ir con maíces, harinas y pinole, y todo el resto de regalitos que V. R. conoce, conducentes para de una vez salir con la de Dios; sin haberse de ver necesitado a revolver sólo para aclararse más y más. Finalmente, V. R. verá lo que importa, y consultando los medios precisos con alguna persona inteligente acerca del punto de llevar a no algunos hombres armados, para poder detenerse con ellos un mes o dos en parte adonde se puedan rehacer las bestias, sin miedo que los indios arrebatan con la comida, y con eso callarán tantos nuevos mapistas, que no han de callar hasta que se vean concluidos. Estimo mucho a V. R. la piedad con que nos socorre, y más con tanta abundancia del despacho de las 10 mulas cargadas hasta a Hiaqui, distancia tan grande, que me deja V. R. corrido de ver que hace tanto por estas sus Misiones y yo tan inútil que en cosa ninguna no puedo servir a V. R., sino para molestias y enfados. Reciba V. R. mis saludos de todos los padres agradecidos, memorias de V. R. y a tanta caridad, por medio de la cual comerán buen pan. Dios se lo pague a V. R. mil y millones de veces, y con tanto queda encomendándome en sus oraciones y santos sacrificios.— Loreto Concho, y marzo 3 de 1703.— De V. R., siervo en Cristo, *Juan María Salvatierra*.”

Y como ni con esta carta conseguí que me fuese permitido ir a la continuación de tan deseado descubrimiento, pues se decía que yo haría falta en mis partidos, proseguí con más aplicación y con todo conato en las fábricas de mis dos iglesias, y dispuso Nuestro Señor que vinieran muchos naturales a verme de tierras y naciones distantes.

LIBRO V

VENIDAS DE INDIOS DE REMOTAS PARTES CON RECAUDOS DE MUY DISTANTES NACIONES CONFINANTES CON LA CALIFORNIA ALTA Y QUE VIVEN EN SU PASO POR TIERRA, QUE TODOS PIDEN PADRES Y EL SANTO BAUTISMO, Y SE PRETENDE IR A MÉXICO A SOLICITAR LA VENIDA DE LOS PADRES NECESARIOS

CAPÍTULO PRIMERO.— *El gobernador de San Marcelo del Sonoydac, con otros justicias, viene 90 leguas de camino a Nuestra Señora de los Dolores a pedir padres y el santo bautismo para su gente pima y para la nación yuma y quiquima*

Con la última entrada de los pasados meses de febrero y marzo y abril, que escribí en el libro IV antecedente, quedaron las naciones por donde pasamos el padre rector Manuel González y yo tan aficionadas a nuestra santa fe, pues reconocían que nuestros tan largos viajes eran en orden a la eterna salvación de todas esas gentes, en particular por saber que el un padre había dado la vida en la demanda, que así los quiquimas de la California Alta como los yuntas y otros enviaron varios propios y correos con cruces 60 y 70 y 100 y más leguas de camino hasta a San Marcelo del Sonoydac, a rogar al gobernador desa ranchería o pueblo incoado que viniese a Nuestra Señora de los Dolores a pedir padres y el santo bautismo, con lo cual, por agosto deste año de 1702, vino con unas cruces a Nuestra Señora de los Dolores el gobernador de San Marcelo, con otras justicias y con otros gentiles, y me pidieron todos para sí para las naciones yuma y quiquima, y para los demás confinantes, los padres necesarios y el santo bautismo; y diciendo yo al dicho gobernador y a los demás convendría que pasasen al valle de Sonora a pedir ese gran remedio de sus almas y de las demás naciones al padre visitador Antonio Leal, que yo les daría guías, intérprete y carta para S. R.; me insinuaron que se holgarían si yo pudiera ir con ellos, con lo cual, dejando otras ocupaciones, me puse en camino con esos pobres, y en tres días llegamos al pueblo de Guepaca, pasando por el valle y pueblo y real de Opodepe, adonde se nos enfermó gravemente uno de los gentiles que iban con ésta nuestra comitiva, que catequizándole, le bautizó y le puse Antonio en la caritativa casa del señor teniente Antonio Fernández Villanueva y Ron, y llegando al valle de Sonora y a su pueblo de Guepaca, fuimos recibidos con toda caridad del padre visitador Antonio Leal, y dando a S. R. las cruces y los recaudos de los muy distantes yumas y quiquimas, consoló S. R. a los pobres naturales, que con la brevedad posible se procuraría solicitarles los padres necesarios para su eterna salvación de los que pedían, y con este consuelo y buenas esperanzas, nos volvimos a Nuestra Señora de los Dolores, y el gobernador y las demás justicias se volvieron a San Marcelo y remitieron la favorable respuesta a los yumas y quiquimas.

CAPÍTULO II.— *Dichosa muerte de un indio recién bautizado*

Habiendo vuelto del valle de Sonora a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores por otro algo más breve camino, supimos cómo en Opodape se había muerto el enfermo recién bautizado Antonio; escribí la noticia desta muerte y de nuestra llegada al padre visitador, y S. R., en 5 de septiembre, me escribió la siguiente carta: “Mucho consuelo he recibido de ver cómo pagó Nuestro Señor de contados los pasos que dio el difunto Antonio para el bien de los suyos y para el propio bien, que espero en Dios que lo ha conseguido y logrado. Juzgo será preciso avisarlo a los de su nación porque no juzguen que lo hemos detenido o que le han muerto.”

Este aviso no sólo a los cercanos, sino también a los remotos y parientes del difunto, con la enseñanza de la gran dicha que suele tener el que antes de morir, por medio del santo bautismo se cristiana; y no sólo no se desconsoló alguno de dicha muerte, sino que les fue de consuelo muy grande, y siempre con más ansias así los naturales deste rumbo del noroeste, como los demás de otras varias partes, han pedido y piden el remedio de la eterna salvación de sus almas y de sus cuerpos que por medio del santo bautismo a su tiempo pueden conseguir una gloriosa resurrección, sin que después haya que recelar o temer otra enfermedad o muerte o trabajos o desdicha alguna jamás.

CAPÍTULO III.— *De otras dos entradas que hice al poniente y al norte mirando lo espiritual y temporal de los pobres naturales*

Hacía algún tiempo que yo no había visto a los hijos del poniente y nación del Soba ni a los sobaipuris del norte y de San Javier del Bac, con lo que entré a fabricar en las dos iglesias de San Ambrosio del Busanic y en la de Santa Gertrudis del Saric, y comencé a dar principio a la iglesia grande de la Concepción del Caborca, al poniente, y a ver sus ganados y sementeras y cosechas de trigo y maíz que cuidaban para los padres que esperaban recibir. También entré hasta San Marcelo, desde donde con el capitán del Comac despaché trigo para sembrar al río Colorado y naciones de los yumas y quiquimas, grano y semilla que por allá nunca se había visto ni se conocía, y a ver si se daba, como se da, en aquellas fértiles nuevas tierras, y se dio y se da muy bien. Después empecé también la muy grande iglesia de San Javier del Bac, en los sobaipuris, que dista como 60 leguas al norte de Nuestra Señora de los Dolores, y en todas partes estaba la muy pingüe y cuantiosa mies de las almas tan madura, que así yo como algunas otras personas amantes del adelantamiento destas nuevas conquistas y nuevas conversiones fuimos de parecer convenía que yo fuera a México a procurar conseguir los tan necesarios padres para el remedio de tantas almas. De vuelta destas mis peregrinaciones, di cuenta dellas al padre visitador Antonio Leal, y en 3 de noviembre me escribe S. R. lo siguiente: “Agradezco mucho a S. R. su mucho trabajo. Dios le pagará, que por el bien de esos pobres lo toma V. R. Las noticias de bastimentos, siembras, iglesias, de enfermos, de todo tendrá V. R. el premio en el cielo, y asimismo agradezco las memorias de los hijos, y ruego a V. R. que cuando haya ocasión que las retorne.”

CAPÍTULO IV.— *Cartas del padre visitador y del señor alcalde mayor acerca del estado desta Pimería*

El padre visitador Antonio Leal, en su carta que acabo de referir, prosigue en estas palabras: “Tocante a la ida de S. R. a México, por ahora ya ve V. R. que más convendrá aguardar que entre el muy cercano Gobierno nuevo, porque, según el curso natural, muy poco puede tardar, aunque no viniese en el aviso, sino en urcas o noticia dél. También que habiendo pedido, como he pedido, al padre provincial padres, veremos en las primeras cartas que vinieren lo que S. R. responde, aunque la dificultad sea en las limosnas, y ésas V. R-, con los informes, no dudo que las conseguirá, porque hablando boca a boca con el señor virrey, es tan distinto que por escrito; pero poco podrá tardar el Gobierno o aviso dél. Los hijos que quieren venir acá V. R. se sirva de detenerlos a los pobres, que no vengán tan lejos, diciéndoles cómo V. R. ya me lo escribió, y les agradezco su buen deseo, que tengan un poco de espera y Dios les consolará trayendo padres.”

En otra carta que S. R. me escribió tres semanas después, acaba S. R. con estas palabras: “V. R. me haga caridad de encomendarme al capitán Coro (que su nombre cristiano es y era Antonio Leal) y a todos los hijos que han venido de adentro y están allá, consolándolos con la esperanza que espero en Dios los socorrerá con padres, y le pido me guarde a V. R.”

El señor alcalde mayor desta provincia de Sonora, Juan Matheo Mange, había sido teniente desta provincia casi al mismo tiempo que el padre visitador, me escribió lo siguiente: “Veo en la última el buen estado de la Pimería y la docilidad de los naturales, a que yo mismo me doy los parabienes por lo interesado y manutención que he tenido en esa Pimería, y que se nos cumplan los vivos deseos de V. R. y míos y de la composición, cosa muy debida a lo mucho que V. R. se merece, y quiera Nuestro Señor que en lo de adelante vamos todos a un fin para el bien de esos naturales y su eterna salvación, y que se quiten al infernal caos sus lucíficos intentos y estorbos, que con su cauda mete y vaya a poblar en las infernales cavernas.” Hasta aquí el muy católico señor alcalde mayor.

CAPÍTULO V.— *Se trata de mi ida a México a conseguir y atraer padres para estas tan dilatadas y tan maduras mieses de almas desta Pimería y de las demás confinantes naciones*

La tan grande falta de padres misioneros en estas nuevas conversiones me motivó a mí y a muchas otras personas que tratáramos de que yo fuera a México a conseguir y traer los padres necesarios, en particular porque habían corrido ciertas esperanzas de que en este otoño llegaban los padres procuradores padre Rolandegui y padre Vera, que habían ido a Roma y que traerían de Europa una cuantiosa misión de fervorosos padres operarios. Avisé desto al padre visitador Antonio Leal, de palabra y por escrito, y desde luego vino S. R. con otros muchos muy en esto que yo fuera a México, y después de haberme agradecido de palabra en Guepaca mi buen intento, con una carta larga que S. R. me escribió, que yo la pudiese enseñar al padre visitador nuevo, en el nuevo Gobierno que se esperaba muy en breve, con muy eficaces razones y con que afianzaba lo muy mucho que convenía que yo fuera a México a hablar boca a boca con el padre provincial y con el señor virrey, en orden a conseguir y traer los padres y operarios necesarios para una mies tan madura de tantas almas que con tantas ansias pedían el santo bautismo, así en esta dilatada Pimería como en las naciones circunvecinas, en particular por haber ya ocho limosnas de Su Real Majestad concedidas para ocho padres y ocho Misiones desta Pimería. Y

también otras muchas personas tenían por muy conveniente mi ida a México para el fin referido de conseguir y traer padres misioneros. No obstante, se omitió esta mi ida a México, por las razones que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.— Muchos otros y yo también somos de parecer que, en particular por no haber llegado ni el Gobierno nuevo ni la Misión de padres europeos, era excusada mi ida a México

Como las muy notorias y lastimosas guerras de casi toda la Europa no dieron lugar a que a su tiempo viniesen las acostumbradas embarcaciones de flota de España a esta Nueva España, tampoco no pudo venir a su tiempo el nuevo Gobierno de nuestra Compañía ni los padres procuradores que habían ido a Roma ni la Misión de padres misioneros que estaban concedidos y prevenidos ya en Sevilla, mudamos el parecer de ir a México, y traté de proseguir en adelantar lo posible lo de por acá, así en estos tres pueblos que yo tenía a mi cargo como en los demás nuevos pueblos de más adentro, al norte, al noroeste y al poniente, que se iban fundando con prosperidad y en particular con ir a otra entrada larga de más de 300 y como de 325 leguas, hasta llegar por tierra hasta Loreto Concho y hasta adonde vivían los padres de la California, el padre rector Juan María Salvatierra y los demás señores soldados y españoles, que todo consistió en 160 leguas al noroeste hasta los yumas y río Grande, y otras 200 al poniente hasta el río Colorado, y otras 40 o 50 al sudoeste hasta el desemboque de dicho río Colorado y hasta los quiquimas, como había entrado los meses pasados con el padre rector Manuel González, y después bajar lo que únicamente faltaba del camino, como de 125 leguas al sudoeste; por las tierras ya de la California, y al poniente de la mar de dicha California, cosa que ya hubiera sido bien fácil, y quedaba ya desde luego ya entablado el comercio por tierra con la California, con la conversión de muchísimas almas. Pero no debía de haber llegado el señalado tiempo de arriba, y se me estorbó esta mi ida o entrada y viaje por tierra a las Californias Alta y Baja, y procuré aplicarme a otros ministerios y funciones también de nuestro Instituto.

CAPÍTULO VII.— Fábrica de dos buenas y capaces iglesias en el segundo y tercer pueblo de mi administración en esta Pimería

Por habérseme estorbado mi ida hacia México, como a la California, me apliqué a fabricar con la eficacia y brevedad posible (para tener esto más andado) las dos iglesias que estaban algo empezadas en mis dos segundo y tercer pueblo de Nuestra Señora de los Dolores; se fabricaron los cinco primeros años de mi entrada a estas nuevas conversiones, y cuando el padre visitador Antonio Leal vio esta iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, dijo era de las mejores de cuantas había visto en todas las Misiones. No obstante, aún mejores que ésta salieron las otras dos nuevas que emprendí estos meses siguientes, pues tienen cruceros, y en poco más de un año se acabaron y dedicaron en una misma semana de mediado de enero de 1704 años, como se dirá en su lugar. Después de haber encomendado las cosas a Su Divina Majestad y a nuestro gran Patrón de las nuevas conversiones, al gloriosísimo Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, adelante de Jesús y de María Santísima y con sus favores celestiales, que, aunque indignamente, estoy escribiendo, procuré tener en los tres pueblos de mi administración (que son: I, Nuestra Señora de los Dolores; II, Nuestra Señora de los Remedios; III, Santiago de Cocospera) bastantes bastimentos, maíz, trigo y reses y bastante ropa o géneros de tienda, que son paños, sayas, fresadas y otros vestuarios que son las monedas y dinero que más sirve en estas nuevas tierras;

para los peones y oficiales de carpintería, alguaciles y mandones, capitanes, topiles y fiscales, estos meses y los siguientes mandé cortar las maderas necesarias para la viguería de pino, zapatería, tablazón. Pasé a fronteras y traje más de 700 pesos en ropa y herramientas, y casos grandes, y de otras partes conseguí más de tres mil pesos, que en breve luego con facilidad se fueron pagando con los géneros y bastimentos y ganados de los tres pingües partidos; convidé alguna gente de tierra adentro para las faenas de esas fábricas, y vino a más y de más lejos de la que yo había podido, y muy en particular meses enteros trabajaron y fabricaron con los tres pueblos de aquí y de mi administración los muchos hijos del grandioso pueblo incoado de San Francisco Javier del Bac, de los sobaipuris, que dista 60 leguas de camino al norte, con lo cual se hicieron en los dos pueblos de Nuestra Señora de los Remedios y de Santiago de Cocospera muy muchos adobes; se hicieron altas y fuertes paredes de dos grandes y buenas iglesias, con sus dos capaces capillas que hacen crucero con buenos y vistosos arcos; se trajeron de los cercanos cerros y pinerías las maderas y se techaron las dos buenas fábricas con sus cimborrios y linterillas, procurando yo casi todo el año ir las más semanas por los tres pueblos cuidando de lo espiritual y temporal y de dichas fábricas de las dos nuevas referidas iglesias.

TERCERA PARTE [1703-1704]

DE LOS FAVORES CELESTIALES DE JESÚS Y DE MARÍA SANTÍSIMA Y DEL GLORIOSÍSIMO APÓSTOL DE LAS INDIAS, SAN FRANCISCO JAVIER, EXPERIMENTADOS EN ESTAS NUEVAS CONVERSIONES O NUEVAS FILIPINAS DESTA AMÉRICA SEPTENTRIONAL INCÓGNITA, LOS AÑOS DE 1703 Y 1704

LIBRO PRIMERO

DEL AÑO DE 1703.— HOSTILIDADES DE LOS ENEMIGOS APACHES EN LA PROVINCIA DE SONORA Y SUS FRONTERAS Y EN ESTA PIMERÍA, AUNQUE SIN ESTORBAR LAS FÁBRICAS DE SUS DOS NUEVAS IGLESIAS

CAPÍTULO PRIMERO.— *De los enemigos que suelen hacer muchas hostilidades y daños en esta provincia y sus fronteras y aún en esta Pimería*

Todos los años, y en particular desde que se alzaron los jcomes y janos y yumas, suele haber robos de caballadas y de ganado mayor y menor, y aún muertes de cristianos indios, españoles, soldados, en particular en estas fronteras desta provincia de Sonora, y también en las fronteras desta Pimería; y aunque para el remedio de tantos y tan lastimosos daños se han dado por Su Real Majestad y están concedidos dos presidios de 50 soldados cada uno, el de Janos y su compañía volante y presidio desta provincia de Sonora, los enemigos, así los referidos jcomes, janos y yumas, como los apaches, se han ido metiendo y se meten cada año más adentro en las tierras de los cristianos y en la provincia de Sonora y en esta Pimería con más avilantez y sin el bastante remedio o resistencia a tantos robos y muertes, que todos los años, tan lastimosamente, se han experimentado desde que el capitán Coro, desta Pimería, como queda referido en la primera parte, mató como más de 300 enemigos jcomes, los más enemigos que ahora andan. A 4 de enero de 1703, que estos enemigos apaches se habían metido hasta San Ignacio, Misión desta Pimería, y llevádose golpe de caballada, el padre Agustín de Campos, misionero de aquel partido, me escribe lo siguiente: “Ya tengo escrito a V. R. acerca del informe mi sentir: Conque los padres que V. R. ha de solicitar son siete, y si V. R. es rector (que de eso sin quererlo me habían escrito carta muy fina el padre provincial Francisco de Arteaga, apartando este Rectorado de Nuestra Señora de los Dolores de la Pimería al Rectorado de San Francisco Javier de Sonora), lo podrá ahora ser mejor y conseguirlo de todas maneras; yo nunca rehusaré obedecer a V. R. en lo que me mande, y con eso o sin eso soy siempre de V. R., y la experiencia lo hubiera mostrado ya muchos años si el diablo no hubiera metido su cola. De las bestias que se llevaron los

enemigos dicen se han vuelto dos, una yegua del mayordomo de aquí, y de mis bestias ha vuelto una potranca.— San Ignacio, y enero 4 de 1703 años.— Muy siervo de V. R., *Agustín de Campos.*”

CAPÍTULO II.— *De la entrada destes pimas contra los enemigos apaches*

Por cuanto los presidios no remediaban como se deseaba en las muchas invasiones y hostilidades, robos y muertes (que de eso iban muchos informes al señor gobernador del Parral y a su excelencia) que tan a menudo y todos los años hacían los enemigos apaches, tratamos por ahora al poniente hacer una entrada con los pimas a las tierras por donde suelen andar y venir dichos enemigos apaches, pues en otras muchas ocasiones estos pimas han conseguido varios felices buenos sucesos y victorias, y en este punto, en 28 de enero, el padre Agustín de Campos, desde su Misión de San Ignacio, me escribió lo siguiente: “V. R. trate con los hijos sobaipuris (son los pimas del norte) hagan una campaña en aplacando un poco el tiempo, que yo ofrezco concurrir con 25 reses puestas en Guebavi.”

El capitán teniente Juan de Casaos, desta Pimería, también en 28 de enero, me escribió estas palabras: “Dios nos conceda que podamos lograr y coger a estos malévolos apaches y les demos un porrazo bueno, y para ello solicitaré convocar alguna gente del poniente, y así V. R. solicite la del norte para que todos juntos hagan algo bueno.” Y aunque yo andaba muy ocupado con las fábricas de las dos iglesias de Nuestra Señora de los Remedios y de Santiago de Cocospera, pues el intento era acabarlas y dedicarlas entrambas a finales deste año de 1703, avisé al capitán Coro y a la gente pima y sobaipuris del norte que hicieran entrada a las tierras por donde andan y salen los enemigos apaches, cosa que con algunos buenos sucesos de nuestros pimas les fue de mucho freno a los enemigos apaches para que algo menos se nos vinieran por acá, hacia esta Pimería dichos enemigos.

CAPÍTULO III.— *De las hostilidades, robos y muertes que este año hicieron los enemigos en las fronteras de la provincia de Sonora*

Muchos años ha que esta provincia de Sonora en sus fronteras ha sido muy infestada de los enemigos, y muchas veces, aunque siniestramente, le han achacado a esta Pimería esas maldades que han hechos y hacen los apaches y a veces los jcomes, y ésta ha sido la lastimosa causa de que por culpar a los que no eran culpados se omitía y omite el necesario castigo y remedio en los verdaderos delincuentes, dejándolos con eso proseguir en sus hostilidades, y dando siempre los golpes en la herradura en lugar de darlos en el clavo. En 25 de febrero, el cercano capitán teniente de alcalde mayor del real de Bacanuchi, Cristóbal Granillo de Salazar, me escribió lo siguiente: “De los enemigos he sabido que de Oposura se han llevado bestias, y en Tonivavi se llevaron la mulada de Juan Antonio de Tarrajona; también se llevaban la caballada de los Morenos, pero salieron y la quitaron por todas partes andando. Recibí carta del señor alcalde mayor, y me dice ha escrito al señor gobernador del Parral para que vengan los 25 soldados deste presidio, que están en Taraumares, para que pongan algún remedio, y juzgo será lo de siempre. Quiera Nuestro Señor que los pimas en su entrada tengan buen suceso, porque de los capitanes se ve poco remedio, porque unos están ociosos, otros pleiteando, y con eso gastan el tiempo y el sueldo del rey. Dios lo remedie y a V. R. me lo guarde muchos años.”

En 16 de marzo, el padre visitador Antonio Leal me escribió lo siguiente: “Mucho estimo la noticia y agradezco el mapa para el padre provincial, que la noticia de la junta de los pimas y muerte de dos enemigos; siempre esperaba yo de su entrada toda felicidad y victoria. Por acá han entrado muchísimos rastros: cerca de aquí mataron a Manuel de Urquiso; ahora estoy para enterrarlo; Dios lo tenga en su santa gloria; lo dejaron en cueros, le quitaron la cabellera, cuatro flechazos le dieron y algunas heridas de lanza; también mataron el caballo; dejaron el fuste de la silla, llevaron los cueros y hierros de la silla. Dios nos ampare y guarde a V. R.— Sinoquipe, y marzo 16.” Hasta aquí el padre visitador. Al mismo tiempo, allí muy cerca, en el camino de San Juan, mataron aquellos mismos al hijo de Nicolás de la Cruz, y en otras partes otros de Arizpe. En 20 de marzo me escribió estas palabras el padre Francisco Javier de Mora: “Por acá no cesan continuos rebatos y rastros de enemigos. V. R. nos encomiende a Nuestro Señor.”

CAPÍTULO IV.— *Otras hostilidades de los referidos enemigos sacadas de las cartas del capitán teniente y del señor alcalde mayor*

En 28 de febrero deste año de 1703, el capitán teniente del real de Bacanuchi, Cristóbal Granillo Salazar, me escribió lo siguiente: “Mucho me huelgo de la entrada de los amigos pimas; quiera Nuestro Señor darles el buen suceso que todos deseamos para que los enemigos tengan algún escarmiento, porque se hallan muy sobre así por las pocas diligencias que hacen nuestros capitanes en castigar al enemigo, que ya va cobrando tanta avilantez y sin esperanzas de que se ponga remedio, si Dios Nuestro Señor no lo pone por medio de nuestros amigos los pimas. El día 22 de febrero, habiendo venido a este real con unas cartas dos indios de Chinapa, a la vuelta para su pueblo les salieron los enemigos al camino y mataron al uno, y otro día, viniendo por el cuerpo, volvieron a ver los enemigos, que todavía no se habían ido, mas echaron a huir a la sierra; también he sabido por cosa cierta que en Nacosari mataron otros dos indios, y otro vino herido al real; de todo esto y de otras muchas cosas que van sucediendo se hace poco caso y no se pone ningún remedio; los pobres que quisiéramos hacer algo no podemos por falta de avío. El capitán del presidio está ocioso y el alférez preso.” Y porque destas cosas también se dio cuenta al señor alcalde mayor, su merced respondió lo siguiente: “Señor Cristóbal Granillo de Salazar. Muy señor mío: Acabo de recibir la de vuestra merced con la infausta noticia de haber muerto los enemigos al indio de Chinapa, que me ha sido de bastante pesadumbre con ver las pocas diligencias que hacen los soldados del presidio desta provincia de no salir a campaña ni menearse a nada, causa suficiente que ha motivado a los enemigos el haber hecho una poderosa junta, la cual me escribió ayer el padre Daniel Janusque, que está en la sierra de Tonivavi, en mucho número muy armados y con adargas, y se presume están con designio de asolar algún pueblo destes contornos, por cuyo motivo me precisó la urgente necesidad a despachar algunos hombres de escolta que puede hallar bastante dificultad. También me escribió el padre Horacio Police que habían herido mortalmente a dos indios de su partido los dichos enemigos, y pocos días antes habían muerto otros dos cristianos entre Opotu y Nacosari, y el hacer requerimientos al capitán del presidio lo tengo por superfluo, pues todo se reduce a razones de nada y respuestas sin hacer función alguna ni acudir a la obligación de su cargo, que si él saliera a campaña, no pudieran los enemigos hacer las juntas tan poderosas. Vuestra merced viva con cuidado y

prevenga los vecinos de su jurisdicción para que estén con cuidado. Concédanos Nuestro Señor el remedio, pues no lo tenemos en lo humano.” Hasta aquí el señor alcalde mayor y el capitán del real de Bacanuchi.

CAPÍTULO V.— *Peligros de la provincia y desgraciadas muertes de unos soldados*

En 28 de marzo, el señor alcalde mayor Juan Matheo Mange me escribe así: “Yo me hallo sumamente ocupadísimo, que no paro una hora en casa ni me dejan parar las repetidas invasiones de tanto número de enemigos que infestan estos contornos, pues por los caminos experimentamos desdichas, muy muchas fatalidades y funestas muertes de los enemigos, y ésta es la causa de no poder ir a esa Misión a besar a V. R. las manos y gozar de los acostumbrados favores que V. R. me hace, pues de doce caballos que tengo los tengo tan postrados y despeados de subir y bajar agrestes sierras, que, según los riesgos en que me meto, temo perecer en manos de los enemigos, porque los soldados no hacen nada ni salen a campaña, causa que han dejado apoderar los enemigos de toda la provincia, y ahora a puras importunaciones de requerimientos conseguí unos soldados para subir a la sierra que está entre Oposura y Guazavas; ayer bajé de ella y hoy subo por otro lado. V. R. nos encomiende a Dios por el buen suceso.” Son palabras de la carta que me escribió el señor alcalde mayor y el señor teniente Cristóbal Granillo de Salazar de las desgraciadas muertes de otros soldados. En 12 de marzo me escribió lo siguiente: “Recibí la de V. R. con mucha estimación con el buen suceso de los amigos pimas. Que Nuestro Señor lo dé también en adelante contra nuestros enemigos para que haya alguna seguridad; por acá todas son desgracias y malos sucesos: habiendo ido una escuadra de soldados a convoyar una partida de ganado del capitán deste presidio a Janos, a la vuelta, que venían de San Miguel Bavispe, sierra de Chiqui Cagui, se apartaron dos soldados a coger un novillo que se les había quedado cansado a la ida, y estando matándolo les salieron los enemigos y los mataron sin poderlo remediar los compañeros por venir retirados y atrás ocupados con la recua cargada de tequesquite. Y por estar los dos referidos soldados sin las armas por haberlas dejado sobre los caballos, y apoderándose de ellas los enemigos. Nuestro Señor ponga remedio en tantas desgracias y ponga unión en esta provincia para que, como cristianos y vasallos de un tan católico rey, acudamos a la defensa de las tierras de Su Real Majestad. Remito la inclusa del señor alcalde mayor (el cual no sabrá todavía destas muertes) para que V. R. la lea. Los difuntos son Cristóbal de León y Domingo, entenados de Francisco Pacho. Nuestro Señor los tenga en su santa gloria y me guarde a V. R. En la primera ocasión daré cuenta al señor alcalde mayor del buen suceso de los amigos pimas.” Hasta aquí el señor teniente del real de Bacanuchi.

CAPÍTULO VI.— *Nuevos fingidos siniestros, ruido de alteraciones o alzamientos de los pimas del poniente o del capitán Soba*

Cuando toda esta Pimería estaba, gracias al Señor, quietísima y muy pacífica pidiéndonos padres que necesitaba, y nosotros los afectos a nuevas conversiones los solicitábamos, el común enemigo y sus secuaces y los poco o mal afectos a estas nuevas Misiones, esparcieron que los indios pimas del Soba del poniente y los tepocas querían dar en los pueblos cristianos de los opatas, en venganza de las muertes que en la Pimería antes de las paces del día de Santa Rosa se hicieron ocho años antes, el año de 1695; que todo como era tan siniestro no servía de otra cosa más que de estorbar o atrasar el remedio de la eterna salvación de estos pobres, por querer

todavía quedar bien o salir con la suya los que tanto tiempo están hablando mal desta Pimería y de las nuevas conversiones de ella y de las demás confinantes naciones de más adelante, pero muy bien refiere una religiosa pluma de un padre misionero lo que hubo, con lo que me escribió en esta carta siguiente: “Los indios tepocas y cucurpas (quizá V. R. lo sabrá) han esparcido que los seris tepocas y los pimas del Soba quieren dar sobre los españoles de las cercanas minas de Nuestra Señora de la Soledad y después sobre los pueblos de Cucurpe y Tuape, por las muertes que ocho años ha hicieron los soldados cuando hubo aquellos alborotos, y los esparcidos de tal desatino no consideran que los seris tepocas fueron los que con los soldados hicieron las muertes en los pimas. Acá le llegó la carta de eso al teniente, y por otras partes llegaron otras noticias de ese disparate, pero ya el teniente se habrá desengañado y a los españoles mineros, y dicho que de los cabotcas y demás pimas están seguros, mas no así de los tepocas y eguedives, pues están hechos a matar indios amigos y parientes suyos, y quieren luego echar la fama sobre otros y ejecutar ellos su intento.” Hasta aquí la pluma amante de la verdad.

CAPÍTULO VII.— Que mientras con toda felicidad los pimas estamos fabricando iglesias, nos achacan siniestramente y con grandes atrasos del servicio de las Majestades, muertes, varias hostilidades y robos

En este mes de marzo se me escriben dos cartas, que con los acostumbrados favores celestiales que experimentamos en estas nuevas conversiones, gracias al Señor, se declara el buen obrar de estos pimas, pero no puede faltar el justo sentimiento de que con echar siniestramente la culpa de las maldades de unos enemigos a otros que no lo son, se estorba, como hasta ahora se ha estorbado tan lastimosamente, el remedio necesario de nuestros trabajos, que consiste en legítimo castigo de los verdaderos enemigos, malográndose con eso el tan crecido y sueldos de más de 22 000 pesos de la real Hacienda de Su Real Majestad, en sustentar quiera como en atrasar el remedio de la eterna salvación de tantas almas y gentes naturales que por fuerza les quieren tener por malévolos y malhechores y ladrones. Y ser bárbaros y crueles homicidas de tantos cristianos, no siendo los unos y siendo los otros, que por dejarlos intactos y por no tomarse el trabajo que suele costar el hacer entrada a los apaches y por ser más fácil venir a la cercana pacífica Pimería, adonde la gente está mansa, ya no se resiste, y adonde hay bastantes carneros y reses gordas, buenas cabalgaduras y bastantes bastimentos. Pero quien no ve cuán grande engaño es a Dios y al rey, y cuánta injusticia y atraso del servicio de las dos Majestades. Todos estos meses de febrero, marzo, abril y parte de mayo, mientras entraba el tiempo de las siembras de los maíces, estuvimos fabricando con gran fervor en las dos nuevas iglesias de Nuestra Señora de los Remedios y la de Cocospera, acudiendo de todas partes muy muchos pimas del poniente, del noroeste y del norte, en particular los muy numerosos de San Francisco Javier del Bac, capitán con su gobernador y con sus demás injusticias, con sus familias enteras, viniendo más de 50 leguas de camino y otros aún de más remotas partes.

Estos pimas sobaipuris de San Javier del Bac, habiéndose vuelto por mayo a sus rancherías, hallaron que unos indios de más adentro les habían comido algunas yeguas de la manada de la iglesia que tenían a su cargo, y entraron luego a castigar a los delincuentes, azotando a muchos y quitándoles los arcos y flechas y siete muchachos presos, que, en recompensa del daño que dichos indios malévolos nos habían hecho en la manada de yeguas, nos los enviaron a Cocospera

y a Nuestra Señora de los Dolores, que después se catequizaron y bautizaron, y las dos mayores se casaron, la una con el capitán de Cocospera, y hemos quedado con paz y sosiego. Y habiendo dado parte de esta presa y de todo al padre rector Antonio Leal, en 29 de mayo me escribe S. R. lo siguiente: “Muy buena nueva es la que V. R. me participa, que la estimo de la quietud y fidelidad y firmeza de los hijos del Bac. Dios les conceda esos buenos deseos y que vean acabada su santa iglesia con padre que les asista y que la gocen muchos años.” En medio desta quietud y firmeza de los hijos pimas nos molestaban lo bastante los muy siniestros dictámenes de otros poco afectos, que con la ocasión que este mes de mayo levantaron caballada de fronteras los enemigos de siempre, muy bien lo insinúa el padre Agustín de Campos en la que me escribió estos días con estas palabras: “Yo quisiera enviar gente a seguir al enemigo, pero la enfermedad me ha destruido mucho, y pues es tanta la fortaleza que V. R. tiene, que no coma la comida de balde; el gobernador de Himeres hoy da la nueva se fue luego a Cocospera, no sé con cuántos de los suyos iría. El tiempo que por allá fuera gastan en discurrir que son pimas los malévolos, fuera mejor que lo gastaran en seguir al enemigo, sino que todo se les va en hablar, como si con eso remediáramos algo. Nuestro Señor me guarde a V. R.” Hasta aquí, con mucha experiencia y razón, el padre Agustín de Campos.

LIBRO II

FAVOR CELESTIAL DE LA REAL CÉDULA DEL NUEVO MUY CATÓLICO MONARCA Y REY CATÓLICO FELIPE V EN MEDIO DE LAS OPOSICIONES, CONTRADICCIONES Y ADVERSIDADES DESTAS NUEVAS CONVERSIONES O NUEVAS FILIPINAS

CAPÍTULO PRIMERO.— *De las muchas adversidades y atrasos destas nuevas conversiones, pues las adversidades y cruces deste mundo de la misma manera o con más razón pertenecen a los favores celestiales que Nuestro Señor nos hace que las prosperidades, referiré en este capítulo alguno de los muchos que Nuestro Señor nos envió o permitió, y en los demás capítulos deste libro diré los admirables alivios con que nos los suavizó y remedió con su admirabilísima y altísima providencia este año de 1703 y los meses cercanos de todo género de oposiciones y contradicciones y obstáculos muy grandes contra estas nuevas conversiones*

I. Un indiscreto colérico teniente, con un informe de cuatro pliegos que hizo y dio al señor alcalde mayor, nos puso pleito en forma, acusándonos en cosas muy graves, y asegurábalo con juramento que era cierto lo que informaba. Vino personalmente el señor alcalde mayor con los testigos de su asistencia; infórmame bien de todo: hállase todo muy siniestro y ajeno de toda verdad y una mera quimera y malevolencia; le dejó sin vara y le metió de cabeza en un cepo.

II. Unos padres destas nuevas conversiones se nos murieron, otros salieron o nos los sacaron, y entrados unos soldados a sacar los cosas y ganados y caballadas, así de San Javier del Bac de los sobaipuris del norte como de la Concepción de Caborca, con tanto rigor que no parecía que sacaban las cosas, sino que saqueaban y destruían de una vez esas nuevas Misiones, y eso en tanta manera, que el capitán del presidio detestó y reprendió y aun castigó estas tan feas acciones de dichos soldados.

III. Además, más hubo informes y cartas horrorosas de que ya no vendrían más padres para estas nuevas Misiones, porque los que sin eso, con su poco afecto a estas nuevas conversiones, anteriormente habían informado mal y siniestramente de ellos, por salir con la suya se holgaban de imposibilitarlas del todo y para de una vez.

IV. Nos quitaban ganados y caballadas, y aquí cerca y tierra adentro, con grandes daños y atrasos que nos causaban los que menos lo habían de hacer.

V. Nos estorbaban el buen comercio y caritativa correspondencia con los naturales de tierra adentro, y se oponían recio a la venida de los forasteros, así desta nación pima como de las demás confinantes nuevas naciones yuma, quiquima, cocomaricopa.

VI. Nos azotaban cruelmente y perseguían con gran rigor a nuestros pobres hijos y sirvientes, y a veces nos los quitaban con tanta violencia, que una india, la mujer de un gobernador, se fue a

morir desesperada en el monte y sin bautismo, y también otro capitán forastero le costó la vida, que se la quitaron a traición con dádivas, sin más culpa ni delito que por haber venido con alguna gente suya a Nuestra Señora de los Dolores, y haber hablado bien desta Misión y partido, y de haber contradecido a los unos que por mal afectos hablaban mal y siniestramente de ella.

VII. A tanto extremo llegaron los informes contrarios a estas nuevas conversiones, que estos tiempos y meses se escribió a México, y de México se escribió acá, que en estas nuevas conversiones se perdía el tiempo y que no se hacía nada, y que no había cosa de provecho en ellas, y tampoco no pudimos conseguir un teniente que nos ayudase en estas nuevas conversiones o unas certificaciones jurídicas en nuestro abono; jamás pudimos conseguir cosa alguna, y cuando vinieron cuatro padres nuevos de México a esta Sinaloa, aunque el padre rector me escribió que con ellos se poblaría de padres la Pimería, con los muy siniestros informes y del todo falsos que fueron a Sinaloa de que estos pimas acababan de flechar al padre de Arizpe, Francisco Javier de Mora, no vino padre alguno ni quedó por entonces esperanzas algunas de padres o de otro alivio.

CAPÍTULO II.— *Viene la real cédula de Su Majestad Felipe V en abono destas nuevas conversiones, y se da principio al nuevo Rectorado destas nuevas Misiones y desta Pimería*

Cuando nos hallamos con tantas contradicciones y oposiciones, *ita ut etiam tedert viveret*, nos vino la real cédula de Su Majestad Felipe V, la cual, nombrándome a mí (sin que yo lo merezca) en dicha cédula, en compañía de mi padre visitador Juan María Salvatierra, muy expresamente, con todo aprieto favorece muchísimo y del todo estas nuevas conversiones, encargando desvelo a su real Audiencia de Guadalajara, informe individual del paraje en que se hallan los indios incultos y estado que tienen las conversiones de Sinaloa y Sonora y Nueva Vizcaya, para que se fomente y continúe el fervor que hasta aquí, a fin de perfeccionar la obra de tan gran servicio de Dios y aumento de nuestra santa fe católica, que todas son palabras de la real cédula, la cual me remitió el padre provincial Francisco de Arteaga, por mano del padre visitador Antonio Leal, en 25 de febrero, el cual me escribió lo siguiente “He recibido con las memorias una carta del padre provincial; en ella me envía a S. R. tres informes del Picolo con la real cédula, y me dice la remitida a V. R. el uno; saluda a V. R. y dice queda muy edificado y agradecido a los gloriosos trabajos de V. R. Pídeme dicho padre provincial le remita un mapa de todas las Misiones desta visita con todos los pueblos, y si puede con el número de la gente de cada pueblo. Si V. R. puede hacer dicho mapa, se lo estimaré.” Hasta aquí el padre visitador. También en este tiempo me vino la carta y nueva disposición del padre provincial Francisco de Arteaga, escrita desde 12 de febrero del año pasado, de que estas nuevas Misiones desta Pimería fuesen Rectorado aparte, intitulado de Nuestra Señora de los Dolores, y aunque sin merecerlo yo, me señaló por su primer rector, y el padre visitador Antonio Leal me escribió estas palabras: “Mucho me alegro del título que pone a V. R. el padre provincial, de dignísimo rector.” Y el padre provincial Francisco de Arteaga, desde 22 de febrero del año pasado 1702, de su propia me escribió lo siguiente: “Mucho tiempo ha que no sé de la salud de V. R., que tanto deseo sea muy cumplida para emplearla en tanta gloria de Nuestro Señor y bien de esa gentilidad, de que no dudo que con el fervor de mis carísimos padres, a quienes muy cordialmente me encomiendo, se habrá reducido mucha parte,

en que V. R. tiene la principal como su primer padre y fundador, a quien se le debe el estado en que hoy se halla, y de que espero tener noticia para darla a nuestro padre general. Espérase por acá uno de los padres de la California, y entonces sabremos el estado que tiene aquella Misión, y qué modo habrá para que se adelante. Nuestro Señor lo traiga con bien y dé a todos aquel espíritu que comunicó a San Francisco Javier, para que así esta Misión de la California, como esa de la Pimería, que la juzgo tan gloriosa como la de la California, se aumente cada día más.” Hasta aquí el padre provincial Francisco de Arteaga.

CAPÍTULO III.— *Del informe del estado de la nueva cristiandad de la California, que se imprimió en México por el padre Francisco María Picolo con la real cédula inserta de 17 de julio de 1701*

REAL CÉDULA

que la piadosísima caridad y cristianísimo celo de nuestro católico monarca Felipe V (que Dios guarde), se sirvió de remitir el año pasado de 1702, siendo Su Majestad ancho y diligentísimo cuidado por principio de su feliz gobierno el sustentar sobre sus reales hombros, como nuevo y cristianísimo Atlante, este nuevo orbe americano, lleno de innumerables armas que están en la sombra de la muerte, a cuya causa, cooperando su cristianísimo y magnánimo pecho, parece que por exordio de su real cetro y primicias de su corona le ofrece Dios Nuestro Señor la California, otro nuevo mundo de almas, en sus católicas manos, para ampararla, aumentarla y la Santa Católica Iglesia reducirla a expensas de su real Hacienda, para lo cual remitió Su Majestad la presente real cédula, del tenor siguiente:

EL REY

Muy reverendo en Cristo padre arzobispo de la Iglesia Metropolitana de México, mi virrey y capitán general de las provincias de la Nueva España ad ínterin, don José Sarmiento de Valladares: Vuestro antecesor en esos cargos dio cuenta en carta en 5 de mayo de 1698 de los justos motivos que tuvo para dar licencia a Juan María Salvatierra y a Eusebio Francisco Kino, religiosos de la Compañía de Jesús, para que fuesen a las Californias a solicitar la conversión de aquellos infieles, y en otra de 20 de octubre de 99 participó las buenas consecuencias que habían resultado de la entrada de estos religiosos en aquella provincia, y que habiéndose mantenido y costeadado esta empresa hasta entonces de cuenta de las personas devotas y celosas de la mayor honra de Dios, le habían representado estos religiosos que estas limosnas podían minorarse y aún faltar en el todo, y llegado el caso, verse precisadas a cesar en esta acción gloriosa por no poder mantenerse con los cabos y soldados que habían llevado para su escolta y guarnecer un presidio que tenían formado, y que para ocurrir a este daño pedían les asistiese con alguna porción de cuenta de la real Hacienda, pues era obligación mía el hacerlo. Y dice el virrey que, aunque esta representación la tuvo por muy justa, no determinó acceder a ella hasta darme cuenta; y habiéndose visto en Consejo de las Indias estas cartas y otros papeles que había tocantes a la materia, y consultándoseme sobre ello, he resuelto que por ningún modo se abandone ni desampare la población y misión de los jesuitas nuevamente introducida en las Californias, y que antes bien se mantenga, extienda y fomenta por todos los medios posibles, y a este fin os ruego y encargo me informéis muy individualmente del estado que tiene la fortificación y población, qué número de personas lo componen y cuánta podrá mantenerse, y conviniendo haya embarcaciones

que faciliten la comunicación de aquella provincia con ese reino, me informaréis también del modo y forma en que se podrán introducir y mantener, y el paraje en que se hallan los indios incultos, y estado que tienen las conversiones de Sinaloa y Sonora y Nueva Vizcaya, para que con estas noticias y vuestro parecer pase a dar las providencias que tuviere por convenientes, a fin de perfeccionar a dicha obra que tantos años ha se emprendió y ser de tan gran servicio de Dios y aumento de nuestra santa fe católica; y siendo justo y preciso asistir a estos religiosos con alguna cantidad que ayude a los gastos de esta conversión y de mantener los cabos y soldados que los escoltan y guarnecen el presidio que han formado, he resuelto también, desde luego y por ahora, se designen y paguen seis mil pesos cada un año en esas Cajas, y os encargo déis las órdenes convenientes para que les sean pronto y efectivos, y que por vuestra parte se les acalore y fomente a que continúen en esta empresa con el fervor que hasta aquí. Y a las personas que con sus limosnas han ayudado a ellas les agradezcáis en mi real nombre su celo y socorro que en esto me han hecho, y les estimularéis a que prosigan en tan grande obra, a ejemplo de lo que mando aplicar de mi real Hacienda; y teniendo presente que Alonso Fernández de la Torres, vecino que fue de la villa de Compostela, en la provincia de la Nueva Galicia, dejó por herederos de sus considerables haciendas a los religiosos de la Compañía de Jesús, con carga y obligación de mantener dos Misiones en Sinaloa y Sonora, y que sobre esta materia hay pleito pendiente en la Audiencia de Guadalajara, os encargo también que estando vencido o venciéndose a su favor, tratéis y confiráis con el provincial y prelado desta religión el medio de aplicar el producto destas haciendas a las Misiones de Sonora y Sinaloa que costean de mi real Hacienda, o las nuevamente introducidas en las Californias, de modo que si se aplicare a las de Sinaloa y Sonora y no cubriese todo el gasto del las, se cumpla lo que faltare de los mismos efectos que se daba el todo, y lo que excediere y resultare de lo que se pagaba de mi real Hacienda para las de Sinaloa y Sonora, se aplique y agregue a las de las Californias sobre seis mil pesos, que desde luego les consigno como queda referido. Y ajustándose estos religiosos a esta herencia sirva para convertirla en Misiones de las Californias, no se hará novedad en lo que de mi real Hacienda se da para las de Sinaloa y Sonora. Y trataréis con ellos la mejor, más conveniente y segura forma que pudiere haber de poner corriente a dicha materia de tan suma importancia, pues por lo que toca a la más breve terminación del pleito, doy la orden conveniente al presidente y Audiencia de Guadalajara y al obispo de aquella diócesis, encargo que en caso de ser necesaria alguna conmutación por razón de haber dejado dispuesto Alonso Fernández de la Torre que se fundasen estas dos Misiones en Sinaloa y Sonora y ser más precisas en las Californias, atienda a esta materia como a quien toca inmediatamente, teniendo presentes decisiones consiliarias que tratan de punto de conmutaciones. Y os participe lo que se ofreciere y ocurriere en esta dependencia. Y la Audiencia y presidente de Guadalajara mando hagan lo mismo, para que, hallándoos informado de todo, podáis aplicar los medios y providencias que fío de vuestro gran celo, y de la obligación que os asiste por los cargos que ejercéis. Y deste despacho tomarán razón los contadores de Cuentas que residen en mi Consejo de las Indias.— De Madrid, a 17 de julio de 1701 años.— Yo, el Rey.

CAPÍTULO IV.— *Relación sucinta que de la nueva conversión hizo y presentó en la Real Audiencia de Guadalajara por su orden el padre Francisco María Picolo, de la Compañía de Jesús*

M. P. S.

Obedeciendo con todo rendimiento al mandamiento de V. A. en los puntos que por auto de siete de febrero de mil setecientos y dos años fue servido mandarme informar acerca del estado de la nueva entrada en el reino de la California, respondo con tanta ingenuidad como verdad, sin añadir cosa a lo que hemos hecho, a lo que por nuestros ojos hemos visto, a lo que hemos descubierto y observado el padre rector Juan María Salvatierra, como autor de esta prodigiosa empresa, y yo en su compañía, desde el año de mil seiscientos y noventa y siete hasta el año de mil setecientos y dos; viniendo al primer punto acerca del estado de la conversión:

1. Digo, señor, que al presente no es muy feliz y que tan buen principio de buenas esperanzas de la reducción a nuestra santa fe de tan dilatado reino. Como empresa tan gloriosa ha sido más del cielo que de la tierra, más de María Santísima que de unos pobres religiosos, era forzoso que se acompañara su felicidad; con tan poderoso brazo pudimos ser instrumentos de sus prodigios, porque, fiados en su patrocinio, pasamos el mar que por aquella parte divide estos reinos de la California, llevando por el norte de nuestra navegación aquesta estrella del mar en la devotísima imagen de la Señora de Loreto, que con prosperidad nos puso en el deseado puerto, en donde colocada luego con la mayor decencia que nos pudo permitir el país y nuestra cortedad, pusimos en sus manos la empresa para que, como suya, corriera por su cuenta, para que la que había sido tan favorable estrella de mar en nuestra navegación fuera en la tierra de Californias benéfico, que con la luz de su intercesión desterrara las tinieblas de la infidelidad que segaban a los que vivían en las sombras de la muerte.

Luego que brilló este clarísimo sol en aquel nuevo hemisferio, el padre de las tinieblas, por no perder la antigua y pacífica posesión que tenía en las almas de aquellos miserables, hizo que cegaran más con el resplandor de tan claro día, para que en la noche de sus infaustas tinieblas le dieran los cultos en la luna que adoraban, y como cegó tanto los ojos de sus entendimientos, no pudieron percibir las voces de la luz que con sus resplandecientes rayos articulaba esta lengua del cielo en orden a su bien, cuando nosotros, por oír una lengua que no habíamos conocido, no podíamos en la nuestra, que ellos no habían oído declararles el fin alto, y para ellos tan provechoso, que nos había llevado a sus tierras. Juzgaban que nosotros (que aportábamos a sus playas en busca sólo de las perlas preciosas de sus almas para criarlas con el celestial rocío de la divina palabra, y darles en Cristo su oriente, poniéndole a su vista a la celestial Concha María, que concibió para su bien con el blando rocío del cielo a la Perla peregrina del mejor oriente, Cristo) íbamos como otros, que en otros tiempos, y en algunos no sin algún daño de los suyos, habían entrado en sus playas en busca de las muchas y ricas perlas que se crían en los innumerables placeres de sus costas. Con este juicio, avivado por la instigación del demonio, acometieron bien armados y muchos en número a nuestro pequeño real de unos pocos españoles (que en el amparo de María Santísima tenían un ejército bien ordenado), dando los bárbaros tal avance con tanta furia y tan espesa lluvia de flechas y de piedras, que a no tener en la Señora un

ejército que las resistía, hubieran perecido aquellos pocos soldados, y con ellos nosotros, y se hubiera frustrado, el intento, pero al calor del soberano influjo fue tan grande el esfuerzo de los soldados, que fue rechazada aquella multitud de bárbaros, huyendo bien temerosos de sus armas.

Con este glorioso triunfo humillaron su soberbia, y, aunque bárbaros, reconocieron que éste había de ser el medio para que no les ofendieran nuestras armas. Llegaban algunos a nuestro real, y con su comunicación se aprendió lo bastante para darles a entender en su lengua el fin de nuestra llegada a sus tierras; entendiéronlo bien, y con la noticia que dieron a otros vinieron muchos a vemos, y aun a agradecernos el bien que les traíamos. Ya con su fácil comunicación pusimos todo estudio en saber su lengua, que es la lengua moqui. Allanada esta dificultad, por el espacio de dos años continuos les predicamos y enseñamos la doctrina el padre rector Juan María Salvatierra a los adultos y yo a los niños, con tal tesón de nuestra parte y tanta aplicación de la suya, que de los niños y niñas que estaban ya bastante instruidos se bautizaron muchos en atención a las muchas instancias y lágrimas con que pidieron el bautismo. La misma dicha lograron algunos adultos enfermos y ancianos que sabían lo necesario y se hallaban en riesgo de morir sin bautismo, de los cuales algunos parece que no aguardaron más que el que se les abriese esta puerta del cielo para entrarse en él, y lo mismo sucedió a más de 50 párvulos, que de los brazos de sus madres entregaban sus almas en las manos del Señor.

En el entretanto que se acudía con este cuidado a la enseñanza no nos descuidábamos en descubrir los parajes circunvecinos, el padre rector Juan María Salvatierra por la parte del norte y yo por la parte del sur y poniente, porque, como sabíamos ya la lengua y los naturales estaban ya satisfechos de nuestro buen ánimo, ellos mismos nos convidaban para sus tierras y rancherías y solicitaban la suerte que ya gozaban sus vecinos, a cuya causa nos traían a sus hijos; nosotros, sin faltar a la enseñanza de los que teníamos en casa, salíamos en busca de los que nos solicitaban, y con estas salidas descubrió el padre rector Juan María Salvatierra todas las rancherías de que consta la Misión de Loreto Concho y San Juan de Londo, y yo descubrí la Misión de San Francisco Javier Biaundo, que me abrió puerta para pasar a la contracosta y descubrir todas las rancherías que en su lugar van expresadas.

Habiendo ya el padre rector Juan María descubierto por el lado del norte y yo por el lado del sur y poniente copiosa mies, nos dividimos en dos Misiones, en donde en poco tiempo reconocimos haber en ellas mezcla de naciones de diversas lenguas: la una era la lengua moqui, que ya sabíamos; la otra era la laimona, que ignorábamos; luego nos pusimos con todo cuidado a aprenderla, y por ser esta lengua trascendental y que parece la general en dilatado reino, con el continuo estudio la supimos en breve y en ella a los laimones como en la moqui a los moquis se les predica continuamente y se les enseña la doctrina cristiana; con esta tan grande ayuda se han dispuesto más de mil niños, que por su buena disposición y tiernas instancias han recibido el bautismo, y más de tres mil adultos están ya aptos para él y lo desean y piden; pero nosotros, con acuerdo, lo hemos dilatado para mejor tiempo, porque como estas naciones son de natural muy vivo y antes han vivido en idolatría y en grande obediencia a sus sacerdotes, a quienes sustentan y visten para sus supersticiosas ceremonias de sus cabellos, que cortan para este fin; y si les diéramos el bautismo corría riesgo que los pervirtieran sus sacerdotes y nosotros no los pudiéramos obligar a que cumplieran con las obligaciones de cristianos por habernos hallado tan

sin fuerzas para ello, y por no poner a irrisión nuestra católica religión, les hemos dilatado el bautismo para mejor ocasión. Destos adultos catecúmenos es el orden de acudir todos los sábados y domingos a la doctrina, a quienes acompañan en la doctrina los niños ya bautizados, y éstos el domingo a la misa, la cual ayudan muy bien, y se ejercitan unos con otros en rezar en sus rancherías. En este feliz estado se halla al presente la conversión de la California.

CAPÍTULO V.— *De la fortificación, poblaciones y misiones fundadas.— Soldados, embarcaciones de las Californias*

2. El estado de la fortificación es razonable; está situada en la ensenada de San Dionisio, a orillas del mar, en un puesto llamado de los naturales Concho, y hoy Loreto Concho. Dicha fortificación consta de una trinchera que está en cuadro, y es bastante para una buena plaza de armas y cuarteles de los soldados. A distancia de dos tiros de arcabuz está la capilla de Nuestra Señora de Loreto, y junto a ella la vivienda del padre misionero, y con oficinas y una buena huerta, con pozo dispuesto para noria; la materia de la capilla, casa del padre misionero y cuarteles de los soldados es de adobe bueno, y sus techos, de tijera.

3. El estado de las poblaciones que al presente hay son tres Misiones fundadas. La primera es la de Nuestra Señora de Loreto Concho. La segunda es la de San Francisco Javier Biaundo. La tercera es la de Nuestra Señora de los Dolores, llamada de los naturales Yodiviggé. Cada una de estas Misiones tiene a su cargo varias rancherías; a la Misión de Loreto Concho pertenecen los mismos de Concho; por la parte del norte, los jetti, distantes tres leguas, y los de Tuydú, distantes cuatro leguas, y los de Ligiggi, distantes dos leguas; por la parte Sur le pertenecen los de Vonú, distantes dos leguas; los de Numpoló, distantes cuatro leguas; los de Cheyenqui, nueve leguas; los de Ligui, doce leguas; los de Tripue, catorce leguas; los de Loppú, quince leguas. A la Misión de San Francisco Javier Biaundo pertenecen los mismos de Biaundo, por el poniente los de Cuibuscó, ahora llamado Santa Rosalía, distantes desa cabecera cuatro leguas; por el sur, los de Quimiauma, ahora el Ángel de la Guarda, distantes dos leguas; los de Lichu, ahora el Cerro del Caballero, distantes tres leguas; los de Picolopri, distantes doce leguas; las de Yenuyomú, distantes Enulaylo, diez leguas; los de Ontta, quince leguas; los de Onemaito, veinte leguas. Por el norte, los de Nuntei, tres leguas; los de Obbe, ocho leguas. La dicha Misión de San Francisco tiene capilla, con vivienda unida por el padre misionero, y tiene empezada ya una iglesia; todo es de adobes y tijera; tiene huertas que dan muy buena hortaliza de coles y lechugas y árboles frutales de los de acá, que presto llevarán fruto. A la Misión de Nuestra Señora de los Dolores pertenecen los de Yodivinegge, los de Niunqui, que hoy se llama San José, y todos están juntos, y son muchos en número. Por el norte, los de Uunbbe; a esta Misión visita y asiste el padre rector Juan María Salvatierra.

Estas son las tres Misiones fundadas y dotadas. Las dos primeras fundó y dotó el bachiller don Juan Caballero y Ocio, presbítero comisario de Corte del Santo Oficio de la Inquisición y de la Santa Cruzada, con veinte mil pesos de principal y de réditos, mil en cada un año, 500 para cada Misión. Y además de la fundación de dichas Misiones nos ha socorrido en estos cinco años con más de 24 000 pesos, liberalidad propia deste caballero, que parece ha nacido para conservar la piedad cristiana en esta Nueva España. A la de Nuestra Señora de los Dolores fundaron y

dotaron los caballeros de la Ilustre Congregación de los Dolores de la Virgen, fundada en el Colegio de San Pedro y San Pablo, de la Compañía de Jesús de México, por el celo de su prefecto el padre José Vidal, de nuestra Compañía. Tiene la dotación 8 000 pesos de principal y 400 de rédito en cada año. Fuera destas tres Misiones fundadas hay otra incoada, llamada de los naturales Londó, y hoy San Juan. A ésta pertenecen, por Levante, Tuepnon o San Bruno, distante tres leguas. Por el norte, los de Xanchá, distantes tres leguas. Por el poniente, los de Tamonqui, cuatro leguas; Diutró, seis leguas, y otras rancherías distantes que acuden a San Juan cuando llega el padre rector Juan María Salvatierra, cuyo apostólico celo se extiende a muchas partes.

4. En compañía del padre rector Juan María Salvatierra dejé al padre Juan de Ugarte, de nuestra Compañía, que hará un año que llegó a estos reinos, después de haberles ayudado mucho en el oficio de procurador que ejerció en México. En este corto tiempo se ha empleado con tanto celo en ayudarnos, que por sí descubrió por la parte del sur las rancherías de Tripué y Loppu, distantes 15 leguas de Loreto. Destas rancherías bautizó 23 párvulos que para este fin le dieron sus padres; predicaba y enseñaba la doctrina en las dos lenguas arriba referidas. Dejé también en compañía del padre rector Juan María Salvatierra 18 soldados con sus cabos; éstos son dos casados y tienen allá sus mujeres e hijos; dejé más ocho personas que son chinos y negros de servicio, y en las dos lanchas llamadas San Javier y El Rosario, 12 marineros. Fuera de éstos que dejé allá, hay otros 12 marineros que traje conmigo en el navío San José; otros soldados había, pero los hemos despedido, por no tener con qué pagarles ni aún con qué sustentarlos.

CAPÍTULO VI.— *Calidad y temperamento, fertilidad y frutos de la tierra, salinas, perlas y minerales, rancherías, vestuario, armas.— Ingenio de los naturales, animales, aves y pescado de la California*

5. La calidad de la tierra parece que al influjo de la nueva estrella María, que apareció en su santa imagen de Loreto, se ha mudado en otra mejor de la que era antes, porque en los cinco años todos hemos vivido sanos y sólo dos personas han muerto, y la una fue una mujer española; murió por un desorden de bañarse estando encinta, y muy próxima al parto. En las playas en tiempo de verano es recio el calor y llueve poco, pero adentro el temperamento es benigno y templado; hay calor a su tiempo que no es excesivo, y lo mismo es del frío a su tiempo; en el tiempo de aguas llueve muy bien, como en todas partes, y fuera de las lluvias, a su tiempo, es tan copioso el rocío de la mañana que parece lluvia. Con tan continuo y abundante riego, los campos, agradecidos están todo el año vestidos de muy buen pasto, que en el tiempo de la seca están entre verde y seco; son por la mayor parte gramadales muy crecidos, sin echar menos en estos campos todas las hierbas que son el pasto de ganados mayores y menores destes reinos; hay muy grandes y espaciosas llanadas, hermosas vegas, valles muy amenos, muchas fuentes, arroyos, ríos muy poblados en las orillas de muy crecidos sauces, entretejidos de mucho y espeso carrizo y muchas parras silvestres. Tierra tan fértil había de llevar frutos.

Estos, que son propios de la tierra, los hay en abundancia, porque los cerros están llenos de mezcales todo el año, y por mucha parte del año están llenos de hermosas, grandes y varias pitayas y tunas coloradas: hay copia de árboles a quienes los chinos, por el conocimiento que tienen de los que hay en su tierra, llaman Palo Santo; éstos dan para el sustento una frutilla en

abundancia y sudan incienso muy bueno; también hay muchos frijoles colorados que cogen los naturales, y de que hacen gran provisión para comer; tienen para este fin más de 14 géneros de semilla, como es el cañamón, el alpiste. De lo mismo les sirven las raíces; hay gran abundancia de yuca, que es su pan cotidiano; hay camotes muy buenos y dulces, y apenas hay raíces y plantas de árboles de que no saquen mantenimiento. Para que no les faltara a los californios el dulce que con tantos sacrificios y trabajos se hace por acá, les provee el cielo de él en abundancia en los meses de abril y mayo y junio, en el rocío que cae por este tiempo, en las hojas anchas de los carrizos, donde se cuaja y endurece; cogen mucho de él: lo he visto yo y comido: en el gusto tiene las dulzuras del azúcar, y sólo se diferencia en el viso, que lo hace oscuro; también hay abundancia de parras silvestres hacia los ríos, como queda dicho, y en los ríos hay pescado y camarón que cogen, y puede ser lo tengan en las grandes lagunas que hay; no lo he reconocido, aunque he visto tres lagunas muy grandes; tiene también mucha abundancia de jícamas mejores en el gusto que las nuestras.

De todos estos frutos, que por sí lleva la tierra, se conoce su gran fertilidad, y mejor se reconoce por los frutos desta tierra que los ha recibido y vuelto, con extraordinario logro; se ha sembrado el maíz, el trigo, garbanzo, lenteja y frijol; de todos se ha cogido mucho al respecto de lo poco que todo se ha sembrado por no tener instrumentos para cultivar la tierra ni ayuda de gente, ni de quien lo entienda, ni más tiempo que el corto que queda del empleo del cultivo de las almas destes pobres. Yo así para el alivio de nuestra pobreza como para experiencia, sembré un poco de maíz sin haber podido disponer la tierra más que con una mala mula y un mal arado, y se dio muy bien, acudiendo más de lo que acude en estos reinos. Y lo mismo fue el frijol, de que se cogió bastante. Y a la imitación algunos californios sembraron un poco de maíz sin ningún cultivo y lo cogieron. Con el trigo que se ha sembrado por pruebas se ha cogido y se han hecho las hostias. Es tan fértil la tierra, que sembré calabazas, melones y sandías y se dieron de extraordinario tamaño, y unas mismas plantas en un año dieron tres veces fruto. Todo esto promete abundancia de frutos cuando haya gente que cultive la tierra y que se aproveche de su fertilidad y abundancia de aguas de que puede haber con muy poca diligencia muy buenas tomas. En tantos frutos como lleva la tierra en las plantas puede ya gozar los créditos de fértil y abundante, como también de rica por otros frutos que hay en ella; hay muchas salinas muy grandes, de sal muy blanca que remeda los visos del cristal y tan dura que algunas veces es necesaria la ayuda de la barra; ésta ya se ha visto en estos reinos y la muestra es como toda la demás. En toda la costa, y principalmente en las islas adyacentes, hay tantos placeres que se pueden contar por millares, y esta copia de perlas ha hecho célebre en el mundo a la California y la ha hecho blanco por casi dos siglos de los deseos humanos, por cuyo tesoro han emprendido tantos su descubrimiento y tantos han visitado sus playas y las visitan continuamente, sin más fin que el de las perlas. Puede Su Majestad, que Dios guarde, siendo servido acrecentar su real Hacienda, con persona de satisfacción y celo sólo de aumentar los reales haberes. La tierra adentro promete muchos minerales por estar en la misma línea que están los ricos minerales de Sinaloa y Sonora.

6. Toda esta fertilidad y riqueza puso Dios en la California sin la estimación de sus naturales, porque éstos son de una condición que sólo vive satisfecha de comer. Son estos californios, por

lo que hemos visto y por las noticias de ellos, muchos en playas mar adentro, y mucho más en número por el Norte. Viven en rancherías de 20, de 30, y de 40 y 50 familias pocas más o menos; no usan de casas, la sombra de los árboles les sirve para resistir los bochornos del sol, y las ramas y hojas de los mismos para guarecerse en la noche contra la inclemencia del tiempo; en el rigor del invierno viven en unas cuevas que hacen en la tierra, y en todos estos resguardos moran muchos juntos como brutos; los hombres andan desnudos en lo que hemos visto; en lo general, no tienen sobre su cuerpo más que una faja bien tejida, y a falta ésta una redecilla curiosa con que ciñen la frente, y algunas figuras de nácar bien labradas que penden del cuello, que a veces guarnecen con algunas frutillas redondas como cuentas; el mismo adorno ponen en las manos. Andan siempre con las armas en las manos, que son arco y flecha y dardo, ya para el ejercicio de la caza, ya para defenderse de sus enemigos por estar opuestas unas rancherías con otras. Las mujeres andan con más decencia, cubiertas desde la cintura hasta las rodillas, de unos canutillos de carrizo, curiosamente unidos y tupidos a espaldas; en la misma proporción usan de pieles de venado o hilos muy unidos; su aliño en la cabeza es una redecilla de hilo que sacan de algunas hierbas o de pita que sacan de los mezcales; y son tan curiosas estas redecillas, que nuestros soldados se amarran el pelo con ellas; sus gargantillas, que cuelgan hasta cerca de la cintura, son de figuras de nácar, entreveradas frutillas, canutillos de carrizo y caracolitos. Las pulseras, de la misma materia.

Su ejercicio, así de los hombres como de las mujeres, es hilar hilo y pita delgada y gruesa; del delgado tejen fajas muy tupidas y las redecillas curiosas; del grueso tejen redes de que hacen una talegas o bolsas para recoger el sustento y redes para pescas; los hombres hacen unas jicaras o bateas de hierbas muy tupidas para beber agua, de platos para comer y sombreros a las mujeres. Los grandes sirven para recoger frutillas y otros mantenimientos y para tostar en ellas sus frutillas con el afán de tenerlas en un continuo movimiento para que no se quemen. Su genio es muy vivo y despierto, y lo muestran entre otras cosas en mofar mucho cualquier barbarismo en su lengua, como lo hicieron con nosotros al predicarles. Después de estar domesticados, se llegan a corregimos después de predicar, cualquier desliz en su lengua, en predicándoles algunos misterios contrarios a sus antiguos errores. Acabado el sermón, se llegan al padre, le reconviene de lo que dijo y le arguyen y discurren en favor de su error con bastante apariencia, y a la fuerza de la razón se sosiegan con toda docilidad. Con estas luces del entendimiento muestran que no se deben contar entre los brutos que hay en aquel reino, de los cuales hay muchos y diversos, muchos que sirven al gusto o sustento; otros que sirven sólo de hermosear aquellos campos y montes con su variedad.

7. Porque hay muchos venados y conejos, y siendo así que matan mucho de todo esto, se ven no obstante a manadas; otras dos especies hay de montería que no se conocen en estos reinos, a quienes por alguna semejanza llaman carneros. La una especie es de un animal tan corpulento como un ternero de un año y medio, cuya cabeza es como de venado, las astas extraordinariamente gruesas son como de carnero, la pezuña es grande, redonda y hendida como la del buey, el pelo como de venado, más corto y algo manchado; la cauda, muy corta; su carne es muy buena y regalada: la he comido.

La otra especie es de un animal que no se distingue de nuestros carneros más que en ser más crecido; desta especie unos son blancos y otros prietos, muy lanudos, cuya lana he tenido dispuesta para hilar; de una y otra especie hay manadas: todos éstos sirven de sustento. Los que sirven para adorno de la tierra son leones, gatos monteses y los demás que por acá se conocen.

De volatería hay copia. Hay todos los pájaros destes reinos, como zenzontles, calandrias, tiguieritos, cardenales, etc. Y fuera éstos abunda mucho el país de jilgueros, menores que los de España, pero nada diferentes de ellos en el canto y tinta; entre estas aves, que sirven de deleite con suavidad al oído, hay multitud de perdices, que sirven de sainete al gusto. Hay también torcaces y tórtolas; en los ríos hay ánsares, patos y otros que buscan su sustento en el agua. A estos animales de la tierra hemos añadido muchos de los nuestros, porque hay ya más de mil cabezas de ganado menor entre ovejuno y cabrío, que hoy estuviera en gran número por los extremados pastos de aquella tierra si por la gran necesidad que hemos padecido no hubieran echado mano de ellas; se cría este ganado muy bien, y todo el año está muy gordo; hay también un poco de ganado vacuno, que, por dicha razón, no se ha aumentado mucho. Es la tierra muy a propósito para este ganado, como también lo es para caballada; deste género hay un poco y hay potrancas para cría; hubo muchos animales de cerda, que consumimos porque se espantaban de ellos las mujeres y recibían algunos daños dellos. En sus rancherías hay palomas y aves de Castilla; para todo esto es buena la tierra. Fuera desto, los californios cercanos al mar gozan de muy buenos peces, de que es muy fecundo aquel mar. Hay mucho atún, que se les suele venir a las manos en las orillas; mucho pargo, pámpano, sardina, anchoas y otros muchos; abunda mucho este mar en ballenas, que a cada paso se ven: hay tortugas de todos géneros, y en las playas hay montes de diversas conchas, que exceden los que forman el nácar que sacan de los placeres.

CAPÍTULO VII.— *Pídese que en la California haya dos embarcaciones y más padres misioneros, presidio de soldados y familias pobladoras*

8. Dada la noticia de la California y su estado, para que se logre y adelante todo a mayor gloria de Dios y servicio de nuestro católico monarca, a quien Dios guarde, son necesarias dos embarcaciones, una grande que pueda venir a las costas de todos estos reinos por ganados y situados, y otra mediana que pueda ir a las costas de Sinaloa y Sonora, muy cercanas a la California, para los socorros que de las Misiones de la Compañía se puedan traer sin dilación, y también para descubrir y costear por la parte del norte, para cuyo fin será a propósito que dicha embarcación mediana sea bergantín o goleta. Para dichas embarcaciones no hay necesidad de capitanes, pilotos ni otros oficiales, porque éstos servirán de mucho gasto a Su Majestad, y son bastantes los que hay ahora, y semejantes que había, por haber muchos prácticos que sin estas plazas, con mucho asiento y facilidad, corren esta breve carrera; con este orden nos hemos mantenido todo este tiempo sin que se haya echado menos nada y hemos ahorrado los crecidos salarios, que a la verdad son superfluos.

He cumplido, señor, con el mandato de V. A. arreglando mi informe a los puntos prudentes que V. A. se ha servido intimarme para que diera razón del estado de la California, de donde acabo de llegar, y en donde he sido el menor instrumento de lo que Nuestro Señor se ha sido

servido de obrar por la intercesión de la Santísima Virgen y por el grande celo del padre rector Juan María Salvatierra, caudillo desta gloriosa empresa; y como parece que el intento de V. A. ha sido en orden a informar al piadoso celo de nuestro católico rey don Felipe V, a quien Dios guarde, en orden a las muestras que su soberano amparo da de dilatar el imperio de Cristo con mucho número de convertidos en este reino, para que adornen la corona de su católica piedad, no será fuera de regla a los mandatos de V. A. representar lo que como vasallo muy amante de tan católico monarca puede conducir para que dilatándose por su soberano influjo el imperio de Cristo en los convertidos crezca la gloria de su corona en el mayor número de sus vasallos.

1. Para tan glorioso fin y mies tan abundante como la que convida al presente celo fervoroso, convendrá que haya más misioneros para que se vaya entrando adentro y fundando nuevas Misiones, porque en tan pocos como los que hemos estado no será fácil conservar lo ya fundado y fundar otras nuevas Misiones.

2. También es muy necesario un presidio de españoles como uno de los que Su Majestad tiene en el reino de la Nueva Vizcaya, porque como los californios son muchos en número, ni allí hay de quién valerse ni es fácil el recurso desde allá a estos reinos, convendrá este freno para que siempre estén quietos y se pueda adelantar la conversión; como para este fin será asentado que se ponga en puesto cómodo, de donde como de centro pueda salir para todas las partes que fuere necesario el socorro.

3. No conducirá menos al fin que el padre rector, con su consulta, elija capitanes y mude cuando conviniere al servicio de Dios y de Su Majestad, como hasta aquí lo hemos hecho el padre rector Juan María y yo en virtud del despacho de vuesa lencia virrey de la Nueva España, el conde de Moctezuma, don José Sarmiento Valladares, a cuya providencia se ha debido el buen logro que ha habido y se han evitado inconvenientes que lo pudieran estorbar.

4. Y porque los grandes progresos que hoy tiene la California se deben al valor de los primitivos soldados conquistadores, convendrá que Su Majestad se sirva darles algún premio para que los venideros, en vista del premio éstos, se alienten a ganarlo en imitación de sus obras.

5. Será cuerda providencia pueblen aquel reino familias de algunos oficiales, porque una nación tan hábil pueda después ejercitar los oficios en beneficio de aquellos reinos.

6. Para que se pueda atender a las principales obligaciones de la conversión y que no se embaracen los cuidados temporales, y que se tenga todo a mano, convendrá que el real situado de California se dé en la real Caja de Guadalajara más cercana a aquel reino.

7. Y porque el correr las pagas por manos de los padres es de embarazo a su ministerio, será conveniente que Su Majestad nombre una persona de autoridad y confianza con el título de adelantado o procurador general para que atienda al socorro de los padres y soldados y cuide de las poblaciones que se fueren haciendo con sólo celo de cooperar a la conversión deste reino, porque no se pierda por ambición lo que tanto trabajo ha costado.

Ésta es, Señor, la humilde representación que hago a V. A. para que en ella reconozca V. A., con su maduro y prudente acuerdo y lo que más convenga para informar al católico celo de Su Majestad, y aunque obligado de tan superior mandato y representado el estado de las Californias, y a vuelta de lo que convendrá para sus más gloriosos progresos, había yo de poner a las plantas

de V. A., a fin y blanco de mi venida de aquellos reinos a éstos, para que la grande piedad que resplandece y se venera en V. A. pudiera desahogar las grandes incomodidades y falta de lo necesario que el padre rector Juan María Salvatierra ha experimentado en estos años, que por haber sido tan estériles de medios para adelantar el descubrimiento, y hallándose deudor de muchas cantidades que con su trabajo y penalidades han ganado aquellos pobres conquistadores, y no teniendo con que pagar ya lo que se había de ir causando, había determinado despedirlos a todos y que nos quedáramos nosotros solos en aquel reino tan lleno de riesgos como de gentiles. Publicada esta determinación, la resistieron con toda piedad los soldados, quedándose muy gustosos a acompañar a los padres.

Por este motivo, y como recompensa de tan cristiana resolución, se dispuso el que yo viniera a buscar el socorro y lograr la suerte de venerar la grande autoridad y piedad de V. A., a quien miraba como el norte del buen logro de mi venida, cuando llegué a este reino buscando en los pechos piadosos consuelo, lo hallé en la noticia de que el católico pecho de nuestro gran rey nos había dado en la limosna de seis mil pesos en cada un año, con que se pudo desahogar el ánimo y conseguir grandes esperanzas de tener en estos reinos por medio de V. A. lo que puede servir para el total desahogo de los que en estos años hubiéramos perecido, si no hubiera sido por los padres misioneros de nuestra Compañía de las provincias de Sonora, Sinaloa y los taumares, que, como lo acostumbran con caritativo celo y deseos del bien de las almas de los gentiles, nos han socorrido siempre que hemos ligado a sus costas, y por la gran piedad destos reinos en las muchas limosnas que nos han hecho tantas personas de autoridad, celosas del bien de aquellos pobres; y todo esto, y lo mucho que esperamos por el influjo de V. A., lo reconocemos como venido del cielo por la intercesión de María Santísima, en cuyas manos pusimos desde el principio esta gloriosa empresa, para que a esta gran Señora se le deba la gloria. La misma Señora alcance de Dios grandes y prudentes aciertos en el rectísimo gobierno de V. A., para que, por medio de sus altos dictámenes y soberano influjo, se dilate nuestra católica monarquía, y que guarde la católica y real persona de V. A. los muchos años que la Cristiandad ha menester.— Guadalajara, fecha 20 de febrero de 1702 años.— *Francisco María Picolo*, de la Compañía de Jesús.

Querría mi agradecimiento mostrarse agradecido en este informe haciendo memoria de los nombres de los bienhechores que han concurrido en esta nueva conversión y conquista de Californias, lo uno por dar alguna señal del grande agradecimiento en que les viven estas nuevas Misiones; lo segundo, porque así me lo pedían de Madrid, para que supiera Su Majestad los nombres de los bienhechores, a quienes aún antes de saberlo en particular, mandó darles los agradecimientos en su real nombre por la piadosa liberalidad con que se han portado en una empresa tan del servicio de Dios y del rey nuestro señor en la reducción de innumerables almas que se le agregaran a la Iglesia, como lo espero en la protección de la grande conquistadora María Santísima, y según lo promete lo dilatado deste nuevo reino de la California; pero habiéndome rogado la piadosa modestia de los bienhechores que no publique ni sus nombres ni sus limosnas que han hecho a esta causa de Jesucristo, me hallo obligado a mortificar mis deseos, y lo ejecuto con todo rendimiento, para que los nombres de tan nobles y grandes bienhechores queden impresos y grabados por mano de la gran Señora María Santísima en el libro de la vida.

CAPÍTULO VIII.— *La referida real cédula e informe del estado de la California motivan que con este tratado se informe del estado destas nuevas conversiones desta Nueva Vizcaya y Pimería, por las razones siguientes*

I. Días ha que varias personas graves han dicho que estas dos conquistas espirituales y nuevas conversiones de la California y las dos cristiandades. Pimería y Nueva Vizcaya, habían de ser hermanas.

II. Y la real cédula favorece muy mucho a entrambas; favorece a las dos con el mismo muy católico y cristianísimo afecto que su Divina Majestad premie con felicísimo y gloriosísimos sucesos en este orbe americano y en el europeo, y en la dichosa eternidad de los cielos.

III. Nuestro padre general Thirso González, en carta de Roma, de 24 de diciembre de 1701 años, respondiéndome a unas cartas y relaciones que, a petición expresa de su paternidad, le remití con los padres procuradores Bernardo Bolandegui y Nicolás de Vera, me escribe lo siguiente:

“De gran consuelo me ha sido la de V. R., de 25 de enero de 1700, con la relación o tratado de los favores celestiales experimentados en las nuevas conversiones, y me ha sido muy gustosa ocupación, dando gracias a Dios por lo que se sirve de sus ministros para mayor gloria suya y adelantamiento de nuestra verdadera religión: para premiar a V. R. su celo y gloriosísimos trabajos tiene Dios preparado el descanso eterno en su gloria, y así no intento premiar, sino expresar mi mayor agradecimiento a V. R., exhortándole con el afecto paterno a que prosiga en empresa tan grande y tan propia de nuestra perfección. P. S. Luego que el padre Rolandegui me entregó la relación que V. R. envía, la he leído toda sin dejar una palabra. Encarecidamente encargo a V. R. que haga cuanto antes la segunda parte que ofrece, dándome muy pormenor cuenta de las nuevas Misiones que se abren y del progreso que hacen las que están abiertas.” Hasta aquí, nuestro padre general.

IV. El padre provincial Francisco de Arteaga, así con la carta deste nuestro rectorado de Nuestra Señora de los Dolores, que me envía con el informe de la California que con tanta fineza se sirve de remitirme, parece que implícitamente pide lo propio y otro semejante informe destas nuevas conversiones desta Pimería.

V. Muy expresamente piden algunos aficionados a nuevas Misiones, y con especialidad mi querido padre, compañero en estas nuevas conversiones, el vecino padre Agustín Campos, que hace diez años que gloriosamente trabaja en la cercana Misión de San Ignacio, pues cuando le comuniqué el informe destas nuevas conversiones y California, en una carta me escribe S. R. ser muy conveniente se haga también informe destas nuevas conversiones por ser de tierras más pingües y más conspicuas. Y habiendo insinuado que S. R. hiciera este informe, S. R., en otra carta, me respondió lo siguiente: “No he hecho ni hago informe; la función es de V. R.; si fuera mía, hiciera dos informes: el uno, al padre provincial, que S. M. tiene pagadas tres Misiones: Tubutama, la Concepción del Caborca y San Francisco Javier del Bac. Y han estado muchos años sin ministro, con cuya falta se pierden sin remedio muchísimas almas; que envíe ministros que estén persuadidos que vienen a trabajar. El otro informe había de ser para el señor virrey, sucinto y llano, comenzando por las Misiones de V. R., como más antiguas, hasta los últimos

parajes de los Sobaipuris, y diga V. R. cuanto quisiere, pues son aptísimos para fundar Misiones. Finalmente, V. R. inste, reinste, clame, reclame al señor virrey informe con papel impreso y con su nombre, que así lo juzgo conveniente y necesario, y no tema V. R. contradicción mía en esa materia, pues no la habrá; antes sí muchas gracias por su solicitud. Nuestro Señor guarde a V. R.” Hasta aquí el R. P. Agustín de Campos.

CAPÍTULO IX.— De diferentes personas hacemos diversos informes por varios caminos (porque no debía de haber llegado el tiempo) todavía no se logra el intento, y por siniestros informes de los pocos afectos o contrarios a la venida de los padres

Con los referidos buenos dictámenes de tantas personas, no sólo yo, sino también otros varios sujetos, hicimos diferentes informes y mapas destas nuevas tierras, en orden a que viniesen padres para estas tan cuantiosas y tan maduras mieses de almas. Un informe envié por mano del padre visitador y un mapa, y del mapa me escribe S. R. la siguiente carta: “Nuestro Señor le pague a V. R. el trabajo y cuidado del mapa, que agradezco mucho, y está muy lindo por ser de las Misiones antiguas y nuevas desta visita y de California; viene a buen tiempo para poderlo remitir al padre provincial; si V. R. le escribe, se servirá decirle cómo le di a V. R. el recaudo de dicho padre provincial, que saludaba a V. R., y le agradecía su santo celo y empleo. Suplico a V. R. me haga caridad de agradecer a esos hijos pimas las memorias que hacen de mí, retomándolas en mi nombre con mucho afecto, y se las pagaré con ofrecer tres misas a la Santísima Trinidad y una a Nuestra Señora por su bien espiritual.” Así me escribió el padre visitador, y casi al mismo tiempo el capitán Becerra, que iba a México a conseguir la capitanía del presidio de Janos, me escribió así: “Recibo los pliegos y encomiendas para los reverendos padres de México, a quienes procuraré entregarles en mano propia, y consultaré los padres que necesita esta Pimería; y para que en todo se haga el servicio de Dios, y V. R. logre tan apostólicos deseos, y para que yo lo consiga y tenga felicidad en mi viaje, ruego a V. R. me encomiende a Nuestro Señor en sus santos sacrificios.”

El capitán Juan Fernández de la Fuente, que hacía la entrega y renuncia de dicho presidio de Janos en dicho capitán Antonio Becerra, me escribió con estas palabras: “Mucho me alegro de la buena salud de V. R. y de todos sus felices progresos, así el haber descubierto el ser tierra firme ésta con la California, como el tener tan adelantados a recibir el santo bautismo a los hijos pimas; quiera Su Divina Majestad que todos veamos cumplidos los cristianos y celosos deseos de V. R., a quien estimo los saludos que se sirve de darme de parte de todos los gobernadores e hijos pimas, a quienes me encomiendo de todo corazón, y suplico a usted que de mi parte les dé mis amorosos saludos, y que me alegro de su buena amistad y deseos que tienen de recibir padres, que en eso haré cuanto estuviere de mi parte por que se consiga, como en ayudar con lo que pudiese para las iglesias de esa nueva cristiandad, y me alegro de que Su Majestad atienda con su cristianísimo católico celo a empresa de tanta consecuencia y servicio de las dos Majestades.

“Las que V. R. me encarga pasarán a México con mi compadre Antonio Becerra, quien las dará en mano propia a sus dueños, y todo se ejecutará como V. R. lo propone.” Hasta aquí el capitán Juan Fernández de la Fuente.

CAPÍTULO X.— *Algunas razones por las cuales todavía no se logra la venida de los deseados necesarios padres para estas nuevas conversiones*

No obstante que por tantos caminos y con tantos informes y cartas se hicieron tantas diligencias que estas nuevas Misiones consiguiesen la venida de los padres necesarios, como también hubo informes opuestos de los poco afectos, por estos tiempos todavía no se consiguió jamás el intento y hubo varios dictámenes, pareceres, acerca del estorbo de la venida destos padres.

I. Unos decían que todo este bien lo estorbaba la envidia y emulación y las quimeras que el común enemigo ponía y metía por no perder el dominio de tantas almas que tantos años ha tenía y tiene tiranizadas.

II. Otros decían era tema de los que tantos años ha, han escrito mal desta Pimería, por no quedar feos procuraban salir con la suya de que esta Pimería no merecía o necesitaba los referidos padres.

III. Otros decían se temía que estas nuevas Misiones no fuesen después cargosas a las Misiones antiguas, y que no hacíamos poco en cuidar de las Misiones que teníamos entre manos y nuestro cargo.

IV. Otros decían que harto se hacía en socorrer y atender a la California.

V. Más acertadamente decían otros que todavía no debía de haber llegado el señalado tiempo, y los señalados padres misioneros y su Divina Majestad para empresa tan suya tenía prevenidos, y que no debían ser disposiciones humanas los que habían de ser favores celestiales, y que no se había de deber a los hombres y favores humanos terrenales lo que se reservaba para la gran gloria del admirable poder y disposición del Altísimo *quonian tu solus santus tu solus Altissimus*, el cual del favor celestial, de la contradicción y oposición, sabe sacar los favores celestiales de sus dichos adelantamientos de la mayor gloria, y si le pregunta del si digo del Evangelio si él, o su padre y madre, con sus pecados, dieron ocasión a la infeliz ceguedad, le oirán que ni él, ni el padre ni la madre, con sus delitos, ocasionaron esa lastimosa ceguedad, sino que todo era porque más recibiera la admirable gran misericordia y mayor gloria de Dios *sed ut manifestetur gloria Dei* en sus favores celestiales, y que da gracias al Señor en pie lo principal y las buenas y sólidas esperanzas de la conversión de toda esta América Septentrional incógnita, con el buen estado de las más de 30 000 almas reducidas, y que todo el año aquí nos venían a ver amigabilísimamente tantos naturales, viniendo aun desde muy lejos a pedimos el santo bautismo y a ayudamos en nuestras fábricas de nuestras iglesias, como vinieron en 20 de marzo muchos yumas y quiquimas y otros, caminando más de 170 leguas.

CAPÍTULO XI.— *Diferentes personas que estos meses escriben en abono destas nuevas conversiones, con un informe para su Real Majestad, que Dios guarde*

En este punto que se nos suspendió la venida de los padres, y con gran fervor y con notables gastos, que todos con felicidad, gracias al Señor los daba a la Pimería, trabajábamos en las fábricas de las dos nuevas iglesias de Nuestra Señora de los Remedios y de Santiago de

Cocospere cuatro diferentes personas; las tres de corona sacerdotal, me escribieron estos meses las cartas siguientes, con un informe para su R. M. Dn. Felipe V, que Dios guarde.

Una muy experimentada persona y muy celosa del servicio de ambas Majestades y del bien de las almas, a mí me escribe así: “No se espanten algunos sujetos, que no faltarán sujetos franceses en gran número para la nueva empresa; tiremos a que la tierra sea de Dios, poblando con tantas almas.” Y para Su Majestad me remitió el informe siguiente, que, reducido a un breve compendio, es deste tenor siguiente:

“SACRA REAL MAJESTAD:

La empresa destas nuevas conquistas espirituales y temporales, sin excesivos gastos de la real hacienda, piden el real amparo de V. R. M. Las hidras espantan a los que no son hércules como V. M. Con el Plus Ultra de dos mundos, a hombros delicados, parecerá quimérica idea sustentar dos cielos; pero V. M., atlante de la Iglesia militante, verá ser el peso dignísimo de sus reales hombros, lo cual es de tierra firme de la América Septentrional desde 30 grados de altura hasta el norte pide el real amparo y vasallaje de V. R. M., pues siendo de V. M. será del piadoso Dios; la empresa trae consigo la reducción de la muy dilatada América Septentrional incógnita y la quietud de todo su Mediterráneo, y el amparo de las Californias y el fundar un descanso a los enfermos del camino y navegación de Manila por el poniente y por el oriente el trato y comercio con la nueva Francia, con fundadas esperanzas de innumerables tesoros (pues cae en los meridianos de Sonora y de la Pimería, provincias metaleras de plata). V. R. M., atlante de los dos cielos, tiene la India americana a sus reales pies, pidiendo el real amparo de V. R. M., y hará en éste un gran obsequio a nuestros Dios con servirse de mandarse forme no presidio, sino una villa en el caudaloso y muy poblado y muy fértil río Colorado, que en breve, con las minas y tierras fértiles y comercio de China podrá ser cabeza de un virreinato. Una villa, S. R. M., no trae más que un gasto en Sonora, y en la Pimería hay muchas caballadas y muchos ganados que pueden fomentar la empresa; el río con los demás cercanos, y es poblado de indios laboríos y amigables, ya está visto. La Pimería, nueva conquista de la Compañía de Jesús, mediante los apostólicos trabajos del incansable apostólico varón Eusebio Francisco Kino, es el camino para la nueva villa, y dicha Pimería, fomentada de fervorosos operarios, será el almacén y almásigo de las nuevas poblaciones, hasta que allá haya su multiplico de todas especies de ganados.”

La inmensa capacidad de V. R. M. sabrá comprender los demás provechos espirituales y temporales que se pueden seguir de tal empresa. Esto insinúo a la católica piedad de Vuestra Muy Católica Majestad. La Divina prospere como atlante de su Iglesia, hoy día 21 de enero de 1703, en la provincia de Sonora. De V. S. R. M. humilde capellán y ministro vasallo NC.”

Hasta aquí la persona muy experimentada, muy capaz y muy religiosa y muy celosa del servicio de ambas Majestades.

CAPÍTULO XII.— *Otras cartas de varias personas que en estos tiempos de contradicción, oposición y atrasos destas nuevas conversiones dicen mucho bien de ellas*

El actual padre prepósito, de la Casa Profesa de México, y que había sido provincial de todas las provincias de la Nueva España, en 25 de abril deste año de 1703, me escribió lo siguiente:

“Mucho me [he] alegrado del descubrimiento del paso a la California. El padre provincial, Ambrosio Odón, luego que entró envió ocho padres; no sé si le tocarán a V. R. algunos, que yo me holgara ser uno de ellos y estar a la obediencia de V. R. empleando los pocos días que faltan ya de vida en servir a esos pobrecitos para poder satisfacer en algo a la Divina Majestad, que me guarde a V. R.” En 21 de agosto, el capitán teniente deste presidio de Sonora, don Gregorio Tuñón y Quirós, al venir de vuelta de Sinaloa me escribió estas palabras: “El que se haya divulgado que los pimas han muerto al padre Xavier de Mora, désele a V. P. muy poco, pues tan patentemente está la verdad de lo contrario y de la gran quimera, cuando yo estuve en Sinaloa y en el Real de los Frailes, en ocasiones que con diferentes personas se ofrecieron, saqué la cara a la verdad de lo pacífica que la Pimería está, con que por disolutas que anden las emulaciones, subordinadas se verán el buen celo que en V. P. reside. Ya así tiempo tras tiempo, viene.” Hasta aquí el capitán don Gregorio. El hermano Juan de Estainfer, que poco antes había venido de México a Misiones, en 24 de agosto, desde Sinaloa, escribe así: “Sentí mucho cuando supe que no llegaron allá los padres que considero aguarda V. R., como tan ansioso a dar pasto a tantas almas que se hallan al contorno de V. R. Ojalá pudiera yo ser tan eficaz para poder a varios buenos sujetos pospusiesen a la obra tan preciosísima delante de los ojos de Dios toda conveniencia y aún salud propia.” Hasta aquí el hermano Juan.

El muy reverendo padre comendador de su santo convento de la Merced, redención de cautivos en Teocaltiche, fray Francisco López de Sotomayor, por las noticias destas nuevas conversiones desta Pimería, que a su paternidad llevó fray Francisco Belmar, quien el año pasado, y también quince años antes, cuando entré a dar principio a estas nuevas conversiones, entró fervoroso conmigo y asistió a muchos de los primeros bautismos, en 22 de septiembre deste año de 1703, me escribió la siguiente muy religiosa y santa carta: “Juntamente con las noticias que nos dio nuestro hermano fray Francisco Ruiz de Belmar, que desde 1686 entró con V. R. a los primeros bautismos de Nuestra Señora de los Dolores, se leyó la gratísima y amabilísima de V. R. en presencia del señor alcalde mayor deste pueblo y del señor vicario y del señor cura, y se quedaron espantados de las entradas que V. R. ha hecho a tantas partes, pasando tantas gentilidades y naciones, y haber agregado a nuestra santa fe tantas almas, y a nuestra amistad más de 25 000, las más de indios laboríos, de lo cual damos las gracias a Nuestro Señor. El otro día dije la misa cantada en acción de gracias, pidiendo a su Divina Majestad le diese auxilio y fuerzas a V. R. para obra de tanto servicio de Dios Nuestro Señor. Todo lo atribuimos a los pasos de V. R., a imitación del apóstol de las Indias, San Francisco Javier, mi gran devoto. Dios mediante, en todo el mes que entra de septiembre he de pasar a México, y hablaré al padre visitador, que dicen viene en las urcas, que se halla en la isla de la Martinica y se llama padre Manuel Piñeiro; es de la provincia de Aragón. El reverendo fray Comendador.”

CAPÍTULO XIII.— *Cartas de algunas noticias de las nuevas conversiones de la gran China, que estos meses llegaron a mis manos*

Siempre he tenido especial grande afecto a la conversión de la gran China, y por insinuación de los superiores me apliqué a las ciencias matemáticas, que allá son muy usuales, y a los principios pedí ir a las Misiones de la gran China, por haber vivido allá y trabajado en aquella

gran viña del Señor mi pariente, el padre Martín Martini, que escribió aquellos insignes tomos y mapas geográficos del gran imperio y monarquía de la gran China.

Estos meses que estábamos fabricando las dos nuevas iglesias desta Pimería, el padre rector Adamo Gilg me remitió la carta siguiente del padre Pedro Van Hammé, misionero de la gran China, pero que primero pocos años fue misionero de Taraumares de la Nueva Vizcaya desta Nueva España o América Septentrional, escribe, pues, el padre Guillermo Ylin, misionero de Chinipas, en 27 de diciembre de 1700: “Así suplico a V. R. salude en mi nombre a todos los padres conocidos y comuniqué mi carta a los que pudiere. Hállome en esta provincia de Haquam. El emperador de China prosigue aún a su costumbre estimando a nuestros padres. El año pasado vino el emperador a Nankin, con mucho séquito, y algunos padres de la Compañía, y todos los misioneros que iban a saludar al emperador de Nankin, y otras partes, los admitió a su presencia, y a todos dio alguna plata; en este tiempo pasaron a la corte cinco padres franceses y un hermano coadjutor y un pintor seglar, todos franceses nuevamente llegados. Por otra parte hay y se temen más pleitos por una suspensión *ab administratione sacramentos*. Pocos días ha que volví a mi casa de una Misión que hice hasta setenta leguas desta mi residencia, y en ella gasté cincuenta y cuatro días, y algunas veces estuve oyendo las confesiones hasta después de medianoche. Algunas Misiones distan más de 80 y 100 leguas desta mi residencia; por falta de padres misioneros, en la China no hay más que dos padres alemanes: el uno se llama padre Kiliano Stimpfe, y está en Pekín, y allí hizo homo de vidrios, y los hace con buen suceso para el emperador; el otro se llama padre Gaspar Castner, y está en la provincia de Cantón, y de S. R. me escribe el padre rector lo siguiente: “El padre Castner estuvo tres meses sólo en la isla en que murió San Francisco Javier, fabricando un famoso sepulcro a San Javier, el cual costó cerca de 150 escudos romanos (o cerca de escudos patacos o patacones); corrió toda la isla y bautizó a muchos, con singulares sucesos que merecen una larga narración, de suerte que la nueva Misión de San Francisco Javier ya está muy adelantada y dilatada, y los moradores de la isla son gentes bárbaras, y antiguamente eran casi todos ladrones; pero ahora cobraron notable veneración al santo y al mismo padre Castner, a quien llevaron por todas sus aldeas con grande fiesta y banquetes y presentes, gracias sean dadas a Dios. Esto escribió el padre rector en la última carta deste año, y también en lengua castellana porque es milanés. No dudo que los devotos de San Javier se holgarán desta nueva.” Hasta aquí, el padre Van Hammé desde la metrópoli de la provincia de Haquan, en la gran China.

CAPÍTULO XIV.— *De los últimos meses del año de 1703, y de las fábricas de las dos nuevas iglesias, y de sus gastos a costa y valor*

En el capítulo antecedente apunta el padre provincial Van Hame y el padre rector, que en la isla de Cantón se fabricó a San Javier un famoso sepulcro, que costó 150 patacones o pesos, en las dos nuevas iglesias que este año y algunos meses de los antecedentes se fabricaron; como la una y la otra tienen cruceros con dos capaces capillas, cada iglesia tiene una capilla del gloriosísimo apóstol de las Indias San Francisco Javier, y cada una costaría más de 500 pesos o patacas, y las dos iglesias costarían como 10 000 pesos, que gracias al Señor y a sus favores celestiales, la fertilidad de la tierra destas nuevas conversiones, sin que los partidos quedaran

empeñados en 100 pesos, los gastos se redujeron a 500 reses que se gastarían en esas dos fábricas, 500 fanegas de maíz y trigo, y como 3 000 pesos en ropa, que es la moneda que corre y se gasta y sirve entre estos naturales destas nuevas conversiones; y estos géneros se adquieren en las muchas tiendas que hay de mercaderes en toda la provincia de Sonora, así con bastimentos, harina, maíz, carne, manteca, candelas de sebo, quedan los partidos como con la plata quedan algunos, y los más por el dicho bastimento, y más todo lo referido los muchos reales de minas antiguos y nuevos que hay en todas estas Misiones, nuevas y antiguas. Las maderas, muy buenas; casi todas de unos pinos que llaman reales; para la viguería y tablazón se cortaron y trajeron de los cercanos cerros, a distancia de siete u ocho leguas.

CAPÍTULO XV.— *De las dedicaciones de sus dos nuevas iglesias desta Pimería*

Diez años antes se acabó y se dedicó la primera iglesia desta Pimería, que fue la de Nuestra Señora de los Dolores, y a finales deste año de 1703 procurábamos dedicar las otras dos, que con habérsenos estorbado mis acostumbradas entradas fabricamos, y aunque algunas extraordinarias ocupaciones de contradicción, oposición y pleito muy excusado, que se nos puso o quería poner, nos hicieron dilatar sus dos dedicaciones de las dos nuevas iglesias de Nuestra Señora de los Remedios y de Nuestra Señora del Pilar y de Santiago de Cocospora, hasta después de las Pascuas de Navidad; el intento y el convidar a las dichas dedicaciones era para el día de San Javier, 3 de diciembre, la dedicación de la otra. Y con eso convidamos a varias personas, y el padre rector Antonio Leal, en dos cartas, de 19 y de 22 de noviembre, me escribió lo siguiente: “La fiesta de V. R. será cuando V. R. fuere servido. Mucho me alegro de la mucha gente con que se halla V. R., cuyos saludos estimo y suplico a V. R. se los retorne muy afectuosos a todos esos pobres hijos.” En la carta siguiente, de 22, me dice S. R. así: “Muy buen día es el que V. R. ha escogido para la dedicación de sus iglesias; trabajo ha sido bien considerable que pagará Nuestro Señor a V. R. Por acá no hay cosa de nuevo, sino que se dice llegarían el mes pasado las urcas, con que ya vendrá el Gobierno. No obstante esto, ayer escribí al padre provincial y le digo el estado de la Pimería para S. R. disponga, que yo no quiera acabar quedando con escrúpulo; si hubieren venido los padres procuradores de Roma, quizá enviara padres de Europa.” Hasta aquí las dos cartas del padre rector.

Otros muchos padres y señores seglares, y el señor alcalde mayor, Juan Matheo Mange, y su antecesor, el señor general don Isidro Ruiz de Avechuco, y otros, escribieron casi lo propio. Lo que dice el capitán don Manuel de Almeida, dando gracias a Nuestro Señor que con gente nueva en tan breve tiempo se hubieran fabricado dos tan buenas iglesias. “Con la carta siguiente recibo la amabilísima de V. R. con grandísimos consuelos y con repetidísimos agradecimientos de que viva muchísimos años con mucha salud, y le dé vida para hacer veinte templos y que los goce V. R. muchos años.”

CAPÍTULO XVI.— *Otras personas que desean venir a estas dedicaciones, y sentimientos que unos padres no viniesen a esta Pimería*

El capitán Juan Fernández de la Fuente, en 10 de noviembre, escribió desde el presidio de Janos lo siguiente: “Aseguro a V. R. que me alegro que nuestro reverendo padre provincial atendiese a mi súplica y a la del capitán Becerra, enviando a su paternidad algunos reverendos

padres para las Misiones desta dilatada Pimería, que tanto trabajo, desvelo y solicitud ha costado su reducción a nuestra santa fe, siendo V. R. el que todo lo ha padecido y procurado la propagación del santo Evangelio, no habiéndole faltado opositores en empresa de tanta importancia en servicio de las dos Majestades, y siento que los operarios que han llegado a esta provincia se hayan aplicado a diferentes Misiones y no pasado a esta Pimería, adonde tanto eran menester. Quiera la Divina Majestad que en todo y por todo consiga V. R. el ver el fin de su deseo y logro de sus muchos trabajos que yo como tan interesado y amigo de V. R. deseo más que ninguno el ver esas dilatadas naciones llenas de operarios como los pobres lo desean, viniendo a pedir el santo bautismo de tan dilatadas partes, y así me alegro que nuestra antigua Pimería esté quieta y obediente a los ministros de S. M., así eclesiásticos como seculares, que es cuanto puedo desear y le estimo como es justo, que de mi parte sea servido V. R. de darle a los hijos y las que amorosamente me dan a mí, y de nuevo le suplico a V. R. les dé mis amorosos saludos, y que me alegro se mantengan en toda paz. También he recibido mucho gusto con la noticia que V. R. se sirve de darme de lo bien que ha quedado la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, que no dudo que, por haber corrido por mano de V. R. deje de ser de las mejores de la Provincia, asimismo la de Cocospra, y si no se hubiera abierto antes que yo vuelva de Sinaloa, desde luego admito el convite que V. R. se sirve hacerme, y pues tengo parte en la de Nuestra Señora de los Remedios, quiero lograr la dicha de hallarme en las dedicaciones, y en lo que valiere servir a V. R. con la voluntad y obligación que debo.” Hasta aquí, el capitán Juan Fernández de la Fuente. Y el capitán Antonio Becerra, en 30 de noviembre, dice así: “Quedo por ahora muy gustoso de que se logre el fruto de los trabajos de V. R., y doy a V. R. muchos plácemes por el trabajo particular a costa de su desvelo se ha logrado en las dos nuevas iglesias, que harto me holgara que los cuidados y ocupaciones dieran treguas para ir a servir a V. R. en algo.” Otros muchos escribieron otras cariñosas cartas, así tocantes a las dedicaciones como en cuanto a la venida de padres operarios.

CAPÍTULO XVII.— *De la venida del padre Jerónimo Minutuli a esta Pimería*

Cuando todos los buenos y afectos a nuevas conversiones sentían muy mucho que no viniesen y entrasen padres operarios a estas nuevas conversiones y a sus tan maduras y tan dilatadas mieses de almas, y cuando hombre nacido no había que pensase que acá dentro vendría de otras nuevas conversiones un nuevo y no aguardado ni esperado padre operario, vino este mes de diciembre para esta Pimería, de su motu proprio, o, por mejor decir, por disposición y gobierno de los celestiales favores de Nuestro Señor, que estoy escribiendo, el padre Jerónimo Minutuli, que vino de las nuevas conversiones de las Californias, porque le parecía a S. R. que aquéllos no se ensanchaban todavía tanto como su fervoroso genio deseaba, y le pareció a S. R. que, por acá, en esta Pimería y en sus circunvecinas, otras nuevas naciones, más dilatado campo de muchas más almas reducidas y por reducir por todos rumbos del norte, del poniente y oriente, del noroeste y del nordeste, hasta poder pasar por tierra a la misma California en altura de 32 grados. Vino, pues, dicho padre a desembarcarse en Sinaloa, y de Sinaloa a Sonora, a verse con el padre rector, Antonio Leal, y su intento, según los recaudos que S. R. con mi mayordomo me envió desde el camino, era entrar luego a esta Pimería; desde Sonora nos carteamos, y pasó a tener la Pascua de Navidad con el padre rector Adamo Gilg, en los cerritos seris de Santa María

del Pópulo; después vino entrando en la Pimería a Nuestra Señora de los Dolores, y fui a encontrar a S. R. al pueblo de Opodupe. En todo el camino desde Sinaloa hasta Sonora, y aun hasta Nuestra Señora de los Dolores, no le faltaron a S. R. muy grandes y muy recias oposiciones y obstáculos que se le ponían, pero S. R., como enviado y venido, más por su disposición divina que humana, se quedó siempre muy constante, sin temer a ninguna de las mil dificultades y obstáculos que por tantos caminos y tan repetidas veces por tan porfiadas trazas que se le ponían y se le fueron poniendo por casi un año entero.

LIBRO III

PRIMERA PARTE Y PRIMEROS MESES DEL AÑO DE 1704.— DEDICACIONES DE DOS NUEVAS IGLESIAS.— ENTRADA O PEREGRINACIÓN E IDA A LOS GUAYMAS DE 100 LEGUAS DE CAMINO AL SUR

CAPÍTULO PRIMERO.— *Del mes de enero de 1704 años, en que hubo la solemne dedicación de dos nuevas y capaces iglesias*

Así la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios como la de Nuestra Señora del Pilar y de Santiago de Cocospera, según dicen todos los que las han visto, son de las mejores que hay en toda la Provincia de Sonora y Sinaloa, Hiaqui y Chinipas; tienen entrambas sus cruceros, que forman y hacen dos buenas capillas con sus arcos. Las dos capillas de Nuestra Señora de los Remedios están dedicadas: la una, a nuestro Padre San Ignacio, y la otra, al Glorioso Apóstol de las Indias, San Francisco Javier; y de las dos capillas de Cocospera, la una es de Nuestra Señora de Loreto, y la otra de San Francisco Javier. Cada una iglesia, sobre los arcos de sus dos capillas que forma el crucero, tiene su alto cimborrio, y cada cimborrio tiene, en medio y en lo alto, su vistosa linternilla.

En 15 y 16 de enero se dedicó solemnemente la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios, y en 17 pasamos a la dedicación de la iglesia de Cocospera, y tuvimos esta dedicación en 18, 19 y 20 de enero. El padre rector Adamo Gilg hizo las dos dedicaciones con los demás padres, con todas las ceremonias y bendiciones que manda Nuestra Santa Madre Iglesia, según el Santo Ritual Romano. S. R. cantó las dos principales misas solemnes, ayudando la buena capilla de cantores que tiene la primera iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, y también predicó muy bien en lengua pima el padre rector Adamo Gilg, en la una y la otra dedicación de entrambas iglesias, y entrambas dedicaciones se celebraron con particular consuelo y regocijo de todos los que a ellas concurrieron.

CAPÍTULO II.— *De los naturales y gente forastera que concurrió en dichas dedicaciones*

Habiendo continuado algunos padres y algunos otros españoles con algunos naturales de tierra adentro, aunque el tiempo era algo riguroso de frío y había algunas enfermedades que estorbaron la venida de algunos padres, con grande consuelo nuestro acudieron a las dos dedicaciones muchos naturales de tierra adentro, así del norte, como del poniente, y con especialidad del noroeste, viniendo muchos más de 200 leguas de camino, como el capitán de los

yantas con muchos de los suyos, y con algunas dádivas de conchería del remate de la mar de la California, y con muy buenos recaudos de la muy amigable gente y de las naciones de los quiquimas, cutganes y coanopas, naciones ya del paso por tierra a la California, que enviaban sus conchas azules de la contracosta y de la mar del sur por donde todos los años suele venir la nao de China o galeón de Filipinas; me llamaban a mí y a otros padres que los fuéramos a ver y a tratar de su bautismo y su reducción a nuestra santa Fe católica; y las conchas azules de la contracosta eran nuevo argumento del paso por tierra que había a la California en 32 grados de altura, a pesar de las contradicciones de los porfiados poco afectos a estas nuevas conversiones, porque corrió que dichos naturales no saben pasar un gran brazo de mar que ponen los contrarios por la tierra por donde esos naturales nos traen las conchas, que sólo se dan en la contracosta de la California, por allí tenemos evidentemente el paso por tierra a dicha California. Tan patente éramos de los singulares favores celestiales que experimentamos en estas dos dedicaciones destas dos nuevas iglesias y se confirmaron con gran consuelo nuestro y de todos los amigables huéspedes los tres siguientes admirables sagrados textos: 1. *Dicite ingentibus quia Dominus regnavit enim correxit orbem terre* (Salmo 95), pues muchos, en muy grande yerro, pintaban isla a la California, no siéndola, y pintaban mar de la California adonde no la hay, pues no llega más que hasta 32 grados y medio. 2. *Terra aparit arida et mari rubro*; muchos llamaban mar Bermejo a la mar de California; *Via sine impedimento*, que lo canta Nuestra Madre la Iglesia en 8 de agosto, en el día de los santos que tienen por Evangelio. 3. *Euntes tu mundum universum predicate Evangelium omni creature, etc.*

CAPÍTULO III.— *Entrada del padre Jerónimo Minutuli a su nueva misión y partido de San Pedro y San Pablo del Tubutama*

Así que el padre rector Adamo Gilg y el padre Jerónimo Minutuli y el hermano Juan Estainefer y yo, con la mucha gente forastera de tan remotas partes, tuvimos las dos dedicaciones de las dos nuevas iglesias, tratamos de poner en su nueva misión de San Pedro y San Pablo del Tubutama al padre Jerónimo. Fue a este fin a San Ignacio, y yo vine con el padre rector a Nuestra Señora de los Dolores, y el común enemigo procuró, como siempre, poner nuevos obstáculos a esta entrada del padre Jerónimo; no obstante, en 26 y 27 de enero fui a San Ignacio y llevé al padre Jerónimo a su nuevo partido del Tubutama, que dista de Nuestra Señora de los Dolores 25 leguas rumbo del poniente. Ya las semanas antecedentes le había mandado aliñar la casa y sembrar una buena milpa de trigo, y plantar y sembrar una buena huerta con varios arbolitos de Castilla, parras, duraznos priscos, granadas, higueras, perales, aguacates y todo género de hortalizas. El padre Jerónimo fue muy bien recibido, con grande consuelo de los muchos naturales que hallamos en el Tubutama, y S. R. tuvo también mucho consuelo en ver la gente tan afable, doméstica y dócil, con sus justicias, sirvientes, ornamentos con que decir misa y otras alhajas de casa, ganado menor y el ganado mayor y caballada, estaba todavía en San Ignacio; estuvimos trazando una buena y capaz iglesia y casa; me ofrecí a hacer a mi costa la iglesia, y, dejando al padre Jerónimo en su nuevo partido, me vine por otro camino del Saric, Busanic, Sivoda a Nuestra Señora de los Dolores, y avisando al padre visitador Antonio Leal desta nuestra entrada al Tubutama, S. R. me respondió con la siguiente carta de 13 de febrero: “Mucho agradezco y Dios pagará a V. R. así el trabajo de haber ido al Tubutama con el padre

Jerónimo, como las noticias de que el padre quedó también contento de los hijos, como éstos con el padre, que tanto consuelo me ha dado V. R. con ello, y asimismo la caridad que al dicho padre en la ayuda y gasto de la fábrica de su iglesia que le promete; todo es sembrar en buena tierra para coger un buen cielo. El Pagador es seguro y poderoso.” Hasta aquí, el padre visitador.

CAPÍTULO VI.— *Entrada que se determina hacer a los enemigos, que por las discordias entre los capitanes no se hizo*

En este tiempo y mes de febrero hubo muchos enemigos y robos de caballada en varias partes de las fronteras, y también en esta Pimería, así en Cocospera como en San Ignacio, Santa María Magdalena, adonde nunca habían entrado tales enemigos. Avisósele de varias partes al presidio; a mí me vino de su capitán, teniente don Gregorio Álvarez Tuñón y Quirós, la carta siguiente, de 25 de febrero: “Cónstame han entrado rastros, pero no han llevado caballada; sin embargo, la luna pasada estuve reconociendo hacia el norte y hacia el sur, en donde les quité unas bestias que se llevaban de Nacosari, y considerando no es suficiente lo hecho, y que necesita remedio, tengo escrito al alcalde mayor de San Juan me envíe para el día 11 del mes de marzo 20 vecinos, que yo saldré con 30 soldados a buscarles su ranchería, y así ha llegado el caso de aceptar la palabra que V. R. y sus hijos me dan que me ayudarán para el castigo de dichos enemigos; con que suplico a V. R. diga en mi nombre a los gobernadores y capitanes de la guerra, que les saludo, que espero para el 10 de dicho mes 40 hijos pimas escogidos, que les aseguro que Dios mediante castigaremos al enemigo. Y que para cada uno de ellos pondré yo mi vida en su defensa, que no me hagan falta.” Hasta aquí, el capitán don Gregorio. Avisé a los hijos y luego fueron al Presidio con toda puntualidad al gobernador de los Remedios y el gobernador de Cocospera, con los demás pimas; pero, como no vinieron los 20 vecinos que se pidieron al señor alcalde mayor, no se hizo la entrada. Volvieron acá nuestros pimas y peor, allá hubo tan ruidosos y continuados pleitos, informes de todo el año, que pasaron hasta el señor gobernador del Parral y basta México, y con eso y sin eso, hizo el enemigo las hostilidades y daños que después veremos. Yo dispuse mi entrada a los Guaymas y a sus cercanos gentiles.

CAPÍTULO V.— *Carta del padre rector Juan María Salvatierra de un navío perulero que llega a la California y otros navíos naufragantes*

Estos días recibí la carta siguiente del padre rector Juan María Salvatierra: “Enero 20 de 1704 años. Válgame el cielo, que ya ha meses que no veo letra de V. R. ni V. R. habrá visto la mía. Pero recibí meses pasados varias de V. R. todas juntas, y como llegaron tarde no supe remediar el negocio de la deseada entrada de V. R., que no hay sino encomendarla a la Señora Capitana de nuestra entrada que hicimos ahora hace creo tres años, de que me saboreo con las tan dulces memorias y dicha mía, *et non es abrailla manus Dei Y asc obse era insta*, ya que no es tiempo de *in cripa*, estimo a V. R. la limosna de la harina y del sepius repetita arina, que en el tiempo de desamparo mucho *placet ex plase bunt*. Dios se lo pague a V. R. La razón del silencio ha sido el perderse alguna carta escrita a V. R., y después habernos hallado aquí con un montón de naufragantes de barcos que buscaban en estos mares; todo hubiera perecido con todas sus perlas a no haber topado aquí la Perla del Supremo Oriente: María. Y ahora poco ha acaba de salir la fragata *Perulera Barrada* y remendada lo mejor que se pudo, con 40 bocas que nos comían los dos lados. Viva Jesús. Viva María. Aquí vamos corriendo con los trabajos ordinarios de nuevas

misiones, que V. R. sabe mejor que yo; pero el consuelo es *se sed vivent et pauperes evangeli santur*, iba creciendo el número y extendiéndose la fe. Solo yo no acabo de ser bueno, y así, V. R. de veras me encomiende a Dios. Y reciba V. R. muchos y muy cariñosos saludos de todos los padres, que todos agradecen las honras de V. R., y en tanto, acabo encomendándome en sus santas oraciones y santos sacrificios. Loreto Concho. Enero 20 de 1704 años. De V. R. siervo en Xpto. *Juan María de Salvatierra.*”

CAPÍTULO VI.— *Mi ida o entrada a los Guaymas y sus cercanos gentiles de 100 leguas de camino al sur*

Desde que viví en la California, y de la California vine algunas veces a Hiaqui y traté muy amigablemente con los cercanos gentiles Guaymas, solicité y deseé muy mucho su conversión por considerarla muy provechosa para la conversión de la California, y de hecho, cuando veinticinco años ha vine de México a estas nuevas conversiones, el intento era empezarlas en los Guaymas; después hubo tanto campo por acá, que sólo el apostólico fervor del padre visitador Juan María Salvatierra, tres años ha, fue a fundar aquella misión y nueva conversión de los Guaymas, que los más hablan la lengua pima. Algunos meses ha vivido en él, por disposición del padre rector Juan María de Salvatierra, el padre Juan de Ugarte, que dejó el rectorado de México por venir a las más gloriosas y más meritorias misiones de la California; en ese tiempo se hallaba trabajando apostólicamente en Guaymas el padre Francisco María Picolo, que, después de haber estado en México y haber compuesto el informe del buen estado de la California, con la inserta Real muy Católica y Cristianísima Cédula de S. M. Felipe V, que Dios guarde, que tanto favorece a todas las nuevas conversiones, volvió a la California y después vino a esa nueva conversión de San José de los Guaymas. Ya nos habíamos carteadado S. R. y yo, deseando que nos viéramos, y como había un camino breve y derecho, aunque entre gentiles, y aún no descubierto o trajinado, procuré abrir este nuevo camino, porque el otro del río Hiaqui, por donde pocas semanas antes había enviado las cargas de harina de limosna para la California, tenía más de 60 leguas de rodeo. En 25 de marzo, tercer día de Pascua de Resurrección, en la tarde, salí de Nuestra Señora de los Dolores para San José de los Guaymas, habiendo hecho por la mañana trece bautismos solemnes, que de ellos fueron padrinos algunos españoles de los muchos que del cercano nuevo real de minas de Nuestra Señora de la Soledad habían concurrido aquí a tener la Semana Santa; y a cumplir con la iglesia y tener la Pascua de Resurrección y en ocho días de camino, y a 2 de abril llegué, gracias al Señor, con bien a San José de los Guaymas.

CAPÍTULO VII.— *Mi llegada a San José de los Guaymas y los gentiles que descubren este nuevo derecho y breve camino*

Con el buen avío y buenas gracias que con su mucha caridad para este camino me dieron el padre rector Adamo Gil, en Santa María de Pópulo, y el P. Juan de San Martín, en San Francisco y en la Santísima Trinidad del Pitic. Vine con la brevedad de ocho días, estas cien leguas de camino desde Nuestra Señora de los Dolores hasta San José de Guaymas y puerto de la mar de la California en las últimas y algo más despobladas 50 leguas deste antecedente no muy andado camino, y en particular en el puerto o paraje que llaman del Cerro Grande, hallé grande número de gentiles muy afables; había entre ellos tres o cuatro indios cristianos que, del miedo del castigo de unos azotes, se habían metido en estos retiros, y procuré que conmigo de vuelta se

volviesen a sus pueblos de cristianos. A todos estos gentiles les prediqué la fe cristiana y los experimenté bien dóciles y muy afables, y que, habiendo los necesarios buenos pastores de almas que eran menester, con facilidad, Dios mediante, todos se podrán reducir a pueblos, iglesias para su eterna salvación.

Cuando, en 2 de abril, llegué, gracias al Señor, con toda prosperidad a San José de Guaymas, hallé que el P. Francisco María Picolo había pasado a negocios a las cercanas misiones del río de Yaqui. Los hijos de San José de Guaymas, que eran más de 500, y irnos hablaban de lengua pima y otros la lengua seri, me recibieron con todo agasajo. Escribí luego de mi llegada al padre Francisco María Picolo y a los demás padres de Hiaqui, que todos me rogaron que lo pasase a sus misiones, siquiera hasta Torin; pero la precisión de haber de volver con la brevedad posible asistir a esta mi misión de Nuestra Señora de los Dolores, me estorbó aquella ida, y vino a San José de los Guaymas el padre Francisco María Picolo, a quien con muy grande consuelo mío, como tanto deseaba, conocí de vista, y por su insinuación, catequicé y bauticé muchos de ellos y a catecúmenos naturales, pues los más hablaban la lengua pima y eran pintas, como los desta dilatada Pimería, que el padre rector Adamo Gilg solía llamar la Pimería Alta. Con estos ministerios y con dar vista a los lindísimos acomodadísimos puertos: el uno tenía el corral de las reses tan inmediato, que desde el mismo corral se podían embarcar vivas para pasarlas a la muy cercana California. Me detuve tres días, con muy grande consuelo mío de ver tanta oportunidad de conseguir mucha gloria de Nuestro Señor y bien de tantas almas, con la oportunidad de grandiosas pescas, salinas, tierras, huertas, ganados mayor y menor, iglesias, casa, que con felicidad se están fabricando.

CAPÍTULO VIII.— *Mi vuelta de San José de Guaymas a Nuestra Señora de los Dolores, de donde por este nuevo camino se remiten dádivas para los Guaymas y para la California*

Habiéndome estado con muy grande consuelo mío cuatro días con el padre Francisco María Picolo, y conferido del buen socorro que desde estos cercanos puertos con facilidad se podían enviar a las nuevas Misiones de la cercana California, y del modo de conseguir los necesarios padres misioneros para tan dilatados campos de tantas gentílicas almas, de toda esta dilatadísima América Septentrional desta tierra firme y de la cercana California, baja y alta, despidiéndome de su reverencia y de los padres de aquí, y de los muy queridos hijos y naturales de San José de Guaymas, tomé la vuelta para esta Misión de Nuestra Señora de los Dolores. En el camino hallé otros muy muchos nuevos gentiles, que salieron a verme desde sus más remotos retiros; les prediqué los principales misterios de nuestra fe católica, y pues todos sabían la lengua Pima; los animé a agregarse en partes acomodadas, a donde los pudiese venir padres misioneros para su eterna salvación, y me prometieron que como se les diesen padres, se agregarían y harían sus buenas Misiones en el cercano muy buen puesto del antiguo Real de Minas de San Marcial, y adonde los padres quisiesen. Llegué a la Santísima Trinidad del Pitic y a San Francisco, pueblos que administraba el padre Juan de San Martín, adonde recibí mil agasajos de su reverencia, como también los dos días siguientes en Santa María del Pópulo del padre rector Adamo Gil, y con varias cartas que entre tanto habían llegado de México y de Europa, como diré en los capítulos siguientes, pasé al valle de Sonora al padre visitador Antonio Leal; después llegué a Nuestra

Señora de los Dolores, de donde remití con un español, por este nuevo, derecho y breve hasta San José de Guaymas, varias dádivas, entre ellas un lienzo o cuadro, con su marco dorado del gloriosísimo San José, que, según en su finísima carta me escribió el padre Francisco María Picolo, se colocó en el altar mayor de la nueva iglesia de San José de Guaymas, y remití también algunas menudencias y cartas para los padres de la California.

LIBRO IV

NUEVO GOBIERNO DE LA PROVINCIA Y DE LAS MISIONES, CON LA VENIDA DE EUROPA A ESTA NUEVA ESPAÑA DE NUEVO PADRE VISITADOR GENERAL VICEPROVINCIAL, MANUEL PINEIRO, Y NUEVA REAL CÉDULA CON EL NUEVO SOCORRO DE TRECE MIL PESOS PARA LA CALIFORNIA Y DE UNAS MUY SINIESTRAS CONVERSIONES E IDA DEL PADRE JUAN MARÍA DE SALVATIERRA DE CALIFORNIA A MÉXICO

CAPÍTULO PRIMERO.— *Primeras cartas y noticias que llegan a estas nuevas conversiones de la venida a esta Nueva España del padre visitador Manuel Pineiro, y carta que S. R. me escribió al venir a San José de Guaymas*

Así en el camino de Sonora como al llegar a esta misión de Nuestra Señora de los Dolores, hallé varias cartas de México y de Roma, entre ellas dos finísimas de nuestro padre general, Thirso González, y una del nuevo padre visitador general, Manuel Pineiro, escribiéndome de rector de esas misiones, que, como el antecedente padre provincial, Francisco Arteaga, me había nombrado y señalado por rector deste rectorado de Nuestra Señora de los Dolores; aunque yo propuse este cargo en México no me oyeron, y así, escribiéndome S. R. de rector y dándome en su nuevo gobierno otro sucesor, me encargaba y escribía de su propia letra, entre otras finezas y otros muy paternales santos puntos, que yo instruyése a mi sucesor y, aunque propuse después también esta intervención, no fui oído, ni se me admitió la propuesta, pero quedé y quedo, y Dios mediante, siempre quedaré más deseoso y amante de vivir sin semejantes cargos y con el religioso deseo de poder atender al bien de estas pobres y tan necesitadas innumerables almas de esta dilatada América Septentrional, y de fomentar su salvación por los modos y medios posibles, de palabra y con obras y por escrito, que de haber con el cargo de superior de dar cuentas de otras personas y de su obrar, cuando hay tanto que hacer y es materia de tanto escrúpulo y cuidado el haber cada año de dar cuenta de su persona a Nuestro Señor, y dicho padre visitador Manuel Pineiro señaló y nombró todos los padres rectores, así de misiones como de todos los colegios de toda la Provincia de la Nueva España.

CAPÍTULO II.— *Nueva real cédula de Felipe V, que Dios guarde, acerca del adelantamiento de la California*

En este mismo tiempo de los meses de abril y mayo de 1704 me vinieron diferentes cartas, entre ellas una carta del padre Francisco María Picolo, acerca de la muy Católica Real y nueva cédula de su real majestad de Felipe V, que Dios guarde, que estos meses antecedentes había llegado a México, y en ella muy piadosamente se señalarían otros trece mil pesos para otros

treinta soldados más para la California, y el general Juan Matheo Mange, que poco antes había sido alcalde mayor de toda esta provincia de Sonora, en el real de San Juan, con muy católica magnanimidad se ofreció por capitán de ellos, y para ayudar con su muy cristiano buen celo al fomento de todas las nuevas conversiones, así califónicas ultramarinas como pímicas y desta tierra firme, y del paso por tierra a la California y del caudalósísimo y pobladísimo río Colorado, aunque después en parte se frustraron todos estos buenos intentos, por cuanto las reales cartas de México, por los muchos gastos de las muchas guerras de Europa, no pudieron dar los referidos trece mil pesos que la real cédula concedía, y no obstante, fue Nuestro Señor servido que muy bien se mantuviese la gloriosa y apostólica nueva conquista, nueva conversión y nueva cristiandad de la California, a la cual, con el infatigable santo celo e incansable dichoso gobierno, cuidado y trabajo de aquellos apostólicos padres misioneros, apostólicos californios, no les ha faltado el necesario socorro de los bastantes piadosos y diferentes bienhechores que, cuando algunos han retirado su mano, la celestial Divina Providencia ha dispuesto que en otros no faltase la cristiana piedad y caridad, como se puede colegir del capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.— Que a los bienhechores de las nuevas conversiones se les multiplican sus bienes temporales y espirituales

El padre rector Melchor Bartiromo, bienhechor de las nuevas conquistas y nuevas conversiones de la California, reconoce clara y distantemente y suele decir que, habiendo en una ocasión enviado veinte cargas de bastimento a Yaqui, para la California, según las había prometido, y que, por ser los tiempos algo rigurosos y cortos de bastimento, parecía que le podían hacer alguna falta en sus partidos, que pero halló patentemente multiplicadas aquellas veinte y otras más en sus tropas, sin experimentar la menor penuria o falta de ellas en sus casas.

A mi me ha sucedido lo mismo en diferentes ocasiones, y que, habiendo socorrido a nuevas conversiones, así de la California como de por acá en esta firme, y a mi Santa Madre la Providencia Nuestra Señora, con su piadosísima gran providencia, me ha multiplicado y aumentado muy mucho los bienes temporales de muy cuantiosas cosechas de trigos y maíces y ganados y vino de misas, cañaverales, huertas, de suerte que hasta los gentiles y las nuevas naciones, sin pedirles yo cosa alguna o hablarles cosa alguna palabra en las materias, me han hecho buenas sementeras y cosechas de trigo y maíces y frijoles y sandías y melones y calabazas, y han dádome ganado mayor y menor en abundancia en diferentes partes cercanas y remotas de tierra bien adentro, y bien se verifica que lo que damos a pobres y en causas piadosas, eso tendremos en esta vida y por toda la eternidad, y lo que no damos, eso perderemos; también es notorio que a algunos que han dado escasos, y aún rehusado el socorrer a las nuevas conversiones de la California, o en parte o del todo se les han perdido las cuantiosas cosechas que solían tener. Y uno de los muy católicos reyes de las Españas y de las Indias, en una de sus muy cristianas cédulas, manda a este fin no se excusen en estas causas los gastos necesarios, porque, según su real majestad dice, reconoce claramente que en semejantes fines retribuye siempre Nuestro Señor conocidos crecidísimos aumentos a su real Corona, por lo cual ni ha faltado, ni falta, ni Dios mediante faltará lo necesario, ni a las nuevas conversiones de la California, ni a los demás que quisieren procurar de hacer el servicio de su Divina Majestad y de solicitar el bien de las almas redimidas con la preciosísima sangre de Nuestro Redentor

Jesucristo. Así, nos socorre liberalísimamente y muy continuamente con muchos medios temporales y espirituales en estas nuevas conversiones pímicas el soberano Señor, como muy agradecidos reconocemos, y aunque remite que los mismos padres misioneros que rescatamos y pedimos y los padres provinciales y generales no los prometen y aún en buen número en diferentes ocasiones y continuamente nos envían, pero que la contradicción y la oposición de por acá nos lo impiden, estorban, detienen y quitan, esperamos con confianza muy grande en la amorosa disposición de Nuestro Señor, que a su tiempo han de venir en tanto mayor número los fervorosos padres operarios necesarios, predestinados para la total conquista y conversión de toda esta América septentrional incógnita, que con tanta paz y quietud y constancia está pidiendo el remedio de su eterna salvación.

CAPÍTULO IV.— De unas nuevas y calumniosas contradicciones y oposiciones contra estas nuevas conversiones

El común enemigo de todo bien, y con especialidad del bien de las almas, por medio de algunos desafectos a estas nuevas conversiones, y que ya en otras muchas ocasiones las habían contradecido, aunque siempre muy siniestramente, ahora, por llevar la suya y la del común enemigo delante, esparció que los naturales desta Pimería estaban de tan mala docta, que trataban de matar a uno de los padres misioneros, y juntamente al mismo capitán don Antonio Becerra con 20 escogidos soldados del dicho Presidio de Janos, a incorporarse con los 50 soldados deste Presidio de Sonora, cuyo capitán, don Jacinto de Fuensaldaña, que era muy discreto, desde luego discurrió y dijo sería todo una de las acostumbradas pataratas y calumnias de los poco afectos a esta nación pima. No obstante, se hicieron bastantísimas averiguaciones en las materias, y no se halló el más mínimo rastro de la menor alteración o malos intentos de algunos destes naturales pímicos, ni a ninguno dellos les había pasado por el pensamiento el querer matar o hacer daño a alguno de sus padres misioneros o al capitán del Presidio, don Jacinto de Fuensaldaña, quien siempre, por sus muy cristianas y muy católicas y caritativas prendas, ha sido muy querido de toda la nación pima y la ha fomentado y defendido en todo lo lícito, queriendo, amando, estimando, venerando, recíprocamente siempre estos pimas, según su obligación al dicho capitán don Jacinto y a sus soldados, y con especialidad a sus padres ministros que tienen, solicitando los demás que les faltan y han menester; y con estos desengaños, después de sacadas muy bien en limpio las inicuas calumnias de que estos pimas estaban alterados, no estando sino quietísimos y muy pacíficos y muy afables, se volvió a su Presidio de Janos con sus 20 soldados el capitán don Antonio Becerra, quedando asombrados todos los buenos de tantas trazas como el común enemigo tiene y usa para deslucir y atrasar el bien de las almas.

CAPÍTULO V.— Otra gravísima calumnia contra el gobernador de mi tercer pueblo de Nuestra Señora del Pilar de Cocospera y contra el bien destas nuevas conversiones

El capitán Cristóbal Granillo de Salazar, teniente de alcalde mayor en el real de Bacanuchi, en 13 de septiembre deste año de 1704, nombrándome los tres desafectos pueblos de donde salieron las quimétricas calumnias que por eso no se les daba perfecto crédito, me escribe lo siguiente: “Por acá corren unas hablillas y estimaré a V. R. me avise lo cierto, porque el enemigo malo no logre su intento de perturbar esas nuevas conversiones de que el gobernador de

Cocospera dijo, que con el bastón no era hombre y que con sus armas sí, y que se había retirado a la sierra (a) hacer gente para dar en alguna parte.” Esta calumnia se divulgó en tanta manera, que en carta de 17 de septiembre, el padre visitador Antonio Leal me escribió lo siguiente: “Por acá se ha dicho que el gobernador de Cocospera le envió a V. R. el bastón y a decir que quería vengar las muertes de sus parientes, que se alzó con todo Cocospera, suplico a V. R. el aviso.” Y sabiendo yo cuán ajenas de toda verdad y de toda caridad eran estas cizañas, envié luego a llamar al dicho gobernador de Cocospera con sus dos hijos, el uno que es fiscal y se llama Matías, y el otro que se llama José y es mayordomo de mis despensas de Cocospera, y como entrambos son buenos vaqueros, estas semanas anteriores me habían ayudado a entregar 200 reses al capitán don Jerónimo Colonmo.

En 20 de septiembre pasé con el dicho gobernador de Cocospera y con sus dos hijos al cercano pueblo de Cucurpe para que se viesen y se satisficiesen sus calumniadores en presencia de muchos españoles y estábamos para pasar a Tuape a ver al padre rector y hasta el valle de Sonora a ver al padre visitador para que todos quedaran satisfechos de cómo había sido una mera calumnia y testimonio que inicualemente se había levantado al inocente gobernador de Cocospera, el cual tiene diferentes buenos papeles, de varios señores alcaldes mayores de capitán general de estas nuevas conversiones y se llama Francisco Pacheco Cevallos, por haber sido en su bautismo ahijado del capitán Francisco Cevallos, por haber sido su fino amante desde que todavía en su gentilidad nos estorbaron la ida a Tuape y a Sonora los señores españoles y dijeron que ellos allá satisfarían al padre rector y al padre visitador y al señor alcalde mayor acerca de la inocencia y lealtad del gobernador de Cocospera, y el señor teniente del real de Bacanuchi me escribió lo siguiente: “Siempre me persuadí ser falso lo del gobernador de Cocospera, que son polvaredas y remolinos de mentiras los que salen de donde V. R. sabe. Y nunca le di yo crédito, y así lo dije cuando me encontré, viniendo de Sonora, a los que me dieron estas noticias y que siempre que salgo para fuera no encuentro sino es confusiones y calumnias destos pobrecitos y amigos pimas, etc.” Hasta aquí el señor teniente.

CAPÍTULO VI.— *Nuevas evidencias de la lealtad destos pimas, y que las hostilidades desta provincia las hacen los enemigos apaches*

El referido señor teniente del real de Bacanuchi, Cristóbal Granillo de Salazar, en carta de 28 de octubre, dándome cuenta de la muerte de su único hijo Antonio, añade lo siguiente: “Las novedades que hay por acá de los enemigos que mataron al soldado y a los hijos de Mecoson, que salió el señor teniente del Presidio, don Gregorio, con los soldados, y en la sierra del Chiricagüi los esperó, y a donde se topó con ellos, y mató cinco enemigos apaches y quitó 76 bestias y las amias del soldado que había muerto. No pido albricias a V. R. de que son apaches (y no pimas, como los desafectos suelen calumniar), porque yo las debía dar, porque ya se va saliendo de la errónea en que hasta ahora estaban metidos muchos, y de las hablillas que ya empezaban a correr, como siempre acostumbraban los pocos afectos, y éstos han sido los que han hecho las muertes en Tuape y en otras partes por el mucho atrevimiento que se les vio cuando se encontraron con los soldados, pues pelearon como valerosos en un llano, echando retos; fueron 16 los apaches, *apaches*, *apaches* y 18 los soldados. Nuestro Señor saque siempre a

luz la verdad.” Hasta aquí, el señor teniente. Hoy, como casi al mismo tiempo, también nuestros pimas habían conseguido sus victorias de los referidos enemigos apaches, trayendo presa de chusma. En una carta de octubre, el padre rector Adamo Gilg me escribió de Matape lo siguiente: “Muy mucho me huelgo de cuán presto e inesperadamente se fue en humo el alzamiento imaginado o fingido, y aunque pues yo no sabía deste particular caso, pero ya estaba muy desconsolado cuando vi por escrito que se temía un gran golpe en la Pimería y a mi padre Kino, *Bonis animis* que gran deseo pretensión y designio, en saliendo en breve de Matape ir a San Javier del Gran Bac de los Pimas, *faxint superierr* superiores.” Y en otra carta antecedente dice S. R. lo siguiente: “Que no muy poca habido la chusma que trajeron los pimas y que la victoria ha sido famosa; bendito sea Dios que otra vez sacó los Pimas de que no son tales cuales los quieren hacer por fuerza.” Hasta aquí el padre rector de Matape, Adamo Gilg y el capitán don Gregorio Álvarez Tuñón y Quirós desde el Presidio de esta provincia, que nunca han de faltar siniestros expositores, pero que no nos diera cuidado que las verdades su lugar se tienen.

CAPÍTULO VII.— *Cartas del padre Francisco María Picolo y del padre Antonio Capuz de la ida del padre rector Juan María de Salvatierra de California a México*

El padre Francisco María Picolo, desde San José de Guaymas, en 20 de octubre deste año de 1704, me escribió la siguiente carta larga: “Mi amantísimo padre Eusebio Francisco Kino: Ésta sirve para notificar a V. R. cómo el padre rector Juan María de Salvatierra, apretado del tiempo sin tocar a esta costa, pasó a Matanchel para México con harto dolor de S. R. y mío, pero esta es la voluntad del Señor, que dispone siempre lo mejor; me escribió S. R. mandándome y rogándome que, con todos los órdenes apretados del padre visitador Manuel Pineiro de volverme yo a California, me quedase yo en esta nueva misión de San José de Guaymas hasta la vuelta de S. R. Pasaron las cartas de V. R. a México con un propio: el alférez Juan Bautista de Escalante; ayer, 12 del corriente, salió deste puerto para California. Vino llamado su merced del padre rector Juan María de Salvatierra por cabo o capitán de aquel Presidio. No pude hacer a boca la diligencia para el señor general Juan Matheo Mange, lo hice por escrito. Tocante a las reses que tiene ofrecidas la más liberal caridad de V. R. para esta nueva misión hasta la vuelta del padre Juan María, no podremos disponer cosa alguna, y a no haber pasado a México S. R., hasta el derrotero me había enviado el padre Juan María, que no fue voluntad del Señor. V. R. esté seguro, tal confianza tengo en el Señor, que la Pimería y la California al paso de las persecuciones, ha de ser sus adelantamientos *ad maiorem Dei gloriam*. Y a pesar de unos celantes de los bienes temporales, para sus propias personas más que para el bien espiritual de éstos y para estos pobres indios. V. R. no se aflija, que Dios tiene escogidos los apóstoles para la Pimería y para la California. Yo, pues, con la misma alegría espiritual, quedo en esta misión como si estuviera en mi querida California. Reciba su Divina Majestad mi rendimiento a la voluntad de mis superiores. Ahora quisiera yo a V. R. por acá, gracias al Señor hay bastante vivienda cómoda buena para una nueva misión; ojalá me pudiera V. R. socorrer con una poca de harina; deseo comer pan, tengo horno y volvieron sus mulas de V. R. con sal y pescado. Mire qué crianza tiene el padre Francisco María. La culpa la tiene V. R. y su grande V mucha muchísima caridad de V. R. Saludo a su mayordomo de California y le deseo ver y conocer. Nuestro Diego Fernández besa a V. R. las manos de V. R. a quien yo deseo mucho consuelo

espiritual y salud para gloria del Señor y bien de tantas almas.” Hasta aquí, el padre Francisco María Picolo. Del padre Marcos Antonio Capuz, desde su misión de Arivechi, me escribe, en 29 de octubre, lo siguiente: “El padre rector Juan María de Salvatierra se embarcó para Matanchel, a principios del corriente en un barco de buceo, y no vino S. R. a Hiaqui, escribiendo que le fue preciso apresurar por las instancias que nuevamente se le hacían de México para el viaje y el alférez Escalante, aunque pasó luego a la California en una lancha, no le alcanzó a S. R., y las reses las tiene el padre Juan de Ugarte.” Hasta ahí, el padre Marcos Antonio Capuz.

CAPÍTULO VIII.— *Carta del capitán Juan Bautista de Escalante de su nueva capitanía en la California en 22 de octubre, y el mismo día murió en México el padre visitador general Manuel Pineiro*

Habiendo sido soldado y alférez deste presidio de Sonora o compañía volante, según la fundó y nombró el señor virrey conde de Gelves el año 1695, el capitán Juan Bautista de Escalante pasó, llamado del padre rector Juan María de Salvatierra, a la capitanía de la California, de donde, en 23 de octubre, me escribió la carta siguiente: “Mi muy reverendo padre: doy a V. R. noticia de mi llegada a este nuevo reino de la California, adonde me hallo con mucho gusto en compañía de los reverendos padres Juan de Ugarte y Juan Manuel de Zafaldra y Pedro de Ugarte, quienes al presente se hallan en esta empresa. El Señor nos ampare y eche su bendición para el adelantamiento de estas pobres almas que ahora van entrando en el conocimiento de nuestra santa fe; no logré la dicha de ver María de Salvatierra, sólo recibí la carta de S. a nuestro muy reverendo padre rector Juan R. después de haber llegado al río de Hiaqui, en que me decía dejaba el padre Juan de Ugarte en su lugar, a quien dejaba encargado se me diese la capitanía. Y tomé posesión de ella el día 22 de octubre con el título que se estila el cual y mi persona están para obedecer a los mandatos de V. R. No doy más noticias por extenso de lo de por acá, por no haber todavía salido desta Pimería. Población de Loreto.” Hasta aquí, el capitán Juan Bautista de Escalante. Y este mismo desde 22 de octubre fue la muerte del padre visitador Manuel Pineiro, como lo escribió el padre Marcos Antonio Capuz con la carta siguiente: “En 22 de octubre murió el padre visitador general Manuel Pineiro, hizo las exequias y entierro el padre provincial de los frailes Agustinos, fray Diego de la Cadena, con concurso de todas las religiones y de todo México; abrióse el pliego y luego se hizo correo al encuentro del padre Juan María de Salvatierra, que había salido de Guadalajara a 26 de octubre y el correo, errando a dicho padre en el camino a Guadalajara, a 1 de noviembre, y luego volvió para México y no se duda que ya el padre Juan María de Salvatierra es provincial.” Hasta aquí, el P. Marcos Antonio Capuz.

CAPÍTULO IX.— *Carta del capitán don Gregorio Álvarez Tuñón y Quirós de que, recorriendo las fronteras, viene a esta Pimería, y Pascua de Navidad que tenemos en el nuevo pueblo de Nuestra Señora del Pilar de Cocospera en 17 de septiembre deste año de 1704*

El capitán don Gregorio Álvarez Tuñón y Quirós, desde su Presidio de Corodeaguchi, me escribió la carta siguiente: “El haber diferido a la de V. R. ha sido por no haberseme podido lograr el pasar yo personalmente a dar las gracias a V. R. por el servicio que a S. M. quiere hacer en que me acompañen los Pimas para la campaña, y ahora, aunque estoy esperando dos correos, uno de México y otro del Parral, he determinado salir a reconocer lo de Terrenate y llegar a este pueblo de V. R. de Cocospera, en donde espero nos veremos y comunicaré si mi celo es el que

los Pimas estén bien opinados y me ha parecido despachar a los portadores para dar este aviso a V. R. y que la adjunta se sirva de despacharla luego al teniente de esos Pimas, a quien cito también para que nos veamos en dicho pueblo de Cocospera y saldré de aquí, Dios mediante, sin falta el jueves. Suplico a V. R. me prevenga cinco cargas de harina.” Hasta aquí, el capitán don Gregorio, en la carta que me despachó con dos soldados y para que se lograra mejor la buena disposición de esa entrada y campaña que determinó hacerla en compañía de muchos pimas.

A 25 del próximo siguiente mes de enero determiné el pasar y pasé a tener las fiestas de la Pascua de Navidad a mi tercer pueblo de Nuestra Señora del Pilar de Cocospera, adonde concurrió el dicho señor capitán don Gregorio Álvarez con muchos soldados y el señor teniente de esta Pimería y yo, y acudieron a la solemnidad de dicha Pascua y a la muy buena iglesia y casa de dicho pueblo no sólo los naturales de mis tres pueblos, sino también un grande concurso de capitanes y gobernadores de tierra adentro, así del norte como del nordeste y del noroeste. Hubo todos los oficios que se estilan en las buenas parroquias; se predicó en la lengua de los naturales y en castellano; hubo muchas confesiones y comuniones, entre ellas la de señor capitán don Gregorio, que, con su buen ejemplo, edificó y animó a otros a frecuentar estos santos sacramentos. Hubo buena capilla de cantores, se catequizaron y bautizaron muchos naturales y hubo casamientos *in facie ecclesie*, con bailes y fiestas y buenas comidas para todos, y se determinaron muchas cosas provechosas para el bien y adelantamiento destas muchas conversiones, y para el bien de esta provincia, aunque no faltaron sus acostumbrados obstáculos; el uno de ellos fue el que me escribió el teniente del real de Bacanuchi en carta del 26 de diciembre con estas palabras: “Pongo en noticia de V. R. de cómo los enemigos de Mabobabi le salieron a dos soldados, Juan Mazón y Antonio de Barrios, y a un indio que llevaba ropa para el padre Basilio, y ejecutaron su traición; como siempre, mataron a los dos soldados y el indio se escapó por obra de Dios y se llevaron la ropa y los despojos de los soldados y los caballos; dicen entran rastros de enemigos por Chinapa y Monte Grande.” Hasta aquí, el señor teniente de Bacanuchi, Cristóbal Granillo de Salazar.

CUARTA PARTE [1705-1706]

DE LOS FAVORES CELESTIALES DE JESÚS Y DE MARÍA SANTÍSIMA Y DEL GLORIOSÍSIMO APÓSTOL DE LAS INDIAS, SAN FRANCISCO JAVIER, EXPERIMENTADOS EN LAS NUEVAS CONQUISTAS DE ESTA PIMERÍA Y SUS CONFINANTES NUEVAS NACIONES DE ESTA PROVINCIA DE SONORA Y DE LA NUEVA ESPAÑA Y AMÉRICA SEPTENTRIONAL POR LOS AÑOS DE 1705 Y 1706

PRÓLOGO

AL BENÉVOLO LECTOR

Habiendo escrito las tres antecedentes partes destes favores celestiales tres años ha, así con las muchas ocupaciones como las varias contradicciones y oposiciones que Nuestro Señor ha permitido hubiese en estas nuevas conversiones con la duda del paradero, que podían venir a tener o si habían de servir o no estos papeles, se suspendió la pluma en escribir la prosecución deste tratado, hasta este presente año de 1709, cuando recibo nuevas cartas, así de nuestro padre general, Miguel Ángel Tanburin, como de otros padres y personas graves que me motivan a proseguir en esta empresa. La muy paternal santa carta de nuestro padre general contiene estas palabras: “Muy mucho me alegro que V. R. continúe su tratado de esas misiones con el título de favores celestiales de que nos envió acá la primera parte, las otras dos que V. R. ofrece espero y que todas ellas se aprueben en México para que salgan a luz las noticias que V. R. me da. Me llenan de gozo y deseos de corresponder a las ansias y gloriosos trabajos de V. R. y de sus compañeros de acá. Las guerras, etc., nos tienen detenidos los misioneros.” Hasta aquí, nuestro padre general. Y el padre Fernando Bayezca me escribió estos días que acababa de recibir un nuevo libro, impreso en París en lengua francesa el año 1705, con su nuevo mapa de estas nuevas conquistas y nuevas conversiones y de sus nuevos descubrimientos con este epígrafe: *Pasaje par terre a la Californie decouvert par le R. Père Eusebe Francisco Kino Jesuytc enconboyt, encore les nobeles misiones de cè PP. de la Compañía de Jhesús*, holgándose mucho del descubrimiento del paso por tierra a la California. La venida del padre visitador de Taramares, Antonio de Herrera, a estas misiones de Sonora y a ese pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, quien se sirvió de consolarnos y animarnos muy mucho, haciendo muchos bautismos y casamientos y prometiendo a los capitanes y gobernadores de tierra dentro que aquí estaban los padres misioneros que con tiernas instancias le pidieron; el haberme escrito en su visita el padre Francisco Paría Picolo estaba S. R. con muy grandes y muy ciertas esperanzas que, al paso que eran muchas las persecuciones de la California y de esta Pimería, habían de ser muy favorables

sus fomentos y adelantamientos, que siempre así todos los siguieron mayores, y con especialidad el actual padre provincial Juan de Estrada, como otros padres graves y otros muchos religiosos de otras religiones y otros señores seculares han sido del mismo dictamen que estas nuevas conversiones a su tiempo habían de tener muy grandes adelantamientos, que, aunque en el espacio de veintitrés años que hace se dio principio a estas nuevas misiones, no han venido y llegado los muchos padres que se necesitaban; los padres provinciales siempre los han enviado y la contradicción humana los quitó o quita. La Divina Soberana Providencia de Nuestro Señor, como escribe el padre Francisco María Picolo y lo ha confirmado el padre visitador Horacio Polici, sabrá a su tiempo enviar los padres predestinados y escogidos para tan dichoso ministerio del bien de tantas almas, porque, aunque por acá ha habido y hay la referida oposición, todas estas muchas conversiones están siempre en una muy continuada paz y quietud, con la muy constante perseverancia de desear y pedir padres misioneros y el santo bautismo, y gracias al soberano Señor, con prosperidad se va dilatando siempre más y más la enseñanza de la ley santa de nuestra santa fe católica y crecen en gran número los catecúmenos y los pretendientes de recibir el remedio de su eterna salvación.

LIBRO PRIMERO

NUEVO GOBIERNO.— PADRE PROVINCIAL JUAN MARÍA DE SALVATIERRA.—
PRIMERA Y SEGUNDA PERSECUCIÓN DE ESTAS NUEVAS CONVERSIONES EN
ESTOS PRIMEROS MESES DE ESTE AÑO DE 1705 Y EL BUEN SUCESO CON QUE
NUESTRO SEÑOR, CON SUS CELESTIALES FAVORES, SE SIRVE DE SACARNOS CON
BIEN DE ELLAS

CAPÍTULO PRIMERO.— *De la llegada del padre rector Juan María de Salvatierra de la California a México, adonde S. R. entra por padre provincial de esta Nueva España*

Una de las más principales personas de esta provincia de Sonora, acerca de la llegada a México del padre rector Juan María de Salvatierra y acerca de unas persecuciones que por acá había, me escribió la carta siguiente: “Remito el informe que hemos hecho y firmado los amigos del bien común y de la provincia con ánimo de presentarlo a los superiores mayores, pero creo que Dios Nuestro Señor mira por las causas de V. R. y de esas nuevas conversiones y frustra los nocivos designios de los adversarios, con lo que diré ahora, de lo cual pido albricias, y es que acaba de llegar a México Joaquín de Mora con la noticia de haber muerto el padre visitador general, padre Manuel Pineiro, y en su enfermedad (de la cual falleció) escribió al padre rector Juan María con propio que le hizo que se encontró en Guadalajara con dicho correo, y el contexto de ella era de que dicho padre rector Juan María aceleraba y apresuraba el viaje al llegar a México; que tenía que comunicarle muchos negocios ajenos y concernientes a la sagrada religión y conversiones; y por prisa que se dio de ir por posta, S. R. ya lo halló difunto, pero dejó por escrito la disposición de los negocios y que quedara dicho padre Juan María en su lugar de visitador general y de provincial, etc. Y el padre Marcos Antonio Capuz escribió que luego se hizo correo al encuentro del padre Juan María de Salvatierra, que había salido de Guadalajara en 26 de octubre, y el correo, errando al dicho padre en el camino, llegó a Guadalajara en 1 de noviembre y luego volvió para México, adonde el referido padre provincial Juan María de Salvatierra gobernó y visitó la provincia hasta que otra vez volvió a la California, y de la California segunda vez a México, y de México, dejando por su sucesor al padre provincial Bernardo de Rolandegui, volvió tercera vez a la California. Como de todo se escribirá en su lugar y a su tiempo.”

CAPÍTULO II.— *De la primera y muy grande persecución que hubo estos tres meses de enero y febrero y marzo, en especialidad, contra este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores*

Un indiscreto teniente dio en que los de este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, aún valiéndonos para esos casos de dádivas, habíamos enviado las justicias de aquí a sacar los indios

de otros pueblos, para agregarlos a estos pueblos. En que nos culpaban y perseguían y molestaban muy gravemente, y vino la Real Justicia, el dicho teniente por repetidas veces, con otros acompañados violentamente y con mucho rigor de muchos azotes y de gravísimas amenazas de la horca y de la muerte, etc., a sacamos muchos indios; en una sola ocasión más de 90, y diciendo las justicias y el gobernador de este pueblo que aquellos indios ni con dádivas ni por ningún modo los habíamos sacado de otros pueblos, sino de su *motu proprio*, por causas muy graves que alegaban, como libres que eran, se habían agregado a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores. Se determinó llamarlos aparte y preguntarles si se habían sacado con dádivas o sonsacado y que adonde o en cuál de los pueblos gustaban más de vivir, y todos menos tres (que de ellos después se quedaron los dos) dijeron que nadie los había sonsacado o llamado, que todos se habían agregado a este pueblo de su espontánea voluntad y rogaban se dejaran aquí en su quietud, adonde se hallaban con todo consuelo. No obstante, después de unos días, se sacaron en mi ausencia con mucha violencia y con insultos rigurosos, castigos de azotes y amenazas de muerte muchos de estos pobres naturales, que los más, después de poco tiempo se solían volver a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, adonde se encuentran hasta el día de hoy. La persecución pasó más adelante y aún tierra adentro, adonde teníamos y todavía, gracias al Señor, con prosperidad, tenemos unas muy buenas nuevas misiones, incoadas con lo necesario para los padres nuevos, que, Dios mediante, fueron viviendo con buenos principios de doctrina cristiana y de bautismo, con casa en que vivir, con ganado mayor y menor y caballada, con sementeras y cosechas de trigo y maíces y frijol. Se nos desconsoló grandemente la gente, queriéndola este indiscreto teniente sacarla de sus acomodados buenos puestos y muy pingües tierras, para llevarla por sus propios intereses y escusado servicio a otros puestos para esas gentes menos acomodados, y esta persecución le sacó de las casas de las misiones incoadas el bastimento trigo y maíz, el tercio de sal, el ganado menor y la pobre llorosa gente, con ánimo de ir en otra ocasión a sacar también el ganado mayor y las manadas de yeguas y dejar todo destruido. Hasta una ermita en que decíamos misa y se enseñaba la doctrina cristiana y se rezaban las oraciones mañana y tarde nos la quemaron desatentísimamente nuestros perseguidores, hasta que Nuestro Senos fue servido que, metiendo la mano algunas personas prudentes y cristianas, volviéndose la gente a sus nuevas misiones incoadas, se nos restituyó nuestro ganado menor y hubo gran sentimiento, de los buenos por lo sucedido, y entre otras personas celosas del servicio de ambas majestades, el padre Horacio Polici me escribió lo siguiente: “Por una parte me pesa muy mucho de la persecución tan inicua, y por otra parte envidia a V. R. la paciencia y virtud tan fuerte”. Hasta aquí, el pasado padre visitador, y el padre visitador actual, el padre Antonio Leal, en 6 de marzo, me escribió lo siguiente: “Ayer viniendo de Arizpe, recibí la de V. R. de 24 del pasado y, poco después, la de 3 deste. Ambas me lastimaron mucho, así por los trabajos de los pobres naturales como por el desconsuelo de V. R. que como son hijos de dolor, engendrados a costa de tantos pasos, cuidados y diligencias de V. R. es más sensible su pérdida y cual quiera molestia o vejación. Ya escribo al señor alcalde mayor y espero en el Señor que todo tendrá remedio; después pasó al valle de Sonora el padre Jerónimo Minutili, y, habiéndose informado de todo el padre visitador Antonio Leal, quedó S. R. asombrado y consolado, no obstante de persecución. Se originó la siguiente.

CAPÍTULO III.— *Segunda muy grave y muy injusta y muy calumniosa persecución contra los dos más principales capitanes de estas nuevas conversiones*

Cuando, en estos meses, el indiscreto teniente desta Pimería entró a Santa María a sus rescates de sus maíces (que por ellos decía había pretendido y conseguido el tenientazgo desta Pimería), le dijo el capitán Coro, que en el bautismo se llamó y se llama Antonio Leal, que no hiciese tantas y tan rigurosas vejaciones y malos tratos a los pobres pimas, que no le daban motivos para ello, porque podía correr riesgo que se retirasen a los cerros o a los enemigos jocomes y apaches. Sintióse tanto de estas aunque muy justas palabras, que ya el capitán Coro y al otro otro capitán y gobernador de Cocospera, llamado Francisco Pacheco (vulgo *Cola de Palo*), los acusó con el señor alcalde mayor y con el padre visitador y con el general Juan de Retana, que había venido a negocios del presidio de esta provincia, de que estaban alzados y metidos con el alzamiento de la mayor parte de esta Pimería y que estaban para venir ir a dar un gran golpe en esta provincia de Sonora. Ya nos daban estas aunque muy siniestras noticias, causaron mucha novedad y dieron mucho cuidado a toda esta provincia de Sonora; ya nos mandaban salir de la Pimería y sacar y asegurar las cosas de las iglesias, y en 25 de marzo me escribió el padre visitador, Antonio Leal, la carta siguiente: “Deseaba mucho carta de por allá por la mala noticia que ha venido de que el Coro venía a matar padres y a cuantos encontrara; anoche tuve esta noticia y luego la participé al alcalde mayor, que ahora creerá, y al general Retana; espero respuestas; la de V. R. me ha consolado mucho, que aunque éstas con estos sentimientos el Coro, pero según la de V. R. no es tanto; quiera Dios no pase adelante. Si hay riesgo que V. R. reconozca luego, se salgan y aseguren las cosas de las iglesias y lo que se pudiere, que así lo tengo escrito también al padre rector V. R., por más inmediato, si tuviere algunas noticias de eso las participe luego a los padres, y que aseguren las vidas y lo que se pudiere; tanto se han tardado en quitar la causa, que se sigue el efecto que temíamos; Dios nos defienda y me guarde a V. R. y a (los) padres. Ya dicen que están en Culiacán los dos padres que venían; llegarán a mal tiempo si está tan mala la Pimería, aunque dicen han venido mucho de tierra adentro a ver a V. R.” Hasta aquí el muy mal informado, el padre visitador Antonio Leal, y de la misma manera el muy siniestramente informado capitán Juan Díaz de Terán, que estos meses acababa de ser teniente de esta Pimería de su muy indiscreto sucesor, me escribió lo siguiente: “Llegué a esta su casa de V. R. con salud a Dios gracias; en el camino topé una carta del actual capitán, teniente de esa Pimería, en que me pide escolta, porque el Coro estaba en la estancia del Siboda matando manadas de yeguas y ganado, y dice pasaría a matar los padres y otras desvergüenzas. Tales dicen que dice trae mucha gente de tierra adentro. Nuestro Señor les ataje tan malvados intentos y me guarde a V. R., etc.” Hasta aquí el capitán Terán; pero todo fue una mentira, ficción, quimera y calumnia, como luego se verá, y que no pudo servir de otra cosa que de este gusto al común enemigo de estorbar como siempre la venida de los tan necesarios padres misioneros, y que con eso se estorbe y atrase la eterna salvación de las almas.

Omito aquí otras muchas cartas largas que me escribieron, así el padre visitador Antonio Leal como el general Juan de Retana, y otros muy siniestramente informados, que me pedían con instancias que yo cooperara a que se fueran reduciendo y sosegando estos alborotos de estos

capitanes y de esta alzada Pimería; que se quitaría el indiscreto teniente; que se les daría satisfacción a los agraviados capitanes pímicos, y que en esta composición y sosiego de este alzamiento yo haría una cosa de mucha honra y gloria mía y de nuestra santa madre la Compañía, etc.; pero todo no fue más que una mera quimera y calumnia, como se verá en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO IV.— Manifiesto desengaño de que no hay el menor rastro del fingido alzamiento que se decía ni entre los referidos capitanes ni en otro alguno de esta Pimería, así de las cartas y certificaciones del general Juan de Retoño como las del señor alcalde mayor de esta provincia se saca el desengaño y la calumniosa falsedad del alzamiento, y la inocencia destes capitanes pímicos de esta Pimería

El general Juan de Retana, capitán del presidio de San Francisco de Conchos, habiendo venido a esta provincia de Sonora en 25 de marzo, me escribió lo siguiente: “Con el capitán Cristóbal Granillo de Salazar envié a V. R., y también a los hijos pimas, y en particular a las cabezas, mis muy íntimos saludos por hallarme entendiendo en este presidio y provincia en cosas del servicio de S. M., por orden del excelentísimo señor virrey, duque de Alburquerque. Mucho agradezco a V. R. las memorias de los pimas y también de los de tierra adentro, a quienes se las retorno con todo afecto y suplico cuando puede, que por lo que me notició el padre Leal, con el celo que le asiste a V. R., del servicio de ambas Majestades y el bien y quietud de estos naturales el despachar de mi parte mensaje al capitán Coro, asegurando de parte del señor gobernador deste reino, y de la mía en su nombre, que será atendido y amparado de nuestra parte si hubiere remedio; él o los suyos algún agravio del teniente o de otros españoles, y siendo cierto se transpusieron contra su voluntad unos indios a otro pueblo, no siento bien del caso.” En 2 de abril me escribió el señor alcalde mayor don Miguel de Abajo lo siguiente: “Acabo de llegar a este valle de Bacanuchi, y en mi compañía doce soldados, pues con las noticias y cartas así del muy reverendo padre visitador como de otras personas de hacia estos países, me ha sido preciso salir intempestivamente de mi casa, con bastante pesar y disgusto por el mucho que ha ocasionado la noticia de alzamiento de esta nación Pima en toda la tierra; pero habiendo llegado a este valle he hallado una de V. R. escrita al general Juan Matheo, con cuyas noticias quedo muy gustoso, y porque pasado mañana espero llegar a ponerme a la obediencia de V. P. R. en el pueblo de Cocospera, a donde estimaré a V. R. me mande llamar al capitán Coro y sus cabezas y todos los demás gobernadores, a quienes tengo y deseo de hablar y ver a V. R. con toda salud; que Nuestro Señor se las guarde.” Y dos días después, en 4 de abril, me escribió su merced lo siguiente: “Acabando de llegar a este pueblo de Cocospera, a donde he recibido la de V. R., y con ella y ver a los indios significó a V. R. he tenido especial consuelo; pésame no haberle tenido con V. R., y para lograr esta dicha, cuanto antes quisiera me concediese V. R. una súplica de parte de todos estos señores soldados y vecinos del valle de Opodepe y mía, y que respecto de traer la caballada postrada y haber llegado tarde, no he pasado determinar pasar esta tarde, y sí mañana, día Domingo de Ramos, nos hiciera caridad a Nuestra Señora de los Remedios tuviera de más a más consuelo espiritual de la misa; que si pudiéramos pasar a Nuestra Señora de los Dolores esta molestia; pero es imposible, y porque todos fiamos en la mucha caridad de V. R.

merecerle este favor, pediremos a Nuestro Señor nos guarde a V. R. muchos años.” Hasta aquí el señor alcalde mayor y los señores vecinos del valle de Opodepe, que con el pasado señor teniente Juan Díaz de Terán, por esta parte del poniente, también habían entrado a juntarse con los soldados que habían venido, y había de venir de vuelta de Bazera y Janos a sosegar el sonado alzamiento que se halló ser quimérico, porque habiendo yo entrado a Cocospera llamé, y vino luego, el capitán Coro con su muy amigable gente, y el capitán Pacheco y el gobernador de Cocospera lo hallaron allí con su gente quietísimos, y nos vinimos todos amigabilísimamente a tener la Semana Santa y la santa Pascua de Resurrección a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, que todo se celebró con toda solemnidad y con grande concurso, así de muy muchísimos españoles y soldados como de la muy numerosa gente que concurrió de tierra adentro a las procesiones de penitentes de la Semana Santa y cumplir todos con la Iglesia. Y luego despaché con carta mía los capitanes que tan injustamente se habían tenido por alzados a que pasasen personalmente a ver al señor general Juan Francisco de Retana, como pasaron, y su merced, en 21 de abril, me escribió lo siguiente: “Ayer, 20 del corriente, recibí las dos de V. R., de 7 y 15, con los capitanes y gobernadores Francisco Pacheco y el Coro, llamado Antonio Leal, con quienes doy respuestas a las dos referidas. Mucho estimo las noticias que V. R. se sirve darme de hallarse en toda paz y quietud toda la nación Pima, y lo mismo me aseguran los cabezas Francisco Pacheco y el Coro, y sin duda que tendría V. R. mucho gusto con la concurrencia del señor alcalde y vecinos de Opodepe y soldados, y de la mucha Pimería de los inmediatos a estos pueblos y gentiles de tierra adentro a distancias largas en la Pascua, y a todos agradezco los saludos que en la de V. R. me envió, a quienes suplico a V. R. se las retome de mi parte con todo afecto que les asistiré en lo que se ofreciere. Así les he asegurado a Pacheco y al Coro, a quienes les he dado las hablas convenientes para su quietud y conservación debajo de la obediencia de S. M., que Dios guarde; asegurándolos lo mismo de parte del señor gobernador y capitán general de este reino; y todos nos hallamos con el conocimiento de las muchas entradas que V. R. ha hecho a dicha nación y a las demás contiguas a ella, y también del copioso número que se compone con los ánimos dispuestos a recibir el agua del santo bautismo, efectos todos del gran celo y trabajo de V. R. en el bien de esas almas; asimismo quedo enterado de los correos que V. R. tuvo enviados por la nación y capitán de Quiquimas, que vive en Río Colorado, y remitió a V. R. las conchas azules de la contracosta, con la noticia de haber descubierto paso por tierra a la California, de que me alegro, y en el valle de Sonora podremos concurrir e informar. A Pacheco y al Coro les he hecho el agasajo y regalo que permite este retiro, y sólo siento el que no me cogiesen en mi presidio para hacer la demostración que acostumbro con tales cabezas en regalos. Hasta aquí el general Retana y dicho regalo con mucha caridad y con muy cristiana enseñanza; así a estos dos capitanes pímicos como a los demás hijos que fueron en su compañía mucha ropa con paño, sayas, sombreros, cuchillos, listones, bayetas, y volvieron muy contentos, consolados, edificados, así ellos como toda la nación. En otras muchas cartas me escribió su merced mil finezas, y que se quitaría al indiscreto teniente, por lo mucho que conviene se excusen quimeras, que perturban a los hijos, siendo como su merced dice, en perjuicio de las almas, impidiendo por ello la venida de los padres ministros evangélicos. También hubo las

certificaciones jurídicas del señor alcalde mayor y del mismo teniente del buen estado de la Pimería, y que en ella no les vio el menor rastro del soñado y calumnioso alzamiento.

CAPÍTULO V.— *Cartas de dos padres visitantes que afianzan el referido desengaño, acompañado del buen estado de esta Pimería*

Al padre visitador Antonio Leal, con el nuevo gobierno del padre provincial Juan María de Salvatierra, le vino a suceder el padre visitador Francisco María Picolo, que entrambos muy bien y muy verídicamente informados, así de las reales justicias como de diferentes padres, me escribieron las dos cartas siguientes. El padre visitador Antonio Leal, en 1 de abril, desde Banamichi, ya de noche, según decía porque el día siguiente iba a tener la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores, escribe así: “Doy a V. R. muchas y muy repetidas gracias por esta carta de tan buenas, alegres y gustosas noticias, porque estábamos acá, y toda la provincia está, con gran cuidado de lo que habían escrito del Coro. Dios le pague a V. R. y conserve al dicho Coro en su santa gracia y santa fe. El señor alcalde mayor me escribe que ya enviaba a quitar al teniente estando buena la Pimería. No dudo que el padre visitador nuevo, Francisco María Picolo (que esta Semana Santa estará en Matape), pondrá allá los dos padres nuevos, aunque con las noticias pasadas, que ya habrán llegado hasta el real de los frailes, Sinaloa, vendrán con algún recelo. Otras muchas veces estimo a V. R. tan buenas nuevas y que estén tantos hijos en venir a tener la Pascua con V. R., a quien las conceda Nuestro Señor tan alegres y buenas, como buena noche me ha dado y da V. R., y le ruego que en sus santos sacrificios me encomiende a Nuestro Señor. Bananchi y abril 1, noche.”

Hasta aquí el padre visitador Antonio Leal.

Y el padre visitador nuevo, Francisco María Picolo, desde Matape, en 14 de abril, me escribió lo siguiente: “Hoy, con cuánto gusto y consuelo recibo las dos gratísimas de V. R., por las noticias que me dan de la salud de V. R., a quien Nuestro Señor se la prospere para muchas y felices Pascuas de Resurrección, y por el consuelo que V. R. me da del estado de la Pimería, pues las voces siniestras que corrían me pusieron en algún cuidado, aunque me había sosegado con las cartas del padre Antonio Leal; ahora, con las de V. R. quedo consolado. Sea Dios bendito y me dé gracia de ver a V. R. con salud y nuestra Pimería alegre y quieta, a pesar del demonio que busca ruidos, se han de asentar y adelantar esas apostólicas Misiones; tenga V. R. aguante y paciencia, que confío en el Señor que todo se ajustará y compondrá, y las tramoyas de todo el infierno contra la Pimería *non prebuleynti*. Mañana, miércoles, siendo Dios servido, pasaremos a los Ures, y tomo ese rumbo por verme cuanto antes con V. R. y con mi padre Jerónimo Minuteli, a quien saludo de corazón.” En 29 de abril, desde Guepaca, me escribe S. R. lo siguiente: “No quisiera escribir, sino hablar, *os ad os*, con mi deseado padre Eusebio Francisco Kino. Me hallo ocupadísimo, y me alegro que mi querido padre Jerónimo es carta viva, y estoy enterado de lo sucedido: Dios quiere mucho a esas almas. El demonio, por más alborotos que ponga, *non preciale vite*. El padre Goñi escribe que el padre Juan María de Salvatierra, por junio, pasará a California, habiendo primero vigilado la provincia. Aguardo al general Juan de Retana, que me ha citado para el día 7 de mayo.” Con esta carta de 7 de mayo de S. R., y con otra del general Juan de Retana, pasé al valle de Sonora a encontrar a S. R. y a informar de todo y de la gustosa y solemne Pascua y Semana Santa que habíamos tenido de los padres que necesitábamos y se nos

prometieron: pero la acostumbrada contradicción de siempre estorbó su venida el día de hoy ya por espacio de veintitrés años, como diré en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.— *De los muy grandes y lastimosos atrasos del bien de las almas, que, los calumniosos siniestros informes y falsos testimonios han causado en estas nuevas conversiones*

Al fin y remate del antecedente capítulo IV deste libro, uno desta cuarta parte, “destos favores celestiales” dice muy cristianamente en su prudentísima carta que conviene muy mucho se excusen quimeras que perturban a los hijos, pues son, como su merced muy católicamente dice, en perjuicio de sus almas, pidiendo por ellas la venida de los ministros evangélicos, y es la simplísima verdad, que en medio de otros mil favores celestiales, que por otros caminos, continuadamente con estas nuevas conquistas y nuevas conversiones, nos ha hecho Nuestro Señor, hemos experimentado este lastimoso atraso de que por estos siniestros informes y por sus porfiadas contradicciones y muy injustas oposiciones, ya por espacio de veintitrés años no han venido los padres misioneros, que tanto se necesitan y tantas y tan repetidas veces, nos han prometido y aún enviado los superiores mayores, como diré primeramente con estas quiméricas contradicciones y calumniosos informes de fingidos alzamientos que acabo de referir y lo refieren las cartas que alego en estos capítulos antecedentes, nos estorbaron lastimosamente la venida de los dos padres que se nos enviaban, y como refiere la carta del padre visitador Antonio Leal, en el capítulo III desde libro primero, que venían caminando, ya estaban en Culiacán, y ninguno de ellos llegó a estas nuevas conversiones.

II. Se ha divulgado, y es cosa cierta, que por semejantes contradicciones e informes siniestros y pleitos que nos han metido los desafectos, no quedaba ya bien poblada de padres misioneros toda esta dilatada Pimería.

III. Muy muchos padres se nos ha enviado en tiempo de todos los padres provinciales, que en estos veintitrés años ha habido y siempre los ha estorbado la referida contradicción y oposición de los siniestros informes de los desafectos: así nos envió siete padres misioneros, para estas nuevas conversiones, el padre provincial Diego de Almonacid, según S. R. lo escribió a Roma, a nuestro padre general Thirso González, y su paternidad de Roma me le escribió a estas nuevas conversiones, y no llegaron acá los padres.

IV. Cuando trece años ha pasé a México a conseguir padres para esta Pimería, el padre provincial Juan de Palacios me señaló y dio cinco padres, con muy buenas esperanzas; que después me enviaría otros más, así que en breve acabasen de ordenarse y saliesen de tercer año de probación, y hemos quedado sin ellos y estamos necesitándolos hasta el día de hoy. Todos los demás padres provinciales nos han enviado padres misioneros, y me los nombran en sus santas cartas; pero no han llegado acá. Pocos años ha, un parte provincial me envió cuatro padres nuevos juntos para estas nuestras conversiones, que llegaron con felicidad hasta Sinaloa y Conicari; y la acostumbrada contradicción envió los siniestros informes de que la Pimería estaba alzada. Se me dio parte desto desde Conicari, con el sentimiento de tanta desgracia, en tiempo de la venida de cuatro padres misioneros; despaché propio y testigo ocular, que acababa de hacer conmigo una entrada de más de ciento y setenta leguas, hasta Conicari, y avisé de cómo no había el menor rastro del más leve alzamiento; pero ya, entre tanto, los cuatro padres se habían

acomodado en otras partes de por allá, y se había dado parte de ello al padre provincial, y ninguno de los cuatro padres que nos había enviado el padre provincial, por los acostumbrados siniestros informes de la contradicción de siempre, llegó a estas nuevas conversiones que tanto los necesitan; nuestro padre general Miguel Angel Tamburini, en carta muy paternal y finísima, que estos meses recibí, me dice tiene días ha prevenidos padres misioneros para enviar a estas nuevas conversiones, que sólo quedan detenidos por las guerras y peligros de los mares. No obstante, me dicen que ya algunos han llegado a México, a donde ya hay sujetos que enviar; pero que les falta el avío para el camino y por acá; actualmente tratamos de enviar algunas mulas y algunos pesos para esta ayuda de este gasto, que acá tenemos Misiones incoadas con prevenciones de casas, de trigos y maíces, ganado mayor y menor y tierras de pan llevar y fertilísimas, y esperamos en la muy amorosa gran providencia de Nuestro Señor, que con los padres misioneros que no han venido hasta ahora vendrán a su tiempo en mayor y más cumplido número, y pues Nuestro Señor se sirve de darnos tan a manos llenas tan copiosas y sazonadas y tan maduras mieses, de tan dilatadas nuevas naciones que son de 200 y más leguas desta América Septentrional, que no discurríamos mal el padre visitador Manuel González y yo cuando veinte y dos años ha decíamos que habíamos de necesitar de cincuenta padres misioneros operarios para estos tan dilatados campos de esta América Septentrional, que entonces teníamos acá vista y ahora, gracias al Señor, la tenemos muy doméstica entre manos; y desde entonces, desde Oposura, partido que administraba dicho padre Manuel González, a donde fui a ver y comunicar las cosas con S. R.; veinte y dos años ha que escribimos este punto, y que a su tiempo necesitaríamos 50 padres misioneros a nuestro padre general a Roma, y parece que, gracias al Señor, se nos van ya cumpliendo en la mayor parte nuestros deseos con especialidad, por cuanto con grandísimo consuelo nuestro nos acaba de escribir nuestro padre general Miguel Ángel Tamburini que no nos hemos de persuadir, que pues Nuestro Señor en tiempos tan batidos nos da los felices descubrimientos de tantas nuevas naciones y de tantas almas, no ha de ser para que las veamos perderse y condenarse, sino para darnos medios y fuerzas de sacarlos de sus montes y meterlas en pueblos, iglesias, y que se salven.

LIBRO II

VENIDA A ESTAS NUEVAS MISIONES Y VISITA DEL NUEVO PADRE VISITADOR FRANCISCO MARÍA PICOLO

CAPÍTULO PRIMERO.— *Venida del padre visitador Francisco María Picolo a este primer pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, donde tiene la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor*

Habiendo pasado al valle de Sonora, de vuelta vino conmigo el padre visitador Francisco María Picolo a este valle de Opodepe y de Nuestra Señora de los Dolores, y habiéndose S. R. quedado por unos pocos días en la visita de los tres pueblos del padre rector Melchor de Bartiromo: Opodepe, Tuape y Cucurpe, en 18 de mayo me escribió S. R. la carta siguiente: “Con mucho gusto mío recibo la gratísima de V. R. por la noticia que me da de su buena llegada a su santa casa y Misión; Nuestro Señor se la prospere según mis deseos y para mucho bien de esos muy deseados hijos, a quienes espero ver miércoles por la mañana, siendo Dios servido; y ponerme a la obediencia de V. R. Saldré, pues, víspera de la Ascensión del Señor. Con lo cual vino S. R. a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores a donde tuvimos con mucho consuelo y con mucho concurso de muchos naturales, capitanes y gobernadores, que algunos habían venido de tierra muy adentro a la fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor, en la cual S. R. cantó la misa solemne, con la buena capilla de cantores que aquí había, y en ella predicó a los hijos en lengua pima un fervoroso sermón.” Tratamos de la conversión desta dilatada nación y de sus confinantes y del socorro de la California, prometiéndonos S. R. muchos padres. Gustó S. R. de ver esta buena y capaz iglesia, con buenas campanas y ornamentos, buena casa y buena huerta. A los tres días pasamos a la cercana Misión de San Ignacio, que la administraba y la administra todavía el padre Agustín de Capuz, el cual nos vino a encontrar a más de la mitad del camino y en su segundo pueblo de Santa María Magdalena, a donde estaba fabricando la iglesia y la casa. Nos recibió con todo agasajo, y volviéndome yo a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, pasó después de pocos días el padre visitador, con el padre Agustín de Capuz, camino de 15 leguas al poniente, a la Misión de San Pedro y San Pablo del Tubutama, que la administraba y la administra el padre Jerónimo Minuti, cuyo segundo pueblo es Santa Teresa de Caborca, y el tercero, San Antonio del Uquitoa, y en todas partes se estaba fabricando, habiendo ya tomado a mi cargo la fábrica de la iglesia de San Pedro y San Pablo del Tubutama, por tener gracias al Señor, acabadas ya las tres iglesias de los tres pueblos de mi administración y desde San Pedro y San Pablo del Tubutama, en 31 de mayo, me escribió el padre visitador la carta siguiente: “Prospere Nuestro Señor la salud de V. R. según mis deseos, a cuyos órdenes queda la mía para servir a V. R. Recibí cartas del padre provincial, y tenemos que hablar; el padre rector Bartiromo

me dice que, por ahora, no se puede hacer la Junta que decíamos, aunque venga S. R. para la fiesta del Corpus a Nuestra Señora de los Dolores, como también irá el padre Agustín el miércoles; siendo Dios servido, estaremos de vuelta en Santa María Magdalena. El padre Agustín y el padre Jerónimo saludan a V. R. de corazón. Me alegraré haya V. R. tenido el día de Pascua de Pentecostés con todo consuelo. Sea para muchos años. Tubutama, y mayo 31 de 1705. Humilde siervo y todo de V. R., Francisco María Picolo.” Después vino S. R. al pueblo de Santa María Magdalena, de donde, en 3 de junio, me escribió que así S. R. como el padre Agustín deseaban venir a ver mis nuevas iglesias y a tener la fiesta del Corpus, y pasó al pueblo del medio, que es San Ignacio, y al tercer pueblo, que es Señor San José de Imiris, adonde yo fui a encontrar a S. R., de donde, en compañía del padre Agustín, vinimos al segundo y tercer pueblo de mi administración, que son Nuestra Señora de los Remedios y Santiago, con Nuestra Señora del Pilar de Cocospera, a donde se holgaron los padres de ver las dos buenas y capares nuevas iglesias con sus cruceros, la una y la otra; y entrambas se habían dedicado en una misma semana, poco más de un año antes. Vinimos a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, a donde concurrió también el padre rector Melchor Bartirromo, y con el concurso también de muchos españoles de los cercanos reales de minas y de muchos naturales de aquí cerca y de tierra adentro. Tuvimos una solemne fiesta y procesión de Corpus, con una custodia de plata dorada, que estos años pasados había dado de limosna a esta nueva Misión de Nuestra Señora de los Dolores el padre Felipe Esgrecho, y el año siguiente compré otra custodia o viril muy bueno en Matape, con trigo desta fértil Misión.

CAPÍTULO II.— *El padre visitador se vuelve al valle de Sonora, y cartas finísimas que S. R. y su antecesor me escriben*

Después de su santa visita de estas nuevas misiones y de la solemnidad de la fiesta y procesión del Corpus, tomó el padre visitador la vuelta para Sonora y para la visita de las demás Misiones de esta provincia, y salimos los cuatro padres a tener la misma fiesta la dominica infraoctava en el cercano pueblo de Cucurpe, y volviéndonos el padre Agustín y yo a Nuestra Pimería, el padre visitador pasó a Saracachi, estancia de Cucurpe, para donde le envié unas menudencias, y S. R., en 15 de junio, me escribió la carta siguiente: “Recibo la gratísima de V. R. con la noticia de la llegada a su bellísima Misión de Nuestra Señora de los Dolores, que la lleva impresa en mi corazón, con todas las demás de la Pimería; prospere Nuestro Señor la salud de V. R. para muchas y grandes cosas de su mayor gloria; yo quedo para servir a V. R. en cualquiera parte, viviendo muy agradecido a V. R., no tanto por los favores, cariño y agasajos que he recibido en esas santas casas de V. R., cuanto por el amor que debo y tengo de corazón a V. R. y merecen sus raras y religiosas prendas de V. R., Recibí el vino y la fruta de aquella fecunda huerta; vívame V. R. muchos años; los regalos de V. R. todavía me van acompañando, y parece su huerta, viene tras de mí, con sus frutas bellísimas; en verdad que sus albaricoques me han sabido en Saracachi, quizá por la despedida.” Hasta aquí el padre visitador Francisco María Picolo. Caminando para el valle de Sonora, y su antecesor el padre Antonio Leal, en 27 de junio, me escribió lo siguiente: “Los días pasados escribí a V. R. muy de prisa, aunque muy gustoso, como lo recibo ahora con el mismo gusto y consuelo, así por el que V. R. me escribió que tenía, como por lo que el padre visitador me dijo que quedaba toda la Pimería como un cielo pacífico,

como un querer y un no querer de todas las voluntades de mis amantísimos padres, y V. R., muy gustoso y alegre, que de verdad me ha sido grandísimo consuelo. Espero en Nuestro Señor que ahora correrá a pasos largos la cristiandad de esa mi feliz nación, si bien el demonio, que lo estorba, buscará y hallará otras causas y caminos por procurar lograr su intento; pero espero en Dios que nada ha de prevalecer, sino la sangre de Cristo, para ese fin derramada y lograda por trabajos y diligencias de V. R., y de todo doy a V. R. muchos plácemes, en especial de lo gustoso que había venido el padre visitador, y harto me hubiera de gustar que V. R. hubiera podido pasar hasta por acá.” Hasta aquí el padre Antonio Leal, y como en esta pímica visita del padre visitador Francisco María Picolo le vino carta de las islas Marianas, con otra de la gran China y de aquellas Misiones, juntaré en dos capítulos sus noticias con estas noticias destas nuevas Misiones de por acá.

CAPÍTULO III.— *Cartas que de las islas Marianas y de la gran China en este mismo tiempo de esta referida visita del padre visitador llegan a estas nuevas Misiones pímicas*

El padre Antonio Cundari, misionero de las islas Marianas desde el año antecedente de 1704, en 9 de mayo me escribió la carta siguiente:

“Mi padre Francisco María Picolo, P. C.

Finalmente, al cabo de tantos años, he tenido la dicha de ver la primera carta de uno de tantos padres de Sicilia como hay en las provincias de la ciudad de México y ha sido la de V. R., que he recibido al pasar la nao de China el año pasado, su fecha en 20 de octubre de 1700. Mucho ha sido el consuelo de saber de la salud de V. R. y el logro de sus trabajos en esta Misión, que parece irá *segundo genita* de la Mariana, por las contradicciones y dificultades para entablarlas yo; con mi pobre juicio y corta experiencia he aprobado mucho el tiempo que V. R. ha tenido, así en no darse prisa en los bautismos de los adultos, en lo que se faltó no poco en esas Misiones, y ha causado muchos escrúpulos y confusiones de retirarlos, y al mismo paso nos hemos ido desengañando en lo demás, habiendo visto la inconstancia de los naturales, tan fáciles en dejarlo todo y volverse a lo mismo, particularmente en sustrayéndoles o en faltándoles ministros. Estimo las noticias de los padres, conocidos con las memorias del padre Salvatierra y del capitán don Juan Romero, de quien no está aquí olvidada la memoria, y nos hemos alegrado todos, y se las retomamos tiernísimas: escribí sus memorias de V. R. al padre Muscati, el cual días ha está solo en la isla de Rota, administrando aquellos isleños; yo, a mi modo, lo paso con buena salud; quiero decir con lo que baste para el ministerio con la enfermedad que Nuestro Señor me ha enviado; puedo decir a la vejez, pues estoy para cumplir cincuenta años (a los cuales nunca imaginé llegar) de mal de piedra.

A la hora de ésta habrán salido de la barra de Agaña unas embarcaciones de los naturales, con un cabo español, y algunos soldados para dar una vuelta a las islas remotas de Gañí, ya despobladas para barrer con la gente, que después se ha sabido haberse escondido o vuelto atrás, que llegarán a unas trescientas almas. Nuestro Señor prospere la jornada.

El año pasado, el Jueves Santo, murió después de la plática de la Pasión el padre Basilio, ministro de Umata, sujeto de grandes prendas, y singularmente benemérito de esta Misión, y de grande virtud, al cual sucedió el padre Antonio de Arias, que con otros dos padres de México, que venían en la nao para Filipinas, y se quedó solo el padre Arias para suplir esta falta. He

tenido noticias de los paisanos también el año pasado el día del Corpus, habiendo ido el gobernador a registrar la tierra de Insahan, en donde se estrenará una nueva iglesia levantada por el padre Juan Firmaizén, de excelente madera y bien labrada; la consumió el fuego de un tajo de un mortetele que se disparó a la gloria, y apenas se escapó el padre con la custodia. La desgracia y la pérdida fue muy considerable en estas partes, y mucho más en la falta presente, por no haber venido dos años arreo el patache de Manila, que nos causa muchas necesidades; el capitán Romero no dejará de gustar de saber alguna cosa del campo. Ya los soldados casados llegan a ciento, y habrá una colonia de mestizos; está para acabarse una casa del gobernador, tan grandiosa que ha de servir en tiempo de necesidad de fuerza y de plaza de armas para todos; todo de madera y que es como hierro, y el techo de azotea, para que no pueda prender el fuego arrojadizo.

Ahí mismo se está labrando iglesia y casa de los padres de la misma materia. Las vacas más mansas pasan de quinientas; bastantes bueyes al acarreo, caballos y cabras y, finalmente, los borricos han multiplicado, de modo que se van repartiendo, y yo he tocado una jumentilla, con lo cual puedo visitar todos los ocho pueblos que administro en breve distancia, sin la antigua penalidad de andarlo a pie.

Hay en esta Misión diez sacerdotes, dos hermanos, repartidos en esta forma: en la isla de Ceipán, uno; otro, en Rota: cinco, en otras tantas residencias de esta isla de Guahan. Uno cuida de los colegios de niños y niñas y del campo. Y el padre, viceprovincial, que al presente es el padre Gerardo Goubens, y además de setenta años, pero más fuerte que todos juntos. En cada partido manda inmediatamente uno como alcalde, y todos son españoles reformados, sin otro soldado, los cuales están todos en la cabecera, saliendo a veces el sargento mayor con unos cuantos a dar unas vueltas por los pueblos. Yo escribí que no tenemos otra ocupación, pues todos están bautizados, que irlos adelantando. V. R. nos ayude con sus santos sacrificios y oraciones, a los cuales me encomiendo, rogando a Nuestro Señor guarde a V. R. muchos años. Merizo, y mayo 9 de 1704 años. Muy siervo de V. R., *Antonio Cundari*”

Asimismo, en este mismo tiempo, vino a estas nuevas Misiones la carta del padre Van Hammé, insigne misionero y matemático de la gran China, que nos escribió al padre rector Adamo Gilg, y a los demás padres conocidos, que cuando estos años pasados, por los superiores fue enviado desde estas nuestras Misiones americanas de Taramares a las asiáticas de la gran China, se despidió escribiéndome una carta muy fina, en la que nos escribió a los padres americanos, conocidos y amigos; daba S. R. a entender que había llegado con prosperidad a ese grande Imperio de la gran China; que pero las cosas de nuestra santa fe tenían sus dificultades y rémoras, así por algunas discordias con los obispos y seglares, ministros de propaganda, como porque era menester valerse de unas dádivas de necesarios presentes, como de unas piezas de telas ricas a los mandarines, para poder conseguir la licencia de predicar nuestra santa fe católica, y dándonos a entender lo que había conseguido con su mucho trabajo de todo aquel año; en espacio de más de 60 leguas de muchas pobladísimas ciudades se reducía a que había convertido a nuestra santa fe y bautizado una tártara vieja, y con razón hizo reparo el padre visitador Francisco María Picolo, que por acá, por la divina gracia en estas nuevas conversiones

americanas, en particular cuando vengan los padres necesarios, podrá casi cada uno hacer al pie de mil bautismos cada año, y para eso pondré el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.— *Cotejo de estas nuevas Misiones americanas, de esta América Septentrional incógnita, con las Misiones asiáticas de las Marianas y de la gran China*

Aunque, como se suele decir, *omnis comparado est odiosa*, mi intento aquí no es más que cotejar algunos favores celestiales de por acá con los que también Nuestro Señor concede por allá, que como lodos vienen de una misma divinísima mano, todos son muy amorosos y sin la menor mezcla de odio, o pesar, o amargura alguna, y siempre quedan muy conocidos, muy innegables y muy envidiables las grandezas y glorias de tantas y tan apostólicas y tan heroicas y santas Misiones asiáticas, acompañadas de tantos y tan gloriosos mártires, y sublimísimos triunfos de nuestra santa fe católica; y sólo nos quedará el muy lícito y provechoso *emulamincarismata meliora*, y el desear y pedir que también a estas dilatadas nuevas mieses les vengan los necesarios operarios, solicitando el cumplir con lo que a todos nos corre de obligación. *Rogate Dominus messis et mitat operatos in messem suam*; y también *Quia parvuli petietum panem et non erat qui frangeret eisi*.

I. Tenemos, pues: primero, la mayor oportunidad, por la mayor cercanía, que estas nuevas conquistas, y nuevas conversiones, y nuevas Misiones americanas de esta América Septentrional incógnita tienen a la Europa, a Cádiz, a Sevilla, a Madrid, a París y a Roma, y pueden ser como escala para pasar a las muy grandísimas Misiones asiáticas, de las Marianas, de la gran China; y cuando Dios sea servido, a las del Japón y gran Tartaria, como las nuevas conquistas y nuevas conversiones de la Nueva Francia, por más orientales, podrán ayudar por tierra a estas nuestras más occidentales, y caminará entonces con el sol de oriente al poniente el carro triunfal de nuestra santa fe católica, hasta que con la divina gracia se convierta todo el mundo *et jiat num ovilla et unus pastor*; y digamos gustosos y contentos, dichosos, con el real profeta: *Domine, Dominus Noster, quam admirabile est nomen tuum in universal terra!* (Salmo 8), y *anunciate inter gentes gloriam eius, in omnibus populis mirabilia eius*.

II. En estas nuevas conversiones tenemos muchos medios temporales y conveniencias que, con sus favores celestiales. Nuestro Señor cada día nos está dando a manos llenas de tantos bastimentos, trigo, maíz, frijol, tierras tan fértiles para todo como las mejores de Europa; indios laboriosos dóciles y afables, y ya muy amigables en tanta manera.

III. Que el padre visitador Antonio Leal solía decir (me lo escribió en una carta suya): “Siempre los padres de la Compañía de Jesús en todo el mundo buscamos las almas perdidas, ahora que en estas nuevas conversiones nos buscan, llaman y piden con instancias, lastimosa cosa será si no los oímos.”

IV. Que siendo menester pagar en la gran China a los mandarines con diferentes dádivas y presentes, para que den licencia a los padres misioneros que puedan predicar nuestra santa fe católica, cuando algunos naturales de por acá, según el padre Daniel Ángel, que fue rector y visitador y misionero de Matape, y la patente de provincial que le vino de Roma le halló muerto, solía decir le preguntaron, y a mí me han preguntado, no habiendo conseguido los padres que pedían, ¿qué tanto podría venir a costar un padre para que, con su sencillo discurso, discurrían,

con plata que con sus maíces y minas juntasen, pudiesen comprar un padre misionero que los bautizase y administrase para su eterna salvación?

V. Que estos indios de estas nuevas conversiones americanas de esta América Septentrional, por no tener otros ministros, son como tabla rasa o papel blanco, en el cual con más facilidad se puede escribir o pintar cualquier cosa buena o imprimir la buena enseñanza de nuestra santa fe católica, y la gente de la gran China y del Japón viene a ser como papel ya escrito con mala enseñanza de sus bonzos, que primero que se limpie de aquellos borrones suele costar los imposibles de tantos siglos que experimentamos.

VI. Que en el Japón nos tienen cruelmente cerradas las puertas a nuestra santa fe católica, queriendo que para entrar a predicarla pisemos un Santo Cristo, cuando en las nuevas conversiones de por acá nos vienen a meterse por nuestras puertas a pedir la santa fe, y el santo bautismo, y padres evangélicos con todo rendimiento, y con instancia caminando a ese fin los 100 y 150 y 200 y más leguas de camino.

VII. Que en la gran China y el Japón, con tanta resistencia de tantos años, nos tienen cerradas las puertas, y las ciudades, y las casas a la predicación evangélica, y por acá en las nuevas conquistas y nuevas conversiones, a donde esto estoy escribiendo, hasta los naturales de tierra muy adentro, no sólo nos vienen a llamar y convidar amigabilísimamente, sino que cuando entramos a verlos en sus rancherías, aún cuando todavía son gentiles, nos reciben con todo agasajo, con cruces puestas en los caminos, con que ahuyentaron a los demonios, y con arcos festivos, y con bailes y cantares, y comidas de suma benevolencia, y singularísimo amor y deseo de ser cristianos. No por eso pretendo que no se hagan con el santo fervor de siempre de los tan apostólicos varones de tantos siglos las muy evangélicas santas conversiones asiáticas de la gran China, de las Marianas y del Japón, sino que el deseo es y será *Hec facere, et illa non omnitere*.

CAPÍTULO V.— *Cartas del padre visitador Francisco María Picolo desde Oposura y Matape, con algunas noticias que el padre provincial Juan María de Salvatierra pasa desde México a la California*

Habiendo salido el padre visitador Francisco María Picolo de la visita de este Rectorado, o Misión de Nuestra Señora de los Dolores, y pasado visitando la Misión o Rectorado de San Francisco Javier, del valle de Sonora, y pasado a la visita de Misión o Rectorado de los Santos Mártires del Japón, desde Oposura, en 24 de julio, me escribió la siguiente carta: “Con mucho gusto y consuelo recibo como siempre la gratísima de V. R. con la noticia de su buena salud; Nuestro Señor se la prospere según mis deseos a V. R., y según necesita esa dichosa Pimería de la persona y presencia y celo apostólico de mi muy querido padre Kino. Yo, aunque lejos de la Pimería, estoy en ella con el corazón, y ojalá las ocupaciones necesarias me permitieran el trabajar y ayudar en algo a V. R.; cúmplase la voluntad del Señor.” Y cuando S. R. llegó después, en su santa visita a la Misión o Rectorado de San Francisco de Borja, desde Matape, en 29 de agosto, me escribió lo siguiente: “Me alegraré haya tenido V. R. muy alegre fiesta de Nuestra Señora de la Asunción en compañía de los hijos de tierra adentro y de tierra afuera. Sea para muchas festividades de la gran Señora. Yo, siendo Dios servido, saldré para San José de Guaymas después de la fiesta de la Natividad de María Santísima. Y aunque no hay noticia del

padre provincial, siempre lo hago a S. R. por todo septiembre en la California. Saludo a los gobernadores de V. R. y a todos los hijos; Dios me dé gracia de volverlos a ver cuanto antes, buenos a todos, y a V. R. con perfecta salud, que sea para largos años.” Y cuando S. R. llegó después a la Misión o Rectorado de Nuestro Santo Padre Ignacio de Yaguí, desde San José de Guaymas, en el sobre escrito de la carta del padre provincial Juan María de Salvatierra me escribe S. R. estas palabras: “Remito ésta del padre provincial, que me escribe ya de California, a donde pasaré luego, *Deo Favente*, a verme con S. R.” Hasta aquí las cartas del padre visitador Francisco María Picólo. Y yo envié este año, como gracias al Señor todos los años, unas como quince cargas de harina, con otras menudencias, de lo mucho que Nuestro Señor se sirve de darnos en estas nuevas conversiones pímicas, y pongo la carta del padre provincial en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.— *Llegada del padre provincial Juan María de Salvatierra desde México hasta la California, y carta que S. R. me escribe de esta su llegada*

Así que el padre provincial Juan María de Salvatierra llegó de México a la California, sin que jamás se haya oído que otro padre provincial tan apostólicamente haya llegado a tan remotas nuevas Misiones, escribió S. R. a diferentes padres la que a mí, en su acostumbrada, muchísima caridad, parte en lengua italiana, en 30 de agosto, se sirvió de escribirme, y la recibí en 17 de septiembre, día de las santísimas llagas del seráfico San Francisco, gran privado del gloriosísimo Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, es como se sigue:

“He recibido todas las de V. R., y acuérdesse V. R. que si *Deus pro nobis quis contra nos?*; y en todo *Al nostro buen Giesú, e no pensi a piu. Ama Dio e no fallire, fa pur bene e lacia dire, lacia dire chi dir vuole fa pur bene di buon cuore.* Recibí el índice de las relaciones de las entradas que V. R. ha hecho a esas nuevas tierras y nuevas naciones (según las pide a V. R. nuestro padre general), y está bueno. Agradezco a V. R. la limosna para la pobre provincia; que Dios se lo pague a V. R., y este punto y cartas para el padre visitador Manuel Pineiro, y las otras cartas para mí. Dios le pague a V. R. el socorro para estos pobres padres, que a no llegar yo en persona los hubiera topado muertos ya de hambre y otros trabajos.” Hasta aquí el padre provincial Juan María de Salvatierra, el cual, después, con su paternal gran cordura y santo celo, fue dando asiento a muchas cosas, así de la California como de estas Misiones de Sonora y de Sinaloa. Y fue llegando más y más socorro de bastimentos y de todo a los padres de la California, de suerte que hasta el padre Jerónimo Minutuli, misionero nuevo de la muy nueva Misión de San Pedro y San Pablo, de Tabutama, enviaba desde acá hasta Yaguí sus cargas de trigo y harina para la California, y aunque en esta materia hubo unas personas más, otras menos, afectas a este piadoso socorro de la California. Nuestro Señor, con su grandísima misericordia, nunca dejó faltase lo necesario: en este mismo tiempo, en 15 de agosto, el padre rector de la Misión de Nuestro Santo Padre Ignacio de Yaguí me escribió la carta siguiente: “Recibí las 15 cargas de trigo, que agradezco a V. R. sobre manera, y puedo decir con verdad que por V. R. como pan este año. Nuestro Señor sea la paga.”

CAPÍTULO VII.— *Cartas del muy reverendo padre comendador fray Nicolás Bernardo de Ramos, y del padre rector Pedro Ignacio de Loyola, y del capitán don Miguel de Turices y Cano,*

que escritas en diferentes partes llegan juntas a este mismo tiempo en abono de estas nuevas conversiones

El muy reverendo padre fray Nicolás Bernardo de Ramos, meritísimo comendador de su santo convento de Teocaltichi, de la Sagrada Orden de Nuestra Señora de la Merced, redención de cautivos, en 25 de julio de este año de 1705 me escribió la carta siguiente: “La que fray Francisco de Belmar trajo de V. R., su fecha 30 de mayo de 1704, recibí con la estimación que debo, y celebro mucho su buena salud; que Nuestro Señor prospere por muchos años. Trae el consuelo de todos sus hijos en esa Misión, y aumento de la cristiandad en esas dilatadas partes y naciones, que me ha sido de mucho consuelo ver los deseos que manifiestan (según V. R. me dice) de recibir el santo bautismo y la necesidad que hay de operarios, según la mucha mies; Nuestro Señor mueva los corazones de los superiores, para que den providencia en materia y negocio de tanta importancia, que yo, aunque malo, pediré y clamaré a Su Divina Majestad, como es de mi obligación, por ella, y los padres de este su convento harán lo mismo, que es en lo que podemos ayudar a V. R. y a sus buenos deseos; ojalá Dios nos oiga.

Yo quedo muy agradecido de los favores de V. R. de las piedras bésales, y mula, y quedo muy corrido de que así, sin haberlo merecido o haberle servido, tan liberalmente me favorezca, y quedan muy estampados en mi memoria para servirlo; y así, en lo poco que mi pobre persona valga, estimaré mucho el que V. R. con la llaneza de padre a hijo; me ocupe, que será obedecido con la puntualidad que pide mi mucha obligación, pues así V. R. honra tanto a mi religión; pues no hay religioso que llegue a esos países que no lo experimente, y aun hasta los que vivimos lejos lo experimentamos también. Y de las honras que V. R. hace a fray Francisco Ruiz de Belmar le rindo las debidas gracias.” Hasta aquí el muy reverendo padre comendador fray Nicolás Bernardo de Ramos, pidiendo le bautice muchos Bernardos.

El padre rector Pedro Ignacio de Loyola, maestro de nuestros novicios en la ciudad de México, en 21 de septiembre, me escribió la carta siguiente: “Teniendo V. R. un padre provincial todo pima, y todo misionero, no dudo conseguirá cuanto puede desear para mayor bien de esas sus amadas Misiones. Y yo recibí una de V. R. por Pascua de Resurrección, pero no he visto otra, a que V. R. se remite; como ni tampoco el índice o compendio de la relación. Pero *quid sit*, digo, mi padre, que con todas veras que tendrá V. R. para servirle, aunque, como dejo dicho, hallándose hoy provincial el padre Juan María de Salvatierra, poca intervención será menester; pues juntándose el tan conocido celo de V. R. con tan individuales noticias de estas naciones, todos los padres misioneros podrán prometer feliz suceso en todas sus cosas.” Hasta aquí el padre rector Pedro Ignacio de Loyola.

El capitán letrado y licenciado don Miguel de Turices y Cano, enviado por el señor virrey de esta Nueva España desde México a negocios de esta provincia de Sonora, desde el Real de San Juan Bautista, en 30 de septiembre, me escribió la carta siguiente: “Antes de entrar en este Real, y muchas leguas de él, tenía noticia de lo mucho que V. R. ha trabajado, y trabaja, en solicitar almas para el Señor, y lo bien que se va logrando su piadoso y cristiano celo, y espero en Dios le ha de dar mucha vida para que vea a todos esos pobrecitos reducidos a nuestra santa fe católica, y así digo que no era menester más que una insinuación para que yo, en lo que valiere, sirva a V. R. en lo que me manda, pues así que Nuestro Señor me lo conceda, luego informaré a México, a

los superiores de V. R., con bastante eficacia, y en particular a S. E., que me parece me oirá, y se holgará de la docilidad de estos pobres, y lo que aclaman por recibir el santo bautismo, y puede V. R. estar desengañado de que las cartas que se han escrito no las habrán dado ni llegado la noticia a S. E., pues encargando su R. M. por repetidas leyes la propagación de nuestra santa fe entre estos infieles para la extirpación de su infidelidad, no dudo se hubiera acudido ya al remedio tan instado y deseado por V. R. Pero espero en Dios se concederá muy breve, pues de todo con bastante individualidad informaré a S. E., a quien, si fuere necesario, mostraré la carta de V. R.; y fuera de esto diré personalmente lo que he experimentado, y siendo algunas noticias, que en México corren algo contrarias a lo que V. R. dice en la suya. Vista por S. E. con el informe que yo le hiciera, me parece querrá Dios sea vea logrado lo que V. R. tanto desea, y pido a Su Divina Majestad me conceda ponerme a los pies de V. R.” Hasta aquí el capitán don Miguel Turices y Cano.

Además de las tres referidas cartas, que vinieron en este mismo tiempo de afuera, en este mismo Rectorado, me escribió en este mes de septiembre el padre rector Melchor de Bartirionio lo siguiente: “Tengo ya pedidos padres para estas nuevas conversiones, y ahora volveré a pedirlos, con todo empeño y eficacia, y escribiré en abono de nuestros hijos pimas como testigo de vista de que han venido a pedir padres.” Así el padre rector.

CAPÍTULO VIII.— *Carta que el padre provincial Juan María de Salvatierra me escribe al salir de la California de vuelta para México*

Cuando los muy graves negocios de la provincia de la Nueva España llamaron de California a México al padre provincial Juan María de Salvatierra, desde Nuestra Señora de Loreto Concho, en 15 de octubre, me escribió S. R. la carta siguiente: “Las dos de V. R. una del 1 y otra del 19 de septiembre, he recibido con mucho gusto y consuelo en este Rectorado de Loreto y se había añadido mayor consuelo con los informes que me habían hecho el padre Francisco María Picolo del buen estado de esas Misiones de la Pimería y de lo que en ella se ha trabajado y se trabaja de la unión y caridad con que al presente se comunican los padres de ellas, que he dado gracias, esperando ahora que cada día habrá muchos adelantamientos, porque, unidos en Dios y bien de las almas y más experimentando estas tan dispuestas como V. R. me significa. En ambas doy las gracias a Dios y a la infatigable aplicación y celo de V. R., que se extiende a lo espiritual y temporal, así para bien de esos pobres como para el alivio de los californios; que ya éstos tienen padre hasta los parajes que llaman de las Vírgenes, acercándose así al Norte cada día más, con que se facilitará en parte lo que V. R. tanto ha deseado, y yo para lo presente, de proseguir por allá. El viaje del río de la Ascensión en adelante, según las circunstancias ofrecieren, podrá V. R. comunicar con el padre visitador, que como quien tiene presentes las circunstancias de ahora y las que pueden sobrevenir, dará todo consuelo a V. R. Agradezco la harina que V. R. dispone para acá, y lo que en esta parte coopera el padre rector Melchor de Bartirionio, a quien deseo todo consuelo y todo alivio; los padres de acá, que reconocen a V. R. por su bienhechor y dechado apostólico en sus infatigables trabajos, saludan a V. R. Yo estoy ya de partida para México, en donde, según la disposición en que hallare al señor virrey, trataré del fomento de todas estas nuevas conversiones, porque con estas guerras y suspensiones de noticias de España suele haber

sus dificultades. No deseo otra cosa que el progreso, en tan noble y provechosa empresa, de estas nuevas conversiones.” Hasta aquí el padre provincial Juan María de Salvatierra.

CAPÍTULO IX.— *Cartas últimas que, a finales de este año de 1705, me escriben cuatro diferentes personas, con noticias de cosas de la California y de lo de por acá*

El padre rector de Matape, Marcos Antonio Kappus, en 4 y 21 de octubre, me escribió lo siguiente: “Nuestro padre provincial Juan María de Salvatierra estará ya de viaje para México, embarcado para Matachel, según nos refiere el padre rector Adamo Gilg, quien acaba de venir de la California; y el padre visitador Francisco María Picolo queda por ahora en Beleem de Yaguí, de donde pasará a Tepague, y por Mobas y Onabas vendrá a Matape a aviarse, para proseguir la visita a el oriente. El hermano Jaime Bravo (que trajo de España el padre visitador general (difunto) Manuel Pineiro, y a la California lo llevó el padre provincial) queda allá cuidando lo temporal. Dos muchachos californianos se le han muerto al padre provincial de México, de viruelas. El capitán Juan Bautista de Escalante volverá a estos países, porque vino con el padre provincial, el antiguo capitán de la California, Esteban Rodríguez, portugués, confirmado por S. E.” Hasta aquí el padre vicerrector Marcos Antonio Kappus.

El padre Jerónimo Minutuli, desde su nueva Misión de San Pedro y San Pablo, del Tabutama, en 13 de noviembre, me escribió lo siguiente: “Muy agradecido quedo a V. R. por la mucha caridad que V. R. cada día me hace; Dios se lo pague una y mil veces a V. R. Llegaron, pues, 38 cabezas de ganado mayor de las 40 que venían, porque dos se quedaron en el camino, una cansada y otra huida; recibí la bayeta que trajo el caporal para comprar maíz para la fábrica de la iglesia, y la otra ropa para las demás fanegas que ya se compraron, y de ellos van comiendo los que están haciendo adobes. Todo se lo agradezco a V. R. mucho, como también los guaciques o carpinteros, que ya están cortando las maderas, y uno de ellos las manda acarrear y otro va a traer los demás instrumentos de la carpintería que les faltan. También agradezco mucho la venida del alcalde de V. R., el cual es sobrestante de los adobes. Ruego a V. R. cuanto antes el cazo grande, para las pozoladas que estoy aguardando; mucha gente de las rancherías cercanas, para hacer muy muchos adobes, etc., y ruego a V. R. se sirva participarme qué número será el que hemos de prevenir para que V. R. venga personalmente, que lo deseo mucho, para que con su presencia y autoridad y amor, que le tienen los hijos, tome mucho calor la obra.” Hasta aquí el padre Jerónimo. El padre Antonio, en 18 de noviembre, me escribió lo siguiente: “Muchos agradecimientos tengo que dar a V. R.; el principal y el mayor es la mucha y muchísima caridad que V. R. hace al padre Jerónimo; no se puede negar que bien dice el rezo de San Jerónimo, y *heronemos Heussebi filius*, así de obreros como de ganados, bastimentos, ropa, etcétera. Y el trabajo personal en su ayuda y obras, la obrata a V. R.; la caridad. Dios sea la paga a V. R.” Hasta aquí el padre Antonio Leal.

El capitán y letrado don Miguel de Turices y Cano, en 4 de diciembre, me pidió mapa de estas nuevas naciones para informar a México, en abono de estas nuevas conversiones, en orden a que se nos remitan los operarios, tan necesarios que se nos enviaron; algunos con ese y con otros informes, pero siempre con las acostumbradas contradicciones, y a veces con la penuria de misioneros, hemos quedado rogando y estamos suplicando: *Dominum missis, ut mitat operarios in missem suam*. Que Nuestro Señor se sirva, cuando más convenga, de socorrernos con los

operarios necesarios para la total conversión de toda esta América septentrional y de todo el universo.

LIBRO III

NUEVAS CONQUISTAS Y NUEVAS CONVERSIONES DEL AÑO DE 1706, EN PARTICULAR CON DOS ENTRADAS O MISIONES A LAS COSTAS DE LA MAR DE LA CALIFORNIA

CAPÍTULO PRIMERO.— *Carta fresquísima del padre visitador Francisco María Picolo, que con otra algo más antigua de nuestro padre general Thirso González, nos animan al proseguimiento en estas nuevas conversiones*

En 19 de enero de este año de 1706, el padre visitador Francisco María Picolo, desde Batuco, me escribió la carta siguiente:

“Dos gratísimas de V. R. he recibido con la estimación y consuelo que siempre; Nuestro Señor dé a V. R. perfecta salud, y que sea al paso de sus grandes y apostólicos deseos. Quisiera yo servir a V. R. de mozo de mula en sus apostólicas caminatas, como lo espero ser, dejando esta dichosa y muy gloriosa Pimería bien pertrechada de apostólicos varones, como son los que al presente trabajan en esa viña del Señor. Y siendo esas Misiones las puertas para tan dilatadas naciones y gentes, es fuerza, mi amantísimo padre Eusebio, poner todo nuestro cuidado en ellas, y después, dándonos Dios vida, pasar adelante, y morir trabajando por Dios y bien de esas almas, que amo más que a mí mismo. Saludo de corazón a todos los hijos de V. R., y quisiera yo personalmente derramar toda mi sangre por ellos y por aquellos pobres gentiles que viven tan retirados, y V. R. los va a ver, y ellos vienen a ver y pedir el santo bautismo a V. R. Aunque conozco y confieso que Su Divina Majestad no gusta de mis trabajos ni de mi sangre, si tan mal he correspondido y correspondo a mi vocación, Dios me dé gracia que vengan misioneros apostólicos, y que hagan ellos lo que yo, aunque inútil, deseo y he deseado hacer. María Santísima le pague a V. R. la caridad y el cuidado que tiene de regalar a los pobres padres de la California, que todos saludan a V. R. y le viven muy agradecidos. De Santa María de Bazeraca quería volver para esos países para mi consuelo, pues me alegro en ver esas gloriosas Misiones de la Pimería, y no sé si lo podré hacer.” Hasta aquí el padre visitador Francisco María Picolo. Y a este mismo tiempo que estoy escribiendo este libro III de esta parte IV de los favores celestiales, casi casualmente topo con la santa carta de nuestro padre general Thirso González, que aunque algo antigua nos da a todos muy singulares alientos para mil cosas buenas, y siendo su fecha Roma, diciembre 27 de 1698, es del tenor siguiente:

“He recibido tina de V. R., de 3 de junio de 97, con el extraordinario consuelo con que recibo y leo siempre las tuyas, siempre llenas de materias de gozo, por lo que Nuestro Señor coopera a sus trabajos para la dilatación de nuestra santa fe en esos pimas, como se ve en las siete iglesias

que se van levantando de nuevo para las Misiones o pueblo que de nuevo se había formado y agregado a la fe. Sea Dios bendito, que así echa su bendición a sus fatigas de V. R., aunque quedaba V. R. dispuesto para pasar a las Californias con el padre Juan María de Salvatierra; pero por cartas posteriores que tengo de México he sabido que no pudo tener ejecución el que V. R. pasase por ahora a Californias, por haberse juzgado necesaria su presencia de V. R. para pacificar las alborotadas naciones cercanas y evitar el que algunos de los pimas, como recién convertidos, no siguiesen el mal ejemplo de los otros. Espero que todo se habrá pacificado, y que V. R. habrá tenido oportunidad de seguir los pasos del padre Salvatierra. Concedo a V. R. la licencia que pide, para estar de los doce meses del año los seis en las Californias, y los otros seis en los Pimas, porque me parece para la conservación y fomento de ambas Misiones muy conveniente el que así lo haga; y generalmente escribo al padre visitador Juan María de Salvatierra que cuanto V. R. juzgaren convenir para la estable conservación de aquella Misión de Californias lo bagan, porque de su prudencia y experiencia de ambos estoy seguro que dispondrán con grande acierto lo más conveniente.

Llegó el mapa que V. R. me envió con esta carta de aquella parte de los Pimas, en donde fue muerto de los infieles el siervo de Dios padre Francisco Javier de Saetta; pero no ha llegado su elogio o vida que V. R. dispuso ni las hechas. He sabido la causa porque, habiéndose descompuesto la venida del hermano Simón de Castro a España, fue necesario que un cajoncillo volviese de la Veracruz a México; espero que lo enviarán todo en la primera ocasión. El mapa se guardará para que, si se estampare la vida, se imprima también el mapa.

Dice V. R. que tres de aquellos principales caciques o régulos, caciques de los Pimas, quedaban en enviar alguna limosna para el sepulcro de nuestro padre San Ignacio, y no sé qué decir, sino que el padre Kino a todo lo bueno piensa, y que tiene muy en el corazón a su santa padre. Sepa V. R., para su consuelo, que altar y sepulcro de nuestro santo padre va muy adelante, y será de lo grandioso que del género tendrá Roma; el gasto es muy grande. Lo gastado pasa de cien mil escudos; remito a V. R. el dibujo y la descripción de lo que contiene.” Hasta aquí la santa carta de nuestro padre general Thirso González, el cual siempre nos ha alentado muchísimo a estas nuevas conversiones, y con estas dos cartas que refiere este capítulo nos animamos el padre Jerónimo y yo a la entrada o Misión que hicimos de más de cien leguas al sudoeste o entre sur y poniente a las nuevas tierras de la costa de la mar de la California, como diré en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II.— *Entrada o Misión de más de cien leguas de camino a la nueva gentilidad del sudoeste de la costa de la mar de la California y entrada del padre Domingo Crescoli a su nueva Misión de la Concepción*

Con la ocasión que los superiores nos enviaron al padre Domingo Crescoli, que fue señalado para la nueva Misión de Nuestra Señora de la Concepción, del Caborca, y el padre provincial Juan María de Salvatierra me señaló por procurador de estas nuevas Misiones de esta Pimería a mediado de enero, al ir a poner este nuevo operario en su nueva Misión, pasando por la Misión de San Ignacio, a donde asiste el padre Agustín de Capuz, pasamos también por la Misión de San Pedro y San Pablo, del Tubutama, a donde asistía el padre Jerónimo Minutili, el cual, muchos

días antes, había deseado hacer conmigo Misión o entrada a los nuevos gentiles y nuevas tierras de más adentro. Con esta ocasión bajamos entrambos de camino 22 leguas con el padre Domingo Crescoli, a dejarle en su nueva Misión de Nuestra Señora de la Concepción del Camino, a donde fuimos recibidos con todo consuelo; así de los más de mil indios que nos estaban aguardando, como nosotros con arcos y cruces puestas en los caminos, con prevención de casa en que vivir, iglesia que fabricó el venerable siervo de Dios, el padre Francisco Javier de Saetta, y con los cimientos y paredes del presbiterio y albas de una iglesia grande y muy capaz, con la buena iglesia y capaz sala, despensa y panadería, horno, cocina, principios de huerta con trigo, de maíz de cosecha y con un buen tablón de trigo sembrado y nacido; ítem con ganado mayor y menor, y caballada y manadas de yeguas. Hicimos muchos bautismos de párvulos y adultos, y habiendo entregado esta nueva Misión al padre Domingo Crescoli, el padre Jerónimo y yo emprendimos otra Misión a la parte y tierra y gentilidad que nos parecía la más nueva y más necesitada, y adonde todavía nunca había entrado ningún cariblanco, y habiendo enviado amigables cristianos, recaudos y guías por delante, en 19 de enero salimos también con nuestros sirvientes, camino del sudoeste o entre sur y poniente, el padre Jerónimo y yo, y caminamos más de cien leguas de muchas llanas tierras pobladas y de muchos gentiles pimas en la cercanía de los otros gentiles Seris, llegamos a la misma mar de California y aun a dar vista a la misma cercana de California. En este camino o Misión hallamos más de 1 500 indios, muy afables y como domésticos, que muchos de ellos estos años antecedentes me habían venido a ver a Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, y algunos habían venido hasta Nuestra Señora de los Dolores; en todas partes nos recibieron con todo agasajo; en muchas partes con cruces y arcos, puestos en los caminos y con casitas prevenidas en que vivir y decir misa con decencia, y habiéndoles en todas partes predicado los principales misterios de nuestra santa fe, prometiéndonos, lo que les aconsejamos y pedíamos, que por cuanto estas costas eran algo estériles, se fuesen agregando a las muy fértiles y muy acomodadas campiñas de Nuestra Señora de la Concepción, que ya ahora les habíamos traído padre misionero y nos dieron muchos párvulos, y algunos enfermos a bautizar; y como aun sin eso, los más de estos naturales, llamados de los justicias de la Concepción de Caborca, acudían a las faenas de sementeras, cosechas, y fábricas de la Concepción, quedaron en que todos, poco a poco, se irían agregando a dicha población o Misión de Nuestra Señora de la Concepción.

CAPÍTULO III.— Nuevo descubrimiento de la nueva isla de Santa Inés y del nuevo cabo de San Vicente, en el seno de la mar de la California, en la altura de 31 grados del norte

Habiendo trabajado en esta entrada con mucho fervor, el padre Jerónimo Minutuli, que después dio cuenta de esta nuestra Misión o entrada a los padres de la California, fue Dios servido que juntamente descubrimos en esta altura de 31 grados de este seno de la mar de la California una isla grande, que tendrá como tres leguas de ancho de oriente a poniente, y como siete a ocho leguas de largo de norte a sur, y no distaba de esta nuestra tierra firme o costa que como seis o siete leguas, y porque esta nueva isla la descubrimos el día 21 de enero le pusimos la isla de Santa Inés. Al rumbo de noroeste de esta referida isla de Santa Inés, en distancia como de tres leguas, el día siguiente, 22 de enero, desde un altillo descubrimos muy patentemente otro grande pedazo de tierra, al parecer califónica, y aunque estuvimos con alguna duda si también

ella sería isla, o si sería tierra contigua y continuada o continente con la misma California, nos persuadimos ésta sería aquella puerta de la California que, según refiere el capitán Francisco de Ortega en una de sus relaciones en estos parajes, se extiende mucho hacia el oriente, y así a estas costas de la Nueva España; y vimos que no distaba de nosotros más que como nueve o diez leguas. Lo que supimos por cosa muy cierta de todos los circunvecinos naturales, así ahora en esta entrada como en otras muchas ocasiones que de estos pimas y seris marítimos nos hemos informado con repetidos exquisitos exámenes de este seno californico, fue y es que toda esta punta y sus contornos está muy poblada y de mucha gente, pues continuamente de noche se ven desde acá sus lumbres, y de día, sus humos. Y como esta referida tan cercana punta la descubrimos en 22 de enero, día del glorioso San Vicente, le pusimos a punta o cabo de San Vicente, perdonándonos los señores habitantes y dueños y cabos de San Vicente de la Europa; en esta costa de la mar de la California empezaba a su modo ya la primavera, pues empezaban a verdear y florecer muchos de aquellos llanos; había muchísimos pájaros, que se sustentaban del muchísimo pescado, de que abunda muy mucho toda esta costa; había mucha medicinal joboba, que es al modo de almendra, y es muy saludable gran remedio contra diferentes dolencias, achaques y enfermedades, y se pide desde México y desde la Puebla, Parral, Nuevo México. Y en esta costa se suele dar casi todo el año, como de hecho en esta ocasión la hallamos, que en míos arbolitos ya estaba madura, en otros todavía algo tierna, y en otros toda prosperidad, gracias al Señor, a la nueva Misión de Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, a donde nos recibió con todo agasajo el padre Domingo Crescoli con todos sus muchos hijos. Hicimos algunos bautismos y casamientos.

CAPÍTULO IV.— *Mi vuelta a Nuestra Señora de los Dolores y carta que acerca del hallazgo de la nueva isla de Santa Inés me escribe el padre visitador Francisco María Picolo*

Habiendo dejado, al parecer, muy contento en su nueva Misión de la Concepción del Caborca al padre Domingo Crescoli, quedando también muy consolados todos los hijos, nos vinimos a San Pedro y San Pablo del Tubutama el padre Jerónimo y yo; después, pasando por el partido o Misión del padre Agustín de Capuz, llegué, gracias al Señor, con mis sirvientes, felicidad a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores. Hallé muchas cartas de diferentes personas, y las respondí dando alguna razón de mi ausencia de esta casa y de nuestra entrada a la Concepción y a la mar de la California, y el padre visitador Francisco María Picolo, desde Bacadeguachi, en 17 de febrero, me escribe la carta siguiente: “Me llaman a misa y a dar ceniza a los hijos de este pueblo de Bacadeguachi, y acabando la función saldré, siendo Dios servido, para Saguaripa. Me alegro que V. R. haya sido el padrino del padre Domingo Crescoli, y que le dejase sano y bueno en su nueva Misión. V. R. no sólo es procurador de la Pimería, sino el todo y el consuelo de las almas y de los padres. Dios me dé gracia de ver y gozar del fruto de sus apostólicos trabajos, aunque sea de paso, como lo espero: cuanto antes escribiré al padre Javier de Mora, para que se extienda su caridad hasta Nuestra Señora de la Concepción del Caborcam para que en todo sea aliviado el padre Crescoli. Me alegro del hallazgo de la nueva isla de Santa Inés, y tocante a este punto escribiré a V. R. despacio, y que ahora estoy para salir y no quiero hacer mala obra al correo y al padre de este partido. Siendo Dios servido, nos veremos, hablaremos y dispondremos lo que se puede hacer.” Hasta aquí el padre visitador Francisco María Picolo. El padre Horacio

Polici, que siempre ha sido afectísimo a estos nuevos descubrimientos y nuevas conversiones, desde Baseraca, en 21 de febrero, me escribió que el padre visitador, con grande consuelo suyo, había estado con S. R. por el espacio de diez días, y todos los que miran con buen afecto estas nuevas conquistas y nuevas conversiones, así de esta Pimería como de la California, han tenido por cosa de muy grande conveniencia de que haya esta tan grande cercanía, de esta punta de San Vicente e isla de Santa Inés, en esta tan buena medianía, de altura de 31 grados, para fomentar la comunicación que Dios mediante, a su tiempo, en la California podrá haber entre los padres que actualmente viven en el Real y en las Misiones de Nuestra Señora de Loreto Concho, en altura de 26 y 27 grados, y entre los padres que, con la divina gracia, también a su tiempo, podrán vivir en el paso por tierra a la California, y en las muy populosas Misiones que podrá haber en el pobladísimo y caudalósísimo río Colorado, que serán en 35 y 36 grados de altura, por donde también hay paso por tierra hasta la contracosta y mar del sur, por donde todos los años suele pasar la nao de China y galeón de Filipinas que viene al puerto de Acapulco, de esta Nueva España.

CAPÍTULO V.— Misión cuaresmal de más de 50 leguas al noroeste y al poniente, desde 27 de febrero hasta 20 de marzo de 1706, entrando a San Ambrosio del Busanic al Tubutama y a Nuestra Señora de la Concepción del Caborca

Después de haber dado ceniza y confesado la mayor parte de la gente de este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, el 27 de febrero salí con mi gente de mi servicio para ir a dar y confesar a la gente, también tierra adentro. Llegué primero a los otros dos pueblos de mi administración: a Nuestra Señora de los Remedios y a Santiago de Cocospera, y entre tanto, que yo estoy tres días, di a los hijos las acostumbradas enseñanzas de doctrina cristiana; hice varias confesiones y algunos bautismos; mis sirvientes plantaron en cada pueblo una buena huerta de membrillos, granadas e higueras, duraznos, priscos, melocotones y parras para vino de misas, con muchos géneros de hortalizas, que todo eso abunda mucho la huerta de Nuestra Señora de los Dolores. El 2 de marzo bajé llamado del padre Agustín de Campos a Santa María Magdalena, camino de 15 leguas, y di una mirada a las maderas y arcos del padre... [ilegible por estar recortado el original]... nueva iglesia que con fervor se estaba fabricando.

El 4 llegué a la estancia de San Simón y San Judas Tadeo del Siboda, camino de 14 leguas.

El 5 di ceniza como a treinta personas en la nueva iglesia, y después de la misa hubo plática y doctrina cristiana y explicación de la santa función de la ceniza y de la confesión cuaresmal. Hubo varias confesiones de gente de aquí y de diferentes forasteros, pues unos habían concurrido desde San Ambrosio del Busanic y desde San Javier del Bac.

El 6, a las 16 leguas de camino, llegamos a San Ambrosio del Busanic, despachando desde el Aquimuri a Santa Gertrudis del Saris la manda de veinte yeguas con su garañón y burro, que se llevaban a Nuestra Señora de la Concepción para la California. Llegamos a medianoche, por no dejar de decir a los hijos la misa del día siguiente, domingo tercero de Cuaresma, en su iglesia, y les avisamos por delante que habría ceniza y confesiones de la Santa Cuaresma.

El 7 se dio ceniza, hubo plática y confesiones de la gente cristiana, y como yo traía conmigo los guaciques o carpinteros de Nuestra Señora de los Dolores, hubo fábricas de la iglesia, lo que diré en el capítulo siguiente.

A la tarde pasamos a Santa Gertrudis del Saric, distante tres leguas de camino, para las mismas funciones cuaresmales.

El 8 de marzo hubo ceniza, misa, plática, confesiones y 27 bautismos de párvulos y de tres enfermos, y hubo diez casamientos *in facie ecclesie*; a la tarde pasé al pueblo de San Pedro y San Pablo del Tubutama, camino de diez leguas, a donde hallé al padre Jerónimo Minutuli, que con su acostumbrada mucha caridad nos recibió con todo agasajo, y habiéndole comunicado que venía con mis guaciques a fabricar en esta nueva iglesia y a pasar a Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, díjome S. R. que pasaría conmigo a ayudar en las confesiones.

El 9 y 10 fabricamos en la nueva iglesia; el 11, saliendo a mediodía, a las siete leguas de camino, pasando por el nuevo pueblo de Santa Teresa, llegamos a San Antonio del Uquitoa. Y el 12, pasando por el nuevo pueblo incoado de San Diego del Piquin, llegamos a Nuestra Señora de la Concepción, a donde los muy finos hijos nos recibieron con todo amor.

El 13 dimos ceniza a la mucha gente e hicimos muchas confesiones; vimos la fábrica y huerta que en la entrada antecedente habíamos encargado a estos hijos; y por cuanto el 12 deste me habían venido muchas cartas, y entre ellas una del padre visitador Francisco María Picolo, de que S. R. en breve vendría a esta Pimería, como S. R. decía, a dar las gracias del descubrimiento y hallazgo de la nueva isla de Santa Inés y del nuevo cabo de San Vicente en el seno de la mar de la California, traté de volver con brevedad a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores; y el 14 habiendo predicado con mucho fervor a los hijos de la Concepción, y dícholes su misa, pasando a decirla a los de San Diego del Piquin, a la tarde pasamos todos hasta San Ambrosio del Uquitoa, y después a San Pedro y San Pablo del Tubutama y a Santa María Magdalena y a Nuestra Señora de los Dolores.

CAPÍTULO VI.— *Que en esta Misión o entrada se adelantan juntamente las fábricas de seis nuevas iglesias, y caso raro de la madurez de las mieses de las almas, aún en los distantes quiquimas de la California Alta*

En este mismo tiempo, en esta más cercana Pimería, teníamos entre manos las fábricas de las iglesias del pueblo de Santa María Magdalena del padre Agustín de Campos, y de San Ambrosio del Busanic, y de Santa Gertrudis del Saris, y de San Pedro y San Pablo del Tubutama, y de San Diego del Piquin, y de Nuestra Señora de la Concepción del Caborca (y otras); en ésta que, con la Misión referida en el capítulo antecedente, se procuró adelantar la fábrica, y a ese fin llevé conmigo los guaciques o carpinteros, ya algo diestros, deste pueblo de Nuestra Señora de los Dolores. Y así, en 2 de marzo, y de vuelta, después de medio de marzo, estuve en Santa María Magdalena disponiendo el corte y ajuste de las maderas para la fábrica de los arcos del presbiterio de la muy buena iglesia que estaba fabricando el padre Agustín de Campos.

El 7 de marzo, como ya en San Ambrosio del Busanic tenían una buena prevención de adobes y de algunas maderas, levantamos las paredes de buena y capaz iglesia. Labramos y pusimos sobre las puertas de la iglesia y de la sacristía y del bautisterio las soleras de muy buenas inaderas, y dejamos dispuesto el que en esta iglesia de San Ambrosio del Busanic, y en la cercana de Santa Gertrudis del Saris, se fuese prosiguiendo en sus fábricas, pues para la una y para la otra habría cosechas de maíces y trigos y ganado mayor y menor y lo más necesario.

El 9, 10, 11 de marzo, en la ida, a la entrada o Misión de Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, y después de vuelta, también fabricamos en la nueva iglesia de San Pedro y San Pablo del Tubutama, así echando los cimientos de una buena sacristía y del bautisterio y de una buena capaz sala, como subiendo las paredes de la misma iglesia, y con especialidad del presbiterio, y cortando y labrando sus maderas, zapatas, vigas y arcos o jambas. También se dio vista a la muy buena huerta de árboles frutales de Castilla y de parras para vino de misa y de todo género de hortaliza.

El 13 y 14 de marzo, y antes y después, fabricamos en las iglesias de Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, echando los cimientos de su fábrica y subiendo sus paredes y las del presbiterio, y en la iglesia de San Diego del Piquin. Pero al tiempo que el 7 de marzo estábamos fabricando en la iglesia de San Ambrosio del Busanic, me sucedió una cosa bien rara, de la cual se puede sacar la gran madurez destas muy dilatadas mieses de las muy muchas almas que los celestiales favores de Nuestro Señor, a manos llenas, continuamente nos va dando. Y es que el capitán deste pueblo incoado de San Ambrosio del Busanic, llamado don Marcos, a quien bautizó el padre visitador Horacio Polici en tiempo de su santa visita, como en su lugar queda referido, me dio una cabellera que me acababa de enviar el capitán de la nación Quiquima, del paso por tierra a la California, o de la misma California Alta. Era esta cabellera de la otra cercana nación Hoabonoma, que era como sacerdote, brujo de aquéllas, y el único que se oponía a las buenas enseñanzas cristianas, que habíamos llevado a esas nuevas naciones en nuestras entradas, y por eso, por malévolos y cizañistas, le mataron el capitán desta dilatada nación Quiquima. Con ella y con otras dádivas de conchas azules de la contracosta me envió a decir que bien podríamos ir a bautizar todas aquellas gentes, que ya no había ninguno que tratara de oponerse, pues el único que se oponía le mataron, y que por seña enviaban su cabellera.

CAPÍTULO VII.— Algunas hostilidades que en esta provincia de Sonora hacen los enemigos apaches, pero sin que estorben los quietos y, gracias al Señor, muy pacíficos buenos adelantamientos destas nuevas conversiones

El general Juan Matheo Mange, que poco antes había sido alcalde mayor de toda esta provincia de Sonora, en 27 de marzo, desde el Real de Bacanuchi, me escribió la carta siguiente: “Noticio a V. R. en cómo ayer, al ponerse el sol, dieron nuestros enemigos apaches en la casa de Juan de Valdés, que está dos leguas de aquí por el río abajo, mataron un indio Isidro, de Arizpe; flecharon al Pardo Blas, criado que fue del capitán Peralta, y si no es por Miguel Bernal, que tenía arcabuz, perece toda la gente de la casa. Llevaron todos los caballos, y el mismo día llevaron la caballada de Basochuca y del Montegrando. Y se arrojaron al mismo tiempo al corral de Arizpe; todas las flechas que tiraron, que fueron más de doscientas, son de apaches y de jocomes. Ojalá V. R. pudiera avisar y animar a las rancherías pímicas que salieran a alcanzarles y quitarles estas caballadas, que nosotros estamos a pie y aislados. Dios nos defienda y guarde a V. R. No hay remedio: la tierra se pierde; ya queremos despoblar.”

Y en 29 de abril, el dicho general Juan Matheo Mange me escribió lo siguiente: “El día 19 del pasado, los enemigos mataron dos indios cristianos aquí cerca de Bacanuchi, y en 22 del dicho mes amaneció rodeada de enemigos la casa del capitán Peralta de Basochuca, donde se

llevaron 18 bestias, y el día 24 flecharon cerca de Cumupas dos indios del pueblo, de donde se llevaron cantidad de bestias, y el día 26 dieron en casa de Valdés y en este valle; acabamos de enterrar al Pardo Blas, y no hay remedio sino que informar, pero siniestramente, que todo está en paz.” Hasta aquí el general Juan Matheo Mange. Y es verdad que en este mismísimo tiempo, a finales de marzo, en la Semana Santa, vinieron a dar hasta a este trigo y campiñas de Nuestra Señora de los Dolores. Pero como estos hijos pimas lo sintieron, así que dieron un grito convocando las gentes, tiraron a huir con tanto susto los tres enemigos apaches que largaron cuanto tenían y cargaban consigo: el uno largó hasta el carcaj de las flechas, y el arco, y los botines o zapatos que usan los apaches, y una cola de una res que habían matado; y como el arco que el uno de ellos largó era medianito, avisado desta visita de apaches el padre Agustín de Campos, escribió que ese apachuelo debía de ser todavía novicio.

Y es así que el común dolor de toda la provincia, y que en tantos años no queda remediada ni libre de tantas y tan continuadas invasiones, robos y muertes de tantos enemigos jcomes, apaches y janos. Y que, pero entre tanto, en estas nuevas conquistas y nuevas conversiones, es verdad que en medio de las bastantes contradicciones y oposiciones de parte de los naturales, de más de 200 leguas de nuevas tierras y nuevas naciones. Su Divina Majestad se sirva, con su piadosísima paternal providencia, de conservarnos en suma paz y quietud con continuados nuevos descubrimientos de más nuevas gentes y naciones, que cada día, con más fervor, están deseando, y pidiendo nuestra santa fe católica, y padres, ministros y el santo bautismo. Y se hacen muchos bautismos y nuevas iglesias y muy buenas y nuevas poblaciones de cristianos nuevos, con nuevos adelantamientos en lo espiritual y en lo temporal, sin que falte otra cosa si no son los necesarios padres misioneros, que, pero gracias a Su Divina Majestad, ya nos los prometen los superiores mayores, y los dará cuando más convenga la amorosa providencia de Nuestro Señor.

CAPÍTULO VIII.— Dos Misiones o entradas al norte después de la Pascua de Resurrección, y desde mediado abril a confesiones, a bautismos y casamientos y a dar principios a las casas y pequeñas iglesias de Santa María Bugota y de San Lázaro

Habiendo tenido aquí la Semana Santa y Pascua de Resurrección con mucho concurso de españoles y de naturales de tierra adentro, entre ellos que el Sábado Santo, 3 de abril, vino con otros tres capitanes 60 leguas de camino el capitán de San Javier del Bac, hice Misión o entrada al Norte, saliendo de aquí el 7 de abril y llevando conmigo al capitán deste pueblo y al gobernador de Nuestra Señora de los Remedios, un temastian, tres guacinqes o carpinteros y otros tres sirvientes; entré por los Remedios Cocospera y San Lázaro a Santa María Bugota, y habiendo en todas partes hecho confesiones y catequizado los catecúmenos, y hecho los bautismos y casamientos que se ofrecieron, dimos juntamente principios a las casas de Santa María Bugota, que está en un amenísimo valle, y a la de San Lázaro. En Santa María, que dista de aquí como 22 leguas, echamos los cimientos de una buena y capaz sala y de dos buenos aposentos, y empezamos a subir sus paredes, que ya antecedentemente quedaban hechas unas despensitas con sus salitas, y también quedaba ya hecha los cimientos de una buena y capaz iglesia con su crucero, para la cual los guacinqes cortaron 20 vigas de pino y 40 zapatas de

encina y otros morillos para la casa; que se dejó orden de que prosiguiesen en hacer adobes y fabricar y acabar la capaz sala para que pudiese servir de iglesia en que decir misa con decencia, entre tanto que se fabricaba la iglesia grande. Y también en San Lázaro, que está tres leguas más acá, dimos principio a otra salita y dos aposentos, y es puesto muy acomodado para un buen pueblo y para una buena estancia, y de hecho quedaron hechos unos corrales, y dejamos en ese puesto 25 reses con sus vaqueros. Y pues cuatro leguas más al noroeste, a la entrada del muy ameno valle de Guebavi, está otro muy buen puesto y ranchería, con su iglesia y casa de adobe y terrado, que puede ser el tercer pueblo de un muy buen partido o Misión; tendrá una muy acomodada administración el primer padre que Nuestro Señor sea servido de traer para la eterna salvación de tantos pobrecitos. En 24 de enero volví a hacer Misión o entrada a Santa María y a San Lorenzo, y hallándome en estas fábricas de Santa María recibí carta del padre Jerónimo Minutuli desde San Pedro y San Pablo del Tubutama de los quiquimas que lo pondré en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IX.— *Carta del padre Jerónimo Minutuli de que los quiquimas me envían dádivas y que me envían a llamar para que vaya a bautizarlos*

En 17 de abril, el padre Jerónimo Minutuli me escribió la carta siguiente: “Fernando el de Nuestra Señora de la Concepción del Caborca trae a V. R. 13 curiosas bolas y otras dádivas de conchas azules de la contracosta para memoria de ellos; suponiendo el beneplácito de V. R. me quedo con tres, y así van a V. R. Quiera Dios disponer las cosas de manera que no se dilate mucho la conversión de ellos a nuestra santa fe.” Hasta aquí el padre Jerónimo Minutuli. Muchos destos quiquimas habían venido desde sus tierras californicas de la California Alta hasta las cercanías y confines de San Marcelo del Sonoydag, caminando más de 40 leguas con ánimo de venir personalmente a verme y llamarme hasta ese pueblo de Nuestra Señora de los Dolores. Pero como unos se cansaron y otros tuvieron algún miedo y recelo de entrar por tan diferentes gentes y tierras nuevas, determinaron remitir esas dádivas y enviarme a llamar a que yo los fuera a encontrar hasta San Marcelo, y entre tanto se sustentaron en la cercana mar con el corto bastimento de sólo pescado, y careciendo, por el espacio de más de dos meses, de sus acostumbrados buenos maíces, frijol y calabaza, de que todo el año abunda en sus tierras esta nación quiquima. Y como en todo este tiempo, con mis muchísimas ocupaciones, no fui ni pude ir a verlos, se volvieron bastante desconsolados a sus tierras, y sólo la venida de los necesarios padres podrá remediar tan lastimosos desconsuelos; *Parvuli petierut panem et no erat qui frangeret eis*. Los envié a consolar, en la mejor forma que pude, de que, Dios mediante, partiríamos el camino, y que cuando en breve, el próximo mes de mayo, yo pudiese ir a la cosecha de los trigos de Nuestra Señora de la Concepción, nos veríamos y hablaríamos.

CAPÍTULO X.— *Misión o entrada al poniente a Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, fábrica y fiesta y solemne procesión del Corpus en el pueblo de San Pedro y San Pablo del Tubutama*

El 13 de mayo hice Misión o entrada como de 50 leguas a Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, y juntamente procuré adelantar las fábricas, así de San Pedro y de San Pablo del Tubutama como de la Concepción, y el 23 de mayo, como las paredes de la iglesia y en particular las del presbiterio, estaban ya altas, las adornamos y techamos con ramas y petates y

flores en la mejor forma que pudimos, y tuvimos la fiesta y solemne procesión del Corpus, llevando para eso desde Nuestra Señora de los Dolores la buena capilla de cantores y los demás adornos, colgaduras, baldaquino, incensario, chirimías, cera, etc. Hubo mucho concurso de muy mucha gente, así cristiana como catecúmena; hubo muchos bautismos, entre ellos fue el del gobernador de la ranchería muy grande del Umucán, el cual prometió que con su mucha gente, la cual estaba presente y continuadamente solía asistir a las faenas de la fábrica de la iglesia, se vendría agregando a algún pueblo a donde asistiese algún padre misionero, mayormente porque esa ranchería del Umucán, como las demás de la costa, suelen ser de tierras menos fértiles y faltas de aguajes. Y más acá dentro hacia el Oriente solemos tener valles muy fértiles y muy amenos, con abundancia de tierras pingües y buenos ríos, pastos excelentes, campiñas, sementeras de trigos de maíces y estancias. El padre Jerónimo Minutuli catequizó e instruyó muy bien antes del bautismo. Después de la fiesta del Corpus me vine con mi gente a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores a tener también aquí la Dominica infraoctava la misma solemnidad y fiesta del Corpus, a la cual concurrieron con muchos naturales de aquí cerca y de tierra adentro muchos españoles de los cercanos Reales de minas, y todos se holgaron que ya también tierra dentro, en el pueblo de San Pedro y San Pablo del Tubutama, hubiera habido esta primera fiesta de Nuestro Señor y de Cristo sacramentado, y que como el triunfo se ha alegrado grandemente del descubrimiento que hizo V. R. de la nueva isla de Santa Inés y del cabo de San Vicente, de la mar de de nuestra santa fe católica hubiera entrado ya tan adentro, con fundadas esperanzas de que, viniendo los necesarios padres misioneros, había de poder triunfar nuestra santa fe católica en toda esta América septentrional.

CAPÍTULO XI.— *Los padres de la California desean y procuran que se abra camino y comercio con esta Pimería por la recién descubierta isla de Santa Inés y por el nuevo cabo de San Vicente deste seno califónico, en 31 grados de altura*

El padre Jerónimo Minutuli, en 1 de junio, me escribió la carta siguiente: “Acabo de recibir cartas de California de los padres Ugarte y hermano Jaime Bravo, quienes *nominatin* saludan a V. R. Y el padre rector Juan de Ugarte se ha alegrado grandemente del descubrimiento que hizo V. R. de la nueva isla de Santa Inés y del cabo de San Vicente, de la mar de la California, y de las más cosas concernientes a esto que escribí a S. R., como V. R. lo vio; y dice S. R. que, teniendo bastimentos bastantes, pasara a descubrirlo, que todavía no había llegado el socorro que estaba detenido en Guaymas, porque desea mucho el comercio y socorro más cercano de la Pimería.

Esto es en sustancia lo que S. R. dice, que me ha parecido participarlo a V. R. cuanto antes, para que V. R., prosiguiendo con su mucha caridad y celo, se abra a prisa esta puerta pímica califónica. Mucho me alegraré que V. R. haya tenido muy alegre fiesta del Señor sacramentado, quien le pague a V. R. lo que con tanto consuelo mío celebró acá V. R., y los demás trabajos que cuesta a V. R. la fundación material y espiritual desta iglesia. No me dilato más por la prisa del portador.” Hasta aquí el padre Jerónimo Minutuli. Y aunque siempre he reconocido, y reconozco, que este paso y comercio de la isla de Santa Inés y del cabo de San Vicente, en 31 grados de altura no puede tener particular dificultad y puede ser de muchísimo alivio y adelantamiento a las nuevas conversiones y nuevas Misiones, así de la California Baja, a donde

ya tan gloriosamente trabajan los padres arriba referidos, como para la California Alta, que está más cercana e inmediata al paso por tierra a la California; mis muchísimas ocupaciones, y con especialidad la total falta de los padres misioneros para tanta mies de almas como tenemos entre manos, acompañada de la acostumbrada contradicción y oposición de algunos desafectos, me ha estorbado y estorba la prosecución en la demanda del descubrimiento muy fácil deste nuevo y muy breve paso a la California. Pues por no haber de por medio más que 8 ó 9 ó 10 leguas de muy mansa y abrigada mar de travesía, aún con unas buenas canoas o lanchas o medianos barquillos se puede abrir y continuar este camino y comercio; y si como el padre visitador Horacio Polici, en tiempo de su santa visita, había determinado se me hubiera dado un padre compañero, que en tiempo de mis ausencias hubiera suplido en estos mis tres pueblos de mi administración, días ha que así aquel camino, como otros con otras cosas buenas, pudiera estar abierto, y quizá todavía no será tarde el que se haga cuando más convenga eso y mucho más. *Non enim abbreviata est manus Domini.*

CAPÍTULO XII.— Carta del capitán Juan Fernández de la Fuente, que abonando las referidas Misiones o entradas que se han hecho, afianza el que más se consigue y gana con la religiosa caridad de los padres que con las armas militares de los soldados

El muy experimentado y valeroso capitán Juan Fernández de la Fuente, desde el Real de Guisani, en 5 de julio, entre otros puntos me escribió lo siguiente: “Más que ninguno me alegro de la prosperidad con que se va aumentando esa nueva cristiandad y las muchas naciones que están pidiendo padres que los administren, y mayormente los cocomarcopas, e hizo V. R. muy bien de traerlos a la presencia del padre rector Melchor, quien puede ser apriete a nuestro padre general para que envíe los padres, y siento que estando a una todos los padres que hoy se encuentran en esa nación pima y los circunvecinos, desde luego se conseguirá el glorioso fin de V. R. Dios quiera que así suceda y que se logre con brevedad el muy cercano camino por la mar y el paso por tierra a las Californias, que para todos será de mucho alivio, y, en fin, mi padre, si todas las naciones que V. R. me propone le han venido a ver, quiera Dios que se reduzcan, nos podemos prometer una más lucida cristiandad, y con las entradas que V. R. hace a sus tierras y con sus convites y fiestas y procesiones y caritativo trato se conseguirá el araterlos al verdadero conocimiento con más facilidad que si se entrara con muchos arcabuceros, y conozco que habiendo comercio por mar y tierra, habrá muchos que vayan y vengan a las Californias. Y a la entrada que V. R. determina hacer después de los calores, quiera Su Divina Majestad que todo suceda a mayor honra y gloria suya y reducción y salvación de tanto número de almas por quien Cristo Señor Nuestro derramó su preciosísima sangre y no ha de permitir que carezcan del santo bautismo y por el contexto de la carta de mi padre Jerónimo Minutuli reconozco que está gustoso en Tubutama y que alienta a V. R. y a los reverendos padres que están en Californias por mar y tierra. Dios quiera que se consiga en el tiempo de V. R., y que en el todo vea logrado el glorioso fin de sus trabajos de los cuales tendrá el premio de Su Divina Majestad que me guarde a V. R.” Hasta aquí el capitán Juan Fernández de la Fuente, y con esta tan cristiana carta acabo este libro de los seis primeros meses deste año de 1706 y paso al Libro 4 de los otros seis meses.

LIBRO IV

DE LOS OTROS SEIS ÚLTIMOS MESES DESTE AÑO DE 1706 Y PRINCIPALMENTE DE LA MISIÓN O ENTRADA QUE JURÍDICAMENTE SE HIZO POR ORDEN DEL GENERAL DON JACINTO DE FUENSALDAÑA, CAPITÁN VITALICIO Y GOBERNADOR DE LAS ARMAS DESTA PROVINCIA DE SONORA, CON EL ALFÉREZ JUAN MATEO RAMÍREZ Y CON EL CABO JUAN DURÁN Y CON FRAY MANUEL DE LA OYUELA, DE LA SAGRADA ORDEN DE SAN FRANCISCO SERÁFICO

CAPÍTULO PRIMERO.— Con las noticias de que vienen padres de Europa se nos prometen operarios para estas nuevas conversiones y se nos piden y se dan informes del número de los padres que en ellas se necesitan

El padre visitador Francisco María Picolo, desde Belén de Guaymas, en 18 de julio, me escribió la carta siguiente: “Tengo respondido a todas las cartas de V. R., ahora suplico a V. R. se sirva de avisarme con un propio cuántas son las misiones fundadas por el rey nuestro señor en la Pimería, cuantos padres son necesarios y en qué misiones se han de poner, cómo se llaman y la distancia de una misión a otra. Venga todo con individualidad, porque deseo muy mucho ver en su tiempo la Pimería adelantada y no quedará por mis diligencias, trabajos y sudores, pues personalmente, dándome Dios fuerzas he de poner los padres en sus partidos.” Hasta aquí, el padre visitador Francisco María Picolo.

Y el padre rector Melchor Bartiromo, pidiéndome albricias, en 29 de julio me escribe lo siguiente: “Acabo de recibir carta del padre visitador con estas palabras: “V. R. luego me avise cuántos padres son necesarios para la Pimería y cuántas misiones tiene fundadas el rey nuestro señor y vengan con sus nombres, así de los parajes y puestos como de los Santos a quienes están dedicadas. Ahora V. R., como más práctico, le ruego me avise dello, para luego responder al padre visitador, pues importa porque vienen sujetos de España.” Hasta aquí, el padre rector.

En virtud destas dos cartas hice luego los informes que se me pedían, y el uno lo despaché con propio hasta a San José de Guaymas, al padre visitador, y el padre visitador lo despachó a México, al padre provincial, según S. R. me escribió, lo despachó a Roma, a nuestro padre general, y al dicho informe le acompañaba la relación larga de todos los puestos acomodados para muy buenos partidos y misiones desta Pimería, con su muy distinto mapa, así de los nueve pueblos que actualmente estábamos administrando los tres padres que vivíamos en esta Pimería: el padre Agustín de Campos, en San Ignacio, en Santa María Magdalena y San José de Imiris; el padre Jerónimo Minutuli, en San Pedro y San Pablo de Tubutama, Santa Teresa y San Antonio del Uquitoa, y yo aquí, en Nuestra Señora de los Dolores, Nuestra Señora de los Remedios y

Nuestra Señora del Pilar y Santiago de Cocospera, como de las otras cinco limosnas que para otros cinco padres nuevos y cinco nuevas misiones tenía concedido su real majestad, que Dios guarde, y que con eso, desde luego, además de los tres misioneros que aquí estábamos, en nuestros tres ya asentados partidos o misiones, podían venir a lo menos otros cinco para otros cinco buenos partidos o misiones nuevas, y así que el cuarto padre pímico podía venir para Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, para San Diego del Piquín y para San Valentín; el quinto padre para Santa María, San Lázaro y San Luis; el sexto padre, para San Ambrosio del Busanic, Santa Gertrudis del Saric y San Bernardo del Aquimuri; el séptimo padre, para San Javier del Bac, San Agustín y Santa Rosalía de los Sobaipuris; el octavo padre, para Santa Ana de Quiburi, para San Joaquín y para Santa Cruz, adonde vive el afamado capitán Coro. Pues en todos estos puestos o pueblos ya incoados hay muy buenos principios de cristiandad y de casas en qué vivir y de iglesias en qué decir misa y de sementeras y cosechas de trigos y de maíces y de ganados mayor y menor y caballada, que los naturales años ha cuidan con toda fidelidad para los padres que piden y esperan recibir.

CAPÍTULO II.— *Carta del padre visitador Francisco María Picolo del recibo y despacho a México del informe y del mapa de las nuevas misiones fundadas y por fundar desta Pimería*

Así que, con la brevedad posible, acabé de hacer el informe y mapa y relación de los puestos más idóneos para buenas y acomodadas misiones y partidos desta Pimería, los despaché con propio al padre visitador Francisco María Picolo, que me los pedía, y S. R., desde Belén, me escribió la carta siguiente:

“De vuelta de San Marcial recibo la gratísima de V. R., con el mapa y noticias individuales de las misiones de nuestra Pimería. Dios nos dé gracia de verla animada de padres fervorosos, como los que en ella apostólicamente trabajan. Yo había salido por verme con VV. RR. y tratar de presencia de la forma que tienen las misiones que necesitan de padres, y no fue posible pasar delante por las aguas atascaderas, ríos y calores y mis pocas fuerzas, y me volví, víspera de Nuestra Señora, que si su correo y propio de V. R. hubiera preguntado en el camino de los Ures me hubiera hallado en San Marcial con el padre rector Fernando Bayerca y con el padre Manuel González, que pasó a Mobas; por pedirme el padre provincial la respuesta con toda brevedad, respondí a S. R., diciéndole que eran siete las misiones fundadas en la Pimería; ahora, con la de V. R., hallo ser ocho; vuelvo a escribir al padre provincial, remitiéndole la carta de V. R.” Hasta aquí, el padre visitador, y, según dije arriba, tuve después carta del padre provincial que estos papeles se enviaron a Roma. Y añadiré otra carta de un Señor secular que en este mismo tiempo andaba en estas mismas prevenciones de conseguir padres misioneros.

CAPÍTULO III.— *Carta del capitán Juan Mateo Mange de que se le piden y trata de imprimir relaciones y noticias conducentes a la venida de los necesarios padres misioneros para esta Pimería*

El 15 de septiembre, el capitán Juan Mateo Mange, que poco ha fue alcalde mayor desta provincia, me escribió en este mismo tiempo la carta siguiente: El licenciado y abogado don Miguel de Torrises y Cano tiene orden del señor virrey si será necesario añadir otros treinta

soldados, y dicho licenciado me ha ocupado mi inutilidad para que yo envíe por sumario al virrey todos los derroteros e itinerarios de los descubrimientos de naciones que con V. R. tengo hechos, y tengo ya sacados cinco y escrito las utilidades que se pueden seguir a Dios y al rey de los 30 soldados y padres operarios para las reducidas naciones Sobas. Pimas y Sobaipuris, Cocomaricopas y Yumas del Río Colorado, adonde expreso se podrá hacer una villa que sirva de escala y antemural y refugio para ir reduciendo las demás naciones de Moqui. Apaches y naciones del norte, noroeste y poniente hasta el mar del sur, y refugio de los navegantes de China, con fundadas esperanzas de minerales, y que esta escuadra no sólo sirva para estas fronteras, sino para visitar las naciones que se fueren reduciendo a nuestra santa fe y castigar a tal cual malévolo que inquietare a los demás, para que los padres operarios que pido puedan tener seguro de predicar la ley del santo Evangelio. Ya tengo escritas como cien hojas, y quedo escribiendo lo demás y me falta el derrotero de la jornada que hicimos con V. R. y con el padre Antonio Leal. Ruego a V. R. me lo envíe, y si no lo hallare se sirva de enviarme una breve noticia del día que salimos hasta que volvimos, las leguas que anduvimos y almas que contamos, que lo demás del rumbo y del terreno yo me acuerdo.” Hasta aquí, el general Juan Mateo Mange, el cual siempre con muy cristiano celo ha sido muy amante destas nuevas conquistas y nuevas conversiones, como siempre lo ha dado a entender con sus entradas, con sus escritos, con sus mapas.

CAPÍTULO IV.— En este mismo tiempo, los principales naturales y caciques capitanes y gobernadores, así del norte y nordeste como del noroeste, envían, con una santa cruz y con otras dádivas y con muchos ruegos, a pedir padres y el santo bautismo

En 8 de septiembre, día festivo de la Natividad de María Santísima, vino a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores el capitán Coro, que en bautismo se llamó Antonio Leal. Trajo consigo muchos naturales de tierra adentro y con ellos al gobernador de Cocospera, que se llama Francisco Pacheco. Dicho capitán Coro nos dijo en público de cómo este pasado mes de agosto, así que se fueron mitigando las aguas, él, con alguno de los suyos, había entrado hacia el norte hasta los sobaipuris de San Javier del Bac, como 50 leguas de camino más adelante de su ranchería de Santa Ana Quiburi, y hacia el nordeste hasta los tres Sobaipuris del valle de San Salvador, en distancia de más de 60 leguas, y que todos aquellos gobernadores y capitanes en todas partes le habían venido a ver y con todos los demás muy muchos naturales de aquellos contornos por donde entró le rogaron viniese a verme y a rogarme que los fuese a ver y a bautizarlos, que con todo su corazón querían ser cristianos; también enviaron muy amigables recaudos y encomiendas a todos los demás padres destas misiones, y al señor alcalde mayor y a todos los señores españoles, y a los demás naturales ya cristianos, enviándome juntamente para eso una santa cruz y en ella apuntada y marcada las principales dieciséis rancherías grandes que con instancias me pedían el santo bautismo. En este mismo tiempo, el 28 de agosto, supe del gobernador de San Marcelo, ranchería o pueblo incoado del nordeste, que dista de aquí 90 leguas y de las justicias deste pueblo de Nuestra Señora de los Dolores y de testigos españoles que los yumas y quiquimas del noroeste y del paso por tierra a la California enviaron ruegos y dádivas, conchas azules de la contracosta a pedirme que los fuese a ver y a bautizar siquiera sus párvulos, que los recaudos de los pimas eran de 170 leguas de camino y los de los quiquimas eran 200

leguas, y las conchas azules, que sólo se dan en la contracosta de la California y mar del sur venían casi 300 leguas de camino. Y al mismo tiempo que nos llaman al paso por tierra a la California Alta, también me llaman al breve paso por la mar a la California Baja con la carta del padre rector Juan de Ugarte, que pondré en el capítulo siguiente; sólo aquí añadiré, también en este mismo tiempo, una desafecta persona hizo un desatinado malicioso informe contra la California, del cual, el 7 de septiembre, el padre rector Melchor Bartiromo me escribió lo siguiente: “El inicuo informe contra la California no rae hace fuerza, porque el demonio ha de estorbar lo que es servicio de Dios y se vale de los hombres, pero Dios, sobre todo. Acuérdesse V. R. cuánto han informado contra la Pimería y, no obstante, Dios la mantiene y la adelantará hasta que sea toda cristiana. *Non est concilium contra Dominum.*” Hasta aquí, el padre rector Melchor de Bartiromo.

CAPÍTULO V.— *Carta del padre rector de la California, Juan de Ugarte, acerca de un barco o lancha para el más inmediato comercio de estas misiones desta provincia con la California por el breve paso de ocho o nueve leguas en 31° de altura y me convida a que yo pase a la California*

Desde Loreto Concho, de California, el 7 de septiembre, el padre rector Juan de Ugarte me escribió la carta siguiente: “Recibo dos de V. R.: la una, de 20 de junio; la otra, de 2 de julio, ambas de mucho consuelo, así por las noticias de la salud de V. R., que prospere Dios para mucha gloria suya y bien de muchas almas, como por la materia que contienen ambas acerca del buen celo y ánimo de V. R. y de los padres a que haya comunicación en puerto cercano a esa Provincia de donde han sido los socorros cuantiosos y supuesta la determinación de V. R. y de los padres, me es preciso prevenir a V. R., como quien tiene a mucha costa experiencia de barcos, de manera que no atrase sino que antes facilite el buen deseo de V. R. y su ejecución, digo, pues que, aunque V. R. tenga maderas y tenga gentes y aún oficiales para fabricar, aunque hubiera hierro, velas, cables, estopa, breá y en la playa buen bote para arrojar al agua el lanchón, siempre había de haber solicitud, tiempo, y después de todo, contingente el que salga en su cuenta la embarcación, lo que me parece es que siempre los padres que quieren cooperar a la fábrica se alienten a comprar una lancha hecha con anclas, cables y velas ahorran más de la mitad del gasto, y lo más preciso o más precioso: el tiempo. Al general, rezaba, el hacer su balandrita le costó, según dicen, quince mil pesos y más de cuatro años. Al capitán Martín de Serastigui le costó sólo dos mil pesos la lanchita comprada. Yo puedo hacer que este año tengan VV. RR. una lancha de buque con juntar esa cantidad, y con eso sólo se esperará el tiempo bueno de subir a esa altura de los seris y de la Pimería, que en tiempo de turbonadas no se puede entrar, aunque sea barco grande, pues dicen los marineros que, como son mares desconocidos, es menester sea la gente de mar pareja. Por lo que sigue de ofrecer, V. R. verá por esta carta del general Andrés de Resaval su ánimo de pasar con su barco por acá al buceo de las perlas y al comercio, como hemos deseado siempre, y VV. RR., fuera de la pesca, tendrán la sal de la bahía de la Concepción en bajar a la isla del Carmen, y así se costearán los marineros, que es mucho su gasto y ahora estamos tan faltos de ellos, que en las embarcaciones anda parte de chinos y parte de californios, tres chinos y cuatro californios, hasta indios de Xalxocotán y un hijo de Basilio el pima andan, porque, como hay otros barcos de buceo, todos los buscan y no todos son buenos

para dirección de una fábrica de componer sólo una lancha; en Acapulco nos estuvo en más de mil y cuatrocientos pesos, después de habernos dado, la nao de China, la lancha a sólo composición, pues qué será la fábrica, aunque sea de lancha, V. R. lo vea y me avise, con eso se dispondrá la lancha y quizá irá gente que la entregue en Guaymas, sólo un cable suele costar 40 pesos, que serán dos la jabia colcharia, más barato nos estuvo comprar un barco perulero en Acapulco que aderezar uno que teníamos, y así se fue a pique. Quizá por barco se viera lo que no se ha podido por tierra, si estos dos de acá no hubieran estado ocupados, que el uno fue a la Nueva España, yo hubiera hecho diligencia de subir siquiera hasta 30 grados siguiendo un derrotero de Ortega. Los meses de noviembre hasta marzo es la fuerza de los noroestes, que no puede subir barco ninguno, aunque sea de Galicia, sólo se puede ya por principios de abril y mayo, que también van las corrientes para dentro, que estando allá la lancha para la travesía sólo en todo tiempo puede ir y volver; este es mi parecer, pero V. R., como más experimentado, dispondría lo que fuere de su agrado y de más servicio de Dios, que me guarde a V. R. en cuyos santos sacrificios me encomiendo, y si allá hubiese licencia y pudiese V. R. darnos una miradita por acá, dispondría lo que juzgara más conveniente y vería lo que hay aquí en esta California, que fue primer teatro de los apostólicos trabajos de V. R., a quien suplico me salude a mi padre Jerónimo Minutuli; espero breve la respuesta de la compra de la lancha, que se llama San Pedro de Alcántara.” Hasta aquí, el padre rector Juan de Ugarte, a quien respondí lo que diré en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.— *Respuesta a esta carta californica que ya por acá en esta Pimería tenemos prevención de lo necesario para el barquillo o lancha para este breve paso en 31° de altura, y que sólo nos faltan los padres misioneros necesarios y un par de grumetes o chinos*

Muchas personas, desde luego, se animaron a que también por esta altura de 31° emprendiéramos la conquista y conversión de la California, pues era en la medianía que hay entre las misiones, que ya tan gloriosamente actualmente tienen su corriente en la California baja en altura de 26 y 27 grados y entran las nuevas conversiones que, Dios mediante, viniendo padres misioneros, se podrán hacer en el paso por tierra a la California y en sus cercanías en la California Alta de 35 y 36 grados y 37 de altura, por lo cual, cuanto me acuerdo a la muy prudente santa carta californica referida del padre rector Juan Ugarte, respondí y respondo lo siguiente: “En cuanto a la consecución de una pequeña pero suficiente embarcación para esta tan breve travesía de ocho o nueve o diez leguas de quieta y abrigada mar deste seno californico con el favor del cielo no tendremos particular dificultad. Pues tengo aquí, en casa, en este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, la mayor parte de las maderas labradas para un barquillo acuartelado que, con unas buenas mulas de recua, con facilidad, con los demás tablones que tengo en Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, ya muy cerca de la mar, las podremos llevar hasta las orillas deste seno. Estas maderas estuve previniendo desde el tiempo de la visita del padre visitador Manuel González, el cual, con nuestro padre general Tirso González y con el padre provincial Diego de Almonacid era amantísimo de estas nuevas conversiones; y S. R., habiendo conferido las materias de pasar a la cercana California también en esta altura de 32 grados, pues la tenemos patentemente a la vista, desde luego en Oposura, me dio la plata necesaria para comprar, y luego compré, en el Real de San Juan, el bastante cotencie crudo para

la vela del barquito, aunque, como después fue Nuestro Señor servido que descubriésemos el paso por tierra a la California, suspendí la fábrica del barquito; pero hay aquí la prevención desta vela y de las maderas que llaman planes, istamanares y barragantes, de una pieza para ahorrar parte de la clavazón, el timón y los remos y su género de pequeña anda o rajón y el necesario hilo de hoquen para un cablecito y para la jarcia, con bastante humo y mortero para la clavazón y lo equivalente para la estopa y mucha pinería de donde sacar la bastante brea y vacas gordas para el sebo y campiñas, muy pingües y fértiles para los bastimentos de que, gracias al Señor, todos los años solemos tener muy llenas las despensas, también para poder, con todo amor, ayudar con ellas a la queridísima California, que es *ferinosísima soror nostra*, y no nos sabe lo que comemos si no partimos con ella *soror esirn nostra parvula et ubera non habet*. Todavía les faltan las muy fértiles pingües tierras a la California, pero ya V. R. las van e irán descubriendo. Hermanas dichosas son la Marta y Magdalena; por acá contentos con el ministerio de Marta, serviremos dichosos a los padres que allá, dichosos, gozan de venturosa suerte de Magdalena y procuraremos cuanto nos sea posible por muchos diferentes caminos, por el de paso por tierra en 35 grados y por este breve de la mar en 31 grados de altura compensar en algo lo que por tantos caminos debemos al Redentor del mundo, que nos compró a nosotros como redimió a tantos pobrecitos y nos dice *Illis solvite quid mihi debetis*. Y pagaremos si ayudamos a nuestros necesitados próximos, y desta suerte pegaremos fuego a la sabana de la California por diferentes partes con frescas memorias de admirables postcomunio, que Nuestra Santa la Iglesia da en su misa a nuestro padre Ignacio; *Ignem veni mittere in mundum, et quid volo nisi est avendatur*.

En cuanto a la embarcación para este breve paso y travesía también se suaviza la dificultad cuando sabemos que todavía está en ser y varada en esta nuestra costa destos Pimas y de estos seris, bien cerca de la misma altura referida de 31 grados, la canoa grande en que Juan de Herrera, uno de los marineros del almirante don Isidro Antondo y Antillón, con dos compañeros, saliendo del puerto de Mazatlán, en busca y seguimiento de los que estábamos en el Real de San Bruno de la California, y habiéndonos propasado sin vernos y buscándonos en más altura sin hallamos, vino con su canoa de la California a esta Nueva España y a estas costas sericopímicas, adonde la dejó varada y pasó hasta México a dar cuenta de todo a diferentes personas y a mí en la casa profesa.

Con que la principal y única dificultad consiste en la falta de padres misioneros, uno los que vengan a vivir y administrar las buenas misiones y pueblos que las tenemos prevenidas y uno que en mis ausencias y asistencias, funciones y peregrinaciones me ayude a cuidar destos mis tres pueblos de mi administración y otros para otras misiones incoadas que tenemos entre manos, que habiendo éstos tan necesarios padres operarios para estas misiones, luego, Dios mediante, con toda facilidad, podremos pasar al paso breve de 31 grados de altura y a las nuevas conquistas y nuevas conversiones de sus contornos y al socorro y conversión de las ya asentadas misiones de la California y a otras muchas de toda esta América septentrional. Un par de grumetes o chinos para la dirección del barquillo o lancha o canoa grande para esta brevísima travesía se hallan en Sinaloa y en sus contornos, pues a menudo se suelen salir algunos de la California. Nuestro Señor me guarde a V. R., como deseo, felicísimos años, encomendándome en sus santos

sacrificios con mis tiernísimas a mis amantísimos padres de la California. Nuestra Señora de los Dolores y noviembre 4 de 1706 años. De V. R. muy siervo en Cristo,

Eusebio Francisco Kino.”

LIBRO V

NUEVA MISIÓN O ENTRADA AL PASO POR TIERRA A LA CALIFORNIA CON FRAY MANUEL DE LA OYUELA, DE LA SAGRADA ORDEN DE SAN FRANCISCO SERÁFICO, Y POR ORDEN DEL GENERAL DON JACINTO DE FUENSALDAÑA, GOBERNADOR DE LAS ARMAS Y CAPITÁN VITALICIO, POR S. M., DE LA COMPAÑÍA VOLANTE O PRESIDIDO DESTA PROVINCIA DE SONORA, CON SU ALFÉREZ JUAN MATEO RAMÍREZ Y CON SU CABO JUAN DURÁN. 1706 AÑOS

CAPÍTULO PRIMERO.— Carta que me escribe el general don Jacinto de Fuensaldaña de su feliz vuelta de México a esta provincia de Sonora y a su capitanía volante o presidio desta provincia

Siempre hemos experimentado que el general don Jacinto de Fuensaldaña fue muy cristianamente bien afecto a estas nuevas conversiones y nuevas conquistas y a esta Pimería, y en sus entradas campañas a los enemigos jocomes y apaches se valía gustoso y con satisfacción de estos naturales pimas y de sus capitanes y de sus gobernadores y ellos le tenían muy agradecido recíprocamente, muy bien afecto y como filial amor, y aunque los muy pesados pleitos con que el común enemigo suele procurar de estorbar todas las cosas buenas motivaron a que, para la composición de los negocios deste presidio, dicho general don Jacinto pasase personalmente a la corte de México, a la vuelta de la referida ciudad, desde el camino y desde el cercano presidio de Janos, el 26 de junio me escribió su merced la carta siguiente:

“¡Mi amado padre!: Ya era tiempo de dar algún consuelo a los amigos; pongo en la noticia de V. R. mi llegada a este presidio de Janos de paso para el mío, restituido con todos mis hombres y pagado del sueldo de todo el tiempo que fui despojado, habiendo dado por nulos todos cuantos autos hizo el general Retana contra mi; V. R. sabe mi cariño, y con él hablé largo a mi querido padre provincial Juan María sobre V. R. y nuestra Pimería, y me dijo que ya componían muy bien, va sosegaban las contradicciones de los desafectos, a que le dije que V. R. había siempre sido un gran ejemplo de virtud y religión y celo apostólico. No digo más, remítome a la vista y en interceso, pidiendo a Dios me guarde a V. R. felices años.” Hasta aquí el general don Jacinto de Fuensaldaña, y después pasó a fronteras, a ver a su merced y hablar del adelantamiento a trueque de bastimentos, harina, maíz, caballos, mulas, de que suelen abundar estas nuevas conversiones, que todo me lo dio con muy buen afecto sin pedirme ni un peso en plata, que es la que suelen querer y pedir en las demás tiendas de otros mercaderes, y como principalmente hablamos del fomento destas nuevas conversiones y le enseñé una certificación que estos días antecedentes me había dado el teniente desta Pimería, acerca del buen estado de ella en medio de

las acostumbradas contradicciones y de algunas oposiciones de algunos poco afectos acerca del paso por tierra a la California, teniendo su merced por cierto lo que era muy cierto, que la California no era isla, determinó darme unos soldados, que conmigo fuesen a ser testigos de vista y se informasen de todo, a fin de informar jurídicamente en México y despachar correo a su costa, en orden también de conseguir y traer tan necesarios para estas nuevas conversiones, y como también por otros caminos y aún de vista le constaba de las muchas muy buenas cosas desta Pimería, encargó su merced a su alférez una exacta relación diaria de todo, para después autorizarla con una certificación suya y despacharla a México.

CAPÍTULO II.— Certificación jurídica del capitán teniente de alcalde mayor del buen estado destas nuevas conversiones y que hasta los quiquimas, del paso por tierra a la California, envían una santa cruz y a pedir el santo bautismo

Aunque ha habido siempre muy buenas certificaciones de diferentes señores alcaldes mayores y de otros reales ministros del buen estado desta Pimería y que los muy amigables naturales piden y merecen los necesarios padres misioneros para la administración, pondré aquí esta más fresca que cabalmente la llevé conmigo entre mis papeles, cuando estos días pasé a ver y a hablar al general don Jacinto de Fuensaldaña, y es como sigue:

“El 7 del mes de septiembre de 1706, en este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, en presencia del capitán Juan Díaz de Terán, teniente de alcalde mayor del valle de Opodepe y su jurisdicción, por S. M., habiendo venido en compañía de algunos vecinos de dicha jurisdicción, a causa y efecto de oír misa el día de María Santísima, hallamos en este dicho pueblo al capitán Francisco Pacheco, por otro nombre llamado Cola de Pato, gobernador de Cocospera, y al capitán Antonio Leal, por otro nombre llamado el capitán Coro, capitán general de dicha nación Pima, quienes vinieron de tierra adentro y le trajeron al reverendo padre Eusebio Francisco Kino recaudos y señales de amistad cruces y conchas azules de la contracosta de la California y otras cosas del uso de aquellas rancherías en que piden la amistad y amparo de los españoles y el consuelo de sus almas, pidiendo con instancias el santo bautismo y padres misioneros para que los administren, y actualmente se halla en este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores un capitán de San Marcelo, distante 90 leguas de camino, quien vino con sus hijos y mujer pidiendo lo mismo que piden los demás: padres que le administren. Y hallándome yo presente a todo lo referido a pedimento del dicho reverendo padre Eusebio Kino, certifico y doy fe y verdadero testimonio de haber visto y hablado, por medio de intérprete, a los dichos capitanes y gobernadores de dichas naciones, y ellos, asimismo, dijeron que las naciones Yumas y Quiquimas, al noroeste, también llaman al dicho padre Eusebio Francisco Kino con el mismo fin de querer cristianar, y para que conste ser verdad, lo certifiqué y autoricé como juez receptor y con los testigos de mi asistencia que presentes se hallaron fecha en dicho día y año y va en papel común por no haber papel sellado, que está habilitado por la justicia ordinaria desta provincia, Juan Díaz de Terán, Juan de la Riva y Salazar, Antonio de la Vega Cama, Diego Muñoz y Francisco de Castro.”

CAPÍTULO III.— *Relación diaria de la entrada al paso por tierra a la California desde 13 de octubre hasta 16 de noviembre de 1706 años, salida del presidio de Santa Rosa de Corodeguachi y llegada al pueblo de Nuestra Señora de los Dolores*

Por cuanto el general don Jacinto de Fuensaldaña, así de palabra como por escrito, dió muy buenas órdenes y muy cristianas enseñanzas a su alférez Juan Mateo Ramírez para esta entrada, encargándole, entre otras cosas, una exacta relación diaria de todo, firmada del padre Eusebio Francisco Kino y de fray Manuel de la Oyuela, de la Orden de San Francisco (que también venía a esta entrada), y de su compañero, el cabo Juan Antonio Durán, y autorizada de su merced pudiese pasar a México y aún a S. R. M., que Dios guarde. Daré aquí las noticias de esta entrada, según las refiere la relación diaria del dicho alférez Juan Mateo Ramírez, y la carta que escribe a su general y capitán del presidio, don Jacinto de Fuensaldaña, que es como sigue:

“Mi señor general don Jacinto de Fuensaldaña: Obedeciendo a las órdenes que acompañase en su entrada al padre Eusebio Francisco Kino, doy parte de cómo, habiendo salido en 13 de octubre del presidio, llegamos a Cuquiarachi, adonde, hasta muy de noche, dicho padre Eusebio Francisco Kino y el padre del partido Basilio Javier de Molina platicaron largamente del mucho bien que, con facilidad, en servicio de ambas Majestades se podía hacer, así en la cercanía destas fronteras como en otras más remotas partes destas nuevas conversiones.

En 14 llegamos, a las 14 leguas de camino, al pueblo de Bacoachi, de donde remití los dos compañeros, como ordenaba vuestra merced.

En 15, a las diez leguas de camino, llegamos al real de Bacanuche.

En 16, a las veinte leguas de camino, al anochecer, llegamos al pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, adonde nos recibieron, así los domésticos del padre Eusebio Francisco Kino como los muchos forasteros que habían venido de tierra adentro con una santa cruz y con otras y buenas dádivas de conchas azules de la contra costa, con una santa cruz que enviaban los de la nación Quiquima, enviando a llamar al padre Kino para que fuera a bautizar siquiera a sus párvulos. En compañía de los que trajeron estos resultados vinieron otros naturales de la costa, que trajeron no sólo muchos tamales de pitajayas secas, sino también unos canastillos de pitajayas frescas que, como en otras partes, se dan por junio y julio, así en esta costa se dan, y en grande abundancia, por octubre, por noviembre y aún por diciembre.

En 17 respondió el padre Kino a las muchas cartas que aquí halló, y nosotros nos prevenimos de lo necesario para una jornada: de bizcocho, de cabalgaduras, etc.

En 18 el padre despachó por delante al gobernador de San Marcelo a avisar, así a sus parientes como a los demás, de la cercanía del paso por tierra a la California, que por allá hacíamos entrada dos padres y dos soldados.

En 19 vimos un gran número de crucecitas y conchas azules, bolas curiosas y otras dádivas que, en otras varias antecedentes ocasiones, los quiquimas de la California Alta y las demás naciones de paso por tierra habían enviado al padre Kino, enviándole siempre a llamar para que fuese a bautizarlos.

En 20, mientras que aquí nos preveníamos para la entrada al noroeste, despachó el padre Kino recaudos y dádivas a los sobaipuris del norte y del nordeste con el capitán deste pueblo de Nuestra Señora de los Dolores.

El 21, a la tarde, salimos de Nuestra Señora de los Dolores para Nuestra Señora de los Remedios, para prevenir unas cabalgaduras y otras cosas para nuestra entrada al paso por tierra a la California.

CAPÍTULO IV.— Misión o entrada al paso por tierra a la California desde 22 de octubre hasta 16 de noviembre de 1706 años, sacada de la relación diaria del alférez Juan Mateo Ramírez, que fue a dicha entrada

En 22 de octubre vino de Nuestra Señora de los Dolores a Nuestra Señora de los Remedios el padre Eusebio Francisco Kino, y con S. R. fray Manuel de la Oyuela, de la sagrada Orden de San Francisco seráfico, que pedía limosna para la fundación del noviciado de Guadalajara, que al salir esta mañana el padre Kino de Nuestra Señora de los Dolores, al primer cuarto de legua de camino encontró con su S. R. y, volviendo al pueblo a darle chocolate, llegaron a medio día entrambos padres a este pueblo de Nuestra Señora de los Remedios, y fray Manuel, habiendo determinado entrar a pedir su limosna a los demás padres pínicos, gustó justamente de ir con nosotros a la entrada y a la vista del paso por tierra a la California y en esa conformidad.

En 23 de octubre pasamos todos juntos al pueblo de Santiago de Cocospera, adonde, como también en Nuestra Señora de los Remedios, vimos las dos muy buenas iglesias, mucho ganado mayor y menor y las despensas muy bien aviadas de trigos y maíz, todo para el muy buen socorro de las demás nuevas misiones que a su tiempo se fueren fundando.

En 24 pasamos por la estancia de San Simón y Judas del Siboda, que el padre Kino la tiene hecha para socorro de nuevas misiones, a las, como diecinueve leguas de camino, pasando por la buena labor de Bavasqui, llegamos al anoecer. En 25 hallamos que los vaqueros que el padre Kino, desde Nuestra Señora de los Dolores, había enviado por delante habían prevenido cuatro reses, tasajeadas para el camino y para la fábrica de la iglesia de Tubutama, y cuarenta cabalgaduras caballares y mulares para nuestra entrada, que las llevamos para nuestra jornada con las veinticinco cabalgaduras que traíamos de Nuestra Señora de los Dolores. También se previnieron otras veinticinco reses, que se llevaron a San Ambrosio del Busanic en lugar de otras tantas muy mansas, que se sacaron allí y se llevaron a San Marcelo, por donde habíamos de pasar.

En 26 salimos para Santa Bárbara del Sonoydac, que es una pequeña ranchería con muy buenas tierras, adonde tenía trigo y maíz de cosecha para la iglesia, y los naturales nos recibieron con todo agasajo y salimos a dormir dos leguas más adelante, caminando hoy como catorce leguas.

En 27, madrugando, fuimos a decir y oír misa a San Ambrosio del Busanic, caminando cuatro leguas de camino; nos salieron a recibir y encontrar todas las justicias deste pueblo, incoado con su capitán, llamado don Marcos, al cual estos años antecedentes había bautizado en su iglesia en Santa María de Baseraca el padre visitador Horacio Polici, en la ocasión que habían pasado hasta allá veinticinco gobernadores y capitanes y justicias desta Pimería a pedir los

padres necesarios y el santo bautismo, caminando algunos de ellos más de 150 leguas. En este pueblo o misión, incoada a la cual pertenecen otros dos muy buenos puestos: Santa Gertrudis del Saric y San Bernardo del Aquimuri, hallamos casa en que vivir y pequeña iglesia con su altar en que decir misa, con una iglesia grande empezada; hallamos trigo, maíz y frijol, ganado mayor y menor, más de doscientas cabezas, y manadas de yeguas, que todo lo cuidan muy bien los naturales para el padre que piden y esperan recibir. Aquí y en todas partes dimos buenas enseñanzas de cristianas y políticas, como vuestra merced me mandó, y fueron muy bien recibidas. Se hicieron cuatro bautismos de cuatro párvulos, y una confesión de la enferma mujer del capicán don Marcos; matamos un carnero muy gordo, despachamos vía recta veinticinco reses a San Marcelo y salimos para Santa Gertrudis del Saric, camino de tres leguas, en el cual nos dieron un párvulo a bautizar, que se le puso Juan Mateo Ramírez, pues fue mi ahijadito.

En 28, habiendo hecho cinco bautismos de cinco párvulos y visto el buen tablón de trigo que acababan de sembrar para la iglesia, salimos para el Tubutama, adonde llegamos a mediodía y fuimos recibidos del padre Jerónimo Minutuli con todo agasajo. Animamos a la gente a la función de la fábrica de la iglesia, se hicieron muchos adobes; el gobernador y los guasiques de Nuestra Señora de los Dolores labraron las maderas y arcos del presbiterio, y juntamente nos aviamos para nuestra entrada, a la cual deseaba acompañarnos también el padre Jerónimo Minutuli; pero las muchas ocupaciones de la fábrica, de la sementera de trigo, de los herraderos y que tenía algunos enfermos, no le dieron lugar, pero S. R., con mucha caridad y amor, nos avió con vino de misas, con candelas de cera, con chocolate, pan y bizcocho, con pinole, carnero y carne de vaca y aún con su propia mula de silla.

CAPÍTULO V.— *Nuestra salida de San Pedro y San Pablo del Tubutama y llegada a San Marcelo del Sonoidac*

En 29 de octubre, despachando por la mañana nuestras carguillas y la remuda más de cuarenta cabalgaduras, a mediodía, salimos del Tubutama y llegamos a San Antonio del Uquitoa, tercer pueblo del padre Jerónimo, habiendo pasado por su segundo pueblo, que es de Santa Teresa de Caborica.

En 30 llegamos, a las trece leguas de camino, a Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, habiendo pasado por San Diego del Piquín, adonde estaban haciendo adobes para acabar su iglesia pequeña mientras hubiera lugar de hacer una grande. En la Concepción hallamos mucha gente, y se podrá hacer un pueblo de más de dos mil almas, por las muy buenas tierras y mucha gente que hay en su cercanía; queda hecha una decente casa con su capaz sala, despensa, panadería con su horno, cocina, iglesita con su altar mayor y empezada una iglesia grande, al remedo y mayor que la de Matape. Hay aquí ganado mayor y menor, con dos manadas de yeguas, que les contamos más de veinte crías caballares y mulares; hay trigo, maíz y frijol, que todo se cuida muy bien para el padre que estos naturales con tantas instancias piden y esperan recibir.

En 31, después de buenas pláticas y bautismos de párvulos, a las dieciséis leguas de camino llano de la costa, al ponerse el sol, acompañándonos el capitán y el fiscal mayor de Nuestra Señora de la Concepción, llegamos a la ranchería grande de San Eduardo del Baidia, adonde los

muy afables naturales nos tenían prevenida una casita de palos y petates en que decir misa con decencia, con su altar y con cruces y arcos puestos en los caminos y con toda la puntualidad nos cuidaron y pastorearon nuestra caballada.

En primero de noviembre salimos para San Luis Bertrán del Bacapa y, a las veinte leguas de camino, llegamos a las oraciones, adonde los naturales también nos tenían prevenida una casita o ermita en que decir misa. Hasta este puesto de Bacapa llegó fray Marcos de Niza, según trae Torquemada.

En 2, a las catorce leguas de camino, llegamos a San Marcelo, y llegando nosotros por este camino del Tubutama y de la Concepción como a las cuatro de la tarde, al mismísimo tiempo estaban llegando los vaqueros con el ganado mayor que la semana antecedente, por diferente más derecho camino, habíamos despachado desde San Ambrosio del Busanic, y también llegaron juntamente más de 70 indios con sus justicias, gobernadores y capitanes de diferentes rancherías por donde habían pasado nuestros vaqueros. Los naturales de San Marcelo nos recibieron con caminos limpios, con cruces y arcos, puestos en ellos por el espacio de más de una legua y con todo agasajo. Hallamos aquí al capitán y al gobernador de los yumas y al gobernador de los cocomaricopas, que, avisados de que habíamos de venir, nos vinieron a ver más de setenta leguas de camino: los unos, del río Colorado, del noroeste, y el otro, del río Gila, del norte. También vino con nuestros vaqueros el capitán de San Ambrosio, don Marcos, que, en compañía del capitán de Nuestra Señora de la Concepción, ayudó con mucha fineza y fervor cristiano a dar muy católicas enseñanzas a los demás muy muchos naturales que de todas partes, toda aquella tarde y toda la noche y todo el día siguiente fueron concurriendo a oír la palabra de Dios y a vemos; y como todavía no había llegado ni se habían avisado los quiquimas del paso y de la California, los enviamos a llamar con un gobernador pima deste pueblo incoado de San Marcelo, a donde ya había su pequeña iglesia con su altar muy aseado, blanqueada y pintada, y se le cuidaba al padre Kino su ganado menor, cuarenta cabezas; trigo y maíz y frijol para el padre que esperaban recibir estos muchos y afables y muy amigables naturales.

En 3, después de la misa y de las pláticas de doctrina cristiana del padre Kino, y también según me mandó vuestra merced, se mató una res y un carnero, y toda la gente fue a sembrar un buen tablón de trigo para la iglesia, y a la tarde vino mucha más gente de diferentes cercanas y remotas rancherías, y hubo plática de los mismos naturales, animándose unos a otros a ser todos cristianos.

CAPÍTULO VI.— *Salida de San Marcelo y llegada al muy alto cerro de Santa Clara y a la patentísima vista del paso por tierra a la California y llegada de vuelta a Nuestra Señora de los Dolores*

En 4 de octubre, después de haber dicho misa y despachado la mucha gente muy contenta y consolada que se les procuraría conseguir los padres misioneros necesarios, a mediodía salimos de San Marcelo para el buen paraje que llaman El Carrizal, que dista siete leguas.

En 5 salimos de madrugada, y fue el padre Kino a decir misa cuatro leguas más adelante en un buen aguaje; almorzamos y bebimos chocolate y montamos a caballo, y caminando otras diez leguas llegamos a un aguaje de agua represada entre peñas del muy alto cerro que llaman de

Santa Clara; allí comimos y dejamos las bestias de remuda y algunos mozos; cogimos las mejores mulas y subimos este muy alto, que tenía otras cuatro leguas de subida: sobre este cerro hacen otros tres cerros apilonados. Subimos en el que cae al sur, desde donde se vio el mar, el cual nos quedaba meramente al sur, que se perdía de vista sin que ni de la parte del oriente (de donde venimos) ni de la parte del poniente subiera mar alguna hacia el norte o noroeste, y vimos muy patentemente la continuación de esta nuestra tierra con la del poniente, que era de arenales, y cerritos y tierra, alcanzándola nuestra vista a más de 40 y 50 y 60 leguas de distancia. Dormimos en la cumbre deste cerro.

En 6, día de San Bruno, patrón de la California, así como amaneció, fray Manuel de la Oyuela se bajó deste cerrito del sur y se fue a subir al otro, que era el más alto de todos, y nosotros le teníamos entre norte y poniente; así como aclaró bien vimos otra vez, aún con más individualidad, lo que habíamos visto la tarde antecedente, y que con esta continuación de ambas tierras hay paso por tierra a la California, y vimos que su sierra madre de la California corre de sur a norte hasta adonde remata el mar, y que una punta se pega con una bahía, que fray Manuel la llama la Ría, por ser el desemboque del río Colorado en el remate de la mar de la California; desde allí se parte la dicha sierra madre de la California del rumbo del norte y coge el rumbo del noroeste, que es norte y poniente; entre sur y poniente llegamos a ver más de 50 leguas de tierra corrida de la California, con su sierra madre; entre sur y oriente vimos la bahía muy grande, que tendrá como 10 leguas de largo, que le pusimos de San Manuel, porque fray Manuel, desde su más alto cerro, adonde subió, la divisó más distintamente, la cual al oriente tiene un cerro solitario.

Satisfechos de que el mar no subía más al norte que hasta la altura en que nos hallábamos de 35 grados, bajamos hasta adonde estaban las mulas desensilladas, y ensillamos entre tanto que bajó del otro cerro fray Manuel, y bajamos juntos las cuatro leguas hasta el aguaje, adonde dejamos los mozos con la remuda y con el cabo Juan Antonio Durán, que por enfermo no había podido subir al cerro con nosotros. Allí dijo misa el padre en acción de gracias de la tan patentemente descubierta verdad del paso; almorzamos, y a las 14 leguas de camino llegamos a El Carrizal.

En 7, domingo, madrugamos, y vinimos a decir y oír misa a San Marcelo, a donde nos estaban aguardando algunos indios que habían venido a vemos, entre ellos el capitán de los cocomaricopas del río Grande o río de Gila, que habían venido desde más arriba de la afamada grande ranchería de San Matías del Tumagacori.

En 8, salimos de San Marcelo del Sonoydac para Nuestra Señora de los Dolores; acompañónos el capitán de los yumas, que había venido desde el río Colorado, más de 70 leguas de camino, y el capitán de los cocomaricopas, que había venido más de 60 leguas de camino con otras muchas justicias y con otros muchos naturales destes contornos. Al salir nos dieron tres párvulos a bautizar; a las diez leguas de diferente camino que por donde habíamos venido llegamos a San Rafael del Actum, y nos dieron otros diez párvulos a bautizar, y pasamos otras cuatro leguas adelante a dormir en el aguaje de San Martín.

En 9, a las nueve leguas, llegamos a las rancherías de Santa Biviana; aquí hallamos que, con rara lealtad, nos habían guardado y tasajeado dos reses de las que se les habían cansado a los

vaqueros; que pasando por aquí llevaron las veinticinco de San Ambrosio del Busanic a San Marcelo; que quedamos admirados de tanta fidelidad. Les repartimos la carne y los cueros, y habiéndoles hablado la palabra de Dios, quedaron en que todos querían ser cristianos, y nos dieron ocho párvulos a bautizar, prometiéndonos que se agregarían a donde hubiese padre; nos dieron muchas de sus comidas pinole de maíz, frijol, calabaza y mezquite, y pasamos a otra ranchería como cinco leguas más adelante.

En 10, al salir del paraje, nos trajo el gobernador una parvulita moribunda y agonizante a bautizar, que sin duda iría muy en breve a gozar de Dios, y a las 12 leguas de camino llegamos a San Estanislao del Oteam, a donde hallamos una iglesita a ermita de adobe.

En 11 nos dieron el gobernador y las demás justicias nueve párvulos a bautizar, y a mediodía, a las ocho leguas de camino, llegamos a San Ambrosio del Busanic. Matamos una res gorda y un carnero, y escribimos a los padres del Tubutama y de San Ignacio, y nos dieron unos párvulos a bautizar. Llegamos al Tubutama.

En 13 descansamos y fabricamos.

En 14 llegamos a Santa María Magdalena, a donde nos agasajó el padre Agustín de Campos, como en el Tubutama el padre Jerónimo Minutuli.

En 15 dio el padre Kino una instrucción de cómo se habían de labrar unas maderas para la fábrica del presbiterio de la nueva iglesia, y a la tarde salimos a dormir a San José de Himires, tercer pueblo de la administración del padre Agustín.

En 16 llegamos a mediodía a Nuestra Señora de los Remedios, y a la tarde, a Nuestra Señora de los Dolores.

Habiendo hecho más de 50 bautismos de párvulos, hemos visto, además del paso por tierra a la California desde el pueblo del Tubutama, más adelante más de 2 000 indios, hombres y mujeres, sin lo menudo; y la más tierra es buena y fértil, con sus acequias para hacer grandes y buenos pueblos con bastantes aguas recogiendo la gente que hay en varias rancherías, y por ser verdad lo firmamos el padre Eusebio Francisco Kino y fray Manuel de la Oyuela y yo; el alférez Juan Mateo Ramírez, el cabo de escuadra Juan Antonio Durán, en Nuestra Señora de los Dolores, en 18 de noviembre de 1706 años.” Hasta aquí el alférez Juan Mateo Ramírez. Y cuando meramente esta relación diaria había de pasar al general don Jacinto de Fuensaldaña, para como su merced cristianamente para el bien de muchas almas pasase autorizada con papeles suyos a México y aún a España, supimos con muy grande desconsuelo nuestro que se lo acababa de llevar Dios Nuestro Señor.

CAPÍTULO VII.— Certificación aparte de fray Manuel de la Oyuela, de la sagrada Orden de San Francisco Seráfico, de haber visto el paso por tierra a la California, y es como se sigue

Digo yo, fray Manuel de la Oyuela, religioso de la orden de Nuestro Padre San Francisco, de la provincia de Guadalajara, que habiendo salido de la Misión de Nuestra Señora de los Dolores en 22 de octubre de 1706 años, en compañía del padre Eusebio Francisco Kino, misionero en dicha Misión, y el alférez Juan Mateo Ramírez, y el cabo de escuadra Juan Antonio Durán, enviado por su capitán en compañía de dicho padre a ver descubrir y registrar el remate y fin de la mar de la California para hacer la debida información para lo que en adelante convenga, que

después de haber caminado a largas jornadas como de 14, 16 y 20 leguas y haber visto varios pueblos incoados, y en ellos empezadas iglesias, unos en un estado y otras más y otras menos, y de haber visto muchas y muy buenas tierras, y todas con riego de pie y abundancia de aguas y variedad de acequias, o zanjas que aseguro no haber visto tantas jamás, con sus sementeras de maíz y trigo, en que se reconoce ser muy laboriosos y trabajadores los naturales respecto de otras naciones. Y en todas partes nos solían recibir con toda estimación y reverencia, dándonos de sus comidas. Estuvimos en Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, en donde dio felizmente la vida el padre Francisco Javier Saeta, pagando pecados ajenos, a imitación de nuestro gran Maestro y Señor; hay un gran pedazo de la iglesia hecha: una sala, un aposento y cocina y panadería y horno; es uno de los mejores parajes que he visto, por sus llanadas tan grandes y ser tan fértiles y llevar el agua por todas partes con acequias que para ello tienen hechas. Síguense 50 leguas de poca agua, por ser costa de la mar, que anduvimos en tres días poco menos, pues llegamos a San Marcelo como a las cuatro de la tarde, a donde nos recibieron con arcos y cruces y caminos muy limpios más de media legua; hay una capilla y un aposento; es muy buen paraje; hay un arroyo de agua permanente, su siembra de trigo, su poco de ganado mayor y menor. Aquí vinieron muchos capitanes de varias rancherías y de las naciones yumas y opas y cocomaricopa, que viven en el río Grande y río Colorado, de 60 y de 80 leguas de distancia. Pasaron de 300 los indios forasteros que aquí se juntaron, y los más sin más vestuario que el de la Naturaleza.

Aquí, como en las demás partes, les hizo el dicho padre Eusebio Francisco Kino una fervorosa plática; tan eficaz fue que dos de los capitanes le dijeron que por qué los privaba de tanto bien, que los bautizase, y el padre les dijo que era necesario primero instruirlos, y algunos pasaron hasta a Nuestra Señora de los Dolores a catequizarse e instruirse. Allí estuvimos día y medio, en donde vi una cosa muy digna de ponderar en gente tan ignorante: que después que el padre les predicaba, un capitán de ellos proseguía amonestándole con tal eficacia y tal energía que parece que el Señor le daba términos para poder hablar tanto. Pues les amonestaba espacio de dos horas, cosa aún difícil para un gran predicador; después cogía otro el hilo y proseguía en las demás lenguas, y desta manera les amanecía, y la noche siguiente fue lo mismo. A la tarde salimos a proseguir nuestro viaje; después de haber andado 25 leguas llegamos a un cerro muy grande, llamado Santa Clara. Es grande en extremo, y encima de dicho cerro hacen otros tres apilonados: el uno cae al sur; el otro, al oriente, y el otro, más grande, al poniente, por estar en triángulo. La tarde que llegamos nos subimos al cerro que cae al sur, por ser el más fácil de subir, desde donde vimos el mar de California, sus serranías y el gran arenal, en donde remata dicho mar. No pudimos ver con toda individualidad más porque luego nos anocheció en donde dormimos aquella noche, y otro día; así como amaneció me bajé a toda prisa, con determinación de subir al cerro más alto, que está al poniente, para desde su cumbre poder divisar; mas lo puse por ejecución a costa de muchísimo trabajo, por ser tan alto y un género de cascajal de piedra tezontle, como lo es todo este grandísimo cerro que temía acabar primero con la vida que con la empresa mas fue Nuestro Señor servido de que llegase a su cima, de donde vi mirando por esta banda de acá y hacia el sudeste, y una gran bahía que tendrá como diez leguas de poniente a oriente, y al fin oriental della un cerro; caminando desta bahía al noroeste, que es como la mar, viene hacer un puerto como de tres o cuatro leguas de circuito, y tiene un cerrito al sur, y otro al

norte, y dista de la bahía 25 leguas, y en toda esta distancia hace un arenal de media legua de ancho. A norte y noroeste deste puesto hay para el remate de la California un muy grande arenal de más de 60 leguas de box o circuito con algunos cerritos. Y al poniente del referido puesto hace el remate de dicha con otra bahía, como el remate del pie derecho del hombre, y adonde el pie hace el dedo gordo está esta bahía, y juntamente el desemboque del caudalósísimo río Colorado, que entra en la mar al oriente; se hace una gran ría, que así se llama en nuestra lengua castellana a los desemboques de los ríos que ni bien es agua dulce ni salada; es tan grande esta ría que pueden entrar navíos muy grandes, aunque sea la Real de España. Después, al nordeste desemboque hace luego el mismo río Colorado una muy grande isla, que tiene más de 40 leguas de circuito, toda de muy fértiles tierras y muy poblada de indios, que la riega el río Colorado, como el Nilo baña a Egipto para su muy grande fertilidad. Y mirando al oriente desde dicho cerro que llaman de Santa Clara, a las más de 50 leguas de distancia se ve el cerro que llaman el Gigantón, y al norte se ven unos grandísimos llanos, aunque con unos cerros saltados alargándose la vista como 60 leguas de distancia a la medianía de norte y poniente, va por arriba la sierra madre de la California, y llegué a ver por aquel rumbo como 50 ó 60 leguas; al poniente, al fin del mar o principios de la referida ría o desmeboque del río Colorado, hace la sierra de la California una como punta que sale hacia el oriente, que hay de distancia de donde yo estaba como 14 ó 15 leguas, que con el sol que reververaba en las peñas las podía contar. Bajando un poco del poniente al sur llegué a ver más de 50 ó 60 leguas de California ultramarina, y que tiene mar al oriente la California del noroeste, por lo cual no es isla la California, sino sólo península, como días ha muy bien y con razón dice y escribe el padre Eusebio Francisco Kino, que nos trajo a hacer testigos a esta verdad. Con lo dicho he visto que el hereje Drake es autor de la mentira con que quiere subir este mar de California hasta la mar del norte, queriendo desmentir a los antiguos españoles que pusieron a la California tierra firme con ésta, como realmente lo es; pero bien castigado está en esta vida y en la otra: acá, muriendo en Galicia a manos de un español; allá, en los infiernos, pagando para siempre sus maldades. Por este malvado hereje hemos trabajado tantos tanto, y aún hay algunos que sin más razón que su depravada voluntad dicen que por un lado se entra la mar entre los cerros y va a salir al mar del sur, razón más de una voluntad depravada que de un entendimiento sincero, como si la mar fuera alguna aguja que donde quiera se puede prender o esconder. Pero sabemos que hasta el referido hereje para hacer isla la California pone su mar una faja corrida al noroeste, sin dar vuelta ninguna a parte ninguna, y si tal mar saliera a la mar del sur, los que con toda curiosidad han delineado la contracosta de la California dieran razón de ella, y siempre, como dice el padre Kino, quedará la California Alta hecha tierra firme con ésta, que no hay mapa impreso que cosa semejante diga.

El día siguiente, que fue en 6 de noviembre, bajamos de los dos cerros apilonados, ensillamos nuestras mulas, bajamos al aguaje, adonde el día antecedente habíamos dejado nuestros mozos y la remuda; el padre dijo misa, comimos, montamos a caballo, dando la vuelta a San Marcelo; llegamos otro día, domingo, a decir misa, y otro día salimos, tomando la vuelta por diferente camino, de unas rancherías que nos dieron unos párvulos a bautizar, y hubo en esta entrada más de 50 bautismos de párvulos y de moribundos. Esta es la verdad de todo lo que he visto, que

podré jurar y juraré siempre que para ello haya necesidad una y mil veces, y por tal verdad lo firmo en este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, en 20 de noviembre de 1706.

Fray Manuel de la Oyuela y Velarde.

CAPÍTULO VIII.— *Carta del padre rector Melchor Batiromo del gran consuelo que S. R. y otras personas han tenido de estas referidas Misiones o entrada al paso por tierra a California*

Así que nuestro fray Manuel de la Oyuela y el alférez Juan Mateo Ramírez y yo dimos noticia de nuestro viaje al padre rector de esta Misión, S. R., en 10 de diciembre, me escribe la siguiente: “Con infinito consuelo mío, esta tarde recibo la de V. R., de 4 del corriente, y no puedo escribir esta si no es a pedacitos, porque la copia de las lágrimas por el consuelo de las buenas nuevas de la conversión de tantas almas me impiden a ratos, y así puedo decir que va escrita más con las lágrimas que con la tinta: pero no lágrimas de dolor, sino de consuelo, pues Nuestra Señora de los Dolores para sí quiso los dolores, y a sus hijos, consuelo y gusto, y más éstos, de ver principiada la salvación de tantas naciones, Dios se lo pague a V. R., a quien con santa envidia considero desde acá muy consolado y muy gustoso, Nuestra Señora le permita a V. R. todos esos trabajos y pasos que da y dará para su santa gloria y bien de sus almas, *dominus sit tibi mercer magna nimis*; quizá algún día yo también tendré la dicha de verme en esos países, padeciendo lo que merezco y trabajando para gloria del Señor, aunque mis grandes pecados y defectos me rinden indigno.” Pocos días después, en 17 de diciembre, escribió S. R. las siguientes palabras: “He hallado un mapa universal que pone la California tierra firme: se imprimió en Roma el año 1602; el autor es Arnolde di Arnoldi, flamenco; acá lo verá V. R. que lo he compuesto con nuevos papeles; lo tenía con mis libros en una petaca.” Hasta aquí el padre rector de esta Misión, Melchor Batiromo. Otros muchos padres y señores seglares escribieron otras cosas algo semejantes. El padre rector de Matape, Adamo Gil, en 30 de diciembre, añade lo siguiente: “De la provincia de V. R. y de Baviera y de Alemania la Alta es el padre Castaer, el cual, según me acaba de escribir de la Gran China el padre Vaname, llegó con prosperidad a Roma con la ocupación de embajador o procurador de aquel Imperio tártaro sínico; es muy querido de los chinos y muy venerado por muy fervoroso operario apostólico, misionero en la isla Sanchón.” El capitán Juan Fernández de la Fuente, en 19 de diciembre, escribió lo siguiente: “Me alegro infinito de su nueva entrada que acaba de hacer al paso por tierra a la California con el alférez Juan Mateo Ramírez, con el cabo Juan Antonio Durán y con fray Manuel de la Oyuela, y que V. R. y todos los referidos fuesen, vieses y volviesen con salud.”

CAPÍTULO IX.— *De la fundación de una villa en estas nuevas conversiones, que en estos fines de 1706 y principios de 1707 se trató de ella*

Muchas personas muy celosas del servicio de ambas majestades en este tiempo fueron de parecer que en estas nuevas conversiones, así para su adelantamiento como juntamente para el total remedio de esta provincia de Sonora, tantos años ha tan infestada de los enemigos jocomes, janos y apaches. El padre Antonio Leal, que poco antes había sido visitador de estas Misiones de Sinaloa, cuando le dio parte del intento de esta fundación de una nueva villa con los contornos de esta provincia, escribió que si consiguiese sería cosa aún más provechosa que un presidio, y que

aunque todavía no se había podido conseguir, será cosa muy deseable y sobre manera muy provechosa, y muchos años había que se había intentado y pretendido.

Otros muchos padres, y también muchos señores seculares, alcaldes mayores y tenientes, eran del mismo parecer, y había muchas personas que se ofrecían a ir personalmente a su costa y mención a ser pobladores de la dicha villa, porque el intento era fundarlas con tierras muy fértiles y muy acomodadas para todo, y muchos, así padres misioneros como seculares, ofrecían muy buenos socorros de ganados, bastimentos, vestuario, plata, etc., para los pobladores de la referida villa y para su fundación, que ya llegaba a más de 15 000 pesos lo que diferentes bienhechores querían contribuir.

El actual padre visitador, Francisco María Picolo, en 1 de noviembre, desde San José de Guaymas, me escribió lo siguiente: “Me parece muy bien la fundación de la villa, y dándome Dios fuerzas y salud, iré yo, llegando el caso, a levantar las paredes y a ayudar con mis manos, pues quiero mucho a la Pimería.”

El capitán Juan Fernández de la Fuente, en 6 de octubre, desde su hacienda de Santa Bárbara, me escribió la carta siguiente: “He visto ha V. R. recibido mis cartas, y como el padre rector, Melchor Batiromo, aprueba mi dictamen en razón de la fundación de la villa que se pretende fundar entre tantas y tan dilatadas naciones, y bien creo que por lo mucho que importa para el remedio de tantos millones de almas; como están careciendo del santo bautismo, se animarán y alegrarán todos los reverendos padres misioneros de esta provincia, y que ayudarán con cuanto puedan y esté de su parte para empresa de tanta importancia, en que las dos majestades son tan interesadas, y queriendo Dios que dicha villa se funde, nos podemos prometer que el santo Evangelio se propague por las muchas naciones que están descubiertas y las muchísimas más que habrá adelante, que sin duda será otro nuevo mundo y felicísima cristiandad por el buen natural que demuestran tener las descubiertas que están ya acostumbradas a sustentarse con el sudor de su frente y vivir en tierras llanas y en forma de pueblos, que es lo que más suele costar trabajos y mortificaciones a los misioneros y nuevos pobladores, porque ya tan arduas dificultades se hallan vencidas en esos hijos, y a saber yo que V. R. había de llegar a Santa María de Baseraca, tan breve hubiera yo ido a esperarle para que conviniésemos lo que pareciese más conveniente en compañía de nuestro reverendo padre Horacio Polici quien está más que lleno de experiencias y conocimientos de indios, y V. R., con su acostumbrado y cristiano y apostólico celo tiene granjeada las voluntades de todos los más principales de esas dilatadas naciones, y bien creo que los capitanes Coro y Pacheco, otros muchos de adentro y los sobaipuris, nos ayudarán a penetrar hasta los quiquimas, que están en el paso por tierra a la California, y me alegro más que ninguno el que en la festividad de Nuestra Señora de Septiembre, que V. R. celebró, se hallasen tanto número de cristianos y gentiles como me propone, y fue muy acertado que el teniente de alcalde mayor y real justicia de esta jurisdicción certificase lo que estaba viendo presente y los propios y recaudos que venían de partes remotas, con buenas hablas, por donde se reconoce desean que el santo Evangelio entre en sus tierras. Quiera la Divina Majestad que logremos el verlo reducido a la real obediencia y gremio de nuestra santa fe, que es cuanto puedo de más desear, y como S. R. M., empresa de tanta consecuencia, ayude con algo, desde luego por mi parte sacrificaré mi vida y mi hacienda en este su real servicio.” Hasta aquí el general Juan Fernández de la Fuente, que

con esta y otras muchas cristianas cartas bien da a entender cuánto es y cuán católico celo del servicio de ambas Majestades le asiste y está acompañado de tan largas experiencias como continuamente fue adquiriendo sirviendo a S. R. M., como es público: treinta años en este reino de la Nueva Galicia y en las armadas de España, sin haber pretendido algún premio o puesto, y al parecer, sólo atendiendo al real servicio, y a la obligación de sus desempeños en el aumento de los reales dominios en la empresa de reducir y pacificar y palabrar esas naciones de Taraumares y de otras partes, por lo cual será Nuestro Señor servido, que así S. R. M., que Dios guarde, como nuestros padres superiores de nuestra santa madre la compañía, cuando más convenga se sirvan de ayudarnos en particular con los muchos y muy necesarios apostólicos padres misioneros que liemos menester. Pues les tenemos ya penetradas tan dilatadas y tan maduras bienes de almas, y son tantas las que se les van siguiendo, que con razón muy bien dice el referido señor general Juan Fernández de la Fuente, muy merecedor del nuevo gobierno de este nuevo reino de esta Nueva Navarra si fuere el gusto de S. R. M, que Dios guarde, que en estas nuevas conquistas se hallará un nuevo mundo y se conseguirá una felicísima nueva cristiandad, bueno será se fomente. Y pues dicho señor general, en otra carta que arriba cité, reconoce juntamente que muchas veces más se consigue con piadosas y caritativas obras de apostólicos misioneros que con muchos arcabuces, y que de esta suerte, con muy moderados gastos de Real Hacienda, se pueden perfeccionar las nuevas conquistas y nuevas conversiones que ya tienen tantos adelantamientos. Esperamos conseguir el que con los celestiales favores de Nuestro Señor se ha de convertir muy felizmente toda esta América septentrional. Así lo conceda Su Divina Majestad. Amén.

QUINTA PARTE

DE LOS FAVORES CELESTIALES DE JESÚS Y MARÍA SANTÍSIMA Y DEL GLORIOSÍSIMO APÓSTOL DE LAS INDIAS, SAN FRANCISCO JAVIER, EXPERIMENTADOS EN ESTAS NUEVAS CONQUISTAS Y NUEVAS CONVERSIONES DESTAS NUEVAS NACIONES DESTA AMÉRICA SEPTENTRIONAL INCÓGNITA

Y aunque en esta Quinta Parte podía proseguir la historia de los años de 1707 y de 1708 y de 1709, pónese en su lugar en esta parte última un

INFORME LARGO

del muy grande bien, que para muy grandes servicios de ambas majestades, aún a muy poca costa de la real hacienda, se puede conseguir y de los muchos medios temporales que Nuestro Señor con sus favores celestiales nos da a manos llenas en estas fertilísimas tierras

ADVERTENCIA

Al benévolo lector

Es verdad que este tratado pedía, y mi intento era en esta Quinta Parte proseguir la historia de los favores celestiales experimentados en estas nuevas conversiones, y referir lo sucedido en los tres años siguientes de 1707, de 1708 y de 1709. Pero como lo más se reduce a las acostumbradas rémoras y lastimosas detenciones de los tan necesarios padres misioneros, y operarios para las tan dilatadas, y tan sazonadas, y muy maduras mieses de almas, que hasta aquí en los años antecedentes se han apuntado, hame parecido más conveniente poner en esta Quinta Parte y última el INFORME largo, repartido en cuatro libros, y en sus capítulos que por insinuación de mis superiores mayores, y de otras personas graves y celosas del servicio de ambas Majestades estos meses hice. Pues el intento es dar más cumplida razón de lo que más puede conducir a la total conquista y conversión de toda esta dilatadísima América septentrional, que hasta ahora se ha tenido por incógnita, y bastará entre tanto aquí decir que en todos estos años, gracias a Su Divina Majestad y a sus celestiales favores, todas estas muy dilatadas nuevas naciones de más de 600 leguas de circuito se han mantenido y mantienen en muy quieto, pacífico y muy amigable buen estado.

SACRA REAL MAJESTAD DE FELIPE V,
Que Dios guarde muchos años

Por mandar V. R. M. en su muy católica Real Cédula, de 17 de julio de 1701, que me la envió impresa, así mi padre provincial desta provincia de Nueva España como el padre visitador destas Misiones de Sonora, y está en el impreso mi nombre (sin que yo lo merezca) y el nombre del padre Juan María de Salvatierra, que se le informe a V. R. M. del estado y paraje en que se hallan las gentilidades desta provincia de Sonora, con este informe la América septentrional incógnita se pone a los sagrados pies de V. R. M. Pues con las más de 200 leguas de nuevas conquistas y nuevas conversiones, que son de más de 600 leguas de box, o de circuito de tierras muy fértiles y de nuevas naciones ya muy amigables, descubiertas estos últimos veintitrés años por los padres de la Compañía de Jesús con más de 50 entradas, o Misiones, que en diferentes ocasiones han hecho al norte, al nordeste, y al noroeste, y al poniente, que algunas han sido de 50, de 70, de 90, de 100, de 150 y de 200 y más leguas, y con esto quedan ya muy reducidos todos estos muchísimos naturales y piden padres y el santo bautismo, y parece que saben muy bien lo que les dice nuestra madre la Iglesia el primer día festivo de mayo de San Felipe, y de Santiago, que: *Gentiles salvatorem videre cupientes ad Philipum assesserunt*, que los gentiles que querían ver al Salvador del mundo se acercaron a Filipo. Y si en aquellos tiempos hubo un apostólico Filipo, a quien acudían los gentiles, es muy notorio que también hoy tenemos (y lo reconocemos los desta América septentrional incógnita) nuestro muy católico Filipo y gran monarca, a quien se arriman estos innumerables gentiles. El soberano Señor de los cielos guarde la vida de V. R. M. felicísimos años. Misión de Nuestra Señora de los Dolores, y febrero 2 de 1710.— Besa los sagrados pies de V. R. M. su humilde capellán. *Eusebio Francisco Kino*.

QUINTA PARTE

Informe y relación de las nuevas conversiones de esta América septentrional, que son de más de 200 leguas de tierras fértiles hasta al recién descubierto paso por tierra a la California, la cual no es isla, sino península, y muy poblada, y hasta al caudalósísimo río Colorado, que es el legítimo río del norte de los antiguos, con sus nuevos mapas de estas nuevas naciones y de esta América septentrional, que hasta ahora se había tenido por incógnita.

Item del muy grande servicio de ambas Majestades, que aún a poca costa de la Real Hacienda se puede conseguir fomentando con reverendos padres operarios estas nuevas conversiones, se puede fundar un nuevo reino, que se puede intitular de la Nueva Navarra.

Por el padre Eusebio Francisco Kino, de la Compañía de Jesús, misionero de más de veinticinco años de las Misiones de la California y de estas nuevas Misiones y nuevas conversiones de esta provincia de Sonora

LIBRO PRIMERO

DE LOS MOTIVOS QUE HAY PARA ESCRIBIR ESTE INFORME Y RELACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO.— *De la real cédula de Felipe V, que Dios guarde*

Días y años ha que muchas personas me han pedido mapas, informes y relaciones de estas nuevas conversiones, y aunque en varias ocasiones he dado algunas noticias, al presente me instan mucho más alegando primeramente algunos la Real Cédula de S. M., que Dios guarde, de 17 de julio de 1701, la cual manda que se le informe del estado de la California, lo cual queda muy bien ejecutado con el informe impreso del padre Francisco María Picolo, y que también se informe del estado y paraje en que se hallen estos indios gentiles destas provincias de Sonora.

CAPÍTULO II.— *De las cartas de nuestro padre general Tirso González*

En diferentes cartas, nuestro padre general Tirso González, con otros superiores, me han pedido relaciones de todo lo que fuese sucediendo de edificación y de los favores celestiales de Nuestro Señor que fuéramos experimentando en estas nuevas conversiones, porque en particular en Europa suelen ser de consuelo a los nuestros, y de edificación a los de fuera.

CAPÍTULO III.— *Parecer y carta de fray Manuel de la Oyuela*

Fray Manuel de la Oyuela, de la sagrada orden del seráfico padre San Francisco, habiendo poco más de un año ha venido de su santo convento de Guadalajara a estas provincias de Sonora y a estas nuevas conversiones a pedir limosna, fue conmigo a una entrada hasta dar patentemente vista al paso por tierra a la California desde el muy alto cerro de Santa Clara, el cual está al norte

del remate de la mar de la California, caminando de ida y vuelta más de 250 leguas destas fértiles tierras y de indios tan amigables, afables y laboríos que S. R. dijo que en estas nuevas conquistas y nuevas dilatadas conversiones se podía y convenía fundar un nuevo reino, a lo cual dije que si llegara el caso me holgara se llamara de la Nueva Navarra, por la dichosa patria del gloriosísimo apóstol de las Indias San Francisco Javier, mi gran patrón, como otros reinos se llaman de la Nueva Vizcaya, de la Nueva Galicia, etc. Después desde el camino para Guadalajara, estos meses pasados me escribió S. R. que en el Tribunal de Dios me había de pedir cuenta de tantas almas si yo no informaba de la madurez de tanta mies de ellas.

CAPÍTULO IV.— *Carta del padre rector Juan de Hurtasum*

Dos meses hace que el padre Juan de Hurtasum, rector del Colegio de la Vera Cruz, me escribió lo siguiente: “Mi padre Eusebio Francisco Kino: de España me escriben personas a quienes no me puedo excusar pidiendo una exacta relación de las provincias que V. R. ha descubierto hasta qué grados de longitud y latitud llegan, el genio de las naciones, qué ríos y tierras y en especial las que se inclinan sobre la California entre sur y norte, y si la California es isla o península o qué opinión es más probable, y qué noticia hay del reino de la Quivira, en qué altura se halla y la distancia a la tierra del yeso por esta parte, y si algunos ríos corren al mar del norte, o todos van a desembocar al mar de la California, y, en fin, todo lo tocante a esta materia, porque me escriben que sobre esto se controvierte ya mucho en Madrid, con variedad de opiniones, y si puede ser una demarcación en mapa de todo, mejor; no dudo tomará usted este trabajo y, según conjeturo, podrá ser conduzca a gloria de Dios.”

CAPÍTULO V.— *Carta del padre provincial Juan de Estrada*

Hará como tres semanas que recibí una carta muy fina y larga de mi padre provincial de esta Nueva España Juan de Estrada, en la cual S. R. entre otros puntos, me dice lo siguiente: “En cuanto a venir V. R. a México a imprimir los mapas, V. R. hará falta en esa Pimería y nueva cristiandad y catecúmena gentilidad y relaciones y mapas de menos consecuencia vemos que los imprimen en Francia. Ve a V. R. si mapa de más consecuencia y novedad, acompañada de alguna relación breve con las razones y diligencias con que se deduce ser de las Californias sólo penínsulas, moverá más la curiosidad de los impresores de Francia a hacer el mapa e imprimir la relación escrita; esto he sabido como el padre rector Juan de Hurtasum le pide a V. R. esos mapas para que se impriman en Francia, de donde piden esto y noticias de nuevas conversiones y tierras para darlo todo a la estampa.” Hasta aquí la carta de mi padre provincial y las causas y motivos de escribirse este breve informe.

LIBRO II

PRINCIPIOS Y PROGRESOS DE ESTAS NUEVAS CONQUISTAS Y NUEVAS CONVERSIONES DE ESTAS GENTILIDADES DE ESTA DILATADA PIMERÍA Y DE LAS DEMÁS SUS CONFINANTES OTRAS NUEVAS NACIONES

CAPÍTULO PRIMERO.— *De los inmensos católicos reales gastos que en las navegaciones y entradas a las Californias casi por dos enteros siglos se han hecho, pero que ahora felizmente dellos se originan estas nuevas conquistas y nuevas conversiones desta América septentrional*

Es notorio que casi por dos enteros siglos la real católica Corona de España por las nuevas conquistas y nuevas conversiones y por la dilatación del Santo Evangelio y por la eterna salvación de las almas de las Californias, ha gastado más de dos millones y medio; pero parece que, gracias a S. D. M. ahora va llegando el dichoso tiempo en que felizmente se va logrando no sólo la conquista y conversión de las Californias, sino también juntamente la de estas sus confinantes otras dilatadas tierras y naciones desta América septentrional, que hasta ahora había tenido la mayor porción de tierra incógnita, y que Nuestro Señor a las algo coitas tierras de las Californias les va añadiendo el proporcionado socorro destas continuadas muy pingües tierras y abundantes campiñas y fértiles ríos y valles de esta América septentrional.

Los inmensos, pero muy católicos referidos gastos, y que siempre liberalísimamente los compensa el Soberano Señor, han sido los de las varias navegaciones y entradas siguientes:

El año de 1533, don Fernando Cortés, once años después de haber ganado México, descubrió la California y entró en el puerto de Nuestra Señora de la Paz.

El año de 1535, don Antonio Mendoza, primer virrey de esta Nueva España, envió a la California al general Francisco de Alarcón con otros 12 navíos de alto bordo, que pero todos se perdieron.

El año de 1597, Sebastián Vizcaíno pasó a su costa a la California con cinco religiosos de San Francisco.

Y el año de 1602 pasó segunda vez a costa de Felipe III con tres religiosos de Nuestra Señora del Carmen, siendo virrey el conde de Monterrey.

Y el año de 1606 le vino Real Cédula para que pasase a poblar en el puerto de Monterrey, que pero se lo estorbó su muerte.

El año de 1615 pasó con un navío el capitán Juan Iturbi.

El año de 1632 y el año de 1633, y poco después, el capitán Francisco de Ortega pasó a la California primera, segunda y tercera vez.

Cerca del año de 1636 pasó el capitán Carboneli.

El año de 1642 pasó el capitán Luis Cestín de Cañas, llevando consigo al padre Jacinto Cortés, de la Compañía de Jesús.

El año de 1643 y el año de 1644, Felipe IV envió al almirante don Pedro Porter Casanate.

Y el año de 1648 y 1649 pasó segunda vez, llevando consigo al padre Jacinto Cortés y al padre Andrés Váez, de la Compañía de Jesús.

El año de 1664, a costa de S. R. Al, de Felipe IV, el almirante don Bernardo Bernal de Piñadero pasó primera vez, y el año de 1667 pasó segunda vez con dinero prestado.

El año de 1668, el capitán Francisco Lucenilla pasó a la California con dos religiosos de San Francisco.

CAPÍTULO II.— *Se continúan también en nuestros tiempos los católicos reales gastos para conquista y conversión de las almas de la California y Nuestro Señor los compensa y premia*

El año de 1681, 82, 83, 84 y 85, a costa de más de medio millón de la Real Hacienda, por orden de don Carlos II, el almirante don Isidro de Atondo y Antillón, habiendo fabricado tres navíos (capitana y almiranta y patache) en el río de Sinaloa, pasó con los necesarios soldados y marineros a la California. Pasamos también juntamente tres padres misioneros de la Compañía de Jesús; yo fui con oficio de rector de aquella Misión y de cosmógrafo de Su Majestad para esa empresa. Estuvimos unos meses en el puerto y había de Nuestra Señora de la Paz, en altura de 24 grados y más de un año en el Real de San Bruno, en altura de 26 grados, desde donde pasamos hasta la contracosta y mar del sur, camino como de 50 leguas; dejamos reducidos como 400 almas, y habiendo venido al puerto de Matanchel, de la Nueva Galicia, a aviarnos de algunos rosas necesarias, por cuanto al mismo tiempo los piratas pichilingues, en el puerto de la Natividad, estaban aguardando la nao de China para robarla, el señor virrey, el marqués de La Laguna, nos envió a encontrar y avisar y escapar a dicha nao de China, que encontrándola dentro de dos días gracias al Señor, y engolfándonos con ella porque ni llegase a tierra ni fuese vista de los enemigos que estaban en el puerto de la Natividad, llegamos todos con bien al puerto de Acapulco, dejando burlados a los piratas y escapando Nuestro Señor cuatro o cinco millones de la real corona y de sus leales vasallos, sin falta en premio de los muy católicos gastos que por tantos caminos hace la real monarquía en obsequio de S. D. M. y para el bien de innumerables almas, como también hemos visto y vemos que en ese mismísimo tiempo y en los mismos años y meses de los gastos de esta referida empresa de la California, Dios Nuestro Señor los grandiosos descubrimientos de las riquísimas minas de los reales que llaman de los Frailes, de los Alamos y de Guadalupe, que están enfrente, y cercanos, y la misma esfera de 25 y 26 grados como la California, que con esos católicos gastos se pretendía conquistar y se está conquistando a nuestra santa fe católica.

Del puerto de Acapulco, habiéndose descargado la muy interesada nao de China o galeón de Filipinas, pasamos los más con el almirante a la ciudad de México, adonde dentro de algunos días, habiendo conferido los más proporcionados modos de proseguir con la conquista y conversión de la California, se nos señaló el situado de 30 000 pesos, y la misma semana que acabando de llegar 80 000 pesos de Zacatecas, estaban para entregárnoslo y despacharnos, vino un navío de España, que con orden apretadísima pidió 500 000 pesos, aunque se buscaran

prestados para con estos compensar luego los daños de un muy interesado navío de Francia, que pocos años antes se había echado a pique en la bahía de Cádiz, por lo cual se suspendió la conquista y conversión de la California.

CAPÍTULO III.— Con ocasión que se suspende la conquista y conversión de la California casi sin querer o sin repararlo se da principio a estas muy dilatadas nuevas conquistas y nuevas conversiones desta incógnita América septentrional

Así que reconocí se suspendía la conversión de la deseada California, pedí y conseguí de mis superiores y de S. E. el venirme entre tanto a estas cosas de gentiles más cercanos y más a la vista de dicha California a los guaymas y seris, y habiendo llegado por finales de febrero de 1687 a esta provincia de Sonora y pasado a Oposura a ver al padre visitador Manuel González, vino S. R. conmigo hasta a este puesto de pimas gentiles (pues el cercano padre de Cucurpe, José de Aguilar, le estaba pidiendo padre para ellos), que le pusimos de *Nuestra Señora de los Dolores*, y está en 32 grados y medio de altura, adonde entramos a 12 de marzo de 1687 acompañados de padre José de Aguilar y de sus sirvientes, y volviéndose el día siguiente a tener Semana Santa en sus pueblos, el padre visitador, dos horas después de su salida, entré con dicho padre José de Aguilar y con algunos guías ya de Nuestra Señora de los Dolores, otras 10 leguas más adelante hacia el poniente al buen puesto y valle que le pusimos de *San Ignacio*, adonde hallamos aún más gente, aunque algo desparramada; volvimos por el norte por la ranchería de Himeres, que le pusimos de San José, y por la del Duayibubig, que le pusimos *Nuestra Señora de los Remedios*; que luego, gracias al Señor con prosperidad los fuimos reduciendo a nuevos buenos pueblos, dando principio a su doctrina cristiana y enseñanza de oraciones con un buen intérprete y buen temastian, que conseguí de la Misión antigua de pimas, de los ures y a las fábricas de las iglesias y casas y sementeras.

Después hice otras Misiones o entradas al norte y más al poniente, y despaché amigables recaudos convidando a todos los gentiles destes contornos para que a imitación destes sus parientes y paisanos pimas fuesen recibiendo nuestra santa fe católica para su eterna salvación, y en breve muchos de varias partes a ese fin me vinieren a ver, y fui disponiendo los principios de otras nuevas Misiones y pueblos. Nos vino a ver y visitar con grande consuelo nuestro y suyo el padre Manuel González; pidió con el señor alcalde mayor, y consiguió otras cuatro limosnas de la real caja para otras cuatro Misiones nuevas desta dilatada Pimería, y vinieron otros cuatro padres misioneros; a la vez dediqué esta mi primera iglesia de Nuestra Señora de los Dolores.

CAPÍTULO IV.— Luego después de los buenos principios destas nuevas conquistas y nuevas conversiones desta tierra firme desta América septentrional se emprende y prosigue felizmente la conquista y conversión de la California por medio de las infatigables apostólicas industrias y trabajos y celo santo del padre Juan María de Salvatierra

Habiendo el año de 1691 entrado por visitador destas Misiones de Sinaloa y Sonora el padre Juan María de Salvatierra, vino S. R. por diciembre desde Chinipas a visitarnos, y viendo en su santa visita de estas nuevas Misiones tan fértiles y abundantes y amenas tierras y valles y ríos, dio a entender eran lo más pingüe de cuanto había visto en las demás Misiones, a lo cual dije que

también a mi me parecía que estas tierras tan pingües podían ser el alivio y remedio de la algo estéril y corta California, adonde dejábamos tantas almas desamparadas y perdidas que nos pedían ya el santo bautismo, y acordamos hacer las posibles diligencias de conseguir el ir con la brevedad posible a proseguir con dicha conquista y conversión, y S. R., con su celo santo desde luego, y aún antes de salir destas Misiones pímicas, hizo un muy buen informe para S. R. M. y sus reales ministros, y aunque al principio hubo sus dificultades y rémoras, el año de 1697 dicho padre Juan María de Salvatierra, valiéndose de limosnas que consiguió entre las fieles piadosas personas alcanzó licencia del señor virrey don José Sarmiento de Valladares y Montesuma, para que S. R. y yo pasásemos a la California, y a este fin se vino S. R. desde México hasta las Misiones de Sinaloa y Yaqui con prevención de todo lo necesario; desde Mocerito de Sinaloa me dio parte de su llegada y de haber conseguido el deseado intento de que los dos pasásemos a la California, remitiéndome en la materia la gustosísima carta del padre provincial Juan de Palacios, con la cual al instante di parte al padre visitador Juan Horacio Polici y me puse en camino para ir a Yaqui y nuestra queridísima California; pero cuando yo iba gustosísimo me detuvieron por acá por necesario, según escribieron con propio a S. E. el padre visitador Horacio Polici y el señor gobernador de las armas y alcalde mayor de esta provincia de Sonora, don Domingo Gironza Petriz de Crusatt, y pasó en mi lugar a dicha California el padre Francisco María Piccolo, quien después trabajó e informó gloriosamente del buen estado de la California, la cual, gracias a Nuestro Señor, se va tan felizmente conquistando y convirtiendo, que tienen y tendrán bien que escribir de sus apostólicas Misiones otras mejores plumas que la mía.

CAPÍTULO V.— Mientras se hace la conquista y conversión de la California en 25, 26 y 27 grados de altura, y se solicita también por acá su conversión en esta nuestra altura de 32, 33 y más grados, emprendiendo a este fin la fábrica de un barco, con las muchas entradas destas nuevas conversiones, se descubre paso por tierra a la California en altura de 35 grados

Quedando, como quedé, por acá con el sólo alivio y consuelo de las esperanzas de que valiéndome de las licencias que del padre provincial y de S. E. me acaba de traer de México el padre Juan María de Salvatierra, también desde acá podría hallar y abrir camino para la misma California, y su reducción en esta altura de 30, 32, 33, 34, 35 y más grados, por lo cual hice varias Misiones o entradas al poniente y a la costa de la mar de la California; emprendí la fábrica de un barquito acuartelado, parte aquí en Nuestra Señora de los Dolores y parte en la Concepción de Nuestra Señora de Caborca, que dista como 15 leguas de la mar de la California, y desde estas sus costas se divisan lumbres y humaredas de los californios. Aunque después, como con la divina gracia, con diferentes entradas, que hice en particular al noroeste, descubrí que en altura de 34 grados y medio se remataba y acababa la mar de la California suspendí la fábrica del barco.

En general, desde este primer pueblo de Nuestra Señora de los Dolores, en estos veintiún años hasta acá, he hecho más de 40 entradas al norte, al poniente, al noroeste, al nordeste y al sudoeste de a 50, de a 80, de a 100, de a 150, de a 200 y más leguas de camino, algunas veces acompañado de otros padres y las más veces con solos mis sirvientes y con los gobernadores y capitanes y caciques de diferentes rancherías o pueblos incoados de acá fuera y de tierra adentro.

Hacia el norte y noroeste he entrado en diferentes ocasiones más de 130 leguas de camino hasta la casa grande y fábrica de los antiguos de Montesuma, que desde esas tierras salieron cuando fueron a fundar la ciudad de México y hasta el río Grande o río de Gila, que sale de los confines de Nuevo México por la Apachería, y viene a estos nuestros pimas, sobaypuris y después sale más de 100 leguas al poniente por los cocomaricopas y yumas hasta juntarse con el caudalósísimo río Colorado, que es el legítimo río del norte de los antiguos, y entre hasta los confines y muy patente vista de la Apachería que hay entre esta dilatada Pimería y entre la provincia de Moqui y Zuñi y del Nuevo México.

Hacia el poniente he entrado con diferentes padres las 70 leguas de camino que hay hasta la mar de la California, y hasta dar muy patente vista a más de 25 leguas de tierra corrida de dicha California con el padre Agustín de Campos, con el padre Marcos Antonio Kappus y con el padre Jerónimo Minutuli, y tienen ya muy bien asentadas sus Misiones el padre Agustín de Campos, en San Ignacio, en San José de Himires y en Santa María Magdalena; y el padre Jerónimo Minutuli, en San Pedro y San Pablo del Tubutama, en Santa Teresa y en San Antonio del Uquitoa, como también hay sus buenos principios de bautismos, de fábricas de iglesias y casas de ganado mayor y menor y de caballada de sementeras y cosechas de trigo y de maíces y de frijol en el pueblo incoado de Nuestra Señora de la Concepción del Caborca y en San Ambrosio del Busume y en otras partes.

Hacia el noroeste he entrado más de 200 leguas hasta el remate de la mar de la California, adonde desemboca el caudalósísimo y pobladísimo y muy fértil río Colorado, que es el legítimo *río del norte* de los antiguos, y el río que Francisco Drake y sus secuaces llaman del Coral, como al otro río de Gila, que sale por los confines de esta Pimería, le llama el *río del Tizón*, y es verdad que en sus orillas y cercanía tiene muchos tizones, que son los que los naturales, en tiempo de frío, llevan en la mano calentándose la boca del estómago para alivio de su desnudez, y cuando, a las ocho o nueve del día, suele calentar un poco el sol, los tiran, de que soy testigo de vista; pero Drake va muy errado en su fabulosa demarcación en que muy siniestramente pinta isla la California, diciendo que su mar sube hasta la mar del norte y soñado estrecho de Anian, habiendo nosotros estos diez años, con 14 entradas que a este fin hice, patentemente descubierto que esta mar de la California no sube más que hasta 34 grados y medio de altura, adonde hay patente paso por tierra a dicha California, por donde nos vienen continuamente muchas conchas azules de las que únicamente se dan en la contracosta de la referida California y mar del sur, por donde todos los años suele venir la nao de la China.

A algunas destas entradas al noroeste han ido conmigo el padre Adamo Gilg hasta la nación yuma por orden del padre visitador Horacio Polici y el padre Juan María de Salvatierra (que después ha sido meritísimo padre provincial desta provincia de Nueva España) hasta San Marcelo del Sonoydac; hasta dar vista al encerramiento de estas tierras en el remate de la mar de California, y el padre Manuel González hasta el mismo desemboque del caudalósísimo río Colorado, y ahora año y medio ha fue conmigo fray Manuel de la Oyuela, de la sagrada orden de San Francisco, hasta el altísimo cerro de Santa Clara, el cual está meramente al norte del remate de la mar de la California, y de donde pantentísimamente se divisa que esta mar no sube más arriba, y que la California es continente con esta tierra firme de la Nueva España, y S. R., con el

alférez Juan Mateo Ramírez y con el cabo Juan de Durán, me dieron desta verdad certificación jurada.

CAPÍTULO VI.— Más de veinte gobernadores y capitanes de tierra adentro vienen a Nuestra Señora de los Dolores a pedir padres y el santo bautismo, y pasan al mismo fin a Santa María de Baseraca a ver al padre visitador Horacio Polici, caminando algunos de ellos de ida y vuelta a sus casas 400 leguas

De otras dos entradas que hice, la una al norte y la otra al poniente, se originó que más de 20 gobernadores y capitanes desta dilatada Pimería viniesen de 50, de 70, de 90 y de más de 100 leguas de camino a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores a pedirme padres y el santo bautismo para toda la gente de sus rancherías, y habiéndoles insinuado que estos padres se habían de pedir al padre visitador, que distaba casi 100 leguas de aquí, me rogaron que les diese guías o que yo fuese con ellos, que allá irían a buscar el remedio de su salvación, y hube de pasar con ellos hasta Santa María de Baseraca otras 96 leguas de camino, a ver a ese fin al padre visitador Horacio Polici, quien en particular desde entonces ha sido siempre finísimo amante destas nuevas conversiones, el cual los consoló como pudo, recibéndolos con todo cariño, prometiéndoles procuraría con todo empeño conseguirles los deseados necesarios padres misioneros, y le pidieron de México al padre provincial Juan de Palacios, catequizando y bautizando dicho padre visitador a uno de los capitanes en su nueva y grandiosa iglesia de Santa María de Baseraca, que se llamó Marcos (como su padrino, el gobernador de Baseraca), y nos ayuda con fineza en particular en todos aquellos contornos de su incoado pueblo de San Ambrosio del Busanic; y el padre visitador Horacio Polici, en acción de gracias del consuelo que había tenido con la venida de tanta gente nueva, aunque era por octubre, cantó una misa solemne a los santos tres reyes que son los primeros que vinieron a ver y conocer y adorar al Redentor del mundo (*Primitios Gentium*), pues venían algunos de más de 200 leguas de camino, y con otras tantas que habían de andar de vuelta a sus casas eran más de 400, y S. R. escribió al señor gobernador de las armas desta provincia para que también procurase informarse del buen estado de esta nación pima, que, fomentándola, la podíamos tener muy provechosa para todo, y con especialidad para contra los enemigos desta provincia de Sonora, los jocomes y apaches, y Su Señoría envió 22 soldados hasta Quiburi, adonde concurrimos y hallamos al capitán Coro, que con su gente estaba bailando unas cabelleras de unos enemigos jocomes, que poco antes había matado.

CAPÍTULO VII.— A otra Misión o entrada de más de 130 leguas que hice al noroeste llevé conmigo veintidós soldados para que fuesen testigos de vista del buen estado de esos pimas del norte y de sus fértiles valles, y hallamos, tantas y tan maduras mieses de almas que cuando volvimos el padre Melchor de Martiromo en Teape, en acción de gracias cantó una misa solemne a Nuestra Señora de la Concepción

Con esta ocasión que yo hacía Misión y entrada a los vecinos pimas sobaipuris, y encontré con los 22 soldados y su capitán, Cristóbal Martín Bernal, por cuanto se decía que allá adentro había muchas caballadas hurtadas desta provincia de Sonora, y a mí me constaba lo contrario, y que no estos pimas, sino los jocomes y apaches y janos, eran los que hacían estos daños y robos

de caballadas, etc., desta provincia y de sus fronteras los llevé conmigo para que viniesen a ser testigos de vista del muy amigable buen estado de todos estos pimas sobaipuris, pues su principal cacique y capitán de ellos, llamado el Aumaric, con dos hijos había venido dos años antes a Nuestra Señora de los Dolores a catequizarse y bautizarse, y se llamó Francisco, y el hijo mayor se llamó Francisco Javier, y el otro hijo, Horacio Polici. Entramos juntos por el valle y río de San José de Terrenate desde Santa Ana de Quibori, acompañándonos también el capitán Coro; llegamos por este mismo río al muy ameno valle de los pimas sobaipuris del oriente, y hasta el río grande de Gila, viniéndonos a encontrar y recibir más de 30 leguas de camino el referido capitán Francisco Humari con sus dos hijos, que el uno era gobernador y el otro alcalde de su ranchería grande de San Fernando. En ninguna parte hallamos la más leve señal de caballadas hurtadas desta provincia de Sonora; en todas partes nos recibieron con cruces y arcos puestos en los caminos y con varias dádivas, y con sus comidas muchas. Por el río de Gila bajamos al poniente más de otras 40 leguas hasta la Casa Grande y hasta la Encarnación del Tusonimo, adonde nos recibió con mucha alegría suya y nuestra con muchas cruces y con muchos arcos puestos en los caminos el capitán de esta grande ranchería, que se llamaba Juan de Palacios, que este nombre del actual padre provincial le habíamos puesto en su bautismo y era uno de los que dos meses antes había pasado hasta Santa María de Baseraca a ver al padre visitador Horacio Polici. Después tomamos la vuelta por el dilatado valle de los otros pimas sobaipuris del poniente de San Francisco Javier del Bac, del río de Santa María, y viniendo por San Cayetano y por San Gabriel de Guebavi y por San Luis de Bacoancos y por Santiago de Cocospera a este pueblo de Nuestra Señora de los Dolores pasamos también a los cercanos pueblos de Cucurpe y Toape, adonde se hallaba el padre Melchor Martiromo, que oyendo S. R. de cómo habíamos hallado aquellos más de siete mil pimas sobaipuris, tan amigables y tan bien dispuestos para recibir nuestra santa fe católica, y tan sin el más pequeño rastro de hostilidades o de hurtos de caballadas, y que casi en todas partes nos recibieron con arcos y cruces puestas en los caminos y con muchos de sus bastimentos, y que nos dieron más de 70 párvulos a bautizar, y que dimos más de 60 varas de justicias, de gobernadores, de capitanes, de alcaldes, de fiscales, de topiles, etc., y que nos vino a encontrar y recibir más de 30 leguas de camino el principal capitán Humaric de aquellos naturales, dicho padre Melchor de Bartiromo, en Toape, cantó otra misa solemne a Nuestra Señora de la Concepción, en acción de gracias de tan feliz y de tanta madurez desa mies de tantas almas.

CAPÍTULO VIII.— Con otra Misión o entrada que hicimos al norte y volvimos por el poniente, el padre visitador Antonio Leal y el padre Francisco Gonzalvo y yo vimos otros más de ocho mil pimas, y dicho padre visitador, con su paternal celo, se nos consiguió algunos padres operarios

En todas mis más de 40 entradas o Misiones que hice tierra adentro con la enseñanza de la doctrina cristiana y del amor y temor de Dios para que los pobres naturales puedan llegar a la eterna bienaventuranza y escapar los eternos incendios y con el caritativo paternal buen trato que según nuestro santo Instituto con estos pobres indios se ha procurado tener, me han dado siempre muchos párvulos a bautizar en la primera entrada o Misión que viniendo del río Grande y del norte para el sur hice a estas costas de la mar de California, adonde nunca habían visto alguna cara blanca o persona española en las 80 leguas de costa que anduve, quedando reducidos más de

5 000 indios, me dieron 435 párvulos a bautizar en la sola ranchería grande, que le pusimos de San Francisco en 4 de octubre; después de la misa me dieron a bautizar 102 párvulos, y a la tarde, en la otra cercana ranchería que se le seguía, y le pusimos de San Serafín, me dieron otros 60, y cuando dos años después el padre visitador Antonio Leal, con el padre Francisco Gonzalvo y conmigo en su santa y apostólica visita, entró más de 80 leguas de camino hacia el norte, y llegó hasta San Francisco Javier del Bac de los sobaipuris, y hasta San Agustín, y tomó la vuelta por el poniente, llegó a San Serafín y a San Francisco, consolando muy mucho, y edificando muchísimo a toda esta dilatada Pimería y a las demás sus confinantes naciones; en San Serafín y en San Francisco, los párvulos que yo antecedentemente había bautizado recibieron a S. R. con sus crucecitas en las manos, que después se recogió un gran número de ellas, y unas se dieron al padre visitador y otras me dieron a mi, que las que me cupieron las traje a Nuestra Señora de los Dolores, y el padre visitador, con su paternal celo santo y con estas y otras semejantes de los de más de ocho mil pimas, con unos pocos cocomarcopas que vimos en esta entrada se enterneció, y miró siempre con muy fino amor y afecto a estas nuevas conversiones y estas santas misiones púnicas, y habiendo visitado esta de Nuestra Señora de los Dolores y la de San Ignacio y la de San Pedro y San Pablo del Tubutama, nos ayudó a conseguir algunos padres para las demás.

CAPÍTULO IX.— *En los veintiún años que hace que se empezaron estas nuevas conversiones quedan reducidas más de 30 000 almas a nuestra amistad y al deseo de recibir nuestra santa fe católica, y dando a éstas los padres necesarios hay muy fundadas esperanzas que, Dios mediante, se podrán reducir más de otras tantas*

Con todas estas entradas o Misiones que se han hecho a estas nuevas gentilidades de 200 leguas en estos veintiún años quedan reducidas a nuestra amistad y al deseo de recibir nuestra santa fe católica entre pimas y cocomarcopas, y yumas, quiquimas, etc., más de 30 000 almas, las 16 000 de solos pimas y he hecho más de 4 000 bautismos y pudiera haber bautizado otros 10 ó 12 000 indios si la falta de padres operarios no nos hubiera imposibilitado el catequizarlos e instruirlos por delante; pero enviando Nuestro Señor, por medio de S. R. M. y de los superiores, los padres necesarios para tanta y tan madura mies de almas, no será (Dios mediante) dificultoso el lograr el santo bautismo de todas estas almas y de otras muchísimas, así en el pobladísimo río Colorado como en la California Alta, de 35 grados de altura; y de sus contornos, pues tiene este grandísimo río Colorado sus orígenes en 52 grados de altura, y aquí respondo a lo que me propone la carta del padre rector Juan de Hurtasum de *si algunos ríos corren al mar del norte o todos van a desembocar al mar de la California*, y digo que así como este río Colorado, que es del norte de los antiguos viene tan caudaloso, así es forzoso venga de tierra remota y alta, como sucede a todos los demás ríos caudalosos de todo el mundo y globo terráqueo, con lo cual los demás ríos de esa tierra de 52 grados de altura, por allá tendrán sus vertientes a la mar del norte. Algunas más noticias se podrán sacar de los mapas que añado a este informe, y para no apartarme de la brevedad que en él prometo, sólo digo que de las 14 entradas a las 200 leguas del noroeste tengo escrito un tratadito como de 25 pliegos, que se titula Manifiesto cosmográfico de que la California no es isla, sino península, y destas nuevas conquistas y nuevos descubrimientos y nuevas conversiones en general por orden de nuestro padre general Thirso González, estoy escribiendo otro tratado más dilatado, con sus mapas, y quedan ya escritos más de 100 pliegos,

que por insinuación de su paternidad se intitula: *Favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del Gloriosísimo Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, experimentados en las nuevas conversiones destas nuevas naciones, destas nuevas gentilidades, desta América septentrional.*

LIBRO III

DEL MUY GRANDE SERVICIO DE AMBAS MAJESTADES QUE SE PUEDE CONSEGUIR CON EL FOMENTO DESTAS NUEVAS CONQUISTAS Y NUEVAS CONVERSIONES POR LOS MUCHOS Y GRANDES PROVECHOS Y UTILIDADES QUE PROMETEN, QUE SON LAS DOCE DE LOS DOCE CAPÍTULO SIGUIENTES

Muchos años ha que esta provincia de Sonora padece muy mucho de sus declarados enemigos los jocomes, janos y apaches, con continuados robos de caballadas y ganados y muertes de cristianos indios y españoles, daño que ni los dos tan costosos presidios, el de Janos y el de esta provincia de Sonora, en tantos años no lo han podido bastantemente remediar, pues todavía prosiguen dichos enemigos a infestar como siempre toda esta provincia de Sonora con sus acostumbradas muertes y robos y sus muy notorias y muy continuadas hostilidades; han llegado ya y llegan hasta a Cenoquipe, en el mismo valle de Sonora, y hasta Tuape, en el valle de Opodepe, y hasta San Ignacio y Santa María Magdalena en esta Pimería, y fundóle muy buenas Misiones en estas nuevas conquistas y nuevas conversiones, en particular en el buen valle oriental de la grande Santa Ana de Hiburi, y adonde asiste el capitán Coro, el cual ya es cristiano, y se llama Antonio Leal; se pondrá un gran freno a los referidos enemigos, que suelen tener su asistencia en las cercanas sierras de Chiguiacagui, y amurallándole a dicho capitán Coro, como en breve. Dios mediante, le amurallaremos al remedio de Santa María Baseraea su grande ranchería o nuevo pueblo, continuará mejor sus acostumbradas entradas a los dichos enemigos, y podrales dar los golpes que suele, con muy buenas victorias como siempre, y mucho más para el total remedio desta provincia de Sonora, que como cuando estos años pasados dicho capitán Coro mató de un golpe más de 200 de esos enemigos; y cuatro meses ha, con la entrada que hizo en seguimiento de los que llevaban ganado mayor y caballada del real de Bacanuche, mató 15 enemigos grandes y trajo diez presitos, que de ellos tengo aquí unos en casa, que habiéndolos catequizado y bautizado, al uno le puso Juan Miguel, que son los nombres de nuestro padre general y del provincial, y al otro le puse Felipe, en nombre también de nuestro muy católico monarca, que Dios guarde.

CAPÍTULO II.— *Que hay pareceres de personas prudentes que en estas 200 leguas de nuevas conquistas se puede fundar un nuevo reino*

También podrá el fomento destas nuevas conversiones seguir para el adelantamiento y buen gobierno y buena administración de las muchas más Misiones que se podrán ir fundando más adelante. Pues hay personas prudentes y graves y celosas del servicio de las dos Majestades que son de parecer que en estas más de 200 leguas de nuevas pingües tierras de indios laboríos

nuevamente conquistadas y reducidas se puede con facilidad fundar un nuevo reino, que se puede llamar de la *Nueva Navarra*, como otros se llaman de la Nueva Vizcaya, de la Nueva Galicia y el Nuevo Reino de León.

CAPÍTULO III.— *Que, Dios mediante, en breve al norte y nordeste se podrá entrar a la reducción de la cercana Apachería, y al noroeste, al pobladísimo río Colorado o río del norte por arriba*

Fomentando estas nuevas conversiones desta dilatada Pimería con el favor del cielo, en breve podremos entrar a la reducción y conversión de la cercana Apachería, que nos demora al norte y al nordeste y al noroeste al pobladísimo río Colorado o río del norte, por arriba, de 35 a 36 y 37 y más grados de altura para arriba, pues sabemos que sale de nordeste a sudoeste, y que sale como diez leguas más al poniente de la provincia de Moqui, y habiendo nosotros enviado recaudos a esos naturales del río Colorado por arriba, ya nos convidan a que entremos a verlos, y ya se nos dan noticias ciertas que luego a imitación de los demás de por acá quedarán reducidos a nuestra amistad y al deseo de recibir nuestra santa fe católica.

CAPÍTULO IV.— *Que podremos entrar a comerciar con los de Moqui y Zuñi y Nuevo México, que están en 36 y 37 grados de altura, pues hemos llegado a sus cercanías de 34 grados de altura y más*

Por la misma referida Apachería, que está en 35 grados de altura, podremos con la divina gracia entrar a comerciar con el Nuevo México y con sus más cercanas provincias de Moqui y Zuñi, pues no hay más distancia de por medio que 40 ó 50 leguas, que es la que hay de 34 grados de altura, adonde viven nuestros ya muy reducidos y domésticos últimos pimas sobaipuris de San Fernando de la Junta de los ríos de Gila y de San José de Terrenate o de Quiburi a la altura de 36 grados, adonde está la provincia de Moqui y Zuñi, y hasta 37 grados en que se halla la villa de Santa Fe del Nuevo México, pues tenemos también noticias ciertas que antes del alzamiento del Nuevo México los españoles de aquellas provincias venían por esta Apachería hasta destos nuestros últimos pimas sobaipuris a rescatar maíces con hachas, paño sayal, fresadas, chomite, cuchillos.

CAPÍTULO V.— *Que se podrá abrir camino aún para otras más distantes entradas y conquistas, como al norte para el Teguayo, y al noroeste para la gran Quivira; al poniente para la California Alta y puerto de Monterrey y cabo Mendocino*

Con el fomento destas nuevas conversiones no sólo tendrán más abrigo y se defenderán con ellas las cristiandades ya hechas nuevas y antiguas, como queda insinuado, sino que juntamente se abría camino para otras muchas nuevas conquistas y nuevas conversiones de otras muchas nuevas tierras y naciones más remotas desta todavía algo incógnita América septentrional, como al norte para el gran Teguayo, y al noroeste para la gran Quivira, y al poniente para la California Alta desta misma nuestra altura de 34, 35, 36 grados, y más adelante para su contracosta y mar del sur, y para su gran bahía de las Once Mil Vírgenes, y para el famoso puerto de Monterrey que es de cercanas fértiles tierras, y a Sebastián Vizcaíno le vino real cédula que lo fuese a poblar, y para el muy nombrado cabo Mendocino.

CAPÍTULO VI.— *Que con el tiempo podremos comerciar con la Nueva Francia y abrir camino para Europa al doble más breve que el que tenemos para la Vera Cruz*

Juntamente después de haber entrado a Moqui y al Nuevo México al noroeste y al oriente, se podrá llegar a tener comunicación con la Nueva Francia y con sus nuevas conquistas y nuevas conversiones y nuevas Misiones que actualmente, con sus gloriosas y apostólicas entradas de oriente a poniente, está haciendo y entrando nosotros al norte y al nordeste y después tirando al oriente se podrá abrir camino al doble más breve desde estas nuevas conquistas y nuevas conversiones desta América septentrional, adonde nos hallamos a Europa que el camino que tenemos y solemos andar por la ciudad de México y por el puerto de la Vera Cruz, y si es un camino es de mucho más de 2 000 leguas, el otro será de poco más de 1 000.

CAPÍTULO VII.— *Que por el poniente por continuadas tierras, por la tierra de Jesso, y por la tierra que llaman de la Compañía, y por el estrecho de Anian, con el tiempo se podrá pasar desta América a la Asia y a su gran Tartaria y a la gran China*

Así como por el nordeste y por el oriente desta América septentrional podremos tener camino más breve para la Europa, de la misma manera por el noroeste y por el poniente podremos tener camino acomodado por tierra para la Asia, y para su gran Tartaria, y para la gran China, y pues del cabo Mendocino se sigue al poniente a tierra continuada la tierra del Jesso, y después la tierra que llaman de la Compañía (quiera Nuestro Señor que algún día sea de la Compañía de Jesús, y convertida a nuestra santa fe católica), y la tierra más cercana al Japón, y después el angosto estrecho de Anian, que no tiene más que 10 ó 12 leguas de travesía con la conveniencia de una isla en el medio para pasar a la gran Tartaria, y de allí a la gran China, pues nuevamente apunta el muy erudito autor del curiosísimo *Nuevo espejo geográfico*, don Pedro de Mendoza Caballero, del orden de Calatrava, que pocos años ha el padre Grimaldi, de nuestra Compañía, habiendo salido de la gran China para la gran Tartaria, cerca de estos parajes y países, supo que no distaba la mar (adonde sé que entra el estrecho de Anian) más de cuarenta días de camino, y es, a saber, que no hay otro estrecho de Anian que éste por aquí refiero, pues aunque Drake quería fingir otro estrecho de Anian con otra soñada mar del norte por acá más arriba de la California, por salir con la suya de que la California era isla, y que le había dado vuelta con su navegación, todo es siniestro.

CAPÍTULO VIII.— *Que se podrá pasar a la contracosta de la California a dar escala a la nao de China y socorrer a sus muchos enfermos del mal de Loando que suele traer, y comerciar con ella los destas nuevas conquistas, y todo el reino de la Nueva Vizcaya*

Otra grande utilidad de mucho servicio de ambas Majestades será que estas nuevas conversiones, y esta provincia de Sonora, y todo el reino de la Nueva Vizcaya, por el río Grande o de Gila, que es el del Tizón, y por el paso por tierra a la California, se podrá dar escala a la nao de China, y comerciar con ella, y socorrer con comidas frescas a los muchos enfermos del muy penoso mal de Loanda, que suele traer consigo originado de sus comidas, saladas, secas y añejas, y todo muy grandes conveniencias y ganancias de todos, excusando las larguísimas y muy costosas de muchos de sus géneros desde estas alturas de más de 30 grados hasta al puerto de Acapulco, y de Acapulco hasta México, hasta a estas provincias de la Nueva Vizcaya. Y esta escala (salvo *meliari* de los señores navegantes de la misma nao de China), parece podrá ser en la

bahía de Todos los Santos, o el cercano famoso puerto de San Diego de la contracosta, que están casi en la misma altura, poco menos que el paso por tierra a California, que es en 35 grados.

CAPÍTULO IX.— *Que dichosamente cumpliremos con lo que tan católicamente nos encargan tantas reales cédulas de que en materia tan esencialísima informemos desas gentilidades que viven en tanto desamparo para reducirlas y combatirlas a nuestra santa fe católica, descargando su conciencia con las nuestras de los que vivimos más inmediatos a ellas*

Muchas reales cédulas y reales provisiones hay que nos encargan que informemos de las nuevas gentilidades, y dichosamente cumpliremos con ellas si solicitamos, como es tan justo, el fomento destas nuevas conversiones. La nueva real cédula de nuestro muy cristianísimo, muy católico monarca Felipe V, que Dios guarde felices años, de 17 de julio de 1701, manda se le informe no sólo del estado de las nuevas conversiones de la California (lo cual ya queda muy bien ejecutado con el muy puntual informe impreso del padre Francisco María Picolo), sino también del paraje y estado en que se hallan los indios incultos gentiles desta provincia de Sonora.

Y lo propio encarga la real cédula de su inmediato antecesor don Carlos II, que Dios haya, según me la dio inserta en mi real provisión la Real Audiencia de Guadalajara cuando veinte años ha vine de la California y de México a estas nuevas conversiones desta dilatada Pimería, y es fecha en Buen Retiro, en 4 de mayo de 1686, pues con dicha real cédula descarga S. R. M. su conciencia y la del Real Consejo, con la conciencia de las que por acá vivimos más cercanas e inmediatas a estas naciones gentílicas, en orden a solicitar el remedio de su eterna salvación de tantas almas desta América septentrional, que viven en tanto desamparo, y aún como la real cédula expresa descuido que hasta ahora ha habido en materia tan esencialísima, encargando que en ella le ganen las horas posibles sin reparar en gastos, pues se reconoce patentemente que Nuestro Señor siempre retribuye conocidos crecidísimos aumentos a la real corona, y que todas son palabras de la real cédula.

CAPÍTULO X.— *Que se dilatará felizmente el real imperio de la católica monarquía y de nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica Romana*

También es cosa patente que con el fomento católico destas nuevas conquistas y nuevas conversiones o nuevo reino de esta Nueva Navarra, se dilata felizmente el católico imperio de la católica real corona y de nuestra Santa Madre la iglesia Católica Romana, *ut fiat unum ovile et unus pastor*, para que dichosamente todo el mundo sea un rebaño de un pastor, y esto por la divina gracia, sin notables gastos de las reales cajas, y con las solas acostumbradas limosnas para los padres misioneros, por estar los naturales ya tan reducidos y tan domésticos que ellos mismos, aún sin gastos de sustentar soldados, saben hacer y hacen muy ejemplares buenos castigos de cualquiera maldad, o delito, o hurto, y amancebamientos, o muerte que pueda, o suela suceder.

CAPÍTULO XI.— *Que para los fomentadores destas nuevas conquistas y nuevas conversiones esperamos conseguir de Su Santidad unas buenas indulgencias, y de S. R. M. algunos privilegios e inmunidades*

Junta esperamos, Dios mediante, que por medio de nuestros superiores de por acá, y de México, y de Madrid, y de Roma, hemos de conseguir que Su Santidad conceda a todos los bienhechores y fomentadores destas nuevas conquistas y nuevas conversiones unas muy buenas indulgencias, y jubileos plenísimos en vida y para la hora de la muerte; y que también Su Real Majestad, que Dios guarde muchos años, se sirva de honrar a los bienhechores y fomentadores, con algunas inmunidades, privilegios y excepciones de su real magnificencia y muy magnánima liberalidad, y quizá destos bienhechores se podrá fundar una piadosa congregación de María Santísima y de los 12 discípulos, como se dice la hay en el Perú.

CAPÍTULO XII.— Que podremos hacer mapas verídicos desta incógnita América Septentrional, y con noticias ciertas salir de los engaños en que nos meten los que nos fingen un rey coronado que le llevan en andas de oro y lagunas de azogue, y de oro y ciudades amuralladas

Prosiguen con el fomento y adelantamiento destas nuevas conversiones, podremos continuar el hacer mapas verídicos desta septentrional América, que su mayor parte hasta ahora ha sido incógnita, o como incógnita, pues unos antiguos la manchan con tantos y tan grandes yerros y con tan siniestras grandezas, y fingidas riquezas, que un rey coronado que le llevan en andas de oro de ciudades amuralladas, de lagunas de azogue y de oro, y de ámbar, y de corales, que con razón los reprende el padre Mariana, pues engañándonos con estas riquezas, que no las hay, no dicen palabra de sus más principales riquezas que hay, que son las innumerables almas redimidas con la preciosísima sangre de Nuestro Redentor Jesucristo, y éstas acompañadas de las muy abundantes conveniencias y medios temporales y utilidades, y facilidades y oportunidades, que luego y sin ficción alguna en esta cuarta parte deste informe referiré.

LIBRO IV

DE LOS MUCHOS MEDIOS TEMPORALES, FACILIDADES Y OPORTUNIDADES QUE NUESTRO SEÑOR OFRECE Y DA EN ESTAS NUEVAS CONVERSIONES PARA PODER LOGRAR ESTE GRAN SERVICIO DE AMBAS MAJESTADES, Y SON LAS QUINCE DE LOS QUINCE CAPÍTULOS SIGUIENTES

CAPÍTULO I.— *Que en estas muy fértiles tierras destas nuevas conquistas quedan ya hechas muchas labores de trigos, y maíces, buenas huertas, y viñas, y se pueden hacer muchísimas más*

La mayor oportunidad de los medios nos obliga más a la solicitación y de la salvación de tantas almas en las muy fértiles y amenas tierras y valles destas nuevas conquistas, y nuevas conversiones, hay ya muy pingües y abundantes labores, sementeras y cosechas de trigos, y maíces y frijol, y garbanzos, habas, lentejas, alberjón; hay buenas huertas, y en ellas viñas para vino de misas, con cañaverales de caña dulce para miel y para panocha, y con el favor del cielo, en breve para azúcar; con muchos árboles frutales de Castilla, como son higueras, membrillos, naranjos, granadas, priscos, duraznos, melocotones, albaricoques, perales, manzana, morales, nogales; tunas con todo género de hortaliza, coles, melones, sandías, repollos, lechugas, betabeles, cebollas, ajos, culantro, anís, chiles, mostaza, hierbabuena, rosas de Castilla, azucenas, con muy buenas maderas para todo género de fábricas, pinos, fresnos, cipreses, nogales chinos, mezquites, alijas, álamos, sauces, tarai.

CAPÍTULO II.— *Que con los buenos pastos destas nuevas conquistas quedan hechas muchas estancias de ganado mayor y menor y de caballadas*

Otro medio temporal que Nuestro Señor nos da para el fomento destas nuevas conquistas son las cuantiosas estancias que ya hay de ganado mayor y menor, y de manadas de yeguas con muchas caballadas y cabalgaduras, así mulares como caballares, recuas para el trajín y comercio necesarios, con pastos muy pingües y abundantes para todo el año y para carnes muy gordas, de mucho sebo y manteca, y jabón, que ya se hace en abundancia.

CAPÍTULO III.— *Que el temple es muy bueno y semejante, al mejor de Europa*

El temple de las más destas nuevas tierras y nuevas conquistas, adonde se pretende el fomento destas nuevas conversiones, es muy bueno y muy ameno, y algo semejante al de México y al mejor de Europa, sin demasiado calor y sin demasiado frío.

CAPÍTULO IV.— *Que hay tierras minerales*

En estas nuevas naciones y nuevas tierras hay muchos buenos paninos, y tierras minerales de oro y plata, y ya en su cercanía, y a la vista destas nuevas Misiones y nuevas conversiones, se

están actualmente fundando unos muy buenos nuevos reales de minas de metales de mucha ley y de mucha plata.

CAPÍTULO V.— *Que los naturales son indios laboríos y gente amigable*

Los naturales destas nuevas conquistas y nuevas naciones son de indios laboríos, de gente dócil, afable y muy amigable, y juntamente guerrera y valiente, para saberse defender de sus enemigos y para pelear contra nuestros contrarios, los enemigos desta provincia de Sonora, como muy bien estos nuestros pimas se defienden mejor que cualquiera otra nación de los belicosos apaches, de sus aliados los jocomes y janos, y consiguen continuamente muy buenas victorias dellos, aun con notable alivio desta provincia de Sonora, quitándoles a veces las presas y robos.

CAPÍTULO VI.— *Que estos naturales, para el trato y buen comercio, tienen sus tejidos curiosos coritas, gamuzas, y antes, y piedras besares*

Estos naturales, en particular los desta dilatada Pimería, tienen muy buenos tejidos de algodón y de lana; ítem, muchas curiosas coritas o jícaras, como bateas de diferentes tamaños; mucha pluma colorada de guacamayo; mucha gamucería, y antería, y hacia la costa del mar, muchas piedras besares y la muy eficaz contra hierba, y en muchas partes, la muy medicinal fruta llamada la jojoba.

CAPÍTULO VII.— *Que en estas costas hay buenas salinas y puede haber buenas pesquerías*

En esta nuestra costa de la mar de la California, o seno califónico destas nuevas conquistas, tenemos muy buenas salinas, así de sal blanca como de sal piedra, y hay esteros y puestos muy idóneos para pescas de todo género de muy regalado pescado, camarón y ostión.

CAPÍTULO VIII.— *Que todo el año los principales naturales destas nuevas conquistas me vienen a ver, y a pedir el santo bautismo, y padres misioneros desde 50, 70, 100 y más leguas de tierra adentro*

Todas estas naciones, no sólo las desta dilatada Pimería, sino también las de sus confinantes cocomaricopas, yumas, quiquimas, todo el año continuamente me vienen a ver desde 50, 70 y 100 y más de 150 leguas de camino de tierra adentro, y otros aún de más remotas partes envían recaudos muy amigables, y dádivas; entre ellas conchas azules de la contracosta y mar del sur, y me piden que yo los vaya a ver y a bautizar, y que les consiga padres misioneros que los vayan a administrar.

CAPÍTULO IX.— *Que, además de venir de tierra adentro, salen y pasan las 25, 50 y 100 leguas de camino más afuera a ver los padres visitadores, y rectores, y señores alcaldes mayores, y pedirles padres misioneros*

No sólo vienen los referidos naturales tantas leguas de camino hasta este mi pueblo de Nuestra Señora de los Dolores a pedirme el socorro de los padres misioneros que necesitan, sino que como yo no se los puedo dar o no se los consigo, muchos de estos gobernadores, y capitanes, y caciques, después de haber venido del norte, del noroeste, del poniente las 50, 70, 100 y más leguas de camino salen y han salido repetidas veces a ver a los padres visitadores, y padres rectores, y a los señores alcaldes mayores, y a sus tenientes hasta al valle de Sonora y hasta al Real de San Juan, y hasta Oposura, y algunas veces han pasado hasta el valle de Santa María de Baseraca, que dista de aquí como 100 leguas de camino, y el año pasado, en la avenida y visita desta Pimería del padre visitador Francisco María Picolo, vinieron de tierra adentro más de 30

gobernadores, y capitanes, y alcaldes, y fiscales, todos a caballo; que pero como S. R. acababa de salir desta Pimería, todos fueron a ese fin (y yo con ellos) a alcanzar a S. R. hasta Cucurpe, adonde se les prometió lo que con tantas ansias pedían y rogaban que les vendrían los padres necesarios, que pero hasta ahora no han llegado; quizá por no haber habido en México, según se me escribe, con qué aviarlos, y actualmente dos piadosas personas ofrecen remitir desde acá el necesario avío para dos o tres padres. Nuestro Señor los traiga.

CAPÍTULO X.— *Questa misma lengua pima que hablamos por acá corre más de 200 leguas más adentro, aún entre los naturales de diferentes naciones*

También una de las cosas y medios que aquí facilitan el deseado servicio de ambas Majestades que se pretende es que esta misma lengua pima que por acá hablamos corre más de 200 leguas de tierra adentro aún entre las demás distintas naciones de los cocomaricopas, y yumas, y quiquimas, pues en todas partes se hallan algunos naturales entreverados que hablan entrambas lenguas: la diferente de aquella nación y la nuestra pima; y con eso en todas partes tenemos bastantes buenos intérpretes, hombres y mujeres, para la reducción y enseñanza de todos, y para, desde luego, explicarles la doctrina cristiana y los misterios de nuestra santa fe católica.

CAPÍTULO XI.— *Que estas nuevas naciones no tienen particulares sectas o idolatrías que quitarles*

En todas estas nuevas conquistas y nuevas gentes por donde hemos andado, no tienen particular idolatría, o otras sectas que haya dificultad especial en desarraigarlas, ni bigamia de muchas mujeres o sus bonzos, como en el Japón y en la gran China, que aunque dan mucha veneración al sol como una cosa muy grandiosa, con facilidad se les predica, y abrazan la enseñanza de que el Altísimo Dios es el todopoderoso y el que crió al sol, y a la luna, y las estrellas, y todos los hombres, y todo el mundo, y todas las criaturas.

CAPÍTULO XII.— *Que hay ya muchas Misiones o nuevos pueblos empezados con buenos principios de enseñanza de doctrina cristiana y de oraciones, y de fábricas de iglesias, y de casas, y de sementeras, y de ganados*

En estas nuevas conversiones tienen los naturales aún tierra muy adentro, como es en Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, 46 leguas al poniente, y en San Ambrosio del Busanic, 35 leguas al noroeste, y en San Francisco Javier del Bac, 60 leguas al norte, pueblos o Misiones empezadas, con buenos principios de enseñanzas de doctrina cristiana, y de oraciones, y hay sus temastianes o maestros de doctrina, con muchos bautismos de párvulos y de algunos adultos con sus cabildos de justicias de gobernadores, de capitanes, de alcaldes, de fiscales, topiles, alguaciles; con buenos principios de casas para la cómoda habitación de los padres que esperan recibir, y de iglesias, con sementeras de trigos de maíces y de frijol con ganados mayor, y menor, y bestias caballares y mulares, y con manadas de yeguas y con caballadas, principios de huertas que todo lo cuidan los muy domésticos, y leales, naturales, como si estuvieran ya en su asistencia los padres que ruegan y suplican, y esperan, y merecen recibir.

CAPÍTULO XIII.— *Que esta Misión de Nuestra Señora de los Dolores actualmente está dando más de 3 000 pesos que en ganados y bastantes y ornamento con que decir misa y otras alhajas*

de casa para la fundación de la nueva Misión de Santa María, y otro tanto podrá dar ella y otras para otras fundaciones

Esta primera Misión o partido o pueblo de Nuestra Señora de los Dolores está actualmente ajustando y entregando un decente avío para la fundación de la nueva Misión de Santa María de Bogotá, que dista de aquí 22 leguas hacia el norte, como es un ornamento nuevo con que decir misa, 300 cabezas de ganado mayor en su estanzuela y 100 cabezas de ganado menor, y una manada de yeguas y caballada con casa en que vivir e iglesia empezada y con bastimentos, y las necesarias alhajas de casa y principios de sementeras y cosechas de trigo y de maíces, y casi otro tanto el valor como de 3 000 pesos dio este partido de Nuestra Señora de los Dolores pocos años ha para la fundación y avío de la Misión de San Ignacio, y otros semejantes socorros podrán dar con el tiempo esta y otras Misiones destas nuevas conquistas y nuevas conversiones.

CAPÍTULO XIV.— Que ya diferentes bienhechores, padres misioneros y seculares ofrecen varios socorros de ganados, bastimentos, vestuario y alguna plata, que todo va ya llegando a más de 20 000 pesos para las nuevas Misiones que se fueren fundando

Facilita mucho el fomento destas nuevas conversiones, y el grande servicio de ambas Majestades, que en ellas se espera, el que diferentes bienhechores, así padres misioneros de Misiones antiguas de la Compañía de Jesús, como señores seculares, ofrezcan muy buenos socorros de ganado mayor, y menor, y caballada ropa, y géneros de tienda o vestuario, y de bastimentos, y de alguna plata para ayudar a los nuevos padres misioneros que vinieren a estas nuevas conversiones a fundar nuevas Misiones, y para sus iglesias, y casa en la cantidad que ya va llegando a más de 20 000 pesos: una sola persona ofrece 5 000 en géneros acomodados con alguna plata para la fundación e iglesia y casa y fortificación de la población o Misión grande de Santa Ana de Quibori, adonde vive el capitán Coro, por ser notorio que estos naturales podrán proseguir en perseguir a los cercanos declarados enemigos jocomes, janos, apaches, para el muy grande y total alivio o remedio de toda esta provincia de Sonora.

CAPÍTULO XV.— Que el ilustrísimo señor obispo desta provincia del reino de la Nueva Vizcaya y de Sonora ofrece buscar a conseguir limosnas para algunos operarios destas nuevas Misiones

Añádase ahora que casi al mismísimo tiempo que se me pide, y escribo este breve informe, me escribe el señor comisario, cura y vicario del Real de San Juan, don Antonio de Salazar, que le ha dicho a su merced en la ciudad de Guadiana Durango estos meses, su ilustrísima el piadosísimo príncipe de la Iglesia, el señor doctor don Ignacio Diez de la Barrera, meritísimo obispo de la ciudad de Durango, y de todas estas provincias, que se halla con muy católica y celosísima determinación santa de buscar, aunque sea de limosna, el necesario socorro y avío para unos cuantos padres misioneros, para la asistencia y administración destas nuevas conquistas y nuevas conversiones, y estos son los oportunos medios que Nuestro Señor nos ofrece para poder lograr un grande servicio de ambas Majestades y la eterna salvación de muchísimas almas en toda esta dilatadísima América septentrional.

CAPÍTULO XVI.— Y epílogo muy idóneo, y tanto más a nuestros intentos cuanto menos aguardado, así cerca de las referidos medios como acerca del asunto de todo este informe o

relación, por lo que reza la nueva carta de nuestro nuevo padre general Miguel Angel Tamburini, que acaba de llegar de Roma a estas nuevas conversiones

Ha más de tres años que por orden de nuestro padre general, Thirso González, que Dios haya, remití a Roma una relación del estado destas nuevas conversiones, la cual era del todo muy conforme, y uniforme a un informe que también hizo el padre visitador Horacio Polici, que la vio, abonó y aprobó el padre rector Juan María de Salvatierra, y en la finísima santa carta que, acabando de escribir este presente informe, acabo de recibir de nuestro nuevo actual padre general Miguel Angel Tamburini, me escribe su paternidad, muy a nuestro intento, lo siguiente:

“Recibo con especial consuelo dos de V. R. de 24 de enero y de 30 de junio de 1704. Con ellas viene la que V. R. llama dedicatoria para el tratado que se va perfeccionando, con el título de *Favores celestiales experimentados en las nuevas conquistas y nuevas conversiones de la América septentrional*, así en las cartas como en el papel dedicatoria, que contiene las noticias de los nuevos descubrimientos y su estado, hallo mucho en que alabar las misericordias de Dios con esas naciones que se van descubriendo y trayendo a su conocimiento, y del de nuestra Compañía especiales gracias a su Divina Majestad porque toma a sus hijos por instrumento de tanta gloria suya.

Muy mucho me alegro del socorro que V. R. envió y dispone enviar todos los años a las Californias y de las dos iglesias que ha fabricado y dedicado, que han salido de las mejores que hay en la provincia, y que continúa su trabajo de esas Misiones con el título de *Favores celestiales*, de que nos envió acá la primera parte; las otras dos que V. R. ofrece, espero, y que todas ellas se aprueben en México para que salgan a luz. Todas las noticias que V. R. me da me llenan de gozo y deseos de corresponder a las ansias y gloriosos trabajos de V. R. y de sus compañeros; pero como allá hay contradicciones, aquí sentimos que las guerras, falta de comercio y peligros de los mares nos tienen detenidos los misioneros. Pero esperamos toda confianza grande en la amorosa Providencia de Dios, que pues estos tan combatidos tiempos ha querido descubrir esas nuevas naciones, y mostrarnos tantas almas como van esparcidas fuera de su rebaño, no ha de ser para que las veamos perecer, sino para darnos medios y fuerzas para sacarlas de sus montes y reducirlas a pueblos e iglesias, así lo pido a su Divina Majestad que guarde a V. R. muchos años, como deseo. Roma, y 5 de septiembre de 1705. De V. R. siervo en Cristo. *Miguel Ángel Tamburini.*”

Omnia ad mayorern DEI DEI pare que Virginis María Honorent Gloriam et animarum gentium que salutem.